

Nº 73

Primer Semestre de 2013

MAP CHO REVISTA DE HUMANIDADES

EDICIÓN CONMEMORATIVA BICENTENARIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE



dibam DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS





N° 73

Primer Semestre de 2013

MAPOCHO REVISTA DE HUMANIDADES

EDICIÓN CONMEMORATIVA BICENTENARIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Presentación Carlos Ossandón Buljevic / Pág. 7

Humanidades Biblioteca Nacional de Chile La fundación de 1813 Raúl Silva Castro / Pág. 11

La prensa, los libros y la lectura en las primeras décadas del siglo XIX Bernardo Subercaseaux / Pág. 21

> Biblioteca Nacional de Chile (Aportes a su historia) *Justo Alarcón Reyes* / Pág. 43

Historia mínima de la Biblioteca Nacional (1813-2013) Francisca Leiva Infante y Sebastián Hernández Toledo / Pág. 105

El desafío de la Biblioteca Nacional Digital de Chile Daniela Schütte González / Pág. 141

> Lectura y escritura en Chile Grínor Rojo / Pág. 145

El "Palacio de los Libros": una biblioteca para niños y obreros Manuel Loyola T. / Pág. 157

> El ayer y hoy de la Biblioteca Pública Pablo Aravena Núñez / Pág. 171

DOCUMENTOS

Proclama de fundación de la Biblioteca Nacional Retratos de los miembros de la Junta de Gobierno que en 19 de agosto de 1813 fundaron la Biblioteca Nacional / Pág. 177

> Andrés Bello y la Biblioteca Nacional Guillermo Feliú Cruz / Pág. 181

Directores (as) de la dibam y de la Biblioteca Nacional entrevistas

> Mario Arnello R. (1986-1990) / Pág. 197 Sergio Villalobos R. (1990-1993) / Pág. 206 Marta Cruz-Coke M. (1993-2000) / Pág. 209 Clara Budnik S. (2000-2006) / Pág. 215 Nivia Palma M. (2006-2010) / Pág. 219 Magdalena Krebs K. (2010-) / Pág. 222

Testimonios La Biblioteca Nacional y mi propia experiencia literaria Jaime Quezada / Pág. 229

> Donde las voces hablan en silencio Juan Antonio Massone del C. / Pág. 233

Nuestra Biblioteca Nacional a sus 200 años. A pesar y por pesar, tan querida *Thomas Harris Espinosa /* Pág. 237

> Mi experiencia como escritor y la Biblioteca Nacional Manuel Peña Muñoz / Pág. 249

Lecturas, hallazgos y sobre todo encuentros en la Biblioteca Nacional de Chile Maximiliano Salinas Campos / Pág. 255

> Dos bibliotecas y un exilio Santiago Arcos / Pág. 263

Iconografía de la Biblioteca Nacional / Pág. 271

Funcionarios (as) de la Biblioteca Nacional (2013) / Pág. 289

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos





AUTORIDADES

Ministra de Educación Sra. *Carolina Schmidt Zaldívar*

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos Sra. Magdalena Krebs Kaulen

Directora de la Biblioteca Nacional Sra. *Ana Tironi Barrios*

> Director Responsable Sr. Carlos Ossandón Buljevic

BIBLIOTECA NACIONAL Archivo del Escritor

Secretarios de Redacción Sr. *Pedro Pablo Zegers Blachet* Sr. *Thomas Harris Espinosa* (Referencias Críticas)

CONSEJO EDITORIAL

Sr. Santiago Aránguiz Pinto Sra. Soledad Falabella Luco Sr. Marcos García de la Huerta Izquierdo Sr. Eduardo Godoy Gallardo Sr. Pedro Lastra Salazar Sr. Manuel Loyola Tapia Sr. José Ricardo Morales Malva Sr. Carlos Ossandón Buljevic Sr. José Promis Ojeda Sra. María Eugenia Silva

Preparación de Archivos Srta. *Paulina Andrade Schnettler* Sr. *Raúl Sandoval Muñoz*

> Diseño de Portada Sra. *Claudia Tapia Roi*

Fotografía de Portada Sra. *Josefina López*

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos Av. Libertador Bernardo O'Higgins 651, Teléfonos (56-2) 23605407 – (56-2) 23605335 e-mail: pedro.zegers@bndechile.cl



PRESENTACIÓN

La proclama de fundación de la Biblioteca Nacional publicada en *El Monitor Araucano* el 19 de agosto de 1813, inspirada en el ideal ilustrado que asociaba la creación de grandes bibliotecas con la sabiduría de los pueblos, es un hito difícil de soslayar para nuestra historia republicana. Destacada como una de las primeras instituciones de la naciente República de Chile, la Biblioteca Nacional jugará un importante papel en las distintas etapas de la evolución del país. Ella ha estado estrechamente ligada a la conservación/reactivación de la memoria, a la estimulación y producción de conocimiento, al desarrollo de habilidades lectoras y de investigación, al incentivo de una mirada compleja contextual y de tiempo largo, así como a demandas específicas de su presente. En este marco, y en tanto que sujeto cultural indisociable de su propia comunidad, la Biblioteca Nacional requiere que su historia, las funciones que les son propias y sus proyecciones sean permanentemente revisadas y evaluadas desde distintas perspectivas.

En la conmemoración de sus doscientos años, revista Mapocho quiere colaborar a este esfuerzo de revisión. Con este fin, hemos organizado el presente número íntegramente dedicado a la Biblioteca Nacional de Chile. El número se abre con nuestra clásica sección *Humanidades*, donde los autores analizan distintas facetas y desafíos relacionados con los objetivos y objetos propios de la Biblioteca Nacional. Continúa con la reproducción de dos importantes documentos: la proclama de fundación a la que aludíamos y un importante artículo de Guillermo Feliú Cruz, una figura muy propia de la Biblioteca Nacional: tuvo a su cargo la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos entre 1960 y 1966, Conservador de la Sala Medina y fundador en 1963 de revista *Mapocho*, que este año cumple cincuenta años. El número continúa con la realización de entrevistas a los (as) seis últimos (as) directores (as) de la dibam y la Biblioteca Nacional, le siguen diversos testimonios de lectores de la Biblioteca y un importante y poco conocido registro de fotografías referidas a la construcción del actual edificio. Sobre esto último, agradecemos el valioso material cedido por don Carlos Maillet Aránguiz y el Departamento de Patrimonio Arquitectónico del Ministerio de Obras Públicas. Finalmente, aunque no por ello menos importante, el presente número publica dos registros fotográficos de los (as) actuales funcionarios (as) de la Biblioteca Nacional de Chile.

> Carlos Ossandón Buljevic Director



HUMANIDADES



BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE LA FUNDACIÓN DE 1813*

Raúl Silva Castro**

Quien lea las *Épocas y hechos memorables de Chile* de don Juan Egaña —especie de diario que mantuvo este escritor entre 1810 y 1814— encontrará allí entre las menciones correspondientes a 1813 una que dice a la letra:

Agosto 3.-... Establecimiento en Santiago de la Biblioteca pública, y excitación del Gobierno para que los ciudadanos aumenten con sus oblaciones la que se estaba formando por el Gobierno.

La fecha aceptada por la historia para la fundación del establecimiento no es, sin embargo, la que señala Egaña. Se ha tomado como día oficial de la creación de la Biblioteca Nacional de Chile el 19 de agosto de 1813, porque en él, como se verá más adelante, se publicó un decreto que tiene relación con el establecimiento, y ese día ha venido siendo hasta hoy el destinado a conmemorar el aniversario de la fundación, así por las autoridades como por los amigos de la cultura. Pero el testimonio de Egaña ha de valer algo. En este caso vale mucho, porque Egaña era miembro de la Junta de Gobierno el día 3 de agosto, así como seguía siéndolo cuando, dieciséis días después, se expidió aquel decreto. Y lo era también el 10 de agosto de 1813, en que ocurrió un suceso que tiene estrechísima relación con la fundación que venimos estudiando.

El día 10 de agosto la ciudad de Santiago fue el teatro de una escena singular. Con asistencia de todas las autoridades de la nación, se llevó a cabo la apertura del Instituto Nacional por el cual venía trabajando arduamente la Junta de Gobierno. En el curso de esta fiesta usó de la palabra, en representación del poder ejecutivo, el secretario de lo Interior, don Mariano ele Egaña, que al mérito del cargo que ejercía pudo unir esta vez el de hallarse en conocimiento de nuevas iniciativas de la Junta por el hecho de que en ella formaba parte su padre. En la *Prolusión* de Egaña se da cuenta de la fundación de la Biblioteca Nacional en los siguientes términos:

^{*} El presente texto es una parte del libro *Los primeros años de la Biblioteca Nacional (1813-1824)* publicado en Santiago de Chile por la Sociedad de Bibliófilos Chilenos en 1951. Disponible en www.memoriachilena.cl

^{**} Ensayista, bibliógrafo, periodista y crítico literario chileno. Nació en Santiago el 8 de diciembre de 1903 y murió el 12 de junio de 1970.

Jurisconsultos y legisladores, para vosotros se han preparado los cursos de Filosofía Moral, Derecho Natural y de Gentes, Derecho Canónico, Economía Política, Leyes Patrias, Lenguas, y sobre todo los de Elocuencia con sus tres principales géneros, que aunque común a todos os pertenece especialmente a vosotros y a los eclesiásticos, como directores de la opinión moral y política de los pueblos; para vosotros también se ha destinado la Academia Legal del Museo, en donde, instruyéndoos en la práctica contenciosa de los tribunales, ilustréis a la patria con vuestras disertaciones de Economía Política, Derecho Público y Municipal a que se destina esta preciosa corporación.

Ciudadanos todos: una gran biblioteca superior a los escasos recursos de este país pasa a abriros el Gobierno con todos los auxilios para vuestra ilustración: frecuentadla, aprovechad allí lo que supieron nuestros mayores y lo que adelante nuestro siglo. Artistas y naturalistas: allí también tendréis modelos, máquinas e instrumentos para los oficios, las artes y las ciencias.

A pesar de las expresiones de Egaña, la Biblioteca Nacional como entidad independiente no existía todavía ni se habían tomado con ella los trabajos preliminares que permitieron la instalación y apertura del Instituto Nacional. Era necesario crearla expresamente para que esas palabras no quedaran flotando como mera promesa. A este fin obedeció, según parece, el decreto que expidió el día 19 de agosto la Junta de Gobierno:

¹ Ha de entenderse que se trataba de organizar una Biblioteca Nacional independiente de la que para usos propiamente docentes habría de completar el Instituto, como se prueba con esta noticia publicada por *El Monitor Araucano* en su número 63 de 2 de Septiembre de 1813:

[&]quot;Se necesita para la educación del Instituto Nacional bastantes ejemplares de los libros siguientes: Selectas de Chompré; Fábulas de Fedro; Cornelio Nepote; Compendio menor de Pouget; Artes de lenguas francesa, inglesa, y sus diccionarios; Artes de Nebrixa; Compendio matemático de Verdejo; Lucusi con el suplemento de March; Lecoint, traducido por Galloso. Sobre ciencias militares: Rovira, y Morla, de Artillería; Derecho natural y de Gentes, y Fundamenta styli cultioris de Heineccio; Física de Brison, y su diccionario: Lugares Theológicos del Lugdunense: la Suma Theológica de Baerti; historia eclesiástica de Ducreux; historia sagrada de César Calino; la exposición de la escritura por Calmet; el discurso sobre la historia universal de Bossuet; historia de la literatura de Andrés; Economía Política de Say; Instituta de Castilla; Compendio de las leyes de Partida, por Viscaino Pérez, la Instituta Canónica de Selvagio; la Química de Chaptal; Elemento de Botánica de Ortega y también Cabanillas; la Anatomía de López y el Resumen de Bonels, y La-cava; el Compendio de Alberto Aler y Richerandi Bell, de Cirugía; Canivel sobre vendajes. Novas, de arte obstetricia; compases y lápices para dibujo. Los que quieran donar a la patria libros y útiles o venderlos mandarán sus notas a los ciudadanos electores para que los donados se publiquen en los Monitores y archivados en la biblioteca, y los vendidos se paguen inmediatamente.

Ciudadanos de Chile:

Al presentarse un extranjero en el país que le es desconocido, forma la idea de su ilustración por las Bibliotecas y demás institutos literarios que contiene, y el primer paso que dan los pueblos para ser sabios, es proporcionarse grandes Bibliotecas. Por esto el Gobierno no omite gasto ni recurso para la Biblioteca Nacional, y el día diez habéis oído la colección que os tiene preparada. Pero aun todavía no es esta Biblioteca digna del pueblo que marcha protegido de la Providencia por todas las sendas de la gloria, y es también preciso que conozca todo el mundo el interés que tiene cada ciudadano en la beneficencia de los demás y que Chile compone una sola familia.

Para esto se abre una suscripción patriótica de libros y modelos de máquinas para las artes, en donde cada uno al ofrecer un objeto o dinero para su compra, pueda decir con verdad: "He aquí la parte con que contribuyo a la opinión y a la felicidad presente y futura de mi país". Todo libro será un don precioso, porque todos son útiles. Aunque en el *Monitor* se publique diariamente lo que contribuyese cada uno, la Biblioteca tendrá un libro depositado en el departamento más precioso y autorizado solemnemente, donde consten a la posteridad los beneficios que los presentes chilenos hacen a las generaciones futuras.

Aunque la organización de la Biblioteca está a cargo de don Agustín Olavarrieta, Director General de la Renta de Tabacos, pero también lo acompañarán a recoger y recibir los donativos de libros en la capital los beneméritos ciudadanos el senador don Francisco Ruiz de Tagle, don Joaquín de Larraín, don José Antonio de Rojas, don José María de Rozas y los reverendos padres ex Provincial fray Javier Guzmán, del Orden Seráfico, y fray Joaquín Jara, del Orden Militar, y en las provincias los administradores de Rentas de Tabacos.

PÉREZ EYZAGUIRRE EGAÑA

La Junta de Gobierno que firma este decreto, estimado hasta hoy unánimemente como el de fundación de la Biblioteca Nacional (a pesar de que se refiere concretamente solo a una colecta pública de libros para fomentarla), estaba compuesta por don Francisco Antonio Pérez, don Agustín de Eyzaguirre y don Juan Egaña.

Don Francisco Antonio Pérez y Salas, que firma el decreto como miembro de la Junta de Gobierno, era hijo de un ilustre peninsular avecindado en Chile desde 1754. Su padre, don José Antonio Pérez García, que había nacido en Colindres, España, en febrero de 1726, contrajo matrimonio en Santiago con doña Ana Josefa Ramírez de Salas y Pavón en mayo de 1766. Se le debe una

prolija historia de Chile que permaneció inédita hasta que en 1900 fue dada a luz en la Colección de Historiadores. Falleció en 1814.

Don Francisco Antonio tomó parte desde muy joven en la vida pública, y ya en 1809 componía, como miembro del Cabildo de Santiago, el grupo que hacía resistencia a García Carrasco y que logró enorme éxito, a poco andar, arrancando la renuncia a ese funcionario. Asistió al Cabildo Abierto del 18 de septiembre de 1810, y firmó el acta que se levantó de la reunión, y ya el 5 de octubre del mismo año era designado asesor de la Junta. En 1811, habiéndose suprimido la Real Audiencia, fue nombrado subdecano del Tribunal de Apelaciones que se creó en reemplazo de esa cámara de justicia.

Entró a la Junta de Gobierno que iba a crear más adelante la Biblioteca Nacional, como suplente de don José Miguel Carrera, cuando éste, en abril de 1813, hubo de abandonar la capital para emprender la campaña del sur. Permaneció en la Junta hasta octubre del mismo año. Debido a esta larga permanencia, en compañía de otros ciudadanos que se reemplazaron repetidamente, viene a ser Pérez el principal motor de la lucha que empeñó el Gobierno para sacudir el dominio de la familia Carrera. La creación de la Biblioteca Nacional es uno de los timbres de orgullo de aquella Junta, compuesta exclusivamente de civiles, que destruyó la hegemonía militar a que se había abierto paso con los golpes de estado de 1811.

Después de haber prestado muchos otros servicios públicos, Pérez murió en Santiago y fue sepultado en 11 de noviembre de 1828.

Don Agustín Manuel de Eyzaguirre y Arechavala había nacido en Santiago el 3 de mayo de 1768 y tuvo una larga y brillante vida política, coronada en 1826 con las dignidades de vicepresidente y de presidente de la República, que desempeñó hasta enero de 1827. Desde los primeros movimientos revolucionarios se vio a Eyzaguirre en los grupos amigos de la emancipación. Tomó parte en el Cabildo Abierto del 18 de setiembre de 1810, en su calidad de alcalde de Santiago, y fue elegido diputado al Congreso de 1811.

Volvió a ser alcalde de la capital en 1812, y pasó a componer la Junta de Gobierno en abril de 1813. Permaneció en ella hasta 1814. Murió en la ciudad de su nacimiento en julio de 1837.

Don Juan Egaña formaba parte del Senado elegido por plebiscito en octubre de 1812, y pasó a reemplazar a don José Miguel Infante, en la Junta de Gobierno en Agosto de 1813. Tuvo participación decisiva en la fundación del Instituto Nacional, idea que había lanzado por la primera vez en un *Plan de Gobierno* que sometió en agosto de 1810 a la consideración del Conde de la Conquista, en cuanto este reemplazó a García Carrasco en el Gobierno. La Biblioteca Nacional, según ha podido verse en el discurso que pronunció su hijo don Mariano el 10 de agosto, venía a ser el complemento de aquella otra institución de cultura.

Había nacido en Lima en 1768 (fecha controvertida). Vino a Chile en 1789, y no abandonó nunca más este país, que era patria de su padre. Entró como profesor a la Universidad de San Felipe en 1802, pero no a enseñar un ramo de su especialidad —era abogado—, sino como catedrático de latinidad y retórica. Fue también, desde el mismo año, vocal del Tribunal de Minería. Su carrera política comenzó cuando, en noviembre de 1811, entró al primer Congreso, el cual lo comisionaba, poco después, para redactar la Constitución Política. Ya en ese mismo período hubo de entrar en conflicto con don Juan José Carrera, que amenazaba la subsistencia del Congreso. En las reuniones de notables que se efectuaron desde entonces, y en especial en 1813, se mostró ardiente adversario de los Carreras, y fue, según parece, el primero que propuso darles comisiones en el extranjero para producir discretamente su eliminación en la lucha política. Falleció en Santiago el 29 de abril de 1836.

Algunos creyeron que el lenguaje altisonante que se empleaba en el decreto que se ha copiado, no convenía a las circunstancias. ¿Cómo se podía hablar de ilustración, ni menos de establecimientos dedicados a cimentarla y extenderla, si subsistían en el país algunas de las instituciones que había legado España? Y concretando el cargo, el editor de *El Semanario Republica-no*, el guatemalteco don Antonio José de Irisarri, escribía así en el número correspondiente al 18 de setiembre de 1813:

Lo que escandaliza a todo buen sentido es ver en Chile todavía en su fuerza y vigor las prohibiciones de la Inquisición, destruida en España por bárbara y feroz. Será desde luego un signo de mal agüero para los que vean en nuestra revolución que nos asombra aún el terror del despotismo, cuando ya nos hemos librado de sus alcances, y mucho más, que respetamos los establecimientos de la ignorancia cuando pretendemos adquirir la sabiduría. Magistrados de la Patria: temed la crítica justa de los filósofos, que tal vez dirán: "En Chile aun no saben lo que traen entre manos; allí se habla mucho de Institutos, de Colegios, de cátedras, bibliotecas, laboratorios, anfiteatros, jardines botánicos, gabinetes de historia natural, reglamentos sobre todas las cosas; pero aun no piensan en cortar el primer inconveniente que se opone a la ilustración universal: la tenebrosa Inquisición influye todavía sobre los talentos de Chile".

Podría temerse además que estando parte del país ocupado por las tropas del Virrey, la colecta iniciada por la Junta de Gobierno iba a pasar inadvertida de los ciudadanos. No fue así. *El Monitor Araucano*, que era el periódico oficial de la época, comenzó en el acto a registrar erogaciones, a la cabeza de las cuales tenía que figurar naturalmente uno de los firmantes del decreto que hemos copiado. Don Juan Egaña, según anuncia el *Monitor* en su número 63,

del 2 de setiembre, inscribía su nombre en el encabezamiento de las nóminas de obsequiantes:

El Dr. D. Juan Egaña, Presidente del Ilustre Senado, las *Obras Completas* del Conde Buffon, en cincuenta y dos tomos de pastas doradas con láminas. *Los Defectos del Teatro Moderno*, y *Tragedias* de Lauriso, en cinco tomos en pasta. *Las Cartas Familiares* del P. Isla, cuatro tomos, pasta. *El Eusebio*, cuatro tomos, pasta.

El mismo periódico, al dar cuenta de esta singular donación, advertía al pie de ella:

NOTA. Para evitar presiones a los donantes, bastará que cada uno pase a cualquiera de los colectores una obligación firmada de los libros que ofrece, la que pondrán dichos colectores en poder del Director de Rentas Reunidas, D. Agustín de Olavarrieta, para que éste proceda a recogerlos, quien también cuidará de remitir al administrador de la Imprenta las listas de los libros oblados.

En números siguientes del mismo periódico podemos ver que la colecta siguió su curso, y no solo en Santiago sino también en Talca. He aquí las publicaciones que se hicieron en el *Monitor* en las fechas que se indican.

Don Feliciano Letelier donó para la Biblioteca Pública Nacional, 5 tomos en 4.º en pergamino, del Diccionario L'Advocat. –Las Epístolas de Cicerón, 1º y 2º tomo en un volumen con las notas del Minelio. –Las Fábulas de Esopo. –Un tomo de memorias para la Historia de Federico el Grande. –5 cuadernos impresos, a saber: las Ordenanzas de Santelmo en Sevilla; 2º sobre construcción de Bajeles en La Habana; 3º Excepción de la Compañía de Filipinas; 4º Excepción del Banco de S. Carlos; 5º Memorias sobre el comercio de Filipinas.

- D. Martín José Munita, la Política Indiana de Solórzano, y la Práctica de Paz.—No 68, 14- $_{\mbox{\scriptsize IX-}}$ 13.
- D. Mateo Arnaldo Hoevel ha cedido para la Biblioteca Pública los tomos siguientes:

Dos tomos de gramática y diccionario francés y español por el Abate Gattel. 3 id. Viaje de España, Francia e Italia, por don Nicolás de la Cruz. 2 id. La Araucana, por Alonso de Ercilla, 1 diccionario inglés, por Sheridan. 1 id. Pintura sobre el estilo y gustos de la escuela sevillana, 9 tomos. 25 láminas grabadas con colores y media docena de lápices para los dibujantes. Promete para lo venidero algunas obras inglesas y francesas bien interesantes, cuando haya lectores en esos idiomas.— Nº 70, 18-IX-13.

Ha dado para la Biblioteca de esta capital, el ex jesuita D. Juan González los libros siguientes:

6 tomos en francés y pasta Física experimental por el Abate Nollet.

4 ídem a la rústica en italiano del mismo autor, y complemento de la obra.

Ídem en pergamino, Arte de Lengua Hebrea, por el Cardenal Belarmino.

Ídem a la rústica, Arte de Lengua Griega.

D. José Gregorio Argomedo dio lo siguiente:

Pitonii: Disputationes Ecclesiasticae: 3 tomos en pasta.

Calvini: Lexicon juridicum: 2 tomos en pasta.

Delvene: De Ofitio Inquisitionis circa heresim: 2 tomos ídem.

Nogerol: Alegaciones juris: 1 tomo pasta.

Ceballos: Comunes contra comunes: 2 tomos pergamino.

Alegaciones jurídicas: 1 tomo en pergamino.

Papeles varios: 1 tomo en pergamino .—N.º 7 1, 21-IX- 13.

El Administrador de la Renta de Tabacos de la ciudad de Talca, por su parte, había tomado particular empeño en la colecta, y pudo dar cuenta de las donaciones que se indican, afortunadamente con mención de los donantes que las hicieron:

D. Eusebio José de Noya, cura interino de aquella ciudad, 2 tomos en pasta, Diccionario Figoriano.

Fr. Manuel Vicente Grade del Orden de San Francisco: 2 tomos en pasta blanca, Tirmi Expositor de Evangelios y Escritura; 2 ídem Reinfestuel, Teología moral: 1 ídem Burio, Compendio Histórico de las vidas de los Pontífices: 2 ídem El Anacoreta Canonizado.

El Prior de San Agustín, Fr. Blas Valencia: 1 tomo en pasta Diccionario de la lengua francesa y española: 1 ídem en pergamino, Breve Pontificio de Castel: 2 ídem en pergamino, el uno Arte explicado por Márquez Medina y el otro explicación del Libro 4º de Nebrija.

El lector de dicho convento, Fr. Francisco Silva: un Arte explicado en pergamino: 2 tomos en pergamino, Sermones varios en lengua genovesa por Fr. Manuel Gonvea: 2 ídem en pergamino, Sermones predicables por Salcedo y Avendaño.

El Dr. D. Manuel Grajales, Cirujano del Ejército: 3 tomos. Química de Fircroi, que tiene en Concepción en poder de D. Pedro José Benavente.

D. Javier Molina: 1 tomo en pergamino del Libro 4º de los Reyes.—Nº 75, 30-IX- 13.

D. Joaquín Egaña ha dado para la Biblioteca Pública cinco tomos en folio de las obras del Jurisconsulto Torres. Nº 76, 2-x-13.

Don Andrés Nicolás de Orjera ha cedido para la Biblioteca del Instituto Nacional los libros siguientes:

1º Obra Recreación Filosófica de Almeida en tres tomos; 4º pergamino, incluso 2 de cartas Mathemáticas en portugués.

1 tomo Gramática Italiana y Francesa.

1 tomo Diccionario de estas dos lenguas.

1 tomo Geografía del Padre Bufrer en italiano.—Nº 85, 26-x-13.

Para la Biblioteca Nacional dio Don Manuel Garretón una obra Compendio Metódico de varios conocimientos políticos, por D. Antonio Márquez .—Nº 88, 2-x1-13.

En el plano político entre tanto habían ocurrido novedades que cambiaron el sistema hasta entonces existente, y en reemplazo de la Junta de Gobierno fue creado el poder ejecutivo unipersonal con el nombre de Supremo Director del Estado. El señor Olavarrieta, mencionado en el decreto de 19 de agosto que se ha copiado más arriba, fue una de las víctimas de estas innovaciones políticas. Irisarri, suplente a la sazón del Supremo Director, decretó con fecha 12 de marzo de 1814 una reorganización total de la administración de tabacos, "removiendo a los europeos que no han obtenido carta de ciudadanía". En esa situación se encontraba el pobre señor Olavarrieta (que residía en América desde 1800), de modo que su empleo aparece desde aquella fecha ocupado por don José Miguel Infante, uno de los más preclaros patriotas del año 1810 y chileno de nacimiento. Este golpe parece haber precipitado al vacío la frágil empresa de la formación de una biblioteca, ya que no vuelve a hacerse mención de ella ni en el periódico oficial ni en las otras publicaciones de ese tiempo.²

Faltan noticias acerca de lo que ocurrió con la proyectada Biblioteca Nacional de Santiago en el período de la Reconquista; y en ausencia de ellas se ha supuesto que Ossorio a nada proveyó sino a destruirla, como efectivamente declaró extinguido el Instituto Nacional, que era, por decir así, su hermano gemelo. Pero no pasaron las cosas de ese modo. Tal vez la institución no era extraña al espíritu de los nuevos gobernantes, ya que en España, su patria, existía desde 1712 y fundada por el rey Felipe v, una similar, que se llamaba precisamente Biblioteca Nacional de Madrid... Un solo indicio podemos ofrecer en esta materia. *La Gaceta del Gobierno de Chile* decía en su número de

² El señor Olavarrieta huyó a Lima a raíz de Chacabuco, acompañado de dos de sus hijos y dejando en Santiago a siete de menor edad. Debe haber vuelto más tarde a Chile, sin que hayamos podido precisar la fecha. Las noticias que se han dado en el texto y en esta nota proceden de Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena*, t. III, pp. 426-35.

9 de noviembre de 1815 lo siguiente:

De orden y a solicitud del señor Rector de la Real Universidad de San Felipe se está arreglando para comodidad de los estudiosos la librería de dicha, y desde luego se ha notado haber mucha falta de volúmenes que se extrajeron en tiempo de la revolución; lo que se avisa, suplicando a quien tenga algunos, o sepa de su paradero, lo noticie a dicho Sr. Rector a fin de que los recoja. También entre los que se robaron de casa del Sr. director de tabacos había muchos donados por el público, y por consiguiente deben venir a la biblioteca. Se espera bastará esta monición para que se haga la restitución debida de los unos y los otros, sin esperar a que la Universidad interpele al efecto la autoridad del M.I.s Presidente y del Ilustrísimo Señor Obispo.

Si ponemos en orden las noticias que aquí se nos ofrecen, cambiando la enrevesada redacción, tendremos que don Agustín Olavarrieta, a quien el Gobierno de la Reconquista había restituido a sus funciones de administrador de la Renta de Tabacos, se quejaba de que en los días de desorden que siguieron al desastre de Rancagua, le habían pillado los libros de la colecta iniciada en agosto ele 1813.³ Y que, en fin, la nueva autoridad confiaba más que en fundar un nuevo establecimiento, en incrementar la librería de la Universidad de San Felipe, que había sido también desordenada en aquellas horas tumultuosas.

De todos modos, no se vuelve a hablar de Biblioteca Nacional hasta la instauración del gobierno patriota a raíz de Chacabuco y de Maipú, y sobre todo cuando la administración de O'Higgins pudo repartir su atención en objetos que no fuesen precisamente las urgencias de la guerra. Cosa semejante ocurrió con el Instituto Nacional, extinguido positivamente durante la Reconquista y restaurado solo cuando O'Higgins aplicó a ello la acción perseverante del poder ejecutivo.

³ Explicando esta parte de la existencia de la Biblioteca Nacional, el señor Briseño dice que "alcanzaron a recogerse y depositarse algunos libros en una de las salas de la antigua Universidad de San Felipe hasta fines de setiembre de 1814", en su *Proyecto de Reglamento de la Biblioteca Nacional*, 1883, p. 32.



LA PRENSA, LOS LIBROS Y LA LECTURA EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XIX

Bernardo Subercaseaux*

Los letrados criollos que después de la Independencia se ocupan del tema del libro y la lectura en función del nuevo orden de la nación, pertenecen, básicamente, a las generaciones de 1810 y 1842, generación esta última que se percibe a sí misma —a pesar del interregno de casi 30 años— como continuadora y depositaria de la anterior. Las figuras más destacadas de la primera son Camilo Henríquez (1769-1825), Manuel de Salas (1754-1841) y Juan Egaña (1768-1836), y de la segunda José Victorino Lastarria (1817-1888), Francisco Bilbao (1823-1865), algunos exiliados argentinos como Sarmiento, y discípulos de los anteriores que empiezan a participar en la vida pública a fines del decenio de Bulnes, como Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886). Todos ellos conforman una comunidad de lectores en la medida que comparten códigos, valores, supuestos e ideales, lo que incide en sus prácticas lectoras y en la valoración de ciertos autores o de uno u otro título, preferencias que se manifiestan en el periodismo de ideas posterior a la Independencia.

¿Cuáles son, entonces, las características que comparten estas figuras, y que nos permiten hablar de prácticas lectoras compartidas o —siguiendo a Roger Chartier— de una comunidad de interpretación que a partir de ciertos códigos va a perfilar el espacio público de la época? (Chartier: 2005).

Todos son intelectuales polifacéticos al estilo decimonónico, que asumen la ilustración desde una racionalidad militante y que conciben los fundamentos filosófico-políticos de las "luces" como la base de su pensamiento y de su acción, a la razón como instancia ordenadora del conocimiento, a la libertad como valor supremo y a la república como la forma de gobierno más adecuada para la nueva nación. Son letrados que participan del optimismo histórico y de la idea del progreso indefinido, que perciben la educación como el instrumento para formar ciudadanos, y a la cultura letrada como el ámbito para esa formación. Todos ellos vivieron persecución y exilio por

^{*} Académico de la Universidad de Chile.

sus ideas. Camilo Henríquez en 1809 fue visitado por la Inquisición en su celda limeña de Fraile de la Orden de la Buena Muerte y, como se relata en los Anales de la Inquisición, en la primera visita, tras registrar muebles y estantes, el inquisidor se retiró luego de no encontrar nada. El denunciante, sin embargo, que era un fraile dominico, insistió, y la Inquisición dispuso nueva pesquisa, encontrando esta vez en el interior del colchón algunos libros prohibidos, entre otros, de Rousseau y Voltaire (Palma: 1897). Como consecuencia de esa segunda visita, Camilo Henríquez fue conducido a un calabozo del Santo Oficio. Ocultar esos libros en su cama era ya una forma temprana de incluirlos en el canon, de escoger lo que había que leer. Después del desastre de Rancagua, Camilo Henríquez se exilió en Argentina. También fueron perseguidos y desterrados por sus ideas, en algún punto de su trayectoria, Juan Egaña, Manuel de Salas, Lastarria, Bilbao, Sarmiento y Vicuña Mackenna.

Todos ellos tenían una concepción enciclopédica y no restrictiva de lo literario, que iba mucho más allá de lo que entonces se entendía por las "bellas letras". Literatura era no solo la expresión imaginaria, sino toda expresión escrita, y aún más, toda actividad letrada que tuviese un fin edificante, que apuntara a transformar los residuos de la mentalidad colonial en virtudes cívicas y en una nueva conciencia nacional. Camilo Henríquez hablaba de "escritos luminosos para la suerte de la humanidad" englobando en este concepto a los libros de imaginación y a los de pensamiento, "feliz el pueblo" —escribía en La Aurora de 1812— "que tiene poetas", "a los poetas seguirán los filósofos, a los filósofos los políticos profundos", y son sobre todo estos escritos de pensamiento (cuyo retraso se debía a la pereza de la razón) los que alcanzan para Camilo Henríquez un rango superior, se trata, decía, de "la sublime ciencia de hacer felices a las naciones" (Henríquez: 1812: 4). De allí que cuando en 1812, refiriéndose al arribo desde Estados Unidos de la primera y muy rudimentaria imprenta que se instala en el país, Camilo Henríquez la bautizó como "la máquina de la felicidad". Imprenta que años más tarde, durante la Reconquista, sería rebautizada por los realistas como "la máquina de las mentiras", convirtiendo a los patriotas ilustrados o "sabios" que la usaban, en "revoltosos", "caudillos" y "tiranos", y a sus escritos en "papeles sediciosos" que propiciaban "conductas delincuentes". 1

Tres décadas más tarde, Lastarria, en el "Discurso inaugural" de la Sociedad Literaria de 1842, reafirmando la concepción enciclopédica de la literatura, señalaba que "entre sus cuantiosos materiales", esta incluye "las concepciones elevadas del filósofo i del jurista, las verdades irrecusables del matemático i

¹ Expresiones que se encuentran en documentos realistas del período 1814-1817 y en Melchor Martínez, Memoria histórica sobre la Revolución de Chile, Valparaíso 1847.

del historiador, los desahogos de la correspondencia familiar" y por último "los raptos, los éxtasis deliciosos del poeta" (Lastarria: 1885: 100). De hecho, al revisar las actas de la Sociedad, llama la atención la variedad de materias que se tratan en las sesiones. Francisco Bilbao lee un trabajo sobre psicología y soberanía popular; Juan, hijo de Andrés Bello, lee una obra de teatro y una descripción geográfica de Egipto; Santiago Lindsay recita poemas patrióticos, otro joven diserta sobre el espíritu feudal y aristocrático, y varias sesiones se dedican al análisis de las cualidades que debería tener un libro para la instrucción general del pueblo.



"La máquina de la felicidad"

Otro rasgo que comparten estos autores es la seriedad y solemnidad con que acometen la tarea intelectual. En *La Aurora de Chile*, primer periódico que se editó en el país, y que dirigido por Camilo Henríquez publicó entre 1812 y 1813 un total de 62 ediciones, no hay ni un solo rasgo de humor ni siquiera un guiño, el lenguaje es siempre solemne, formal, sentencioso, inflamado y grave. Por su parte, en la Sociedad Literaria de 1842 llama la atención la normatividad estricta de las sesiones. Está —según consignan las actas— expresamente prohibido fumar, ningún miembro puede salir a la calle durante las reuniones; hay —por reglamento— un fiscal que debe controlar la asistencia y sentarse siempre —también por reglamento— al lado izquierdo del Director.



La Aurora de Chile. Periódico ministerial y político. El primer periódico nacional

Las actas hacen pensar, más que en jóvenes románticos, en déspotas ilustrados. Los rasgos de solemnidad revelan, por encima de lo anecdótico, tanto en Camilo Henríquez como en los jóvenes de 1842, una determinada conciencia histórica. Se autoperciben como artífices y cruzados en las batallas de la Independencia (los primeros) y de la Civilización (los segundos). El hálito fundacional y la voluntad de construcción no dejan resquicios para el humor ni siquiera en la lectura: Francisco Bilbao afirmaba muy orondo que el *Quijote* no había conseguido hacerlo reír ni una sola vez. No hay espacio ni para el irracionalismo, ni para el vuelco emotivo personal. Y, si hay emotividad, esta es colectiva, y se manifiesta en la actitud mesiánica y voluntarista con que perciben la tarea de educar el espíritu para modificar la sociedad. Vicuña Mackenna, en sus crónicas, recuerda a Bilbao en una calle barrosa presidiendo a un grupo de jóvenes en procesión, llevando, como iluminado, un árbol de la libertad hecho de mostacillas.

Son antecedentes que revelan una vivencia compartida y una escenificación colectiva del tiempo histórico nacional. Hablamos de escenificación porque esta vivencia implica una teatralización del tiempo histórico y de la memoria común. Escenificar el tiempo, en el sentido de que se establecen relaciones de anterioridad (con un "ayer" que se perfila como un lastre, como un pasado que hay que dejar atrás y superar); relaciones de simultaneidad (con un "hoy" o presente desde cuyo ángulo se adopta un punto de vista) y relaciones de posterioridad (con un "mañana" de connotaciones teleológicas, constructivistas o utópicas). Desde una escenificación de la temporalidad se establece un relato, o un metarrelato, una narración y códigos compartidos que implican y animan toda índole de discursos. En el caso de las figuras que hemos mencionado, se trata de una vivencia colectiva del tiempo histórico en clave de fundación, de una concepción profana del tiempo. Es el

tiempo del nacimiento de la nación, del corte con un "antes", un tiempo que perfila un "ayer" hispánico y un ancien régime que se rechaza y que se considera como residuo de un pasado al que cabe borrar o cuando menos, "regenerar". Frente a ese "ayer" se alza un "hoy" que exige emanciparse de ese mundo tronchado, en función de un "mañana" que gracias a la educación, a las virtudes cívicas, a la libertad y al progreso, está llamado a ser —como se decía entonces— "luminoso y feliz". Corresponde a un ideario republicano y liberal que a comienzos del siglo xix representaba una dirección cultural minoritaria cuyo agente era la elite letrada criolla. Se trata en el momento de la Independencia de una utopía que responde a una concepción de la historia, pero de una utopía que en el momento de la Independencia puede considerarse como una "verdad prematura" (Mannheim: 2004), puesto que en el curso del siglo esa dirección cultural irá paulatinamente convirtiéndose en hegemónica —en función de los intereses de la elite (pero beneficiando también a las capas medias)—, proyectándose con extraordinaria vehemencia a través de diarios, revistas, historiografía, tratados de jurisprudencia, discursos políticos, logias masónicas, clubes de reformas, novelas, piezas de teatro, Estado docente y hasta moda y actitudes vitales. Como señala Giorgio Agamben, "[...] cada concepción de la historia va siempre acompañada por una determinada experiencia del tiempo que está implícita en ella, y que la condiciona. Del mismo modo, cada cultura es ante todo una determinada experiencia del tiempo y no es posible una nueva cultura sin una modificación de esa experiencia" (Agamben: 2001: 131). Vivencias temporales distintas articulan distintos sistemas de representación, y los modos como las sociedades representan, memorizan y conservan el pasado.

La paulatina hegemonía que esta constelación va a ejercer sobre la elite y la sociedad chilena, y su tensión con la visión ultramontana y conservadora (que se afincó en "el peso de la noche" y en el sustrato hispano católico), dominan casi todo el espacio intelectual visible del siglo xix y muy especialmente hasta 1880 (Mizón: 2001). Las figuras ilustradas que hemos mencionado son —con sus luces y sus sombras— la base de este edificio.

El pensamiento de Camilo Henríquez, de Manuel de Salas, de Juan Egaña, en fin, de todos los que participaron en la Independencia, está permeado — con matices de diferencia— por esta escenificación del "tiempo fundacional". También lo está el pensamiento de la generación de 1842, de Lastarria, de Vicuña Mackenna y otros. No es casual que las primeras publicaciones periódicas del Chile independiente utilicen casi siempre títulos como *La Aurora*, *El despertar* o *El crepúsculo*, o que la mayoría de los escritos de estos autores recurran con frecuencia a dos sistemas metafóricos o analógicos de hálito fundacional: el lumínico y el vegetal. Los escritos de prensa y ensayos que Camilo Henríquez califica de "luminosos", son escritos que están plagados de "rayos", "chispas", "relámpagos", "aurora", "luz", "oscuridad", "resplandecer"

y "porvenir brillante"; se trata de un campo metafórico en que el sol y la luz —que vivifican lo lumínico— simbolizan la libertad y la razón, escenificando un "ayer" oscuro. Por otra parte, la larga serie de sustantivos, verbos y adjetivos del repertorio metafórico vegetal a los que se recurre ("semilla", "raíces", "tronco", "plantar", "crecer", "sembrar", "florecer", "cultivar", "follaje", "brotes", "botón", "ramas", "flores", frutos", etcétera) obedece a una concepción teleológica del decurso histórico y del progreso. La humanidad, entonces, es percibida con la metáfora del árbol, de un árbol que podrá con la independencia y la libertad— desarrollarse hasta la plenitud de sus posibilidades, hasta dar "frutos". Se busca, en todos los órdenes, escenificar un tiempo nuevo, reinventar una identidad nacional alejada del pasado español. Desde esta perspectiva, la historia intelectual del siglo xix pone en discusión afirmaciones de autores como Luis Mizón, quien señala que "[l]a mentalidad autoritaria, herencia colonial de la ilustración católica, regalista con influencia galicana y utilitaria, es más importante en la Independencia y en todo el siglo xix que el enciclopedismo ateo" (Mizón: 2001: 32).

En un país recién creado con un índice de analfabetismo que probablemente llegaba al 90 por ciento y con la herencia de una educación colonial escasa y pobre, se trata de una elite intelectual masculina que en una sociedad periférica, como lo era Chile, es la que asume la responsabilidad de formular una ideología de reemplazo ante lo que aparece como desintegración del viejo orden. Estos señores son los encargados de forjar una autoimagen y una conciencia cívica y nacional que solidifique el nuevo orden. Son figuras que en la constitución de la modernidad ejercen por lo tanto una doble mediación. Por una parte son mediadores de las ideas y de los valores ilustrados provenientes de Europa que se trasladan a la periferia; pero, por otra parte, son también mediadores entre la elite local y la sociedad tradicional, a la que se proponen transformar e incorporar paulatinamente a la cultura letrada (Serrano: 1994). Se trata, en definitiva, de los primeros intelectuales modernos, a la Voltaire, que ejercen su oficio con vocación de lo público, intelectuales que tienen algo de agitadores políticos, bastante de profetas y no poco de directores espirituales.²

² Fernando Savater a Voltaire en su *Diccionario Filosófico*, Barcelona, 1995. Así describe a Voltaire, inventor de la figura del intelectual moderno.



Camilo Henríquez revisa el primer ejemplar de La Aurora de Chile (1812)

Tales son los ideales y supuestos que rigen a la comunidad de lectores que hemos perfilado. La lectura en ellos no es, por lo tanto, una operación abstracta ni la mera intelección de un texto (Chartier: 2005), sino que es la puesta en marcha de una mentalidad previa, de un horizonte de expectativas que interactúa con el texto. En esa interacción se pone en juego un código ideológico cultural en el que están imbricados una concepción de la historia y una vivencia del tiempo. Se trata de preconcepciones compartidas que nos permiten conjeturar lo que tenían en la mente los letrados criollos, conjeturar también desde qué horizonte imaginario interpretaban, elegían o sugerían lo que les interesaba que se leyera, recomendaciones que fueron constituyendo así el canon de la literatura de la Independencia. Podríamos afirmar incluso que las dos generaciones mencionadas inauguran una tradición de lectura con una óptica laica, republicana y liberal, imbuida de una concepción edificante de la lectura en pro del ejercicio ciudadano y de la construcción de la República. Una tradición que tiene como sujeto histórico a la elite criolla letrada (y masculina) del siglo xix, elite que ejercerá un control de lo que se lee, por lo menos durante la primera mitad del siglo, hasta que entra en acción un nuevo público lector de folletines y novelas tardo románticas (mayoritariamente un público femenino), vale decir hasta que se hace presente un sistema paralelo que responde no a la elite sino que al mercado (Poblete: 2003).

Se trata de una tradición de lectura que se hace patente en las actas de la Sociedad Literaria de 1842: en algunas sesiones de estudio se leía en voz alta y se comentaba la *Historia del Mundo Antiguo* de Segur, la de la Edad Media y Moderna de Fleury, y, según destacan las actas, "a Herder cuando resulte conveniente".³ ¿Pero cuál es el parámetro —preguntamos nosotros— para

³ "Actas de la Sociedad Literaria, 1842-1843", Revista Chilena de Historia y Geografía, 37, Tomo xxxIII, Santiago, 1920, 445-447).

decidir cuando resulta conveniente? Estudian a estos autores, como también a Vico —por intermedio de Michelet— y a Herder, haciendo un esfuerzo por establecer una forma de vida nacional; los analizan y estudian con una óptica específica: chilecéntricamente. Jacinto Chacón, uno de los secretarios de la Sociedad que preside Lastarria, escribe un largo poema que divide en tres partes: "La Europa", "La América" y "Chile", un poema que titula significativamente: "Historia moderna". El poema desarrolla la idea del progreso indefinido y su traslado en tiempo y espacio, desde Europa a América, para asentarse finalmente en Chile. Para los jóvenes de la Sociedad Literaria de 1842 los carriles de la historia desembocan en el país; en una nación que con la Independencia, la Soberanía, la Libertad y los "escritos luminosos" se ubicará en la senda de un país sabio y feliz. Leen e interpretan como si la historia fuese un lago y el pasado ondas concéntricas que se concitan en un punto central, que es la nueva nación. Puede afirmarse, entonces, que la conciencia ilustrada en sus vertientes republicana y liberal es abstractamente nacionalista, puesto que en su intento fundacional se define casi en la pura oposición a lo español y al pasado colonial. Se trata, en una primera etapa, de construir una identidad por negación. "Lo chileno" para estos lectores nace, entonces, como valor y como idea, antes de tener una existencia real. Es precisamente esta óptica la que explica la preeminencia de una literatura de ideas y de emancipación por sobre una literatura de imaginación, con fines propiamente estéticos. A ello se debe también un imaginario de la Independencia como corte histórico tajante, y no como la continuidad de una modernización que ya en alguna medida se había iniciado a fines de la Colonia con las reformas borbónicas.4



Francisco Bilbao y José Victorino Lastarria

⁴ Tal como ha planteado Alfredo Jocelyn-Holt en *La Independencia de Chile. Tradición y mito*, Santiago 1999.

Desde esa mentalidad lectora se irá estableciendo el canon de autores y títulos necesarios, mentalidad que alimentó a la prensa de ideas de la época y que opera ya en 1812 y 1813, en los 62 números del periódico La Aurora, periódico del que su editor y redactor principal y casi único fue Camilo Henríquez. En el prospecto del periódico en febrero de 1812, el editor señala: "La voz de la razón y de la verdad se oirán entre nosotros después del triste e insufrible silencio de tres siglos. ¡Ah!" —exclama— "en aquellos siglos de opresión, de barbarie y de tropelías, Sócrates, Platón, Tulio y Séneca hubieran sido arrastrados a las prisiones y los escritores más célebres de Inglaterra, de Francia y Alemania hubieran perecido sin misericordia entre nosotros. iSiglos de infamia y de llanto!" —clama con voz doliente el editor—. "La sabiduría y la humanidad llorará siempre sobre vuestra memoria. Oh..." —implora Camilo Henríquez— "isi la Aurora de Chile pudiese contribuir de algún modo a la ilustración de mis compatriotas!" (Henríquez: 1812a: s.p.). Por aquí y por allá el periódico destaca a varios autores de la tradición republicana clásica como Aristóteles, Cicerón y Tito Livio. A partir de estos pensadores y de la idea de comunidad republicana, Camilo Henríquez, Juan Egaña y Manuel de Salas exaltan el rol de la filosofía moral o cívica dentro de la educación pública, sustentando el valor de la razón y de la libertad como no dominación, en oposición al despotismo y a la esclavitud. Conciben también a la virtud, al vicio y a la corrupción no como faltas privadas, sino como conceptos políticos vinculados a lo público, en la medida que inciden en el ideal de autogobierno y en el funcionamiento de la república como el sistema político por excelencia (Castillo: 2003). Los autores del mundo clásico siempre son, por lo tanto, mencionados en La Aurora con valoración positiva, de modo que indirectamente se los va incorporando al canon.

Resulta interesante que explícitamente Camilo Henríquez señale la necesidad de ilustrar al pueblo, pero en español y no en latín, para el director de La Aurora es una "práctica bárbara utilizar el latín en la enseñanza" (Henríquez: 1812b: s.p.). El latín es la lengua de la Iglesia, de la escolástica, el idioma del contracanon. En el plan de estudios que propone Camilo Henríquez en La Aurora, figuran lenguas modernas como el inglés y el francés, pero no el latín. La ilustración, según Camilo Henríquez, "para hacerse popular debe dejar de enseñarse en latín porque este ejercicio no es más que un obstáculo para el conocimiento", debe enseñarse —dice— "en el idioma vernáculo" (Henríquez: 1812b: s.p.). En su discurso de inauguración de la Sociedad Literaria, Lastarria también rescata el legado del idioma castellano, la facundia, la sencillez, la majestad del estilo que está presente en los clásicos españoles, pero no su contenido al que califica de "rudo, pobre i trivial" (Lastarria: 1885: 108). Era la paradoja de tener que usar un idioma heredado de una madre, que súbitamente se transformó —como sostenía Bolívar en su Carta de Jamaica (1815)— en madrastra.

Llama la atención que un miembro de la Iglesia, cuya jerarquía fue más bien contraria a la Independencia, sostenga tales posturas e incluso haya sido el adalid de las mismas. Se trata sin embargo de un miembro de lo que la historiografía ha llamado el clero insurgente, sacerdotes como Morelos e Hidalgo en México, curas que actuaron en un contexto en que la Iglesia quedó en una situación ambigua e incluso en algunos lugares acéfala. La jerarquía, parte importante del clero y el Vaticano favorecían el Regio Patronato de la Corona, mientras que un sector minoritario al comienzo, pero creciente después, sostenía que los nuevos Estados eran los legítimos herederos de las potestades que tuvo el Rey de España durante la Colonia.⁵

Dentro de la matriz ilustrada, el republicanismo o humanismo cívico de Camilo Henríquez, Juan Egaña y Manuel de Salas tiene cierta diferencia con el liberalismo de Lastarria y de los jóvenes de 1842, diferencia que se expresa en la prensa: mientras que el primer grupo se ocupa de los derechos y de las libertades colectivas, el segundo se centra, más bien, en los derechos y en las libertades individuales.⁶ De allí que los pensadores y escritores que elijan no sean exactamente los mismos: filósofos, historiadores y pensadores del mundo grecolatino y autores como Montesquieu, Voltaire y Rousseau, en el caso de los primeros, y el liberalismo doctrinario francés y autores como Benjamin Constant, Pradt y Destutt de Tracy, pero también Montesquieu y Rousseau, en el caso de Lastarria. Cabe señalar que la primera hornada, en comparación con la de 1842, tuvo una preocupación bastante mayor por los pueblos originarios y sus derechos. Varios de los artículos de La Aurora tocan el tema araucano, y el propio Camilo Henríquez escribió utilizando el seudónimo mapuche de Patricio Curiñacu. Los criollos independentistas republicanos se consideraban herederos legítimos de los araucanos. El pensamiento republicano —tal como se infiere del primer escudo nacional (1812)— percibía en el pasado indígena su propia época clásica, concibiendo, sí, a los pueblos originarios en una perspectiva de educación y asimilación. El adjetivo "araucano" llegó a ser un modo de decir "chileno", fue, como señala Mario Góngora, "una glorificación idealizada" (Góngora: 1980: 89).

⁵ Según José Toribio Medina, de los 190 sacerdotes regulares de Santiago solo 22 fueron partidarios de la Independencia. El Vaticano solo reconoció la Independencia de Chile en 1840.

⁶ Gordon Wood denomina "humanismo cívico" al pensamiento de algunos pensadores de la Independencia de Estados Unidos (Wood: 1969: 14).



Primer Escudo Nacional (el lema superior dice: "Después de las tinieblas, la luz" y el inferior "O por consejo o por espada")

Juan Egaña publicó en 1819 sus *Cartas Pehuenches*, obra en que, imitando las *Cartas Persas* de Montesquieu, puso en boca de dos caciques mapuches la crítica a los vicios y a las virtudes en los primeros años posindependencia. Manuel de Salas, a su vez, fue quien en 1823 colocó una lápida definitiva a la institución de la esclavitud. Tratándose de estos temas, la generación de Lastarria, en cambio, fue más apegada a la dicotomía sarmientina de civilización y barbarie. Cabe señalar, sin embargo, que a pesar de esta diferencia, reconocían y valoraban el hecho de que en 1810 la primera hornada de patriotas haya proclamado a la República como la expresión institucional más adecuada para la nueva nación, en circunstancias en que en Europa Napoleón se estaba coronando y parte importante de la opinión pública o era monárquica o percibía a esa institución como una de las más favorables para un buen gobierno.

Otros autores que destaca Camilo Henríquez en *La Aurora* son dos de los historiadores más censurados por el aparato colonial del siglo xvIII español. Se trata de Guillaume Raynal, ex sacerdote jesuita, pensador de la Ilustración y la Revolución Francesa, autor de una *Historia Filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos con las dos Indias* (1770), obra abundante en apasionados ataques al régimen colonial español y en proclamas filosófico-revolucionarias, pero obra menor desde el punto de vista histórico, según Diego Barros Arana (2000). Se trata también del historiador escocés William Robertson y de su *Historia de América*, publicada en 1792. Obra muy valorada por la *intelligentzia* europea de la época por lo bien fundado de su estilo crítico. La saña que en Carlos III y sus ministros provocaban estos dos libros era tal, que mandó escribir dos obras análogas pero por autores españoles y desde el punto de vista de la metrópolis. Probablemente fue el encono de la península hacia estos libros el factor que les abrió el paso al canon de lo que había que leer. El progreso consiste —pensaba Francisco Bilbao— en

desespañolizarse. Una vez más comprobamos que las obras que se destacan en *La Aurora* corresponden a la literatura de ideas en una perspectiva de emancipación, y no a la literatura de ficción, o a las "bellas letras", como se la llamaba entonces. Cabe señalar que *La Aurora* como periódico no fue un diario en el sentido contemporáneo; en sus 62 números casi no hay crónica ni actualidad, pero sí se instala con ella un espacio público moderno, muy distinto a los espacios de convocatoria de la Colonia: a los pregones, a las campanas de la Iglesia o al púlpito.



Grupo de intelectuales, siglo xix. Diego Barros Arana, sentado, tercero de izquierda a derecha

El único libro que se menciona reiteradas veces en *La Aurora*, y que se vincula a las "bellas letras", y que Camilo Henríquez destaca como imprescindible para el estudio del arte de escribir, es la obra del clérigo escocés Hugo Blair *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras* (publicada en inglés en 1783). Según Henríquez "la obra más profunda y mejor escrita que conocemos sobre esta materia". Hay evidencia de que un compendio de esta obra tuvo un uso docente significativo en el Instituto Nacional de Santiago. La obra de Blair se proponía sustituir en el uso del idioma la retórica artificial y la escolástica por los principios de la razón y del juicio. Blair tenía como parámetros del buen decir y del uso de la lengua y de la composición, la sencillez, el sentido común, la claridad y la exactitud. Su obra recomienda atender más a la sustancia que a los ornatos y a la ostentación, critica, por lo tanto, al lenguaje y a la sintaxis barroca. En la advertencia del *Compendio* que circuló en Chile se señala que el aprecio con que se leía la obra de Blair, es prueba de que los "lectores prefieren las ideas sanas a las áridas nomenclaturas, la filosofía

⁷ La Aurora de Chile, Santiago, 25 de junio, 1812, s/p.

luminosa a los sistemas escolásticos y el gusto depurado a la indigesta erudición" (Blair: 1816: 3). Todo lo que atacaba Blair tenía un correlato para la elite ilustrada de las primeras décadas post-independencia. Algunas de las disquisiciones que se realizaron en el seno de la Universidad de San Felipe a fines del siglo xvIII, volvían a hacerse presente: por ejemplo, aquella en que un catedrático de esa universidad argumentó en un tratado que el uso de los vestidos de cola debía imputarse a pecado mortal. Mientras que el rector escribió otro sobre el mismo tema, para demostrar —con argumentos basados en la opinión de los Santos Padres— que el uso de los vestidos de cola no podía imputarse a pecado mortal, pues Santa Rosa los había usado y en la Corte Celestial tenían por Santo Patrono a un tal San Bernardino de Siena que también los había usado, todo esto con un lenguaje enrevesado, pleno de retórica escolástica.

Cabe señalar sin embargo que a Camilo Henríquez y a los ilustrados republicanos les importaba sobre todo la palabra escrita y la cultura letrada, no en función de las "bellas letras", sino en su potencial para el avance de propósitos políticos y culturales, como instrumento para la participación ciudadana en un sistema político y representativo. De ahí también que abogaran insistentemente en la necesidad de "ilustrar y educar al pueblo". La idea de una república, universal en sus principios y abstracta en sus vínculos —vía la constitución y las leyes— solo era posible a través de la escritura y de una cultura letrada (Serrano y Jaksic: 2000). Quien sí se preocupó desde su llegada a Chile de las "bellas letras" fue Andrés Bello. Recién llegado al país, en *El Araucano*, Bello comentó y propuso modelos poéticos afines a la poesía cívica de corte neoclásico, e integró también al canon de la literatura chilena nada menos que a *La Araucana* de Ercilla, leyéndola —en artículo de 1841— como una épica fundante de la nación, como "nuestra Eneida" (Bello: 1841: 34).

En la generación de 1810, además de la literatura de ideas, que el editor de *La Aurora* engloba en la categoría de filosofía civil, se mencionan también otros "libros útiles", libros que merecen ser importados y leídos. Según Camilo Henríquez, "uno de los muchos modos con que el comercio promueve y favorece la literatura" —repárese en el uso del concepto de literatura— "es la introducción de libros científicos y generalmente útiles. Harán pues un gran servicio a la patria" —dice— "los comerciantes que hagan venir tantas obras preciosas". También señala la necesidad de importar diccionarios y gramáticas del idioma inglés: recordemos que para Camilo Henríquez más que la Francia de Napoleón, era Estados Unidos el modelo republicano por excelencia, en sus palabras: de "un país industrioso y culto" en el que "todos leen, todos piensan y todos hablan con libertad" (Henríquez, citado en

⁸ Ibíd., 19 de marzo, 1812, s/p.

Hernández: 1930: 73), valoración curiosa, considerando que en varios Estados de esa nación todavía operaba la esclavitud y la población negra estaba excluida de los logros del país. En la prefiguración del canon de libros que hay que leer, Camilo Henríquez asume, entonces, la voz de una conciencia nacional; no se trata de un canon personal, sino de un canon que debe ser accesible, que debe ser parte del canon educativo y, por lo tanto, un canon que debiera ser oficial en la perspectiva de preparar un "porvenir feliz" para la nueva nación chilena.

Otra vía de constitución del canon en los años posteriores a la Independencia son las traducciones. Traducir implica una elección y un ejercicio profundo de lectura intercultural. Ante la ausencia de crítica, el proceso de traducción era un mecanismo más o menos directo para ampliar el canon. La primera publicación de una obra traducida data de 1820; se trata de El Diccionario portátil filosófico-político-moral. Obra útil y provechosa a las personas de cualesquiera opinión política que aspiren a figurar en el mundo por principios de una educación "a la dernière", obra que fue publicada en la "Imprenta" —como dice el facsimilar— "de los ciudadanos Valles y Vilugron". Se trata de una obrita de pocas páginas, de autor anónimo, que se firma con el seudónimo de Barón de Bribonet, texto inspirado en el Diccionario filosófico portátil (1764) de Voltaire. El texto está precedido de una "Advertencia (s) del traductor, con honores de prólogo", en que el autor anónimo señala "Téngola por producción original, que se ha querido disfrazar con las apariencias de una traducción" (Bribonet: 1820: s/p). Traducción o seudotraducción, lo importante es que se basa en la obra de Voltaire, autor que no solo fue censurado y prohibido durante la Colonia, sino también en el interregno del ministro Portales; autor que fue un modelo para los ilustrados chilenos de cuño republicano y liberal. Antes, en 1828, durante el gobierno del general Francisco Antonio Pinto —a quien un historiador llamó filósofo con espada⁹—, en la entrega de Premios del Instituto Nacional, el presidente Pinto le obsequió a un alumno destacado las *Obras Completas* de Voltaire.

En cuanto a traducciones, el propio Camilo Henríquez tradujo del inglés un discurso del poeta John Milton sobre la libertad de prensa, pronunciado en el Parlamento de Inglaterra, texto que publicó en *La Aurora*. Otra traducción que se publicó en 1825 fue el *Compendio de las lecciones sobre la retórica y las bellas letras*, de Hugo Blair, al que ya nos hemos referido. Otro título fue *La conciencia de un niño*, obra traducida del francés por Domingo Faustino Sarmiento y publicada en 1844 "para el uso de las escuelas primarias" (como dice la portadilla). Solo en 1844 se traducen y publican obras de ficción propiamente tal: una novela de Balzac y dos de Eugenio Sue (*La tremielga*,

⁹ Se trata del historiador y ensayista Alberto Edwards.

El judío errante y Los misterios de París) (Medina: 2007). En definitiva, entre 1820 y 1845, la mayoría de las obras traducidas corresponden a lo que llamamos literatura de ideas y solo unas pocas, muy pocas, a lo que se consideraba entonces "bellas letras".

En Camilo Henríquez y *La Aurora* se encuentran, como hemos señalado latamente, diversas respuestas a la pregunta ¿qué leer?, respuestas que responden a las preconcepciones ideológico-políticas de una mentalidad ilustrada de cuño republicano, supuestos que son también en gran medida compartidos por la generación de 1842. De allí que hablemos de prácticas lectoras y de una comunidad de interpretación comunes. El canon de la literatura de la Independencia, que responde a la pregunta ¿qué leer?, está conformado, entonces, para esta comunidad, por algunos de los autores más destacados de la antigüedad clásica, por pensadores ilustrados como Voltaire, Rousseau y Montesquieu, entre otros, por autores del liberalismo doctrinario francés, también por autores del contracanon de la España colonial y por "libros útiles", sean científicos o diccionarios.

La generación de 1810 no se hace sin embargo la pregunta de ¿qué escribir?, de hecho, en un número de La Aurora Camilo Henríquez se interroga: "¿De qué sirve escribir si no hay quien lea?" (Henríquez: 1812a: 4). Una situación muy distinta ocurre con los miembros de la generación de 1842. Comparten el uso enciclopédico y no restrictivo del concepto de literatura, pero también les preocupa y mucho el destino de las "bellas letras". Un segmento significativo del discurso de Lastarria en la inauguración de la Sociedad Literaria está destinado a reflexionar sobre las características que debe tener la literatura de imaginación en Chile y sobre todo la necesidad de crear una literatura propia que no sea una simple imitación del modelo europeo. Reconoce y valora la literatura francesa "De San Petersburgo a Cádiz" —dice— "no se leen mas que libros franceses: ellos inspiran el mundo" (Lastarria: 1885: 109). "Debo deciros, pues, que leais los escritos de los autores franceses de mas nota en el dia" —se refiere sin duda al romanticismo social—; pero añade una advertencia: "no para que los copieis i trasladeis sin tino a nuestras obras, sino para que aprendais de ellos a pensar, para que os empapeis en ese colorido filosófico que caracteriza a su literatura" (1885: 112). Lastarria propicia una literatura que, rescatando del legado español solo el don de la lengua, se independice frente a los valores hispánicos, una literatura que se inspire en lo propio, en la historia patria, en las peculiaridades sociales, en el paisaje y en la naturaleza americana, una literatura que sea —dice— "la expresion auténtica de nuestra nacionalidad" (Lastarria: 1885: 113). Propone también una literatura edificante: escribir para el pueblo, combatir los vicios y realzar las virtudes. Los miembros de la Sociedad Literaria se sienten, entonces, responsables de una tarea tanto o más importante que la de los padres de la Patria; se trata de completar la Independencia política con la Independencia cultural; de la fundación de la nación y, simultáneamente, de la fundación de su literatura.

Hasta aquí nos hemos movido en el plano de las ideas, del deber ser, en el ámbito de un constructivismo utópico de cuño ilustrado. ¿Pero qué pasaba en la realidad real con los libros y la lectura? ¿Con la educación? ¿Con la Biblioteca Nacional? ¿Con la república de facto? Fuente importante son los testimonios de los viajeros, de personajes como John Miers, el botánico e ingeniero inglés que visitó Chile e Hispanoamérica entre 1818 y 1819; o de Alexander Caldcleuhg, que estuvo en el país en los mismos años que Miers; o de María Graham, la escritora y viajera británica que llegó a Valparaíso en 1822.

John Miers, refiriéndose al conocimiento y manejo del español en la sociedad chilena de la época, observa que "el idioma practicado usualmente entre los chilenos está lejos del límpido castellano", luego de señalar que el idioma español es uno de los de mayor riqueza léxica y expresiva entre las lenguas modernas, Miers nos dice que "el de los chilenos" en cambio "[...] es pobre y ramplón, agudizado por una intolerable pronunciación nasal y una carencia de vocabulario escasamente suficiente para expresar sus limitadas ideas" (Miers, citado en Piwonka: 2009: 180). "Algunos con quienes me he reunido" —agrega luego— "no tienen remota idea de geografía, o incluso de la topografía de su propio país; son ignorantes sobre la ubicación relativa de los diferentes Estados de América hispana, como lo son también respecto a otras partes del mundo. Muchos, entre las personas más cultas de las clases acomodadas, me han inquirido si Inglaterra está en Londres, o si Londres en Inglaterra, o si la India cerca de ella, y otras preguntas similares. He encontrado la misma ignorancia entre letrados y doctores sabios de la ley. Puede decirse que la formación cultural (humanista) existe escasamente entre ellos" (2009: 180).



John Miers

Respecto a la educación, le llama poderosamente la atención que al mejor colegio de Santiago, con capacidad para más de 300, solo llegan 120 alumnos. Se refiere a la Academia San Luis, heredera del Convictorio Carolingio de los jesuitas, a la que acudían los hijos de los hacendados y de los comerciantes más poderosos. Refiriéndose al Instituto Nacional de Santiago, señala que allí "se enseña gramática, latín y aritmética; se inician en los principios de la teología y la filosofía; la aritmética se lleva escasamente más allá de la instrucción en las cuatro reglas elementales; y la filosofía enseñada... no es más que una serie de dogmas ininteligibles e inútiles".

Respecto a la lectura y los libros, su testimonio es lapidario: "El egoísmo y petulancia de los chilenos" —dice— "es proporcional a su ignorancia", "es un orgullo no requerir del conocimiento de libros; de hecho tienen escasamente algunos y en ocasiones no pueden soportar el problema de leer aquellos que poseen" (2009: 181). Se está refiriendo a la elite letrada y a los patriarcas de la oligarquía local. "Recuerdo" —agrega— "que el Presidente del Senado, un hombre respetado por sus compatriotas, una voz autorizada y escuchada, alardeaba de no haber examinado un libro durante 30 años, y otro funcionario principal del Gobierno, quien se jacta de ser un hombre culto y erudito, con inmodestia similar insinúa que para él el conocimiento extraído de los libros resulta innecesario. Por consiguiente" —concluye— "los libros son entre ellos muy escasos" (2009: 181).

Como extranjero que traía libros entre sus pertenencias, su testimonio con respecto a la censura es elocuente:

ningún libro era permitido sin estar visado por algún funcionario de la aduana, ni inclusive enviarse de Valparaíso a Santiago sin el examen más estricto, con el propósito de prevenir la introducción de cualquier trabajo que tendiese al [...] conocimiento herético [...] se ordenó que cada libro ofensivo fuera destruido. Estas prohibiciones, señala finalmente, solo afectan a los extranjeros, puesto que, como los chilenos no tienen ningún placer en leer, no vale la pena importar libros, ya que no producen utilidades (2009: 181-182).

Podría pensarse que se trata —en el caso del ingeniero y botánico inglés—de un testimonio sesgado, debido a que fracasó en sus proyectos mineros. Hay, sin embargo, otros testimonios que corroboran lo señalado por Miers. La viajera y escritora inglesa María Graham donó a la Biblioteca Nacional en 1823, cuando abandonó el país, una cantidad importante de libros, que quedaron apilados y solo muchos años después fueron incorporados a la colección de la Biblioteca. La donante ni siquiera recibió una nota de agradecimiento (Piwonka: 2009). Alexander Caldcleugh, viajero inglés que estuvo

en Chile en los mismos años que Miers, aunque menciona algunas bibliotecas particulares de importancia como la de Manuel de Salas, ratifica —con tintas más moderadas— algunas de las observaciones de Miers. Andrés Bello, en 1829, recién llegado al país, en carta que da cuenta de sus primeras impresiones sobre la vida cultural, expresa "cierto desencanto": "la poesía no tiene aquí muchos admiradores" y "El Mercurio chileno" —periódico que califica de excelente—, "no tiene quizás sesenta lectores en todo el territorio de la República" (Bello, citado en Mellafe: 1992: s/p). Vicuña Mackenna se quejó más de una vez en la prensa debido a que los libros se vendían en Santiago en almacenes, entre papas, sebo, géneros y aceite, lo que era una afrenta para una mentalidad ilustrada.

Salta a la vista, a partir de estos testimonios, la disparidad entre, por una parte, la situación de la cultura letrada en los años posteriores a la Independencia, y, por otra, el ánimo y las preconcepciones de la comunidad de lectores ilustrados en sus alcances utópicos y constructivistas, con propuestas de un canon para la nueva nación. Se hace visible la conjunción de un pensamiento moderno con una sociedad arcaica, el desfase que media entre el proyecto de modernización republicano y liberal y la realidad cultural existente. Se trata de una disociación que abre un viejo tema de la elite en América Latina, el de la pugna entre los hombres montados a caballo en ideas y los hombres montados a caballo en la realidad. Contienda que, como ha señalado Elias Palti, no se trata de la oposición entre ideas y realidad, sino entre dos discursos opuestos o entre visiones diversas de la realidad (Palti: 2007).

Desde antes de la Independencia y durante todo el siglo xix esta polaridad fue abordada por políticos e intelectuales hispanoamericanos, y lo fue básicamente en torno a tres órdenes de argumentos que se hicieron presentes en la prensa, en la correspondencia y en la historiografía de la época: la postura "autoritaria", que se opone a todo cambio que altere el status quo y las condiciones orgánicas de la vida socioeconómica (a las que, por ende, congela); postura que expresa bien una carta que escribió Diego Portales desde Lima a su socio José Manuel Cea, en 1822: "La democracia que tanto pregonan las luces, es" —le decía— "un absurdo en países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud [...] para establecer una verdadera república". ¹⁰ Señala luego el tipo de gobierno que hay que adoptar: "un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden [...]". La segunda es una postura de "mediación" y de posibilismo, que busca establecer puentes y regular la temperatura ideológica de las ideas políticas modernas: por ejemplo, Simón Bolívar en su Carta de

¹⁰ Ideas y confesiones de Portales, Santiago, Editorial del Pacífico, 1954.

Jamaica, de 1815, aboga persuasivamente no por la adopción ipso facto de una forma de gobierno acorde a las ideas modernas, ni por una que petrifique lo existente, sino por la que fuese más posible de acuerdo a la acomodación de los ideales republicanos con la realidad geográfica, social y política de ese momento. También Andrés Bello ejerció una mediación de esta índole con respecto a las ideas y al quehacer intelectual de la generación de 1842, permitiendo la continuidad del pensamiento de los jóvenes liberales en un contexto portaliano que les era adverso. En su magisterio intelectual Bello colaboró a borrar las diferencias causadas por la Independencia y por las sucesivas confrontaciones entre liberales y conservadores, al comienzo y al final del gobierno de Montt (Mizón: 2001). ¹¹ La tercera postura es la de aquellos que se instalan de modo "intransigente" en las ideas y doctrinas modernas, postura que encarna José Victorino Lastarria, cuando fustiga las concesiones doctrinarias, la política que él llama "de la madre rusa", de esa madre que sorprendida en las estepas por una manada de lobos fue arrojando a sus pequeños, uno tras otro, tratando inútilmente de saciar a los lobos, hasta que cayó ella misma devorada: "Esa es la política" —decía— "de los sacrificios inútiles [...] No, no debemos abandonar nunca la lógica y la integridad de las doctrinas" (Lastarria, citado en Orrego Luco: 1917: 12). En definitiva: ¡Que se salve la libertad... aunque perezca el mundo!

Si bien las "bellas letras" no son un mero reflejo de las alternativas del pensamiento, la independencia de la literatura nacional se irá construyendo a la par de esta dialéctica entre las ideas y la sociedad. Desde las fricciones, flujos e intersticios entre lo moderno y lo arcaico, y de los sustratos sociales e ideológicos que nutren y sustentan estas refriegas, se irá conformando el imaginario literario de Alberto Blest Gana, la figura más destacada de la literatura chilena del siglo xix. Piénsese, por ejemplo, en su obra *Martín Rivas* (1862), en las figuras de Don Dámaso Encina (que representa el sustrato convencional hispano católico), en el personaje Martín Rivas (que es la figura de la mediación en la perspectiva de la construcción de la nación), y en Rafael San Luis (que encarna la voz de la intransigencia liberal y romántica).

¹¹ Aunque Mizón no menciona a Bello, plantea que esta borradura fue funcional a los intereses de la clase dirigente.

Bibliografía

- Agamben, Giorgo (2001), *Infancia e historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- Barros Arana, Diego (2000), *Historia General de Chile*. Tomo VII. Santiago, Editorial Universitaria.
- Bello, Andrés (1841), El Araucano, Santiago, 34.
- Blair, Hugo (1783), Lecciones sobre la retórica y las bellas letras.
- (1816), Compendio de las lecciones sobre la retórica y bellas letras de Hugo Blair, Traducción de José Luis Munárriz, Madrid, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. http://www.cervantesvirtual.com.
- Bolívar, Simón (1815), Carta de Jamaica. En Simón Bolívar. Historia Contemporánea Venezolana, Santillana, Madrid, 2003.
- Bribonet, Barón de (1820), El Diccionario portátil filosófico-político-moral. Obra útil y provechosa a las personas de cualesquiera opinión política que aspiren a figurar en el mundo por principios de una educación "a la dernière", Santiago, Imprenta de los ciudadanos Valles y Vilugron.
- Castillo, Vasco (2003), "Camilo Henríquez: del amor a la patria, a la libertad política. Una lectura de su pensamiento político en clave republicana". En *Revista Mapocho*, 54, pp. 33-53.
- Chartier, Roger (2002), El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural, Barcelona, Gedisa.
- Góngora, Mario (1980), Estudios de historia de las ideas y de la historia social, Valparaíso, Universitarias de Valparaíso.
- Henríquez, Camilo (1812a), "De la influencia de los escritos luminosos sobre la suerte de la humanidad". En *La Aurora*, 7 de mayo de 1812, Santiago, s/p.
- (1812b), "Es preciso ilustrar al pueblo". En *La Aurora*, 7 de mayo de 1812, s/p.
- Hernández, Roberto (1930), Los primeros pasos del arte tipográfico en Chile y especialmente en Valparaíso. Camilo Henríquez y la publicación de La Aurora en Chile, Valparaíso, Victoria.
- Jocelyn-Holt, Alfredo (1999), *La Independencia de Chile. Tradición, modernización y mito*, Santiago, Planeta/Ariel.
- Lastarria, José Victorino (1885), "Noticia de la Sociedad. Discurso inaugural". En Recuerdos literarios. Datos para la historia literaria de la América Española i del progreso intelectual en Chile, Santiago, Librería de M. Servat, pp. 95-115.
- Mannheim, Karl (2004), *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Martínez, Melchor (1847), Memoria histórica sobre la Revolución en Chile. Desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814. Escrita de orden del Rei, Valparaíso, Imprenta Europea.

- Mellafe, Rolando et al. (1992), *Historia de la Universidad de Chile*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile.
- Medina, José Toribio (2007), *Biblioteca Chilena de Traductores (1820-1924)*, Ed. de Gertrudis Payas, Edición corregida y aumentada con estudio preliminar, Santiago, DIBAM.
- Miers, John (1826), *Travels in Chile and La Plata*, Londres. Traducción en Piwonka, Gonzalo (2009), "John Miers (1789-1879), viajero crítico de los chilenos en los comienzos de la República". En *Cuadernos de Historia*, 30, U. de Chile, marzo, pp. 149-191.
- Mizón, Luis (2001), Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena, Santiago, Editorial Universitaria.
- Munarriz, José Luis (1815), Compendio de las lecciones sobre la retórica y bellas letras de Hugo Blair, Madrid, Editorial.
- Orrego Luco, Augusto (1917), "Don Victorino Lastarria, impresiones y recuerdos". En *Revista Chilena*, 1, 1, Santiago, pp. 10-22.
- Palma, Ricardo (1897), *Anales de la Inquisición en Lima*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fé.
- Palti, Elias (2007), El tiempo de la política, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Poblete, Juan (2003), Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autorales, Santiago, Cuarto Propio.
- Raynal, Guillaume (1770), Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos con las dos Indias, 8 tomos s/f.
- Robertson, William (1792), *Historia de América*. Publicada en inglés en 1777 en Dublín, Irlanda.
- Savater, Fernando (1995), Diccionario Filosófico, Barcelona, Planeta.
- Serrano, Sol; Jaksic, Iván (2000), "El poder de las palabras: la Iglesia y el Estado Liberal ante la difusión de la escritura en el Chile del Siglo XIX". En *Historia*, 33, pp. 435-460.
- Serrano, Sol (1994), "Rol histórico de los intelectuales en Chile". En *Proposiciones*, 24, pp. 164-168.
- Voltaire (1764), en Diccionario filosófico portátil. En Fernando Savater, op.cit.
- Wood, Gordon (1969), *The creation of the American Republic*, University of North Carolina Press.



BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE (APORTES A SU HISTORIA)*

Justo Alarcón Reyes**



Imagen de la Biblioteca Nacional, casi terminada, perteneciente al Archivo Fotográfico de la Biblioteca Nacional (donación de Federico Gredig, descendiente del dueño de la empresa que edificó la cúpula central de la fachada, por Avenida Bernardo O'Higgins).

EL "PALACIO DE LOS LIBROS" ABRE SUS PUERTAS Y NACE LA DIBAM (DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS)

Primeros pasos

La Biblioteca Nacional de Chile se encuentra ubicada en Alameda Bernardo O'Higgins esquina MacIver. Su construcción se realizó durante el período de Carlos Silva Cruz (1910-1927) y el traslado de sus colecciones desde el antiguo local, situado en Compañía esquina Bandera, concluyó durante el período de Eduardo Barrios (1927-1931).

^{*} Este artículo constituye el primer capítulo de un trabajo más amplio, que el autor espera poder publicar como un homenaje a la Biblioteca Nacional. La obra está compuesta por tres capítulos que se extienden entre 1910 y 1990, con Biografías, Anexos, Cronología e Índice Onomástico.

^{**} Investigador. Ex funcionario de la Biblioteca Nacional.



Edificio de la Biblioteca Nacional, recién construido, visto desde la calle Las Claras (actualmente, MacIver). En: *Memoria de la Dirección de Obras Públicas*.

Correspondiente al año 1923, imprenta Fiscal de la Penitenciaría de Santiago, 1924.

Nótese el profundo foso que impedía que los extraños pudieran ingresar a las bodegas u oficinas, a través de las ventanas que daban a la calle MacIver.

El presente trabajo contiene algunos antecedentes sobre la construcción del edificio, el período de Carlos Silva Cruz, director de la Biblioteca Nacional entre 1910 y 1927 y el de Eduardo Barrios, director de la Biblioteca Nacional entre 1927 y 1931.

El centenario de la Independencia contempló, entre otras cosas, un ambicioso proyecto que procuraba remodelar arquitectónicamente el centro de Santiago. En ese lapso, se edificó el Palacio de Bellas Artes, la Estación Mapocho, el Palacio de los Tribunales, el edificio Krauss frente a la Plaza de Armas (ya demolido) y el de Gath y Chaves, en calle Huérfanos con Estado ("arrasado por la picota en 1954", según Leopoldo Castedo). Es bastante sabido que poco tiempo después de esta transformación, en 1913, comenzó a construirse el actual edificio de la Biblioteca Nacional, cuando la institución cumplió su centenario. El propósito inicial era abrirla al público diez años después, en agosto de 1923. Esa es la historia que contaremos a continuación.

Es muy probable que no se sepa que en la generación del proyecto colaboraron muy intensamente tres directores de la Biblioteca: Luis Montt Montt, y Ramón Laval junto a Carlos Silva Cruz. Luis Montt cumplió la delicada y difícil misión de posicionar entre las autoridades, en los medios de comunicación y en la misma opinión pública, la idea de que —ante la dramática falta de espacio de la Biblioteca y su recinto ya muy deteriorado, lo cual lo hacía absolutamente inadecuado— era imprescindible construir un edificio monumental especialmente diseñado para ello.

Ahora puede parecer curioso, pero en las deliberaciones iniciales, hubo personas que propusieron, con absoluta seriedad, que los libros se encajonaran para evitar un gasto tan grande a la nación.

Esta ocupación le llevó años de esfuerzo a Montt, los que fructificaron el 13 de marzo de 1907 cuando consiguió que se promulgara un decreto firmado por el presidente Pedro Montt y su ministro de Justicia e Instrucción Pública, Óscar Viel, quienes designaron además la primera comisión encargada de elegir un terreno para edificar la nueva Biblioteca. El resultado de este estudio fue sugerir su instalación en "la extensa manzana que ocupó la antigua Escuela Normal de Preceptores, por su [privilegiada] situación en las calles de la Catedral, Chacabuco, Compañía y Matucana, todas cruzadas por tranvías". Por fortuna, tal proposición fue prontamente desechada por considerarse dicho lugar muy alejado del centro de la ciudad. Desgraciadamente, Luis Montt falleció el 25 de noviembre de 1909, sin haber podido disfrutar la realización de esta idea. Por esta causa, correspondió a Ramón Laval, director interino desde la muerte de Montt, elegir y adquirir el terreno donde se instalaría la Biblioteca y defenderlo, con no pocas dificultades, de las aspiraciones de otros organismos que también padecían dificultades de espacio.

Se consideraron varias posibilidades: trasladar el Mercado Central, ubicado en Mapocho, para edificar allí la nueva Biblioteca; o instalarla en el sector oriente del Parque Forestal, donde había habido una laguna, como proponía una comisión que aseguraba que el panorama del entorno (la cordillera, el cerro Santa Lucía y el cerro San Cristóbal) favorecerían al establecimiento. En algún momento, también se propuso edificar en los terrenos que ocupaban los padres Agustinos, en Alameda entre Almirante Barroso y Cienfuegos. Finalmente, el Estado optó por adquirir los terrenos donde se encontraba la iglesia y el convento de las Monjas Claras, ubicado entre las calles Alameda, MacIver, Moneda y Miraflores, donde se yergue la Biblioteca en la actualidad.





Colección del Archivo Fotográfico del Museo Histórico Nacional (*Revista Chilena de Historia Natural* N°. 6, año xvII, Santiago, jul.–dic., 1913, p. 27).





Santiago Monumental. Santiago, Imp. New York, 1918, p. 33 (gentileza de la Biblioteca del Padre Alfonso Escudero, Convento de San Agustín).

I. Administración de Carlos Silva Cruz, 1910-1927



Revista Zig-Zag, N°. 443, Santiago, 16 agosto, 1913, p. 37.

Carlos Silva Cruz había estudiado Derecho en la Universidad de Chile y había sido profesor de castellano en el Instituto Nacional. En 1910, era funcionario del Ministerio de Instrucción Pública, donde llegó a ser subsecretario. En un viaje a Estados Unidos, estudió en profundidad la situación bibliotecológica de ese país. En junio, se encontraba en comisión de servicio en Buenos Aires, de regreso de un segundo viaje a Estados Unidos, cuando Emiliano Figueroa, ministro de Instrucción Pública de Chile, lo llamó por teléfono para comunicarle que había sido nombrado director de la Biblioteca Nacional. Pese a sus aprensiones por tener que reemplazar a un gran director como Luis Montt, aceptó la oferta, y tuvo el acierto de dejar como subdirector a Ramón Laval.



Revista Pacífico Magazine, N°. 59, Santiago, nov., 1917, p. 489.

Programa del nuevo director

Ya en agosto el director envía un oficio al ministro de Instrucción Pública, que puede ser considerado como un verdadero plan de trabajo. En él define sus ideas acerca de la Biblioteca Nacional. En primer lugar, plantea que la Biblioteca, además de ser la guardiana de la tradición literaria y depósito de las riquezas bibliográficas y científicas, debe tomar parte activa en el movimiento cultural moderno y "constituir un elemento de influencia positiva y eficaz en la cultura del país". Además, le corresponde fomentar el gusto por la lectura, por ejemplo, a través de conferencias atrayentes y resúmenes bibliográficos de la mejor producción intelectual. Considera también que la segunda prioridad en una biblioteca moderna es mantenerse al día respecto de la producción bibliográfica.

Opina que la Biblioteca puede ejercer notable influencia cultural, si pone al alcance de los investigadores toda su potencialidad bibliográfica. El nuevo director desea imitar a las bibliotecas extranjeras, que disponen de seminarios, gabinetes o salas especiales para que los investigadores tengan todas las facilidades de trabajo que sea posible entregarles. También pretende instalar salas especiales para niños, con fondos selectos y atractivas publicaciones apropiadas para ellos. No desperdicia la oportunidad para dejar constancia de la insuficiencia del ítem presupuestario para la adquisición de libros y revistas extranjeros. La tercera necesidad en una biblioteca es la encuadernación de sus libros. El libro "a la rústica", dice, está destinado a perecer en breve plazo. De paso, calcula que en la Biblioteca Nacional existen unos 5 mil libros sin empastar.

Silva Cruz sostiene que la base fundamental de una biblioteca es una buena catalogación, que permita llegar al libro en cualquier momento, en forma expedita y rápida. Afirma que los catálogos en fichas movibles son los únicos que pueden mantenerse estrictamente al día siendo, en cada momento, reflejo fiel de la existencia de la biblioteca. Pero como el catálogo en fichas es único y no puede moverse de la Biblioteca, es necesario, además, que publique catálogos impresos, que puedan circular y multiplicarse.

Finalmente, estima que, para que una biblioteca pueda realizar en buenas condiciones su obra de difusión, requiere de un local acogedor, aseado, cómodo y en lo posible atrayente, condiciones que no cumple en absoluto el local de calle Compañía esquina Bandera. Dada la transitoriedad de este local que ocupa, propone que se priorice la adquisición de muebles, estanterías, lámparas y demás elementos transportables.

PRIMERAS REALIZACIONES

Un informe enviado en octubre al ministro amplía los planteamientos de Silva Cruz, aprovechando la experiencia adquirida en esos meses. La nueva dirección acondicionó el salón de lectura, mejorando su iluminación nocturna; aumentó las estanterías para ordenar 3 o 4 mil volúmenes que estaban arrumbados; activó la encuadernación; comenzó la catalogación en fichas de la colección; abrió un registro donde el público solicita libros que la Biblioteca no tiene y preparó una encuesta para los especialistas más distinguidos en las diversas ramas del conocimiento, con la finalidad de que indiquen los libros más representativos en su materia para que la Biblioteca los adquiera.

Por otra parte, se avanza aceleradamente en la preparación de originales para poner al día el *Anuario de la Prensa Chilena*, con la finalidad de que el próximo año se publiquen los correspondientes a 1904, 1905 y 1906, y en el siguiente, los años restantes; se han agregado resúmenes bibliográficos en el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, describiendo las publicaciones más notables recibidas durante el mes y se está preparando la publicación del Catálogo de la sección Lectura a Domicilio.

El informe hace presente que toda esa actividad ha significado un recargo considerable en la labor del personal que ha respondido con entusiasmo y cooperación. A continuación, alude a la clara postergación económica que este personal presenta frente a otros sectores de la administración pública que tienen funciones similares. Esta inferioridad económica dificulta los propósitos de mejoramiento y ampliación de los servicios. Por este motivo, propone al ministro conceder un aumento generalizado en los "Gastos fijos" de remuneraciones de la Biblioteca Nacional, así como la creación de nuevos cargos en sus plantas.

Es posible advertir que casi todos los planteamientos hechos por el director Silva Cruz en los primeros meses de su administración coinciden, con mayor o menor énfasis, con los hechos por casi todos los directores de la Biblioteca en el siglo xx.

Por otra parte, en enero de 1911, nació en la Biblioteca Nacional, por iniciativa de Ramón Laval, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, una de las más prestigiosas, antiguas e importantes instituciones culturales del país. Dicha Sociedad inició, ese mismo año, la publicación de su órgano oficial: la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, de gran importancia tanto en el país como en el extranjero.



En enero de 1912, se produce la donación de la biblioteca particular de Nicolás Palacios a la Biblioteca Nacional, cuyo detalle se encuentra en el N°. 83 del *Boletín de la Biblioteca Nacional*. El lunes 13 de febrero de ese mismo año, el país celebra el centenario de la publicación de la *Aurora de Chile*. La Biblioteca Nacional inaugura una exposición conmemorativa el 13 de febrero, a las 14 horas de ese día, en un acto en que destaca la presencia del presidente de la República, Ramón Barros Luco, acompañado por su ministro de Instrucción, Arturo del Río. La exposición permanece abierta hasta el 13 de abril. El "Catálogo Retrospectivo de la Prensa Chilena", título de la mencionada exposición, consta de 636 fichas y se encuentra en la *Revista de la Biblioteca Nacional* (que es el nombre que se le dio a los últimos números del *Boletín de la Biblioteca*) N°. 84 (pp. 110-132).



Boletín de la Biblioteca Nacional N°. 84, Santiago, febrero de 1912, página sin número, frente a la p. 110.

La Oficina Bibliográfica Chilena

En marzo de 1912, para satisfacer la constante demanda de información bibliográfica por parte del público, el nuevo director creó la Oficina Bibliográfica Chilena a cuya cabeza puso a Emilio Vaïsse. Allí tuvo la colaboración de importantes intelectuales chilenos: Benjamín Oviedo (autor del libro *Masonería en Chile*), Julio Arriagada Herrera y Félix Nieto del Río, quien después ingresó al servicio diplomático, llegando a ser embajador de Chile en Estados Unidos.



Emilio Vaïsse y su secretario, Benjamín Oviedo. (Gentileza del señor Emilio Oviedo, hijo de Benjamín).



Julio Arriagada Herrera. En *El Nuevo Sucesos* Nº. 1581, Santiago, 8 nov., 1934, p. 16.



Sucesos Nº. 1278, Valparaíso, 24 marzo, 1927, p. 29.

Guillermo Feliú Cruz afirma en uno de sus numerosos trabajos que "allí, con gran paciencia, con espíritu acucioso, con ojo muy certero, fue acumulando todo libro, toda obra útil para constituir, lo que hoy se llama en una biblioteca, el Departamento de Referencias. Es decir, agrupó allí cuanto el conocimiento humano puede dar de sí en diccionarios, enciclopedias, etcétera. La parte bibliográfica chilena y americana la manejamos muchas veces y lo mismo hicimos con la europea en relación con esas entidades geográficas. Era riquísima. A la perspicacia de Vaïsse nada había escapado sobre el particular". 1

Inicialmente, la Oficina Bibliográfica se constituyó con un jefe, un ayudante y un auxiliar, a los que posteriormente se agregaron cuatro empleados a contrata. Dos años después, el director explica al ministro que, cuando ingresa un nuevo libro a la Biblioteca, es ubicado en la sección y anaquel que le corresponde. Luego pasa a la Oficina Bibliográfica, donde se le hace una ficha construida conforme a las reglas del Congreso Internacional de Bibliotecología de Bruselas, realizada con el mayor detalle posible y con su respectivo número decimal que indica exactamente la materia de la obra. De esta ficha matriz, se reproduce a máquina y en formularios impresos al efecto, seis ejemplares iguales: dos se integran a los ficheros públicos del salón de lectura, uno se inserta en el catálogo de materias y el otro en el alfabético de autores, para que los lectores soliciten las obras. Las otras dos fichas van a la oficina del director donde también se mantiene un catálogo de materias y de autores, que se reservan para que sirvan como borrador del catálogo impreso que publica la Biblioteca. Las dos restantes se guardan en la Oficina Bibliográfica para control y modelo de las fichas que sea necesario reponer cuando se inutilizan.

¹ Historia de las fuentes de la Bibliografía Chilena, Santiago, Editorial Universidad Católica, 1968, tomo III, p. 168.

Añade Carlos Silva que otro sector de la Oficina Bibliográfica Chilena, llamada Sección de Informaciones, publica la *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*, que da información de la bibliografía chilena en curso y de las obras extranjeras llegadas a la Biblioteca, incluyendo no solo libros y folletos, sino también artículos de revistas y publicaciones de valor permanente que hacen los diarios nacionales.



El catálogo en fichas de la Biblioteca

Otro adelanto importante fue el reemplazo de los catálogos en volúmenes por catálogos en fichas. A este respecto, el escritor, crítico literario y Premio Nacional de Literatura, Hernán Díaz Arrieta (Alone), evoca en dos ocasiones los viejos catálogos de la Biblioteca Nacional. En el capítulo "Descubrimiento de la ciudad de los libros" de su obra *Pretérito imperfecto*, nos deja una vívida descripción de ellos:

Esparcidos sobre el mesón de aspecto judicial, ofrecíanse unos tomos gruesos y muy sobados, más una cantidad de cuadernillos blancos: eran los formularios para solicitar las obras y los catálogos en que éstas figuraban, distribuidas por materia o por simple orden alfabético de autores. Imposible olvidar la impresión de vértigo al hojear esos catálogos y pensar que con una sola palabra, todos esos libros se pondrían a mi disposición. Era Aladino y la lámpara maravillosa. Un río se abría, un río inmenso de aguas profundas donde echarme a nadar, siguiendo la corriente sin otro término que el océano infinito. Montañas, ciudades, islas, bosques, parques fabulosos, castillos históricos, ¿qué no había allí? Creo que pocas novelas me han causado la emoción de esos tomos gordos repletos de prodigios. Por fin tenía en mis manos la llave mágica que me abriría las puertas del jardín prohibido.

Y en una crónica publicada en *Zig-Zag* el 26 de julio de 1926, Alone agrega más detalles sobre estos antiguos catálogos, afirmando:

Había que atravesar medio a medio la sala octógona por un camino de alfombra y llegarse al mesón alto y ancho, alzado al fondo, con unas personas sentadas tras él, como los jueces de un tribunal. Se les pedía una papeleta. Se consultaban después unos volúmenes cortos y gruesos, cuyo contacto ya producía fiebre: eran catálogos, los ricos catálogos de la Biblioteca Nacional, depósito de tentaciones, lista de manjares sin término apretados en todas las páginas. ¿Qué se han hecho esos catálogos? Ya no los hay. Existen unos cajones amarillos con unas tarjetas. Una tarjeta para cada volumen. Dicen que resulta más práctico, porque se pueden cambiar, quitar, añadir. Posiblemente. A los viejos lectores de entonces no les dan lo mismo, no les despiertan igual apetito. Tal vez porque no les traen recuerdos, no son viejos amigos...

Quienes atendieron a los "viejos lectores" de la década de mil novecientos noventa fuimos testigos de que ellos tuvieron idéntica desazón cuando los catálogos en fichas desaparecieron para dar paso al catálogo electrónico, consultable desde una computadora o un terminal, sea desde otra biblioteca o desde su propio escritorio.²

Pero, sin duda alguna, en un aspecto Carlos Silva Cruz tenía absolutamente toda la razón: el catálogo en fichas de la Biblioteca constituyó un adelanto notable, frente a esos "tomos gruesos y muy sobados" que debían ser completados infinitamente para incorporarles el nuevo material bibliográfico que iba llegando.

CLASIFICACIÓN DECIMAL

En otro documento dirigido al ministro, el director destaca que la Oficina Bibliográfica Chilena es uno de los "contribuyentes oficiales" del Instituto de Bruselas. Dicho organismo era una organización multinacional nacida en el Congreso Internacional de Bibliografía de 1895, que tendía a la unificación

² Junto con Alone, nosotros nos preguntamos: ¿qué se habrán hecho esos catálogos? No quedó ninguno para conocerlos, para saber cómo eran, cada cuánto tiempo se renovaban, si eran escritos a máquina o manuscritos, cómo se usaban. ¡Qué lamentable que la Biblioteca no tenga su propio Museo donde ver este tipo de cosas: sus ficheros, sus guillotinas, prensas y telares de encuadernación, las máquinas duplicadoras de fichas que usaba Catalogación, una pequeña linotipia que alcanzamos a conocer!

y universalización de los sistemas bibliográficos y a la formación de la Bibliografía Universal. La Biblioteca Nacional, de acuerdo con el convenio oficial celebrado con el Instituto de Bruselas, emprendió la gigantesca labor de recatalogar completa su colección conforme a ese sistema.³ Fue Ricardo Dávila Silva quien tomó a su cargo esta responsabilidad en 1912, la que finalizó hacia 1923 o 1924. Durante esos años catalogó y clasificó más de 500 mil volúmenes, trabajo que Feliú Cruz califica como "una verdadera hazaña".



Ricardo Dávila Silva. Colección fotográfica del Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Sin embargo, esa labor sufrió un primer colapso, pocos años después, cuando los libros se desordenaron al trasladarlos de edificio y el sistema debió ser suprimido totalmente. Como dato curioso, la idea de la clasificación decimal reaparece setenta años después, durante la administración de Enrique Campos Menéndez en la década de los ochenta.

El nuevo edificio de la Biblioteca Nacional

Sin duda, el mayor aporte de Carlos Silva Cruz fue haberse hecho cargo de la colosal labor de construir el nuevo edificio. Es preciso hacer notar que nos estamos refiriendo al sector Alameda del mismo. Los de Miraflores y Moneda se construyeron en años posteriores.

En sus "Recuerdos..." Silva Cruz afirma:

³ Emilio Vaïsse lo explica exhaustivamente en dos artículos de *El Mercurio* de Santiago; el primero publicado en la edición del 16 de junio de 1913, pp. 3 y 5; el segundo en la del 23 de junio de 1913, p. 3.

⁴ Silva Cruz, Carlos, "Recuerdos de la Biblioteca Nacional", en *Mapocho*, anejo al nº. 3, octubre de 1963, pp. 177-185.

Era convicción arraigada del señor Barros Luco la de que en ningún caso debían construirse edificios públicos en sitios mezquinos, en que hubieran de quedar mezclados con heterogéneas construcciones particulares. Su larga permanencia en París lo había impregnado del sentido monumental y de grandes panoramas, característico de aquella ciudad modelo; y no quería repetir entre nosotros el error cometido con el Congreso, la Municipalidad y los Tribunales de Justicia, palacios arrinconados y sin perspectiva. Para los edificios públicos, el Gobierno debía disponer de manzanas completas, que dieran espacio para el servicio actual y su desarrollo futuro. Aceptó, pues, desde el primer momento, el plan propuesto por el Director de la Biblioteca, de adquirir una manzana central, en la Alameda de las Delicias; y planificar en ella un grupo armónico de edificios, destinados a establecimientos similares y de gran desarrollo futuro, como la Biblioteca, el Archivo General de la Nación y el Museo Histórico Nacional. En estas ideas estuvo unánimemente de acuerdo la Comisión, en que figuraban como Rector de la Universidad, don Domingo Amunátegui; como Visitador, don Enrique Matta Vial; como Presidente del Museo Histórico, don Joaquín Figueroa, y como Director de la Biblioteca el que habla. Se pidieron propuestas públicas; y, de entre las presentadas, se eligió la manzana en que estamos, ocupada entonces por la iglesia y convento de las Monjas Claras. Para ello se tomó en cuenta su ubicación central, su fácil accesibilidad desde todos los puntos de la capital y sus dos hermosos frentes, uno a la Alameda y otro al Cerro de Santa Lucía.



Feliú Cruz, Guillermo, Don Enrique Matta Vial. Su vida, su obra y su acción en el desarrollo de la cultura chilena, Stgo., Imp. Cervantes, 1923, primeras páginas (sin numerar).

Continúa Silva Cruz:

Al Director de la Biblioteca encomendó el señor Barros Luco la redacción del Mensaje y Proyecto de Ley que debía presentarse al Congreso y que, además de su firma presidencial, ostenta la del Ministro de Instrucción Pública don Enrique Villegas Echiburú.

Daría para mucho tiempo el relato de las vicisitudes y contratiempos que sufrió el Mensaje en ambas Cámaras, y de la campaña diaria, *de tres*

largos meses que hubo que sostener para llegar a conseguir su despacho, visitando dos y tres veces a cada diputado y a cada senador. ¡Ahí era nada! Conseguir, en aquellos tiempos de gran parsimonia en los gastos públicos, cinco millones trescientos mil pesos —tres millones trescientos para la compra del terreno y dos millones para comenzar los edificios—. Pero jamás ha hecho el Fisco mejor negocio, porque ¿cuánto puede calcularse que vale hoy esta manzana?

Durante dos años estudió el Consejo de Obras Públicas los planos para el grupo de edificios, sobre la base de las especificaciones que, en cinco nutridos pliegos, presentó, el Director de la Biblioteca; el que asistió, además, a todas las sesiones, para vigilar y sostener la correcta realización de su plan.

Como habíamos dicho, durante el año del centenario, Ramón Barros Luco había asumido el gobierno del país, quien había recorrido varias veces las grandes capitales de Europa y era ferviente admirador de la arquitectura francesa. Su firma rubrica el Decreto con que se adquirió el terreno de las Monjas Claras.



Boletín de la Biblioteca Nacional, Nº. 90, Stgo., ene.– feb., 1913, p. 45.

Continúa Silva Cruz:

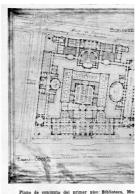
Se presentaron tres proyectos: los de los arquitectos franceses señores Doyere y Jecquier y el del arquitecto chileno, recibido en la Universidad Católica, don Gustavo García [del Postigo]. Este último, que reunía superiores condiciones de distribución, de comodidad y de belleza arquitectónica, fue finalmente adoptado, con algunas modificaciones.

La idea general del plan es un grupo de construcciones en forma de cruz de Malta, con cuatro fachadas armónicas, aunque diferentes dentro de un mismo estilo, y pequeños jardines en las cuatro esquinas. La masa total comprende cinco pabellones, independientes aunque comunicados entre sí: el central y los de Alameda y Moneda destinados a la Biblioteca Nacional; el de Miraflores al Museo Histórico, y el de Claras [antiguo nombre de la calle MacIver] al Archivo General de la Nación.



En García Espinosa, A. Marina, Monografía de la Biblioteca Nacional de Chile, Stgo., Universidad de Chile, Seminario de Historia de la Arquitectura, Escuela de Arquitectura, 1959, p. 73.

En abril de 1913, el Ministerio de Obras Públicas contrató al arquitecto francés Emilio Jecquier para confeccionar los planos y habilitar el templo y convento de las Monjas Claras. Pocos meses después algunos periódicos proponen que junto a la Biblioteca se construya el Conservatorio de Música, idea que provoca una polémica que concluye descartándola. Según la planificación inicial, las monjas deberían entregar las dependencias el 2 de agosto, motivo por el cual, a comienzos de junio, ellas comenzaron a trasladar su monasterio a un gran edificio que habían adquirido en calle Dominica.



Plano de conjunto del primer piso: Biblioteca, Mu Generales del Gobierno y Gran Salón de Conferencia

Bellas Artes, Santiago, oct., 1928, pp. 41-44.

Las autoridades visitan los terrenos de la Biblioteca

Como había sido previsto, las Monjas Claras entregaron las instalaciones en la fecha convenida y el día 3 de agosto, el presidente de la República, acompañado por sus ministros —entre los que se encontraba Arturo Alessandri, ministro de Hacienda, quien había sido funcionario de la Biblioteca en 1890— y las autoridades del servicio realizaron una detenida visita al lugar, empezando por el templo y convento para concluir en el subterráneo, que había servido como cementerio, donde estaban las tumbas abiertas y desocupadas. Todo esto mientras Emilio Jecquier, llevando un plano, daba completas explicaciones a la comitiva. En algún momento, se conversó la posibilidad de llevar a esos terrenos, durante unos años, a la Dirección General de Correos. Emilio Jecquier hizo un rápido cálculo de la inversión que requeriría implementar esta propuesta, la que se encontró excesiva, y se decidió arrendar un inmueble para Correos. Todavía alguien sugirió trasladar allí el cuartel de la Quinta Compañía de Bomberos, lo que no prosperó. Sin embargo, sí predominó la idea de que se fueran trasladando las colecciones de libros, en forma paulatina y ordenada, en carretones que irían dejando su carga, con mucho cuidado, en la iglesia, donde deberían ser distribuidas y reordenadas para que se empezara a atender provisoriamente al público en ese lugar. Entretanto, el cuerpo trasero de la propiedad iría siendo demolido, para comenzar la construcción del nuevo edificio. Incluso hubo quienes propusieron conservar el templo y construir la biblioteca detrás, idea que también fue desechada. Asimismo, Ramón Barros Luco solicitó que los materiales de la demolición fueran vendidos muy controladamente para recuperar en parte los gastos. En los días siguientes, surgieron numerosas voces en la prensa, solicitando que la Biblioteca no fuera trasladada hasta que las nuevas construcciones no estuvieran completamente terminadas, debido a que la iglesia no disponía de comodidades para atender al público y porque no es tarea fácil transportar un servicio de tales proporciones.

Este episodio permite deducir que García del Postigo es autor del plano elegido por las autoridades, pero que Emilio Jecquier participó en los trabajos de construcción del edificio. También se puede apreciar en la fotografía del plano de García del Postigo que este se cumplió solamente en el sector de la Alameda del edificio, puesto que los sectores Miraflores y Moneda experimentaron importantes modificaciones, causadas probablemente por el tiempo transcurrido entre el inicio de los trabajos (1913) y su culminación (1963). Por supuesto, el pabellón MacIver nunca se materializó.

Llegó el 19 de agosto de 1913, día del centenario de la Biblioteca. Con tal motivo, *El Diario Ilustrado* publicó la nómina del personal y sus cargos:

Administración:

Director: Carlos Silva Cruz Subdirector: Ramón Laval

Oficiales de Secretaría: Manuel Cruzat y Enrique Aldunate

Oficial Auxiliar: Jorge de la Cuadra

Mayordomo: Juan Bravo

Sección Fondo General:

Jefe: Juan Salas Errázuriz Ayudante: Absalón Onel

Oficial de Número: Guillermo Sepúlveda

Sección Chilena:

Jefe: Enrique Blanchard-Chessi

Oficial de Número: Desiderio Lambrecht

Oficial Auxiliar: Manuel Garland

Sección Diarios y Periódicos:

Jefe: Luis Arturo Cumplido

Oficial de Número: Agustín Guzmán

Auxiliar: Carlos Vial

Sección Lectura a Domicilio:

Jefe: Rafael Larraín

Oficial de Número: Ricardo Espina

Oficial Auxiliar: Moisés Díaz

Sección Manuscritos:

Jefe: Tomás Thayer Ojeda

Oficiales Auxiliares: Eduardo Mujica y Mariano Latorre

Salón de Lectura:

Jefe: Agustín Palma Ayudante: Ángel Castro

Oficiales de Número: Luis Ormazábal y Gustavo Silva Larrazábal Oficiales Auxiliares: Luis Carvajal y Benjamín Oviedo Martínez

Sección Informaciones:

Jefe: Emilio Vaïsse

Ayudante: Félix Nieto del Río

Sección Canje:

Ayudante: Juan González

Embalador:

Juan Pizarro

Sección Bibliográfica:

Jefe: Ricardo Dávila Silva Ayudante: Rodolfo Castro Olea Oficial Auxiliar: Pedro Celis

En total, el personal completo de la Biblioteca Nacional sumó 33 funcionarios.



Revista Chilena de Historia Natural, Nº. 6, año xvII, Santiago, jul.–dic., pp. 273-291.

COLOCACIÓN DE LA PIEDRA FUNDAMENTAL

La ceremonia de instalación de la primera piedra del nuevo edificio se realizó el domingo 24 de agosto, a las 14 horas. A esa hora, el presidente Ramón Barros Luco, junto a todos sus ministros de Estado y sus esposas, altos funcionarios e invitados especiales se reunieron en el antiguo patio principal del monasterio, donde el Presidente procedió a colocar la primera piedra, en cuyo interior se colocó un pergamino que dice:

En la ciudad de Santiago, a veinticuatro días del mes de agosto de mil novecientos trece, al cumplirse hoy los cien años de la Biblioteca Nacional de Chile y siendo Presidente de la República el Excelentísimo señor don Ramón Barros Luco y Ministro de Instrucción Pública don Fanor Paredes, colocóse esta primera piedra en que ha de quedar para adelante la dicha biblioteca, como asimismo el Museo Histórico y los archivos antiguos de la Nación.

El documento fue firmado por el presidente, sus ministros y el director de la Biblioteca, siendo depositado en una urna de cristal que se introdujo en la piedra fundamental. Acto seguido, el presidente hizo descender la piedra hasta el fondo del herido, donde la acomodó en la argamasa removiéndola ligeramente mediante una espátula de plata con mango de oro. A continuación, el ministro de Instrucción Pública pronunció un discurso. Luego, los asistentes ingresaron al templo, donde se efectuó un acto solemne con los discursos del director de la Biblioteca Nacional y de Juan Agustín Barriga, miembro de la Real Academia Española de la Lengua, los que fueron matizados por música y coros.



Sucesos, No. 573, Valparaíso, 28 agosto, 1913, p. 47.

Al mismo tiempo, a cada participante en la ceremonia se le entregó una medalla conmemorativa del centenario de la Biblioteca. Para la ocasión, se mandó acuñar a la Casa de Moneda 2 medallas de oro, 233 de plata, 31 de plata dorada, 300 de cobre plateado, 500 de cobre y 740 de bronce, trabajo que fue ejecutado por Policarpo Mesías.



Revista Chilena de Historia Natural, Nº. 6, año xvII, Santiago, jul.– dic., 1913, pp. 273-291.

Días después, la Universidad de Chile adhirió al acontecimiento, realizando un homenaje a la Biblioteca Nacional en el Salón de Honor de la Universidad, con la participación de Carlos Silva Cruz y de Guillermo Labarca Hubertson quien disertó sobre "La misión de la Biblioteca".

Para finalizar el tema del centenario, cabe destacar que, con tal motivo, Tancredo Pinochet escribió cinco cartas en *El Mercurio* de Santiago —en las que hace proposiciones sobre el funcionamiento de la Biblioteca Nacional y la compara con las bibliotecas norteamericanas—, las que aparecieron con un título común: "Cartas desde Nueva York", ciudad en la que él se encontraba residiendo. La última de estas cartas termina diciendo: "deberían destinarse los puestos de bibliotecarios a mujeres, por ser ésta una actividad muy apropiada para ellas".⁵

Acogiendo la opinión generalizada, en el mes de octubre, el director anuncia por la prensa que se ha decidido no trasladar las colecciones al nuevo local hasta que las obras no estén terminadas. Sin embargo, se irán cambiando algunas secciones que no atienden público o que tienen escaso movimiento, con el objetivo de ir haciendo espacio en el antiguo edificio.

Las publicaciones de Emilio Vaïsse

Emilio Vaïsse fundó en la Biblioteca Nacional la *Revista de Bibliografía Chilena* y *Extranjera* ("la primera que en nuestro país intentó sistematizar los trabajos de bibliografía", al decir de Ricardo Donoso), que se publicó desde enero de 1913 hasta diciembre de 1918, para reaparecer, con el nombre de *Revista de Bibliografía Chilena*, en una segunda etapa que se extendió entre 1927 y 1929. Ambas publicaciones realizaron una trascendental labor de difusión de las letras nacionales, como inventario científico de la producción intelectual y como intento serio de ordenación y clasificación del material que los diarios y revistas entregaban en sus páginas. En el primer número se anuncian seis secciones permanentes: la Sección Chilena, que daría cuenta de los libros, diarios, periódicos y revistas, con un índice para orientar al lector; la Sección Americana, que mantuvo igual plan; la Sección Europea, similar a las anteriores; una sección de Consultas Bibliográficas; una Crónica de la Biblioteca Nacional; y la última destinada a correspondencia. Fue frecuente que la revista insertara

Observando las fotografías del personal en 1913 y en 1927, que aparecen más adelante, es evidente que los directores tomaron muy en serio la sugerencia. Aún más, hacia finales del siglo xx, predominaba claramente el personal femenino. El último director varón fue Sergio Villalobos. Cierra el siglo la primera mujer directora de la Biblioteca Nacional y de la DIBAM: la señora Marta Cruz Coke. El siglo xxi se inicia con tres directoras: Clara Budnik, Nivia Palma y Magdalena Krebs.

artículos o bibliografías que generalmente se publicaban en varios números. Por ejemplo; "Bibliografía de bibliografías chilenas", de Ramón A. Laval; "Bibliografía jurídica chilena", de Aníbal Echeverría y Reyes; "Bibliografía chilena de las ciencias antropológicas", de Ricardo E. Latcham; "Estudios bibliográficos sobre literatura chilena", de Luis Ignacio Silva; "Guía para facilitar la consulta del Archivo de Escribanos", de Luis Thayer Ojeda; o "Bibliografía dental chilena", de Roberto Sundt. Por último, digamos que Emilio Vaïsse es autor de la *Bibliografía General de Chile*, que se describe más adelante.

EX PRESIDENTE ESTADOUNIDENSE VISITA CHILE

En una gira por Latinoamérica, procedentes de Argentina en el tren Transandino, el 22 de noviembre de 1913 llega a Chile el ex presidente de Estados Unidos, Theodoro Roosevelt, acompañado por su señora e hijo, una sobrina y su amigo personal, el sacerdote católico John A. Zahm, eminente profesor americano de la Universidad de Notre Dame, miembro distinguido del Smithsonian Institute, y perteneciente a un grupo de eclesiásticos americanistas que intentaban liberalizar la Iglesia católica de Estados Unidos.





Presidente Theodoro Roosevelt y John A. Zahm. En Souvenir of the visit of Colonel Mr. Theodore Roosevelt, ex president of the United States of America to Chile, Santiago, Sociedad Imprenta y Litográfica Universo, 1914, 130 p.

Los visitantes produjeron conmoción en el país. Durante su estadía presenciaron ejercicios de equitación, saludaron al presidente de la República, fueron recibidos en la Universidad de Chile, asistieron a una revista de *boy scouts* y a las carreras en el Club Hípico. El acto de gala central fue una velada en el Teatro Municipal ofrecida por la Biblioteca Nacional, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y el Consejo de Letras y Música. La bienvenida

la realizó el senador Gonzalo Bulnes, presidente del Consejo Superior de Letras y Música. En su discurso de agradecimiento, Roosevelt se refirió muy especialmente a la doctrina Monroe.

Entretanto, Emilio Vaïsse se encargaba de acompañar al padre Zahm, a quien regaló los primeros números de la *Revista de Bibliografia Chilena y Extranjera*, recién publicados. Años después Vaïsse recordaría que luego de leerla, Zahm le comentó: "no tenemos nada igual en los Estados Unidos ni he encontrado revista parecida en ninguno de los países americanos que he visitado". Este comentario —que puede parecer intrascendente— es un gran elogio para Emilio Vaïsse, quien con su publicación creó un instrumento bibliográfico de trabajo para que los especialistas pudiesen encontrar la información ordenada en la prensa de los años 1913 a 1918. Después de Santiago, la comitiva se dirigió al sur para visitar la región de los lagos. Todo ello se reseña en un libro titulado *Souvenir of the visit of Colonel Mr. Theodore Roosevelt, ex-President of the United States of America, to Chile*. Además, se encuentra un artículo sobre el particular en el primer número del año 1914 de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*.

Como cuestión al margen, digamos que en enero de 1914, un diario propone trasladar la 1ª Comisaría, cuyo edificio amenaza con derrumbarse, a los terrenos de la Biblioteca, propuesta que produce un fuerte rechazo en la opinión pública.

LA SECCIÓN DE CANJES Y DONACIONES

Aunque, según la documentación existente, desde 1818 Manuel de Salas había intentado consolidar el depósito legal de las obras publicadas en el país y el canje con la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, no se había logrado constituir una sección que se encargara de estas importantes funciones. Fue Carlos Silva Cruz quien tomó la iniciativa de enviar al ministro de Instrucción Pública un documento, con fecha 12 de febrero de 1914, en el cual le propone que se contrate a Miguel Luis Rocuant como jefe de la Sección de Canjes y Adquisiciones de obras

para que haga la selección de obras que se adquieren año a año escogiéndolas, con conocimiento de causa, de entre los centenares de bibliografías y catálogos de editores que llegan a la Biblioteca y tomando en cuenta las peticiones del público ilustrado y la opinión de los especialistas en cada materia, es un trabajo delicado que absorbe todo el tiempo de un empleado, y requiere una persona ilustrada, de buen criterio, y conocedora del francés, inglés, alemán, italiano y portugués. En un empleado de categoría inferior sería muy difícil hallar estas condiciones. Por eso se

propone la creación de una jefatura de Sección, que tendría también a su cargo los canjes. Este último servicio, bien manejado, puede ahorrarle grandes sumas al Fisco, pues por medio de él se adquieren los libros gratis.



Miguel Luis Rocuant, en Molina Núñez, Julio y Juan Agustín Araya (O. Segura Castro), *Selva Lírica*, Santiago, Sociedad Imprenta y Litográfica Universo, 1917, p. 44.

"Esta sección está llamada a ser la clave de la Biblioteca, que no sirve de nada si no mejora cuidadosamente su anticuado fondo, adquiriendo obras seleccionadas, útiles y nuevas", asevera Silva Cruz.

Esta sugerencia fue bien acogida por las autoridades, puesto que el 21 de febrero, el presidente Barros Luco emitió un decreto nombrando al señor Rocuant jefe de la Sección de Canjes y Donaciones de Obras Científicas, Literarias y Musicales "con la obligación de desempeñar sin mayor remuneración el puesto de Secretario del Consejo Especial de Letras y Música".

En junio de 1914, *La Unión* de Santiago publica una entrevista a Emilio Jecquier, quien informa que aún no se han comenzado los trabajos de construcción, pues se están ejecutando los de demolición. Al mismo tiempo, asegura que ya tiene los planos del edificio para que la comisión encargada los estudie y apruebe. Sin embargo, en agosto llega una drástica orden de Gobierno para reducir al máximo el presupuesto de la Administración Pública, debido a los problemas económicos que está causando la guerra europea. La Dirección se ve obligada a disminuir todos los ítemes del presupuesto de la Biblioteca (publicaciones, adquisiciones de libros, canje internacional, encuadernación, compra de fichas y papel, etcétera), razón por la cual el presupuesto queda reducido a un 34 por ciento. En septiembre se comienza a trasladar la sección Canje de la Biblioteca a las construcciones que pertenecieron a las Monjas Claras, para lo cual Emilio Jecquier solicita presupuestos para trabajos urgentes de acondicionamiento de ese lugar.

La Academia de la Lengua en la Biblioteca Nacional

Durante algunos años, la Biblioteca Nacional fue sede de la Academia Chilena de la Lengua, reorganizada —después de un largo receso— a fines de 1914. Para tal efecto, vino a Chile Ramón Menéndez Pidal, eminente escritor y uno de los miembros más prestigiosos de la Real Academia Española, con el especial encargo de restituirla.



Ramón Menéndez Pidal, en *Diccionario Enciclopédico Abreviado*, Madrid, Espasa-Calpe, 1955, tomo v, p. 779.

El 25 de octubre de 1914 se verificó una reunión preparatoria y el domingo 8 de noviembre de 1914 se celebró la sesión solemne en la Sala de Lectura de la Biblioteca Nacional, ante una selecta y numerosísima concurrencia que llenaba por completo las localidades de la sala y las galerías superiores del recinto. Presidía el acto en el estrado de honor el señor Absalón Valencia Zabala, ministro de Instrucción Pública, quien tenía a su derecha a Ramón Menéndez Pidal y a su izquierda al presbítero Crescente Errázuriz. Los asientos restantes eran ocupados por el ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Salinas; Manuel Antonio Román, el ministro Plenipotenciario de España, señor Marqués de González, el senador Vicente Reyes, José Toribio Medina, Manuel Salas Lavaquí y Juan Agustín Barriga.



la Mesa directiva en la sesión de honor celebra la por la Academia Chilena, formada por miembros correspondientes de la Real Academia Española.—2. Concurrencia durante la sesión

Revista Zig-Zag, No. 508, Santiago, 14 nov., 1914, p. 62.

Esta sesión tuvo gran repercusión en la prensa capitalina, como puede apreciarse en el artículo de la revista *Germanor*, que editaba la colonia catalana en Santiago.

El discurso que pronunció Menéndez Pidal fue reproducido en el *Boletín de la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española* (tomo 1, cuaderno 1, 1915, pp. 1-7).



Germanor N°. 52, Santiago, 15 nov., 1917, p. 14.

Sucursales de la Biblioteca

En 1914, se instauró un servicio de filiales de la Biblioteca Nacional. Estaban destinadas al público de los barrios de Santiago y facilitaban libros para el hogar. Eran atendidas por directores o funcionarios de establecimientos de enseñanza y por personal de comisarías e inclusive por personas entusiastas, sin costo para el erario nacional. La Sección Domicilio, dirigida por Manuel Larraín, proporcionaba los libros y supervisaba su labor. Entre 1914 y 1915 se fundaron 14 sucursales. En 1916, su número subió a 28. Pero en 1918 se suprimieron once, porque no tuvieron movimiento durante el año. Dos de ellas funcionaban en Valparaíso.

La Bibliografía general de Chile

En 1915, la Biblioteca Nacional publica el primer tomo de la *Bibliografia* general de Chile de Emilio Vaïsse.



Se trata de una obra monumental, cuyo plan contempla un diccionario de todos los autores, ordenados alfabéticamente por apellidos. Cada artículo comprende dos secciones; biobibliográfica la primera, en la que figuran los libros, folletos y artículos de revistas o diarios que pueden servir como fuente para la biografía del autor; bibliográfica la segunda, donde se encuentran en orden cronológico las publicaciones del mismo autor. A continuación, aparecen los libros, folletos de cada autor y los artículos anónimos y seudónimos. En tercer lugar, el proyecto contempla una bibliografía del periodismo y diarismo chileno, que consta de cuatro partes: lista alfabética de títulos de publicaciones, listas cronológicas, lista alfabética de lugares de publicación y clasificación por partidos, idiomas, nacionalidades, etcétera. Lamentablemente Vaïsse alcanzó a publicar solamente el primer tomo de su *Bibliografía*... (desde Ábalos hasta Barros Arana), dejando inconcluso el proyecto por falta de recursos.

Ese mismo año, la Biblioteca Nacional publica la *Bibliografia de bibliografias chilenas* de Ramón Laval, que contiene la descripción de 358 trabajos bibliográficos.



Desde ese año, todos los permisos, feriados y hasta las provisiones de cargos de la Biblioteca deben ser autorizados por el ministro de Instrucción. En marzo de 1915, el director debe enviar al Ministerio una lista de todo el personal de la Biblioteca, con sus direcciones. En total, había 44 funcionarios, todos hombres, la mayoría de los cuales tenían su domicilio en el centro de la ciudad, ocasionalmente alguno vivía en Avenida Matta, Ñuble o Matucana.

JOSÉ TORIBIO MEDINA DONA SU BIBLIOTECA

El historiador Sergio Villalobos, alumno, ayudante, profesor auxiliar y sucesor del profesor Guillermo Feliú Cruz en la cátedra que lleva el nombre de este último, expresa en su libro *Medina su vida y sus obras (1852-1930)* que José Toribio Medina recibió "algunas excelentes ofertas de la John Carter Brown Library y la Universidad de Harvard para comprarle su magnífica biblioteca que contaba con cerca de treinta mil volúmenes entre impresos modernos y viejos incunables, una de las ofertas, hecha en 1907, era por cincuenta mil dólares, oro americano". "Pero nuestro erudito rechazó todas las proposiciones", dice, pues su intención era donar este tesoro bibliográfico al Estado para formar la más completa biblioteca sobre historia de América. Así fue como en 1912, al rubricar su testamento, formalizó su propósito con la única condición de que estuviese siempre abierta para investigadores y estudiantes.



En 1915, la biblioteca de Medina empezaba a emigrar a una magnífica sala especial de la Biblioteca Nacional.

El edificio comienza a erguirse

La Memoria de la Dirección de Obras Públicas, correspondiente al año 1923, publicada por la Imprenta Fiscal de la Penitenciaría de Santiago en 1924, aporta

numerosos detalles técnicos acerca de los trabajos realizados en el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional. Por ejemplo, consigna que por Decreto no. 2.100, de 14 de diciembre de 1915, del Ministerio de Obras Públicas, se aceptó la propuesta presentada en licitación pública por los señores Mora y Sottovia, para construir la obra gruesa de concreto armado del Pabellón de Administración por la suma alzada de \$470.000. Con las obras de ampliación autorizadas por el mismo Ministerio, se pagó a los contratistas la suma de \$495.037,60.

Agreguemos que en 1916 ya están instalados los duplicados y las obras destinadas al canje internacional en el edificio del monasterio de las Monjas Claras, con el objetivo de hacer espacio en la antigua Biblioteca.



Cimientos de la Biblioteca Nacional. En García Espinosa, A. Marina, Monografía de la Biblioteca Nacional de Chile, Seminario de Historia de la Arquitectura, Escuela de Arquitectura, Universidad de Chile, 1959.

EL DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES OFICIALES

El 14 de abril de 1917 se crea el Depósito de Publicaciones Oficiales, donde se pondrán a la venta las publicaciones encomendadas por la Biblioteca Nacional, el Ministerio de Educación, por otros Ministerios y servicios públicos en general. Los precios de cada una serán fijados por el Director de la Biblioteca Nacional y el jefe del servicio que las origina. El producto de las ventas se destinará a cubrir los gastos de mantención del depósito y de las publicaciones y lo que sobrare se integrará a un "fondo de publicaciones oficiales" asignado para costear otras publicaciones. La Biblioteca se compromete a poner avisos de prensa, hacer catálogos y circulares para comunicar al público la existencia de estas obras. Cuando el nuevo edificio esté terminado, el depósito ocupará uno de sus departamentos. La Dirección dará cuenta del movimiento de este depósito en su memoria anual y se creará una Junta de Vigilancia que lo administrará.

Un informe de ese año da cuenta de la transformación del catálogo en fichas que viene realizando Ricardo Dávila Silva desde 1912. En él se informa que ya se ha concluido el catálogo de la Sección Americana y el de Lectura a Domicilio y están muy avanzados los de la Sección Chilena y Fondo General. Todos ellos ya están al servicio de los lectores.

Para evitar el peligro de contagio, a mediados de noviembre, la Biblioteca cerró por diez días el Salón de Lectura y la Sección Domicilio, debido a una epidemia de gripe en la ciudad, que provocó varias muertes en el país, entre ellas la de un funcionario de la Biblioteca.

En 1918, ingresa a la Biblioteca el abogado Ernesto Galliano Mendiburu, para hacerse cargo de la venta de las Publicaciones Oficiales. Después se transformará, como secretario abogado de la Biblioteca, en uno de los funcionarios más estimados por el personal y uno de los más vitalicios, pues jubiló en 1967, con 48 años y 9 meses de servicio.



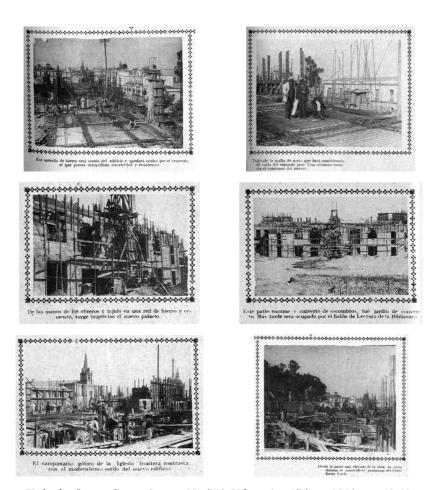
En *El Mercurio*, Santiago, 9 oct., 1960, p. 9.

Agreguemos que a fines de mayo de 1919 llega a Chile, en el transporte *Maipo*, la colección de obras científicas norteamericanas, en inglés, que la Fundación Carnegie para la Paz Internacional obsequió a la Biblioteca y que fue una de las bases sobre las que se fundó la Sección Norteamericana. La colección se fue incrementando periódicamente, hasta los años ochenta, cuando la Dirección decidió donarla a una biblioteca universitaria, debido a su carácter científico.

Informes y adelantos

Durante el año 1919, el director de la Biblioteca Nacional presenta al ministro de Educación un recuento acerca de los adelantos del nuevo edificio en construcción. Dice que ya se ha ejecutado toda la obra gruesa de concreto armado

del pabellón Alameda, que está destinado a la Administración, Secretaría, Lectura a Domicilio, Propiedad Literaria, Depósito Legal, Informaciones y Catalogación, Sección Chilena, Sección Americana, Fondo Medina, Barros Arana, Estudios Técnicos, sala especial para señoras, la Sala Infantil, otra para periódicos y seminarios o gabinetes de lectura individuales, el gran Salón Central de Lectura, los dos grandes cuerpos de ocho pisos que se destinan a depósitos de libros para Fondo General y Chilena. En ese periodo se están realizando además los trabajos de mansarda del pabellón de Alameda, la cúpula del Salón de Lectura, la techumbre de los depósitos de libros, las puertas y ventanas. También se han ejecutado los cimientos y casi la totalidad del piso bajo del Pabellón del Museo Histórico en el sector Miraflores.



Todas las fotografías en Sucesos, Nº. 758, Valparaíso, 17 jun., 1916, pp. 40-41.



Comenzando la década del veinte, la obra gruesa del pabellón Alameda se ha completado y ya se trabaja en las terminaciones. Los santiaguinos observan asombrados el edificio que la prensa bautiza como "el palacio de los libros".







Todas las fotografías en García Espinosa, A. Marina, *Monografía de la Biblioteca Nacional de Chile*, Seminario de Historia de la Arquitectura, Escuela de Arquitectura, Universidad de Chile, 1959.



Un oficio con fecha 2 de abril de 1921, dirigido al ministro de Educación y firmado por Ramón A. Laval, director Interino porque Carlos Silva Cruz había sido nombrado transitoriamente ministro de Guerra, expresa que "se han renovado los trabajos que se efectuaban en el edificio que se construye para la Biblioteca Nacional y parece que se trata de terminarlo, o dejarlo por lo menos en situación de servir al público antes que termine el año". Además, solicita autorización para pedir propuesta para construir las estanterías metálicas.

En julio de 1922, Carlos Silva Cruz envía una carta al ministro de Educación proponiéndole que, ante la inminente terminación del nuevo edificio, se comisione a un empleado del servicio para que estudie en Estados Unidos y Europa "algunas cuestiones de importancia que se relacionan con la instalación de la casa y el mejoramiento de algunos servicios que, aunque funcionan con regularidad, son susceptibles de mejoramiento". Debido al conocimiento que tiene de varios idiomas, sugiere que sea el empleado Augusto Eyquem, "quien obtuvo el puesto que desempeña en un concurso público en que alcanzó el máximo de la votación". Asegura, que "el señor Eyquem ofrece además cumplir esta misión sin goce de sueldo mientras permanezca en el extranjero y solo pide la retención de su empleo, de modo que esta comisión no irrogaría ningún gasto del Estado".

CINCUENTA AÑOS DE "PUBLICISTA" DE DON JOSÉ TORIBIO MEDINA

El sábado 24 y el domingo 25 de agosto de 1923 *La Nación* de Santiago viene dedicada a José Toribio Medina de quien se celebran sus "50 años de publicista". El sábado destaca un largo artículo de Joaquín Edwards Bello sobre Medina y el domingo un homenaje que le rindió la Universidad de Chile que, según el cronista, "adquirió los caracteres de una verdadera apoteosis". La mesa de honor fue encabezada por el presidente Arturo Alessandri.



José Toribio Medina. En volante sobre la Exposición de José Toribio Medina, realizada en la Biblioteca Nacional en 1939.

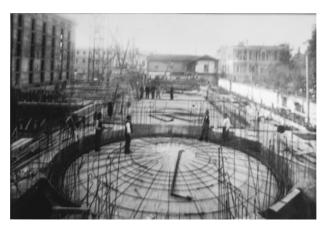
Obras de arte

En diciembre, un informe del director al ministro da cuenta de que están en elaboración las obras de arte que engalanarán el nuevo edificio: dos grupos escultóricos, a cargo de Virginio Arias, instalados en pedestales, a ambos lados de la escalinata de Alameda, titulados "La ciencia inspiradora del trabajo" y "La poesía inspiradora del arte"; un mural para el gran Salón de Lectura con una alegoría de las principales obras literarias y sus autores, encargado a Arturo Gordon; dos cuadros murales en las dos escalinatas principales al segundo piso, encargados al señor Gordon, y un cuadro al fondo del vestíbulo del segundo piso, encargado al pintor Helsby. Las tres últimas obras se pueden apreciar en el segundo piso del sector Alameda. Lamentablemente, las esculturas de Arias y la obra de Gordon en el Salón Central no fueron realizadas.

En mayo de 1924, el director informa al ministro que "están ya casi terminados dos de los pabellones destinados al edificio, en los cuales podrá instalarse provisionalmente la Biblioteca Nacional desde el presente año, siempre que se cuente con los fondos necesarios para completar el mobiliario, estantería e instalaciones". También le solicita fondos para las terminaciones.



La Biblioteca Nacional en 1923. En *Memoria del Ministerio de Obras Públicas*, Santiago, Imprenta Fiscal de la Penitenciaría de Santiago, 1924.



Cielo de la Rotonda del Museo Histórico Nacional, en calle Miraflores, 1925/1935. En García Espinosa, A. Marina, *Monografia de la Biblioteca Nacional*, Seminario de Historia de la Arquitectura, Escuela de Arquitectura, Universidad de Chile, 1959.

Un correo electrónico enviado en julio de 2005 por el arquitecto e historiador Hernán Rodríguez a Ximena Cruzat, entonces directora de la Biblioteca Nacional, explica lo siguiente acerca de la ilustración anterior:

Es una fotografía de la construcción del Museo Nacional. El fotógrafo subió su máquina al segundo piso de la obra y se colocó dando la espalda a la

Alameda, teniendo a su derecha la calle Miraflores. A mano izquierda se alcanzan a ver los "almacenes" de la Biblioteca Nacional y al otro lado se ven los árboles —bien jóvenes— de la plaza Vicuña Mackenna y al fondo la casa de la familia Cousiño Semir de estilo "gótico catalán", posiblemente hecha por Forteza, que años después fue Embajada de Italia hasta su demolición. Se está enfierrando el cielo de la rotonda sur del Museo, primer piso, donde creo que todavía está la secretaría. Más allá se ve el espacio de la gran sala que continúa hasta la rotonda norte. Curiosamente, no han demolido todavía la esquina de la casa de calle Moneda, esquina sur poniente de Moneda y Miraflores, edificio donde estuvo el Museo de Antropología que dirigió don Aureliano Oyarzún y donde trabajó Gusinde, museo que se incorporó al Museo Histórico Nacional en 1911. ¿Año? Década 1925/1935.

La Sala Italia

En 1924 visita Chile el príncipe Humberto de Saboya, aún adolescente, lo cual genera gran expectación entre la ciudadanía, que muestra enorme afecto por el joven príncipe. La ocasión es aprovechada por la numerosa colonia de italianos residentes en el país para inaugurar la Sala Italia en la Biblioteca Nacional. El solemne acto tiene lugar el 22 de agosto, con la presencia, entre otras personalidades, del príncipe, del presidente de la República y del embajador de Italia en Chile. El doctor Juan Noé pronuncia el discurso central, entregando a la Biblioteca una valiosa colección de obras representativas del pensamiento y la intelectualidad de su patria. A continuación se instala una gran placa recordatoria del acto, que aún podemos contemplar en la que actualmente es la oficina del jefe de la Sección Chilena. Tres años después Elvira Zolezzi ingresa al Servicio para atender esta Sala. Su trabajo es financiado por la Embajada de Italia, hasta la década de los 40, cuando se hace cargo de la Sección Control y Catalogación.



Placa de la donación italiana. En Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional.

LA SALA INFANTIL Y LOS PRIMEROS LECTORES DEL "PALACIO DE LOS LIBROS"

Como hemos podido apreciar, múltiples problemas habían impedido que la dirección cumpliera el plan original de inaugurar la nueva Biblioteca el 19 de agosto de 1923, al cumplirse los diez años de la instalación de la piedra fundamental y de los inicios de las obras. Inclusive la Sala Italia, ya inaugurada, permanecía cerrada al público. Sin embargo, un acontecimiento inesperado iba a acelerar los hechos y a adelantar la apertura al público de una de sus salas: Chile es elegido para organizar el Cuarto Congreso Panamericano del Niño. Las reuniones anteriores se habían realizado con gran brillo en Argentina (1916), Uruguay (1919) y Brasil (1922). A esta última asistió Elvira Zolezzi.

Santa Cruz, Roxane, como representante de Chile, congregó a numerosos especialistas que trabajaban en diferentes aspectos (educación, salubridad, psicología, legislación) que tenían como objeto central al niño. Constituía, pues, una seria responsabilidad para las máximas autoridades y para la sociedad chilena en general.

Llegaron a Chile delegaciones de toda América, las que se reunieron, con gran orden, la mañana del domingo 12 de octubre de 1924 en diferentes parques infantiles que funcionaban en las plazas del centro de Santiago. Desde ellos, al mediodía, se encaminaron hacia el edificio de la Biblioteca Nacional, donde se realizó uno de los actos centrales del Congreso: la apertura de la Sala de Lectura de la Sección Infantil. Encabezaba la marcha la Junta Militar de Gobierno, seguida por el cuerpo diplomático, los delegados del Congreso, altos funcionarios de la administración pública y miembros de las instituciones participantes. En la Biblioteca los esperaban el director y su personal para abrir por primera vez las puertas del edificio y conducir a los maravillados visitantes a la Sala Infantil, que se encontraba en el primer piso, donde ahora funciona el Salón de los Investigadores. Allí se había instalado una exposición internacional de puericultura, protección a la infancia y eugenesia. En su discurso de bienvenida, el director Silva Cruz advierte que "la nueva Biblioteca Nacional no ofrece aún sus salas al lector adulto, al estudioso encanecido sobre los viejos infolios. Lo hará, sí, en breve plazo. Pero abre ya de par en par sus puertas a los niños, para los preferidos del dulce predicador de Galilea".

Las crónicas de la época cuentan que la sala es amplia, aireada, llena de sol. Dicen que por expreso encargo de Guillermo Labarca, ministro de Justicia e Instrucción Pública durante el gobierno de Arturo Alessandri Palma, fue íntegramente ornamentada con pirograbados realizados por la artista nacional Ernestina Desimone de Fernández, quien utilizaba el seudónimo *Eddef*, y ya había decorado la presidencia del Club de La Unión. En la Sala de Lectura, ella grabó figuras de niños, juguetes y animales que aún permanecen como si hubieran sido realizados recientemente. También hizo colum-

nas de madera, con frisos pirograbados (una de las cuales todavía adorna la oficina de la Subdirección), y grabó figuras geométricas en sillitas y sillones. Cada escritorio tenía maceteros de madera pirograbada, con flores frescas, siempre renovadas, como nítidamente puede apreciarse en el reportaje que le dedicó *Zig Zag* (1 de noviembre de 1924). Su trabajo causó admiración entre los asistentes al Congreso, quienes felicitaron calurosamente a la señora Desimone. Cuando ella comentó que viajaría próximamente a Argentina, el delegado de Córdoba le pidió que fuera a esa ciudad para que les decorara el sistema de salas cunas. No sabemos si esta idea se concretó, pero el hijo de la artista, el crítico literario Ariel Fernández Desimone, nos ha informado que después de los actos que hemos relatado, ella decoró el Congreso Nacional de Buenos Aires.



Un biombo pirograbado, modelo, como el resto de los muebles, de Edeff.



Columna y friso artísticamente pirograbado. Gentileza del escritor Ariel Fernández Desimone.

La sala quedó a cargo de la señorita Margarita Mieres Cartes, quien comenzó inmediatamente a atender a sus pequeños lectores. La señorita Mieres era profesora de francés, titulada, con excelentes notas, en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En 1921, La Dirección de la Biblioteca Nacional la había enviado a Estados Unidos, para que estudiara bibliotecología, con el compromiso de que, terminado el curso, se vendría a hacer cargo de la Sala Infantil. Ella cumplió con este acuerdo: obtuvo su título de bibliotecaria en Nueva York y obtuvo además el grado de Master of Arts. En 1924 había regresado a Santiago para atender a los niños.



Margarita Mieres Cartes. En El Nuevo Sucesos Nº. 1581, Santiago, 8 nov., 1934, p. 10.

En un comienzo, el horario de atención era de 14:00 a 17:00 horas. Ocupaba cuatro salas del edificio y la asistencia media era de 80 lectores. Los lectores ingresaban por un pequeño tocador donde se lavaban las manos, antes de tomar los libros, bajo la atenta mirada de doña Margarita y de sus asistentes. Además de los asiduos visitantes, tenía casi dos mil lectores inscritos para préstamos domiciliarios. Los pequeños lectores se comprometían a devolver los libros, bajo palabra de honor que entonces, se cumplía rigurosamente. La colección original estaba pensada especialmente para niños de 5 a 14 años. Los autores más leídos eran Salgari, Verne, los hermanos Grimm, Perrault y Andersen.

Pero, muy pronto, la Sala Infantil debió dividirse en dos secciones: una infantil, propiamente tal, para atender niños de 6 a 13 años, y la Sección Intermedia, para jóvenes de 14 a 18 años, a la cual concurrían igualmente los alumnos de la enseñanza secundaria de la capital. La población escolar de la ciudad, que cada día iba en acelerado aumento, se volcó a ambas salas.





Sala Infantil, recién terminada. En Zig-Zag, Nº. 1028, Santiago, 1 nov., 1924, p. 42.



Dos asiduos lectores de la Sala Infantil.



Aspecto general de la sala. En *Zig-Zag*, Nº. 1160, Santiago, 14 de mayo de 1927, p. 65.

Persisten algunos problemas

Por deficiencias en la instalación de agua potable, se habían producido varias inundaciones, porque durante el día solía suceder que el suministro de agua se cortaba y, sin que nadie lo advirtiera, las llaves quedaban abiertas. Estas situaciones se habían producido antes de que la dirección se hiciera cargo del nuevo edificio, debido a que otros organismos habían ocupado provisoriamente sus dependencias. Dadas estas dificultades, el director solicitó que fueran trasladados los objetos y muebles del Museo Social Chileno, que ocupaban dos salas del subterráneo del edificio de la nueva Biblioteca. También solicitó que se retiraran las pertenencias del Museo de Etnología y Antropología, que ocupaban tres salas, y se desocuparan dos salas que utilizaba la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

En noviembre de 1925, el ministro solicitó una sala para el Conservador del Registro Electoral y un local que sirviese a la secretaría de la Sociedad de Autores Teatrales de Chile. El director respondió lamentando no disponer de espacio, haciendo presente que en el subterráneo funcionaba también la Dirección de Obras Públicas y protestando nuevamente por estos servicios, enteramente ajenos, que ocupaban espacios de la Biblioteca. En cambio, ofreció el antiguo edificio de la Biblioteca Nacional, en la medida que se

fuera desocupando. Ante estos problemas, se llega al acuerdo de trasladar esas dependencias que no pertenecen a la Biblioteca al edificio antiguo.

LAS AUTORIDADES RECORREN LA BIBLIOTECA

En los primeros días de diciembre, una comitiva compuesta por el señor ministro de Instrucción Pública, Óscar Fenner, el director general de Bibliotecas, Carlos Silva Cruz, el director del Archivo Nacional, Fanor Velasco y otras personalidades, recorrió el edificio de la Biblioteca Nacional, según lo consigna una crónica titulada "Lo que será la nueva Biblioteca Nacional", publicada en *El Mercurio* de Santiago el 6 de diciembre de 1925, (p. 6), que resumimos a continuación:

La visita comenzó por el subterráneo de Alameda, donde se encontraban el Museo de Etnología, el catálogo de la Biblioteca y el Archivo Histórico. El Museo de Etnología estaba instalado allí transitoriamente, ocupando salas destinadas a la Sección Domicilio.

En el primer piso se encontraban la Sala de Niños, el Gran Salón de Lectura, las dependencias de pedidos de libros y otras salas del Archivo Histórico. La Sala de Niños constituía una verdadera obra de arte, elogiada por los miembros de la comitiva. En el momento de la visita estaba llena de pequeños lectores. La sala ya se hacía hasta tal punto estrecha que había sido necesario establecer turnos por orden alfabético de los niños para que en diversos días de la semana puedan entregarse al provechoso placer de la lectura. El señor Ministro de Instrucción Pública consignó su favorable impresión de la visita en unas cuantas frases de elogio estampadas en el libro de visitas.

La gran sala de lectura tenía capacidad para muchos cientos de lectores y se coronaba en una cúpula que constituye una obra arquitectónica digna de mención especial. La luz que se disfruta en la sala es suave y pareja. La decoración era sencillísima. En la sala no hay contacto alguno del público con los encargados de entregar los libros, ni con los catálogos, de modo que nada puede perturbar el reposo de los que se entreguen a la lectura. Dependencias especiales servirán para los menesteres indicados y facilitarán el servicio al público.

En otros pisos del nuevo edificio, los visitantes pudieron ver otras reparticiones especiales que merecen mención. La sala Italia, que sería ocupada por los miembros de la colonia italiana, la sala que ocupará la biblioteca particular de don José Toribio Medina, donada al Gobierno por el escritor e investigador; la Oficina de la Propiedad Intelectual que funcionaba hace algunos meses, atendida por su jefe don Eduardo Barrios; la Comisión

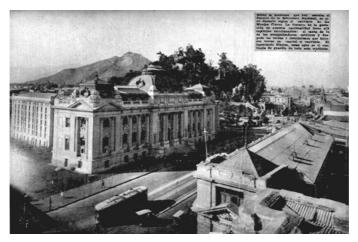
de Censura Cinematográfica; la Sala Americana y otras dependencias ocupaban los demás pisos del hermoso edificio.

Anexos a él, frente a las calles MacIver y Miraflores, se encontraban los dos grandes almacenes para libros, con estantes metálicos que constituían una verdadera novedad en la materia. Ha sido tan bien aprovechado el espacio que a la misma altura del cuerpo central de la Biblioteca, se encuentran siete pisos de almacenes por cada lado. "Todas las precauciones del caso y todas las comodidades están consultadas en estos almacenes. No es difícil asegurar, por eso, que la Biblioteca ocupará uno de los primeros lugares entre los establecimientos americanos de su especie", concluye el cronista.

Es interesante destacar que, según el plano de la manzana, falta edificar dos cuerpos del edificio, por las calles Moneda y Claras. El director pidió al ministro que se ocupara de la destinación de fondos para tales obras, donde se ubicarán dependencias del mayor interés para el Servicio y para el público, obteniendo del señor Fenner las seguridades de que se haría todo lo necesario para terminar como corresponde el hermoso edificio.

El periodista de *El Mercurio* culmina su crónica celebrando que "en un país que no parecía dar gran importancia a la cultura se haya logrado dar cima a una obra de tanto aliento como ésta. Inmensa parte de esta obra corresponde al Director don Carlos Silva Cruz, cuyos esfuerzos, prolongados durante muchos años, han logrado sacudir la apatía de algunos gobiernos, haciendo posible la continuación de la obra". En diciembre, se colocaron las balaustradas de fierro y bronce en escaleras y escotillas principales.

A fines de 1925, el director informó al ministro que los trabajos están virtualmente terminados, faltando solo pequeños detalles en las cúpulas sobre la sala Medina y que, lamentablemente, los trabajos de habilitación e instalaciones (amoblados, pintura, pulido de murallas y pisos) estaban sumamente atrasados.



Panorámica de la Biblioteca Nacional. En Zig-Zag, Nº. 1160, 14 de mayo de 1927, p. 65.

A comienzos de 1926 nuevamente el edificio sufre tres grandes inundaciones, causadas por llaves abiertas y desagües cerrados. Se inundó el primer piso y los subterráneos, con el agravante de que algunas dependencias continuaban ocupadas por otros servicios.

En el edificio antiguo, la Biblioteca había implementado un servicio nocturno de atención al público que funcionaba con un sistema de turnos de los funcionarios, los días hábiles de 20:30 a 22:30 horas, que fue eliminado en enero de 1926, porque no había dado los resultados que de él se habían esperado: el público era muy poco significativo, "los trabajadores se retiran de sus ocupaciones y se van a sus hogares, situados generalmente en barrios alejados del centro", y además significaba un importante gasto en luz y calefacción, según expone el director a sus superiores.

En el mes de marzo se inicia el traslado de los libros, en camiones, desde el antiguo edificio, situado en Compañía con Bandera, siguiendo un riguroso plan ideado por Emilio Vaïsse y Ramón Laval para que no se desordenen. Desgraciadamente, debido a las diferentes dimensiones de las estanterías del nuevo local, se trastrocaron las ubicaciones de los libros y la catalogación decimal, que tanto esfuerzo había costado a Ricardo Dávila Silva, se perdió totalmente.

Recién en mayo de 1926 quedaron debidamente instaladas las estanterías metálicas e incombustibles, a las que se les dieron tres capas de pintura al óleo; las bandejas, además, llevaron una mano de barniz. Con satisfacción, podemos asegurar que estas bandejas son las mismas que todavía se utilizan hoy; que se encuentran en excelentes condiciones y que los auxiliares suelen limpiarlas con aspiradoras industriales o lavarlas con detergente. El 24 de

mayo, el director informa que ya se ha trasladado completamente la Sección Chilena. Terminado este trabajo se podía empezar a ordenar las colecciones de libros, revistas y periódicos.

En julio se instalan los vidrios de los almacenes y oficinas de las secciones Chilena, Fondo General, Americana, Encuadernación y Dirección. También se colocan los teléfonos y se solicita presupuesto para ascensoristas, jardineros, electricistas y encargados del aseo y cuidado del nuevo edificio. En septiembre se ponen lámparas, apliques y plafones en pasillos, oficinas y almacenes. Además, se solicita alumbrado de jardines exteriores. Al mismo tiempo, se habilitan espacios para que el mayordomo cuide las colecciones durante la noche y se solicita a la policía de Santiago que disponga un guardia especial para proteger todos aquellos sectores del edificio que están rodeados por jardines y no poseen alumbrado público.

ZIG-ZAG ENTREVISTA AL DIRECTOR

En una entrevista que la revista Zig-Zag (N°. 1127, del 25 de septiembre de 1926, pp. 85-90), realiza a Carlos Silva Cruz, manifiesta que "además de las dependencias de la Biblioteca que ya funcionan en el nuevo edificio de Alameda, una parte está ocupada provisionalmente, mientras se construye su sección propia, por el Archivo Histórico Nacional que dirige don Fanor Velasco". Añade que "el terreno costó \$3.300.000" [una manzana de 11 mil metros cuadrados] y que "en la construcción ya hecha se llevan gastados cinco millones y \$700.000 en el pabellón inconcluso del Museo Histórico, por la calle Miraflores". Además, entrega los siguientes detalles: "el edificio es todo de concreto armado, en condiciones tales de solidez que cuando ha habido necesidad de hacer alguna ruptura, ha sido necesario emplear el cincel, puede decirse que es un solo bloc de granito. No hay material combustible. En los depósitos de libros, que llaman la atención del transeúnte con sus varios pequeños pisos, como un rascacielos, las estanterías, puertas y ventanas son de hierro: las escaleras, pisos intermedios y las techumbres todas son de cemento armado". Finaliza Silva Cruz: "otra de las características del edificio es que su material es todo chileno; puertas, ventanas, parquet, zócalos, etc., son en su mayoría de lingue escogido; el cemento es de la fábrica El Melón; las bellas puertas exteriores, y las demás rejas, barandas y escalinatas han sido trabajadas y fundidas en establecimientos nacionales".

En el portal web de la Biblioteca Nacional se añade que "los trabajos de ornamentación y tallado artístico en madera y yeso para diferentes elementos constructivos del edificio, fueron ejecutados por Hipólito Eyraud. Enea Ravanello realizó las tres puertas de fierro de la entrada principal, Alberto

Mattman ejecutó las balaustradas de fierro y bronce de la escalera y Santiago Ceppi los pisos de mármol y granito artificial".⁶

El artículo de *Zig-Zag* cuenta, asimismo, que "actualmente funcionan las siguientes secciones: en el primer piso, la Chilena, Lectura a Domicilio y las salas infantiles; y en el segundo, las de Catalogación, Control, Informaciones y Americana [...] además de la Sección Periódicos Chilenos, se abrirá pronto al público la Sección Fondo General, la más grande de la Biblioteca, y en la cual está todo el material europeo y de otros continentes. Se abrirá también, entonces, el gran salón del primer piso en el centro del Edificio".



Lectores saliendo del nuevo edificio. Gentileza del Archivo Fotográfico del Museo Histórico Nacional.

Pocos días después, *El Mercurio* de Santiago publica una noticia titulada "La Biblioteca Nacional en su nuevo edificio", donde se informa que "dentro de poco quedarán definitivamente instaladas y abiertas al público en el edificio nuevo de la Biblioteca Nacional todas las secciones de ese establecimiento" (27 de septiembre de 1926, p. 3).

Este texto y, en parte, también la entrevista anterior de Zig-Zag al director, permiten inferir que la Biblioteca no se inauguró con una ceremonia solemne, sino que fue abriendo sus secciones paulatinamente, a medida que sus colecciones iban quedando instaladas y en condiciones de dar servicio al público.

Desde entonces, casi todas las secciones utilizan el sistema de ubicación por tamaño para aprovechar mejor el espacio. De manera que junto a una novela puede encontrarse un manual de química, o una historia de Chile,

⁶ Portal de la Biblioteca Nacional, "Nosotros: Edificios", http://www.biblioteca nacional.cl/Vistas_Publicas/publicContenido/contenidoPublicDetalle.aspx?folio=3845&idioma=0

por ejemplo. Cada volumen se ubica mediante una nomenclatura de tres dígitos, en la que el primer número indica el almacén en que se halla; el segundo, la tabla dentro del almacén y, el tercero, el orden que tiene en esa tabla, Por ejemplo, en un libro con la ubicación 10 (123-33); el 10 significa que se encuentra en la sección Chilena, piso 10; 123 quiere decir que está en la tabla 123, de ese piso y 33, que ocupa ese lugar en dicha tabla.

La Sala Argentina

El 18 de enero de 1927 se inaugura la Sala Argentina en la Biblioteca, que lucía para la ocasión artísticos arreglos ejecutados por la casa Gath y Chaves. A tan solemne acto concurrieron Emiliano Figueroa, presidente de la República; Manuel Malbrán, embajador de Argentina en Chile; Ramón Montero, ministro de Instrucción Pública: y el doctor Francisco de Veyga, representante de la Comisión de Bibliotecas Populares Argentinas, quien hizo el discurso principal, destacando especialmente la hospitalidad que Chile brindó a los intelectuales emigrados de su país y la obra que ellos realizaron en el nuestro. Como un símbolo de tales relaciones, en ese momento se instaló el busto de Domingo Faustino Sarmiento en la sala que se inauguraba y se entregó una importante colección de libros representativos de la cultura argentina. La idea inicial era instalar también una Sala Chilena en la Biblioteca Nacional de Argentina, como símbolo del "poderoso lazo de unión intelectual entre ambos países". El busto de Sarmiento aún deambula por los diferentes pasillos del edificio.





Inauguración de la Sala Argentina. En Zig-Zag, Nº. 1144, 22 enero, 1927, pp. 53-54.

RECUERDOS DE CARLOS SILVA CRUZ

Ese mismo mes, Carlos Silva Cruz presenta su expediente de jubilación. El ministro Aquiles Vergara se la concede el 26 de febrero en una carta en que

"se complace en reconocer el celo, la honradez y la preparación que junto con su caballerosidad y amor al trabajo, dedicara por entero a la Biblioteca Nacional y a su obra cultural". Inmediatamente el ministro dictó un decreto que nombraba director a Eduardo Barrios.

En la evaluación que el propio Silva Cruz realiza en sus "Recuerdos de la Biblioteca Nacional" publicados en la revista *Mapocho* del sesquicentenario, reconoce que "don Luis Montt fue el verdadero creador de la biblioteca moderna que es hoy la Biblioteca Nacional. Hasta el año 1886, en que él la trasladó y entró a dirigirla, había vivido el establecimiento lánguida vida, asfixiado entre los muros vetustos de la casa de Catedral esquina de Bandera, en la cual solo ocupaba algunas salas, con sus cuatro únicos departamentos, que eran el de teología, el de fondo antiguo, el de impresos chilenos y canje, y el de Egaña; formado este último con los libros de don Mariano, que el eminente prócer adquiriera en sus viajes por Europa". Continúa Silva Cruz:

En su nueva casa —el histórico edificio del Consulado, esquina de Compañía y Bandera— las secciones de la Biblioteca aumentaron a seis, con una distribución más lógica: Fondo General, Sección Chilena, Sección Americana, Lectura a Domicilio, Sección de Canjes, Sección de Manuscritos, Estampas y Museo Bibliográfico.

La base que, al hacerme cargo de la Dirección, encontré, era magnífica, como ya lo he indicado. Gracias al cuidado, al empeño, al entusiasmo, a las felices iniciativas y a los sabios trabajos bibliográficos de mis predecesores y de los jefes y empleados del establecimiento, muy en especial Briseño, Montt y sus colaboradores Palma, Laval, Blanchard, Thayer Ojeda, don Juan Salas y tantos otros, la Biblioteca ofrecía un fondo excepcional de documentación admirablemente conservado y organizado. Pero había que airear, modernizar, atraer, establecer mayor contacto con el público y con todas las actividades sociales, interesando en la obra bibliotecaria a los poderes públicos, a la prensa y a los elementos intelectuales.

[...] Se comenzó por instalar en el viejo edificio luz eléctrica y servicio telefónico, servicios que no existían —la biblioteca se abría solo de diez de la mañana a las cuatro de la tarde—. Se dio mayor comodidad, confort y aseo al salón de lectura. Se adquirió una máquina de proyecciones, para ilustrar conferencias. Se aumentaron las colecciones con la adquisición de obras modernas, particularmente en los ramos científicos, técnicos, literarios y artísticos, incluso una colección de música escogida. Para todo ello se creó una sección especial, la de "Adquisiciones y Conferencias", a cargo del conocido escritor don Miguel Luis Rocuant, quien estableció un sistema completo de consultas a los especialistas de cada ramo [...].

Entraron a colaborar en la Biblioteca conocidos escritores y periodistas como Santiván, Nieto del Río, Mariano Latorre⁷, Daniel de la Vega⁸, etc."



Mariano Latorre en la Biblioteca Nacional (gentileza de Jaime González Colville, historiador de la región del Maule).





Hojas de servicio de Mariano Latorre, probablemente manuscritas por Ramón Laval. En archivo de Guillermo Feliú Cruz de la sala José Toribio Medina, Biblioteca Nacional.

Silva Cruz continúa diciendo: "a fin de dar facilidades a las personas ocupadas durante las horas de trabajo —que coincidían con las de funcionamiento de la Biblioteca—, se establecieron los servicios nocturno y dominical.

 $^{^7\,}$ Mariano Latorre refiere varias anécdotas en la Biblioteca Nacional en su libro Memorias y otras Confidencias.

⁸ Daniel de la Vega escribió un texto sobre Manuel Valenzuela, mayordomo de la Biblioteca Nacional, en su libro *Fechas apuntadas en la pared*.

Y, para ampliar las fuentes de información, se anexó a la Biblioteca la "Oficina Bibliográfica Chilena", creada algún tiempo antes por el Ministro de Instrucción Pública Jorge Huneeus Gana, en conexión con el Instituto Internacional de Bibliografía de Bruselas, cuyo "Repertorio" de treinta millones de fichas, metódica y científicamente organizado, era la más amplia fuente a que se podía recurrir para conocer en un momento dado todo lo que —el mundo— ha producido sobre cualquier materia".

Mención especial merece el crecimiento dado a la sección de Lectura a Domicilio, que el director Montt dejó con poco más de mil volúmenes, y que llegó luego a contener una cifra superior a treinta mil; extendiendo su radio de acción, ramificándose en numerosas sucursales, ubicadas en escuelas, liceos, bibliotecas, comisarías y otros establecimientos de diversos barrios de la capital y en algunas localidades de provincia. De esta forma la Biblioteca se acercaba al lector, buscándolo en su ciudad o en su barrio. Con la colaboración de la Sección Bienestar de la Dirección General de Ferrocarriles, se estableció también un "vagón-biblioteca" que, habilitado con libros de Lectura a Domicilio, recorría la red de Santiago al Sur, repartiendo lectura en las estaciones. De acuerdo con la Dirección General de Correos, se estableció también un servicio de envío de libros a provincia. En todos estos servicios de extensión bibliotecaria, se encontró un colaborador infatigable en el Jefe de la Sección Lectura a Domicilio, Rafael Larraín Mancheño y todo su personal. Por último, por medio de una ingeniosa combinación, y con un gasto mínimo, se habilitó el Salón de Lectura para poderlo transformar, rápidamente, en sala de sesiones o conferencias en las horas en que quedaba libre de lectores, de seis a ocho de la tarde.

En sus diecisiete años al frente de la Dirección de la Biblioteca —una de las administraciones más prolongadas junto a la de Francisco García Huidobro y a la de Luis Montt Montt— Carlos Silva Cruz realizó una magnífica labor, dejando como sello indeleble el edificio que ahora es de uso público.

II. Administración de Eduardo Barrios, 1927-1931



Sucesos, Nº. 1278, Valparaíso, 24 de marzo de 1927, p. 29.

SUS PROVECTOS INICIALES

El ya ilustre novelista Eduardo Barrios es designado Director de la Biblioteca Nacional por el presidente Emiliano Figueroa en febrero de 1927. No es un funcionario nuevo, pues había ingresado a la Biblioteca en 1925 como Conservador de la Propiedad Intelectual. El Mercurio de Santiago del 1 de mayo de 1927 contiene una entrevista realizada por Raúl Silva Castro, que se efectúa al caer la noche en la sala de la censura cinematográfica, titulada "Una hora con Eduardo Barrios". En ella, ambos conversan sobre la situación actual del servicio y el trabajo futuro del nuevo director. Este explica que aún no tiene un plan completo. Añade que su primera preocupación ha sido el catálogo, elemento indispensable para la marcha de la biblioteca. Desgraciadamente, sostiene que la nuestra no posee un catálogo central, pues cada sección dispone de los suyos, creados conforme a diversos sistemas. Opina que la razón radica en que hace muchos años la Biblioteca Nacional adoptó el sistema decimal aplicado en el Instituto Internacional de Bibliografía de Bruselas. Y añade que cuando el exsubdirector Ramón Laval visitó la Biblioteca de Bruselas, contigua al Instituto, preguntó si se utilizaba allí el sistema decimal; se le respondió que no, porque habría demandado un gran aumento de personal, no menor a cien personas. Además, habría significado recurrir a innumerables especialistas, pues es necesario tener una competencia especial en cada materia. De manera que él considera absurdo el sistema de subdivisión constante por diez de todo el conocimiento humano. Su empeño es disponer de un catálogo topográfico, a partir del cual se pueda crear el catálogo central de la Biblioteca con una parte de autores y otra de materias. Es pertinente añadir aquí que, recién en la década de los ochenta, la Biblioteca dispuso de un catálogo parcialmente centralizado que contenía Autores, Materias y Títulos.



Raúl Silva Castro. Ercilla, Nº. 1828, Santiago, 1 de julio de 1970, p. 69.

A continuación, abordan otro tema: el director anuncia que prepara un reglamento, que se transformaría en decreto supremo, donde se establezcan los deberes de los funcionarios y un sistema de calificación semestral que sirva de guía para las promociones. También asegura que todavía no termina la instalación de la Biblioteca. La Sala Medina está aún en construcción; faltan conexiones de luz que permitan reponer el servicio nocturno; hay que ordenar secciones, porque cuando él se hizo cargo, evidenció que la mudanza había producido un caos terrible. Muchas colecciones estaban arrumbadas en salas o pasillos. Lo primero fue darles ubicación definitiva. Luego, le explica, que cada libro que llega a la Biblioteca, por compra, donación o canje, pasará primero por la Sección Catalogación, la cual lo registrará y enviará a la sección que corresponda, con todas las fichas que necesite para sus catálogos. Este sistema asegura la integridad de las colecciones. Por último, Eduardo Barrios se refiere a la extensión de la acción cultural de la Biblioteca. En este sentido, su principal objetivo es que las bibliotecas de provincias se abran al público durante ciertas horas. Para ello está en contacto con intendentes y gobernadores, para que inscriban sus bibliotecas como sucursales de la Nacional, la que les proveerá libros mensualmente a través de la Sección Domicilio. Con el tiempo espera que las bibliotecas mismas soliciten directamente los libros que les falten a esta sección. También desea implementar un plan semejante para las bibliotecas santiaguinas.

En enero de 1927, reaparece la *Revista de bibliografia chilena*, que se publica hasta diciembre de 1929. Es la continuación de la *Revista de bibliografia chilena y extranjera* que Emilio Vaïsse publicara entre los años 1913 y 1918.

Sin embargo, esta vez la publicación no menciona inicialmente a su director, pudiendo deducirse que no fue Vaïsse, porque a comienzos de 1927 se hizo cargo de dos secciones importantes de la Biblioteca y porque jubiló en enero de 1928. No obstante, en los dos últimos fascículos (correspondientes al tercer y cuarto trimestres de 1929), se manifiesta que la revista es dirigida "por Raúl Silva Castro, Jefe de Sección en la Biblioteca Nacional". Emilio Vaïsse dedica una crónica a este acontecimiento, firmada con su seudónimo Omer Emeth, donde entrega detalles de la publicación y de los afanes de su director.⁹

Luego se pregunta "¿por qué falleció aquella revista en 1918?". Y responde: "En aquel año, sin haber tenido arte ni parte en la guerra europea, Chile padeció en carne propia las consecuencias económicas de aquel conflicto. El Fisco empezó, no a economizar, sino a recortar algunos ítems para alargar otros. Eso llaman economía los Gobiernos parlamentarios... Y, en efecto, no falta dinero fiscal para cosas de puro lujo [...], pero cuando se trató de sostener por un año más la revista, no se encontró en las cajas públicas el puñado de pesos que ello demandaba".

Fue inútil que repitiera que "ninguna publicación honra más a Chile en el extranjero que esta *Revista de bibliografia*. Por ella yanquis y europeos ven que somos un pueblo tan enamorado como ellos de la verdad y la belleza. Ahí, en la revista, están las pruebas de nuestro adelanto intelectual y las manifestaciones de nuestros esfuerzos en todos los principales órdenes de la actividad humana".

[...] "Este año, el Director de la Biblioteca Nacional [Eduardo Barrios], pese a las estrecheces fiscales, ha encontrado en el presupuesto de la Biblioteca Nacional el dinero necesario para resucitar la revista. Tiene algunas diferencias con la anterior: no contiene información extranjera y no es mensual, sino trimestral".

El 10 de abril de 1927. Emilio Vaïsse celebra el renacer de la revista con un artículo en La Nación que titula "Una resurrección: La Revista de bibliografía chilena", que extractamos en esta nota. En él, pide "albricias por la buena nueva que acabo de dar en el título de esta crónica. Pero, ¿quién me las dará? ¿Son muchos entre nosotros los hombres que saben manejar un instrumento bibliográfico y pueden, por consiguiente, apreciar la importancia de la Revista de bibliografía chilena?". A continuación recuerda que cuando la fundó, en 1913, tuvo distinguidos colaboradores como Félix Nieto del Río, Benjamín Oviedo Martínez y Julio Arriagada Herrera, pero que, fuera de una docena de aficionados, nadie le atribuyó ninguna importancia. Reconoce que era una revista antipática porque "al revés de las demás, ésta, en vez de traer cuentos y versos, se contentaba con dar los títulos no solo de los poemas y cuentos sino también de todo lo que se publicaba en Chile. Listas y más listas de títulos: ¿qué interés podían ofrecer al lector ordinario semejantes 'catálogos'?". Sin embargo, cuenta Vaïsse que cuando Theodor Roosevelt pasó por Chile, en 1913, lo acompañaba el clérigo J.H. Zahm, sabio naturalista y filósofo, quien después de recorrer un ejemplar de la revista, le dijo "No tenemos nada igual en los Estados Unidos ni he encontrado revista parecida en ninguno de los países americanos que he visitado". Muy luego empezaron a llegar felicitaciones y pedidos desde Alemania, Francia, Suiza. Y cuando la revista dejó de publicarse, año tras año y mes tras mes, siguieron recibiéndose pedidos desde el extranjero.

Economías y reducción de personal

Una de las primeras medidas del nuevo director fue aplicar un riguroso plan de economía financiera. En efecto, el oficio 594, de fecha 4 de marzo de 1927, dirigido al ministro de Instrucción Pública, le señala que, "en conformidad a instrucciones recibidas verbalmente de us", propone la suspensión de cargos en el Servicio, con el objetivo de practicar "el máximo de economía sin perjuicio grave para estos servicios". Una hoja manuscrita que acompaña al oficio sugiere suprimir 9 cargos: el de subdirector, 4 jefes de Sección, el de visitador de Imprentas, el de un ayudante, el de un oficial auxiliar y el de un guardián segundo. A algunos jefes les asigna dos secciones, como a Emilio Vaïsse, quien mantiene su cargo de Jefe de Informaciones, pero se transforma además en Jefe de Fondo General. Al mismo tiempo, propone rebajar los sueldos de los siguientes funcionarios: 7 Jefes de Sección, 7 oficiales de número, 12 oficiales auxiliares, un mayordomo, un empaquetador, un guardián primero, dos guardianes segundos y dos porteros. Según este documento, en aquel momento estas medidas equivalían a una rebaja de \$ 151.236 en la planilla del servicio. En los documentos de la Biblioteca, no se vuelve a mencionar este tema. Pero en la entrevista aludida que le hizo Silva Castro, este le pregunta si la reducción de personal ha afectado al servicio. "No. El personal está contento con la reestructuración y me ha prometido ayudarme. Noto en todos los empleados un empeño considerable por rendir al máximo de su capacidad", responde el director.

ÚLTIMOS DETALLES DE LA CONSTRUCCIÓN

En marzo de 1927 el director comunica que las ventanas y las puertas que comunican con el futuro edificio del Museo Histórico no tienen protecciones y pueden ser abiertas fácilmente por extraños. Por otra parte, las puertas de hierro de los almacenes carecen de chapas y de llaves; así fue como en febrero se introdujeron de noche en la oficina del subdirector y robaron su máquina de escribir.

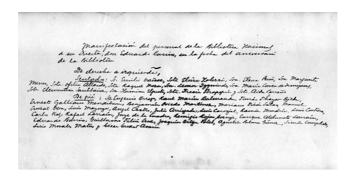
En un amplio reportaje que publicó *La Nación* el día 23 de abril de 1929, el periodista que dialoga con las autoridades de la Biblioteca se refiere nuevamente al tema de las economías y reducción de personal. La respuesta de Eduardo Barrios es categórica: "la actual Dirección General inició su labor con una reorganización completa de los servicios a su cargo, ateniéndose para ello a un plan de servicios, y solo permanecieron en sus puestos aquellos que, además de servir un cargo estrictamente indispensable, testificaron condiciones de trabajo y preparación".

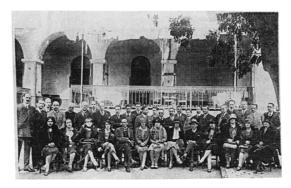
Resultado de esta reorganización inflexible, que se ciñó rígidamente a las necesidades reales de los servicios dependientes de la Dirección General, fue una economía anual de 151.464 pesos por capítulo de sueldos y supresión de más o menos un veinte por ciento de los empleados, cuyos cargos no estaban justificados suficientemente. La reorganización afectó especialmente a altos puestos que, como un subdirector y siete jefes de sección, no atestiguaron una utilidad inmediata para el servicio.

Agreguemos que ese mes se instalaron en Alameda los ascensores marca Otis Elevador Company (eléctricos y automáticos para pasajeros) y los montalibros. Como es tradicional, el 19 de agosto la Biblioteca Nacional celebra su aniversario con un almuerzo en el restaurante del cerro Santa Lucía.



Gentileza de Don Máximo Leupín Hernández.





El mismo grupo, frente al restaurante.

La fotografía en que aparecen manuscritos los nombres del personal es un gentil presente que hizo el mayordomo Máximo Leupín, meses antes de jubilar. Como la letra es casi ilegible, repetimos aquí su texto: "Manifestación del personal de la Biblioteca Nacional a su Director, don Eduardo Barrios, en la fecha del aniversario de la Biblioteca. De izquierda a derecha: Sentados: Emilio Vaïsse, Elvira Zolezzi, Elena Peni, Margarita Mieres, Ofelia Allende, Raquel Meza, Leonor Izquierdo, María Correa, Clementina Santibáñez, Herminia Elgueta, Fresia Tirapegui y Aída Carreño. De pie: Eugenio Orrego, Raúl Marín Balmaceda, Tomás Thayer Ojeda, Ernesto Galliano Mendiburu, Benjamín Oviedo Martínez, Mariano Picón Salas, Manuel Cruzat Vera, Luis Mayorga, Ángel Castro, Julio Arriagada, Luis Carvajal, Ramón Mondría, Luis Contreras, Carlos Díaz, Rafael Larraín, Jorge de la Cuadra, Remigio Rojas Cornejo, Enrique Aldunate Larraín, Eduardo Barrios, Guillermo Feliú Cruz, Joaquín Ortega Folch, Agustín Palma Gómez, Simón Cumplido, Luis Morales Matus y Cesar Cruzat Avaria".

Durante el año 1927, Eduardo Barrios alcanzó a estar poco tiempo frente a la Dirección, pues en septiembre el presidente Ibáñez lo designa ministro de Educación, quedando como reemplazante suyo Manuel Cruzat Vera quien, a su vez, es sustituido por Raúl Silva Castro en octubre de 1928; pero, a fines de ese mismo mes, regresa Eduardo Barrios a la Biblioteca Nacional.

ABRE LA SALA MEDINA

Ese mismo año, Eduardo Barrios, José Toribio Medina y Guillermo Feliú Cruz reciben la Sala Medina acondicionada, y empieza a ordenarse esa valiosa colección. Sin embargo, es extraño que, siendo una de las Salas más importantes de la Biblioteca, no se efectuara su apertura oficial, como era costumbre. Dos veces anunció la prensa su inauguración: el 21 de octubre de 1927 y el 20 de agosto de 1930, pero el acto no se realizó. Según el profesor Mario Monsalve, quien ha ordenado recientemente la colección Guillermo Feliú Cruz, en la Sala existe un libro de firmas de lectores abierto el 17 de junio de 1929, y la primera estadística de lectores es de octubre de 1929.

En enero de 1929, comienza a publicarse el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, que contiene la lista de los libros, diarios y revistas ingresados a cada sección; estadísticas de lectores; movimiento de canje internacional, informes y novedades del servicio; memorias anuales; bibliografías; homenajes (al fallecimiento de José Toribio Medina, al centenario del nacimiento de Diego Barros Arana, a Ricardo Palma); necrologías de funcionarios y artículos originales sobre bibliotecas, libros, escritores e imprentas.

Cursos de perfeccionamiento

Durante el verano de 1929, se inaugura un curso de capacitación en catalogación, clasificación y cultura bibliotecaria, para perfeccionar el desempeño de los empleados de la Biblioteca en el cumplimiento de sus funciones, especialmente en la orientación de los lectores. El programa es el siguiente:

Primer Ciclo:

- Bibliotecología General. Dos horas semanales. Profesor: Luis Ignacio Silva.
- II. Bibliotecología Especial. Dos horas semanales. Profesora: Margarita Mieres.
 - 1. Clasificación y Catalogación.
 - 2. Bibliotecas Infantiles.
- III. Literatura General. Dos horas semanales. Profesor: Raúl Silva Castro.

Segundo Ciclo:

- Literatura Iberoamericana. Una hora semanal. Profesor: Mariano Picón Salas.
- II. Literatura Chilena. Una hora semanal. Profesor: Luis Ignacio Silva.
- III. Bibliografía Histórica Americana. Una hora semanal. Profesor: Guilermo Feliú Cruz.
- IV. Bosquejo Histórico de las Artes y de las Ciencias. Una hora semanal.
 Profesor: Mariano Picón Salas.
- v. Literatura General (continuación). Una hora semanal. Profesor: Raúl Silva Castro.
- vi. Literatura Anglo-Americana. Una hora semanal. Profesora: Margarita Mieres.

Las clases se impartían de 8:30 a 9:30 horas y eran obligatorias para todo el personal de la Biblioteca. Hubo una evaluación final. Se invitó a bibliotecarios de otras reparticiones públicas y a particulares a participar, previa selección que hizo la Dirección.

Atención a universitarios

A comienzos de marzo, la dirección cursa una circular a los directores de Escuelas Universitarias informándoles que la Biblioteca se encuentra adquiriendo

obras modernas, de alta cultura científica y literaria que será de mucha utilidad para el alumnado de la educación superior. La Dirección se propone satisfacer así la alta investigación que se realiza en el país. Los funcionarios pondrán a disposición de los investigadores todo el material bibliográfico existente, suministrarán bibliografías y referencias y facilitarán la consulta cómoda de libros y manuscritos.

Asimismo, les comunica que la sección Lectura a Domicilio tiene muy presente las necesidades de los estudiantes universitarios. Como la sección facilita obras previo depósito de su valor en el comercio y, considerando que con frecuencia los estudiantes carecen de recursos económicos, pero entendiendo también a que su eficiente preparación es una necesidad nacional, el director propone otorgar préstamo domiciliario especial a los alumnos de un curso que sea presentado oficialmente a la Sección por alguno de sus profesores. La Biblioteca les extendería una tarjeta personal que permitirá a los alumnos llevar los libros que necesiten para sus investigaciones. Las inscripciones de los interesados se harían anualmente en marzo y abril.

Para evitar pérdida de material bibliográfico, ningún alumno puede llevarse más de una obra a la vez. Para realizar un nuevo pedido, es preciso que el alumno haya devuelto el anterior. El primero de diciembre, los alumnos deberán haber devuelto todos los libros en préstamo. Se enviará a los directores de las Escuelas Universitarias una lista de los lectores morosos para que se les imponga la obligación de cumplir sus compromisos, sin cuyo requisito no podrán presentarse a rendir exámenes. Quienes cumplan, tendrán derecho a un préstamo de vacaciones, que deberá ser cancelado al iniciarse el siguiente año académico.

ADQUISICIONES ESPECIALES

Hacia mediados de año, la dirección hizo colocar en cada mesa de atención de público un aviso que decía:

AL LECTOR:

Si necesita usted un libro y no lo encuentra en la Biblioteca, pida al Jefe del Salón que lo compre. Si existe en plaza, puede usted pasar a consultarlo al día siguiente; si hay que encargarlo al extranjero, deje usted su dirección a fin de avisarle cuando haya llegado.

SE ANEXAN LAS SALAS BARROS ARANA Y MEDINA

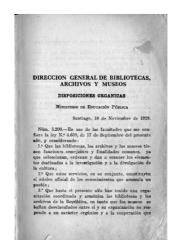
En mayo, comienza a concretarse la donación de la biblioteca de Diego Barros Arana. Para racionalizar la ubicación de las colecciones, se traslada la

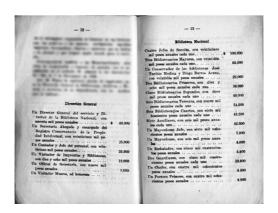
Sala Argentina —que había quedado contigua a la Sala Medina— a la oficina donde ahora se encuentra la jefa de la Sección Chilena. En el lugar de la Sección Argentina, se instala la biblioteca de Barros Arana, que forma "el más completo acervo bibliográfico y documental sobre la historia de América que pueda encontrarse en el continente", según manifiesta Eduardo Barrios en carta de fecha 14 de mayo a Luis Barros Borgoño y Gaspar Toro, albaceas de Diego Barros Arana.

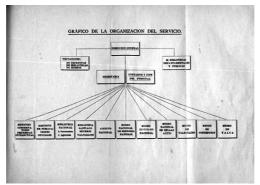
En noviembre, el director informa al ministro que la instalación del cuadro de Alfredo Helsby destinado a ser colocado en el Salón Central de la Biblioteca se encuentra suspendida por decreto, desde septiembre de 1924. Además considera que no es oportuno ejecutarlo aún porque antes deben realizarse los trabajos de comunicación entre el Salón Central y el pabellón Moneda, cuya obra gruesa se ha iniciado durante 1929. Con ello, se perdió la oportunidad de que el Salón de los Fundadores, como se denomina en la actualidad, luciera una obra de Helsby.

NACE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, DIBAM

El 18 de noviembre de ese año, se dicta el Decreto Ley 5200 que reestructura ampliamente el servicio, al crearse la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, aumentando considerablemente sus funciones y enriqueciendo sus colecciones, fondos de libros y tesoros culturales poniéndolos a disposición de la investigación y difusión. Además fija la planta y los sueldos de los funcionarios de la Dirección General; y el organigrama de la DIBAM. Este solo acto significó aumentar el poder y potencia de servicios que separados poseían escasa fuerza y valor.







Esta es la gran transformación administrativa que Eduardo Barrios realizó, porque en este acto se reunieron varias instituciones que se fortalecieron mutuamente y que todavía a fines del siglo xx seguía creciendo.¹⁰

CENTENARIO DE BARROS ARANA

En agosto de 1930, la ciudad celebró, con diversos actos, el centenario del nacimiento de Diego Barros Arana. Con tal motivo, el sábado 16 de agosto, el Internado Nacional Barros Arana inauguró sus nuevas dependencias. En el flamante patio del establecimiento se presentó una gran revista de gimnasia. A continuación, en el Aula Magna se realizó un concierto y una conferencia de Mariano Picón Salas, profesor de Historia del Internado, quien se refirió a la vida y obra del historiador.

 $^{^{10}\,\,}$ Una completa historia y descripción de esta ley puede le
erse en la obra de Sergio Martínez Baeza El libro en Chile.



Diego Barros Arana

Ese mismo día, a las 17 horas, se inauguró la Sala Diego Barros Arana de la Biblioteca Nacional, que contiene su valiosa biblioteca, donada por sus albaceas Luis Barros Borgoño y Gaspar Toro. En nombre de la familia, Barros Borgoño hizo entrega de las obras, con un elocuente discurso. Agradeció la ofrenda que se hacía al país el Director de la Biblioteca, Eduardo Barrios. A continuación, Ricardo Donoso, en nombre de la Sociedad de Historia y Geografía, pronunció un discurso describiendo así la colección de Barros Arana: "Si os detenéis un momento ante los anaqueles repletos de libros, observaréis que ellos se refieren a las más variadas materias del conocimiento humano, y que no solo dicen relación con las disciplinas que fueron las predilectas de su actividad infatigable, sino que hallaréis en ellos desde la filosofía hasta la historia natural, la astronomía y las ciencias exactas, la química y la literatura". Cerró el acto Guillermo Feliú Cruz, conservador de las Salas Diego Barros Arana y José Toribio Medina, quien hizo una completa reseña de la labor bibliográfica de Barros Arana.



Guillermo Feliú Cruz. *Trama*, Revista de la Biblioteca Nacional, Nº. 2, sept., 1984, p. 58.

Los homenajes finalizaron el domingo 17 de agosto en la mañana, con una concentración popular y velada cultural organizadas en el Teatro Esmeralda por el Centro de Solidaridad Latinoamericana, a la que concurrieron representaciones de todas las instituciones obreras del país, las que repletaron el teatro.

OTRAS PUBLICACIONES

En 1930, la Biblioteca Nacional publicó el Suplemento y adiciones a la Bibliografía de bibliografías chilenas que publicó en 1915 don Ramón A. Laval, de Herminia Elgueta de Ochsenius, quien agregó 219 fichas bibliográficas al trabajo de Laval.



Un verdadero acontecimiento bibliográfico se produce cuando Guillermo Feliú Cruz, en su condición de conservador de la Sala Medina, obtiene incondicional apoyo del director Eduardo Barrios para proseguir la publicación de la obra *Colección de historiadores y documentos relativos a la Independencia de Chile*—iniciada en 1900 por Enrique Matta Vial—, que había quedado detenida en el volumen xxvI de 1914. El año 1930 aparecen los tomos xxvII y xxvIII. Desgraciadamente, se produce una nueva interrupción hasta 1937, cuando Feliú Cruz consigue reactivarla, publicando 14 tomos más, hasta 1964.



Durante la administración de Eduardo Barrios, se reanuda también la *Biblioteca de Escritores de Chile*, iniciativa destinada a insertarse en los actos que conmemoraron el Centenario de la Independencia del país, para lo cual un Decreto Supremo de 1908 estableció crear "una publicación permanente destinada a coleccionar, previa selección, las obras escritas en el país y las de autores chilenos publicadas en el extranjero". El mismo Decreto precisa que "esta Biblioteca comprenderá la producción posterior al 18 de septiembre de 1810". Además, nombra una comisión especial permanente presidida por el ministro de Instrucción Pública, y otras seis autoridades, entre las que se encuentra el director de la Biblioteca Nacional.

También en ese período, se publicó *Cuentos de la guerra y otras páginas*, de Daniel Riquelme, con un estudio de Mariano Latorre sobre la chilenidad de Daniel Riquelme (Santiago [s.n.], 1930, xxxIII más 543 p.).



Pocos días después, se anunció la intención de denominar la sala de la Sección Chilena con el nombre de "Benjamín Vicuña Mackenna", idea que no se concretó.

Como ya se dijo, una de las preocupaciones centrales de Eduardo Barrios fue reorganizar el catálogo de la Biblioteca Nacional para facilitar el acceso del público a la colección. Procurando solucionar este problema, creó una comisión para que estudiara el sistema de clasificación decimal que hacía más de 20 años utilizaba la Biblioteca, para adaptarse a la Convención Internacional de Bibliografía de Bruselas, catálogo que se había visto seriamente afectado con el desorden provocado por el traslado de libros al nuevo local. Con el objeto de que el público pudiera consultar sin dificultades los catálogos de materia y que los propios funcionarios no tuviesen problemas para clasificar los libros, la comisión propuso simplemente cambiar las cifras de la clasificación numérica por las palabras que representaban. En una reunión, en que se sometió esta medida a la consideración de los jefes de la Biblioteca, se produjo un serio entredicho entre el director y Raúl Silva Castro, quien abandonó la sesión. Eduardo Barrios le instruyó sumario administrativo, el que culminó con la exoneración de Silva Castro. La medida fue aprobada por Leonardo Guzmán, ministro de Educación, quien, sin embargo, no alcanzó a tramitarla porque entretanto se produjo la caída del gobierno de Carlos Ibáñez.

En *El Mercurio* de Santiago y en *El Diario Ilustrado* aparece el día 6 de agosto de 1931 el siguiente comunicado: "Ayer ha sido aceptada la renuncia presentada por el señor Eduardo Barrios de su cargo de Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos". Esta noticia se encuentra en el contexto de numerosos altos funcionarios que también renunciaban a causa de la caída del gobierno de Carlos Ibáñez del Campo.

El trabajo que estamos concluyendo narra los inicios de la nueva Biblioteca o el "Palacio de los libros", como le decían los antiguos santiaguinos. Es indudable que es la obra principal de Carlos Silva Cruz. Así como la creación de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos fue la de Eduardo Barrios, pues consolidó y dio fortaleza al nuevo organismo. También permite apreciar el crecimiento del servicio solo al comparar las nóminas y fotografías del personal en 1913 y 1927. Por otra parte, es notorio el ingreso de mujeres. En la fotografía de 1913 no hay una sola mujer; en la de 1927 hay 11 y casi 30 hombres. A fines del siglo xx, el predominio del personal femenino es manifiesto. Inclusive, como ya se dijo, en el último decenio del siglo xx y en el primero del siglo xxi, 4 mujeres han sido directoras.

Con los acontecimientos políticos del año 1931, cae el gobierno del general Carlos Ibáñez del Campo y, consecuentemente, Eduardo Barrios deja la dirección de la Biblioteca Nacional y de la DIBAM. En su reemplazo, queda en calidad de director interino Tomás Thayer Ojeda.

HISTORIA MÍNIMA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL (1813-2013)

Francisca Leiva Infante y Sebastián Hernández Toledo

Introducción

La conmemoración de los 200 años de la Biblioteca Nacional es una buena ocasión para reinterpretar el papel que ha cumplido esta institución dentro de nuestra historia republicana. Para esto, hemos decidido desligarnos de la historia cronológica, de la descripción de acontecimientos y datos para centrarnos en cuatro momentos fundamentales dentro de la trayectoria de la Biblioteca Nacional, períodos que coinciden con procesos significativos del devenir histórico de Chile.

El presente estudio, que forma parte de una obra de mayor extensión, y donde se explicitan con más detalle las fuentes utilizadas, se inicia analizando la Biblioteca y su relación con el proceso de independencia de Chile, vinculando su fundación con la construcción del ciudadano, la materialización del discurso patriótico y el desarrollo de un proyecto ilustrado. Se da cuenta en seguida de un Estado inmerso en las prácticas institucionales de la Biblioteca Nacional, en el marco de la construcción del Estado-nación y donde el aparato burocrático se hace presente en el sector cultural y educativo. Un tercer momento comprende las transformaciones culturales que hace la Biblioteca Nacional a comienzos del siglo xx, respondiendo a la emergencia pública de nuevos sectores sociales, obligando al Estado a incluir a estos nuevos participantes en sus políticas. Por último, se examina la adecuación de la Biblioteca Nacional a dos grandes hitos de nuestra historia reciente; por un parte, se muestran los problemas y trabas que tuvo la institución para funcionar de forma adecuada durante la dictadura y, por otro lado, se muestra la capacidad de este establecimiento de reinventarse y actualizarse sobre las variadas necesidades que los avances tecnológicos van solicitando a las instituciones culturales para que estas sigan vigentes.

^{*} Estudiantes del Magíster en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

I. FUNDACIÓN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL: LA INDEPENDENCIA LETRADA

LA BIBLIOTECA NACIONAL COMO EXPERIENCIA DE INDEPENDENCIA

El 19 de agosto de 1813 se publicó en el periódico oficial *El Monitor Araucano* la declaración titulada "*El Gobierno a los Pueblos: Exhortación a la formación de una Biblioteca Pública*". Este documento, que ha sido considerado tradicionalmente como el escrito que dio el carácter oficial a la fundación de la Biblioteca Nacional, permite identificar los lineamientos que posicionaron al establecimiento como una de las primeras iniciativas que inauguraron los proyectos republicanos en el período independentista. Aquellos conceptos que destacan dentro de sus líneas, tales como el valor de la libertad y la importancia del papel de los ciudadanos, fueron los mismos que estuvieron presentes en todos los discursos que rodearon los primeros años de la Biblioteca. Ideas que tienen un origen en común con aquellos principios que estaban en la base de los movimientos independentistas, caracterizados principalmente por valores patrióticos en función de la emancipación y la supuesta unidad nacional.

El primer aspecto que resalta de esta primera expresión pública es la denominación del establecimiento como un espacio de carácter "nacional". La Biblioteca fue primero pública, así lo reafirma Juan Egaña, quien menciona al 3 de agosto de 1813 como la fecha en la que se produjo el "establecimiento en Santiago de la biblioteca pública, y excitación del gobierno para que los ciudadanos aumenten con sus oblaciones la que se estaba formando por el gobierno". A partir de esta afirmación, y considerando los aspectos referidos a las continuidades existentes entre la idea de una biblioteca pública dependiente de la Real Universidad de San Felipe y la formación de la Biblioteca Nacional, se infiere el carácter simbólico de la acción de denominar al establecimiento con el apelativo de "Nacional". El lugar que se destinó para la conservación de libros y documentos dejó de ser un espacio reservado para quienes pertenecían a la institución educacional. Con este cambio, pasó a depender de una institución mayor: la República, y a ser administrada ya no por autoridades vinculadas al régimen colonial. Con la nueva denominación, fue el nuevo Gobierno quien dirigió las disposiciones para su funcionamiento. Así quedó convenido en El Monitor Araucano, donde se enfatizó la intención de la nueva administración de asumir la fundación del establecimiento como una tarea en la cual "el Gobierno no omite gastos, ni recursos para la Biblioteca Nacional".2

Juan Egaña, Épocas y Hechos Memorables de Chile por el Doctor don Juan Egaña. 1810-1814, disponible en: http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/0,1389,SCID%253D 19279%2526ISID%253D405%2526PRT%253D19278%2526JNID%253D12,00.html

² El Monitor Araucano, jueves 19 de agosto de 1813.

Como recurso simbólico, la exhortación buscó transmitir un mensaje de unidad a la nueva condición del territorio separado de la administración colonial. Considerando el contexto bélico y el enfrentamiento que se producía entre diversas visiones de lo que debía ser Chile y su relación con la antigua administración, la unidad propuesta era el reflejo de la aspiración del sector político que lideraba las iniciativas de corte republicano, proyectos que pretendían consolidar por la vía institucional la idea de nación. El eje fundamental de la propuesta de Biblioteca Nacional se relacionaba con el esfuerzo gubernamental en conjunto con la participación ciudadana. Al adquirir el apelativo de "nacional", no se podía excluir a ningún individuo de la misión de materializar lo que proponían Francisco Antonio Pérez, Agustín Eyzaguirre y Juan Egaña en la publicación de *El Monitor Araucano*. En sus palabras:

[...] todavía no es esta Biblioteca digna del pueblo que marcha protegido por la Providencia por todas las sendas de la gloria; y es también preciso que conozca todo el mundo el interés que tiene cada ciudadano en la beneficencia de los demás, y que Chile compone una sola familia.³

La Biblioteca fue un ideal pensado para el "pueblo", en donde cada ciudadano debía sentir el llamado a ser parte del proyecto republicano. Sin embargo, eso era parte del imaginario que conjugaba elementos en una realidad que era muy distinta a la que en el papel se describía. Las tasas de analfabetismo hacían imposible la participación directa de la población en el funcionamiento de la Biblioteca Nacional, solo un pequeño grupo de la elite santiaguina podía efectivamente hacer uso del establecimiento. En cuanto a las donaciones hubo una circulación de libros que permitió la formación de bibliotecas personales, muchas de ellas más tarde pasaron a ser parte de la Biblioteca Nacional. Sin embargo, este fue un proceso paulatino, que debió superar una primera etapa, en la que no hubo una gran convocatoria a la petición de hacerse partícipes del proyecto por medio de donaciones. En el mismo Monitor Araucano fue apareciendo el detalle de los libros que llegaban y el nombre de los benefactores, los que generalmente se repetían, y coincidían con el grupo que había sido protagonista de los viajes a Europa y de la circulación de ejemplares.

Durante 1813 en el periódico oficial solo aparecieron publicadas las donaciones de quince contribuyentes a la causa de la Biblioteca, y estas en su gran mayoría correspondían a obras religiosas. En esas circunstancias, no es

³ Ídem.

de extrañar declaraciones como la publicada en *El Semanario Republicano*, que se refería a la situación de Chile como un territorio aún dependiente de las instituciones monárquicas, especialmente la Inquisición. En septiembre de 1813 decía Antonio José de Irisarri:

Lo que escandaliza a todo buen sentido es ver en Chile todavía en su fuerza y vigor las prohibiciones de la inquisición, destruida en España por bárbara y feroz [...] Magistrados de la Patria: temed la crítica justa de los filósofos, que tal vez dirán "En Chile aún no saben lo que traen entre manos; allí se habla mucho de Institutos, de Colegios, de cátedras, bibliotecas, laboratorios, anfiteatros, jardines botánicos, gabinetes de historia natural, reglamentos sobre todas las cosas; pero aún no piensan en cortar el primer inconveniente que se opone a la ilustración universal: la tenebrosa Inquisición influye todavía sobre los talentos de Chile". ⁴

Las primeras donaciones realizadas después del llamado de *El Monitor Araucano* no pasaron de ser más que pequeñas contribuciones que se vieron interrumpidas por el complejo escenario que enfrentó a patriotas con realistas un año después de la fundación del establecimiento.

La exhortación a la formación de la biblioteca pública y nacional, así como los demás discursos que se elaboraron en torno a ella, definieron como un aspecto importante al espíritu patriótico que se utilizaba como argumento para justificar diversas causas. El uso de esta justificación pretendía inculcar en la sociedad la idea de respetar, admirar, honrar y contribuir con cualquier causa que estuviera sostenida en la patria. Esta premisa que estuvo presente en gran parte de los discursos del inicio del proceso independentista, tuvo una especial relevancia en aquellos aspectos vinculados a las causas letradas, es decir, todas aquellas iniciativas que pretendían reafirmar el carácter independiente y libre de la república, de una forma complementaria a los enfrentamientos bélicos.

Desde la publicación del prospecto de *La Aurora de Chile* se configuró la idea de honrar a la patria a través de medios como los libros y la imprenta. En dicha publicación se invocaba a los ciudadanos, diciendo:

Dejemos a la posteridad algún vestigio de nuestra existencia. Todo se reúne para excitar vuestro celo patriótico. La sublime idea de la libertad civil, los esfuerzos de una administración bienhechora, la sabiduría de sus miras,

⁴ El Semanario Republicano, 18 de septiembre de 1813.

la presencia de la Imprenta de esta fiel conservadora del pensamiento, cuantas circunstancias nos rodean deben excitarnos al trabajo, encender la imaginación y dan nuevo tono a nuestra literatura.⁵

La declaración de Camilo Henríquez fue la antesala de las múltiples apariciones, principalmente en los periódicos, de justificaciones patrióticas de la causa independentista. Para el caso de la Biblioteca Nacional, se exaltó este argumento, abriendo una "suscripción patriótica de libros, y modelos de máquinas para las artes", que además de contribuir a la conformación del establecimiento se pretendía que cada individuo al "ofrecer un objeto, o dinero para su compra, pueda decir con verdad: "He aquí la parte con que contribuyo a la opinión y a la felicidad presente y futura de mi país". Esta apelación fue complementada con la idea de que cada donativo era una contribución a la posteridad, fortaleciendo el planteamiento de la Biblioteca como un espacio que surgió junto a la República, y que con ella se proyectaba más allá del momento coyuntural de su fundación. La guerra se acabaría, pero las instituciones nacidas para fortalecer la patria permanecerían en el tiempo.

Un último aspecto que está presente en el documento de fundación de la Biblioteca Nacional, y que es parte del discurso patriota y republicano, es la declarada necesidad de reconocimiento de un otro, de un extranjero que vea en la incipiente nación todos aquellos elementos que representan la consolidación republicana. Esto explica la insistencia en instituciones dedicadas a las letras, las artes y las ciencias. Para el caso de la Biblioteca, la exhortación publicada en El Monitor Araucano señala que "al presentarse un extranjero en el país que le es desconocido forma la idea de su ilustración por las bibliotecas y demás institutos literarios que contiene". 7 Con esta afirmación el establecimiento adquiere mayor simbolismo. La mayoría de quienes encabezan los proyectos letrados de la nación no eran ajenos al ambiente europeo, en donde habían tomado conocimiento de la existencia de grandes bibliotecas y centros de estudio, cuestión que los induce a replicar esa realidad en la incipiente nación, dando así a conocer la preocupación de Chile por el incentivo por la instrucción y especialmente por el estudio de las letras, que para ese entonces era escaso y segregado.

Lo que se buscaba no tenía, sin embargo, solo el objetivo de impresionar a los foráneos de los avances de Chile, también se recalcó en muchas ocasiones la necesidad de tomar contacto con ellos para potenciar el desarrollo

⁵ Prospecto de la Aurora de Chile, disponible en: http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0005001

⁶ El Monitor Araucano, jueves, 19 de agosto de 1813.

⁷ Id.

letrado del país. En septiembre de 1813 se publicó en el periódico oficial un artículo en el que remarcaba que fueron "la ilustración, los buenos libros, el trato con extranjeros" los elementos que levantaron las sospechas de las autoridades coloniales. Una vez lograda la emancipación, no habían trabas para el afianzamiento con visitantes de otras latitudes. La Biblioteca Nacional adquirió importancia con estas visitas, ya que fue un punto fijo dentro del recorrido de muchos quienes llegaron en las primeras décadas del siglo xix. Posteriormente continuó siendo un punto de encuentro, pero con la diversificación de espacios fue disminuyendo conforme aparecieron otros lugares propicios para los ambientes letrados.

La Biblioteca Nacional se fue conformando en vínculo con todos los aspectos mencionados: el carácter nacional, el espíritu patriótico, la presencia extranjera, entre varios otros. Estos aspectos dieron vida a una institución que venía desde el período anterior, pero que con las luchas por la independencia encontró el escenario ideal para posicionarse como un establecimiento relevante en la configuración de la recién definida nación, en donde poco a poco se fueron fortaleciendo los valores republicanos, que mucho tenían que decir sobre espacios como la Biblioteca. Sin embargo, pese a la importancia paulatina que fue adquiriendo debía superar innumerables obstáculos para alcanzar un nivel que permitiera un funcionamiento óptimo, ya que no solo se podía sostener en base a su valor simbólico, ella debía lograr también ciertos objetivos concretos. No bastaba con el aumento de ejemplares, se necesitaban cambios a un nivel mayor, pues con tan altas tasas de analfabetismo y un marcado centralismo, la Biblioteca Nacional permaneció por largo tiempo cercada para el uso de un grupo reducido de la sociedad chilena.

II. LA BIBLIOTECA NACIONAL EN EL SIGLO XIX Y SUS PRÁCTICAS INSTITUCIONALES

Como ya se mencionó, la fundación de la Biblioteca Nacional estuvo marcada por una fuerte carga ideológica y simbólica, en cuya existencia recaía el mantenimiento de la República y de la libertad alcanzada tras la acción de los movimientos independentistas. En ese primer momento, que inicia un proceso de formación republicana, el recién formado Estado tomó la iniciativa de hacerse partícipe en la fundación de las instituciones que darían solidez a la idea de nación.

Para el caso de la Biblioteca Nacional —situación similar a lo que ocurrió con el Instituto Nacional—, el Estado fue quien canalizó los ideales promovidos durante los primeros años del siglo xix. Si bien muchas de las

⁸ Id.

ideas que subyacían a la necesidad de fundación de este tipo de instituciones precedieron a la formación del Estado, fue a través de su gestión que se lograron materializar los proyectos que pretendían sustituir las estructuras institucionales del período colonial. Por lo tanto, la presencia estatal en el momento fundacional de la Biblioteca fue esencial, en cuanto a las disposiciones administrativas y legales, las que dieron una estructura más sólida a todos los proyectos marcados por un claro tono republicano.

Tras el período de reconquista, el Gobierno del recién independizado territorio tomó en sus manos la tarea de dar nuevo vigor a las iniciativas que habían sido suspendidas con la vuelta al poder de los realistas. Es por esta razón, que durante los últimos años de la década de 1810 se decretaron importantes medidas, que pretendieron dar un corte definitivo a la administración anterior, y a su vez, proyectar la visión que se tenía de Chile a través de la consolidación de sus instituciones, dentro de las cuales eran especialmente relevantes las dedicadas a las letras y la instrucción. En el caso de la Biblioteca, por ejemplo, en las publicaciones oficiales se enseñaron todos los simbolismos y valores que las autoridades le atribuían. Tal como se señala en Viva la Patria, Gazeta del Rey, donde se atribuye a O'Higgins la preparación de "las huellas de una nueva ilustración en el establecimiento de una Biblioteca Pública, a que esperamos que concurran todos los amigos de la sabiduría participando del dulce placer que debe inspirarles el honor y cultura que formarán el mejor ornamento de Chile, y el escudo más fuerte contra la tiranía".9

Pero una vez superado este período inicial, marcado por la exacerbación del discurso patriota, cuando la coyuntura ya no era la lucha contra la monarquía sino los enfrentamientos entre visiones de lo que debía ser el Estado, los establecimientos públicos pasaron a ocupar un nuevo papel, ya no vinculado directamente con la defensa patriótica, sino más bien asociados al cumplimiento de funciones más específicas, sujetas a objetivos institucionales, como la instrucción y la conservación bibliográfica. En este contexto, ¿cuál era la relación del Estado con la Biblioteca Nacional? ¿Cuán importante era la presencia estatal dentro del funcionamiento del establecimiento?

La Biblioteca permaneció asociada a un proyecto de Estado, que pretendía dotar a la nación de las herramientas necesarias para el desarrollo individual y colectivo. Sin embargo, el convulsionado escenario político hacía complejo entregar en manos estatales la responsabilidad total de velar por el buen funcionamiento del establecimiento. Si bien los funcionarios eran parte de la organización estatal, pues dependían administrativamente de él, desde el inicio de sus funciones adquirieron un grado de autonomía que

⁹ Viva la Patria, Gazeta del Rey, nº 5, Santiago, 26 de marzo 1817.

se fue incrementando a medida que el contexto demandó la atención de las autoridades hacia las disputas políticas internas. De esta forma, ya en la década de 1830, la Biblioteca comenzó a funcionar en una dinámica de autogestión, en donde el director del establecimiento era quien encabezaba las iniciativas promovidas para mejorar las condiciones y los servicios prestados a los usuarios. Esta característica fue especialmente notoria durante el período en que la Biblioteca estuvo bajo la dirección de Francisco García Huidobro (1825-1852), años en los que las funciones que había asumido el Gobierno fueron paulatinamente delegadas a quienes formaban parte de la administración interna del establecimiento.

En el período en que García Huidobro estuvo a cargo, el Estado se hizo presente a través de legislaciones y decretos, sobre todo en cuanto a su promulgación, ya que la vigilancia por su cumplimiento quedó en manos de la administración institucional. Así se evidencia, por ejemplo, en el oficio del director de la Biblioteca que decretó que se fijara en la puerta del establecimiento el artículo dos del reglamento, que estipulaba los horarios de atención. El funcionamiento se basaba, entonces, en una dualidad en la cual el Estado procuraba proveer a la Biblioteca de los implementos necesarios para su progreso, pero el cumplimiento de esto dependía del rigor que ponían los funcionarios, que por lo demás eran en número mucho menor al de otras instituciones públicas.

En general, los decretos emanados desde el Estado procuraban contribuir al funcionamiento de la Biblioteca, pero además eran una forma de garantizar el cumplimiento de otros aspectos que resultaban prioritarios. Así fue expresado en 1825, cuando se publicó en un oficio la necesidad del Gobierno de "tener conocimiento de la opinión pública para expedirse con acierto en sus resoluciones, el mejor barómetro de aquella son los escritos que se publican por la prensa" por lo cual se decretó que "se depositara un ejemplar en la Biblioteca Nacional, otro en la Intendencia de la policía, otro en el ministerio fiscal, y otro en la secretaria del Gobierno". ¹¹ Con esto, se sumaba a las funciones de la Biblioteca la de resguardadora de la publicaciones para fines políticos y administrativos.

La conservación de los periódicos fue una de las formas mediante la cual las autoridades estatales manifestaron una preocupación por favorecer el desarrollo de la Biblioteca. Primero fue bajo la justificación de tener conocimiento de la opinión pública, pero pocos años después se legisló para promover el depósito de las publicaciones nacionales, decretándose en 1834 la Ley de Propiedad Literaria, que obligaba a entregar al establecimiento

¹⁰ Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, Vol. 3, fj. 2.

Diario de Documentos del Gobierno, nº 12, Santiago, 31 de octubre de 1825.

tres ejemplares de cualquier impreso publicado en Chile, disposición con la cual se pretendía contribuir al incremento bibliográfico. Sin embargo, tras la promulgación de la ley, el objetivo se vio empañado por el incumplimiento de la imprentas. En este punto, nuevamente le correspondió a la administración de la Biblioteca hacer cumplir lo estipulado legalmente, tal como lo dejó ver Francisco García Huidobro en 1837, cuando por medio de una carta denunció que de todas las publicaciones de una imprenta solo recibió el Diablo Político y la Geografía del señor Zapata. 12 El incumplimiento de esta ley fue una constante que atravesó todo el siglo XIX, debiendo los bibliotecarios pedir patrocinio al Gobierno para exigir con mayor insistencia a las imprentas que no cumplían con la Ley. En esta línea, el mismo García Huidobro escribió al ministro de Instrucción Pública en junio de 1839 que "a fin de que se remedien estos males, los pongo en conocimiento de Usted y espero que su ilustrada solicitud tomará asentadas medidas para conseguirlo". 13 Petición que da cuenta de la existencia de un protocolo, que exigía la iniciativa del personal de la Biblioteca para poder apelar al apoyo explícito de las autoridades.

En cuanto a la posición de la Biblioteca como institución estatal, esta parece no haber estado totalmente definida a mediados del siglo xix; así se deja ver en un oficio del director, referido al derecho de los funcionarios del establecimiento de no trabajar en los días festivos. Para tratar este tema, García Huidobro planteó que en el reglamento se estipulara que la Biblioteca debía estar abierta, salvo los días festivos, aclarando que pese a las dudas "parece natural hallarse comprendido entre estos el tiempo feriado de que gozan los tribunales y otros empleados en la presente estación". ¹⁴ A pesar de esta explicación, el interpelante de igual forma le exigió una declaración terminante sobre el particular. En respuesta, el director insistió en el derecho de la Biblioteca de gozar de este beneficio, por ser también "un establecimiento destinado a la instrucción pública como el Instituto, Universidad, Museo y Escuela Normal". ¹⁵ La idea que se desprende de este texto es la necesidad de reafirmar la condición de establecimiento público, dependiente del Estado con los mismos derechos que el resto de las instituciones. La autonomía de la Biblioteca, por otra parte, propició lógicamente una entidad alejada del dominio estatal y, por lo tanto, ajena a ciertas disposiciones que se aplicaban a todos los organismos estatales.

La desvinculación parcial entre Biblioteca y Estado, que se había desarrollado paulatinamente durante la primera mitad del siglo xix, sufrió una

¹² Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, Vol. 3, fj. 3.

¹³ Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, Vol. 3, n°11, fj. 3-4.

¹⁴ Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, Vol. 3, fj. 5.

¹⁵ Ídem.

importante modificación tras la muerte de Francisco García Huidobro en 1852. El fallecimiento del director hizo que las autoridades tomaran la decisión de cambiar la jerarquía del establecimiento, pasando la dirección a manos del decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Este cambio posicionó a la Universidad como intermediaria entre la Biblioteca y el Estado, reduciendo el grado de autonomía que hasta ese entonces ostentaba el establecimiento.

Junto a la modificación sobre el cargo de director de la Biblioteca, el Consejo Universitario tomó en sus manos la regulación de su funcionamiento, pasando a ser árbitro y garante del cumplimiento de todas las disposiciones decretadas. Así quedó señalado en el reglamento de 1861, en el cual, de los doce artículos publicados, tres requerían de la participación directa del Consejo: la regulación de la provisión de libros, los préstamos a domicilio y los canjes entre establecimientos o con particulares.

Con el cambio administrativo, las decisiones sobre la Biblioteca Nacional ya no se reducían a la jerarquía interna del establecimiento. A partir de la década de 1850, además del director y de los funcionarios del Gobierno, formó parte de estas instancias el rector de la Universidad de Chile, junto al Consejo ya mencionado. La participación de los nuevos involucrados en el funcionamiento de la Biblioteca abarcaba un amplio margen de acción, pasando desde los decretos más significativos hasta las disposiciones más cotidianas de la institución, como se evidencia en el oficio firmado por Andrés Bello en agosto de 1864, mediante el cual se aprobaba la licencia de uno de los funcionarios de la Biblioteca. 16 La administración del establecimiento pasó entonces a depender de diversas entidades, perdiendo parcialmente el grado de autonomía que había adquirido durante la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, las nuevas circunstancias propiciaron una mayor preocupación por el desarrollo de la institución, lo que repercutió en mejoras considerables para su funcionamiento, como el gran aumento bibliográfico por la compra de colecciones y al traslado en 1886 al edificio donde había funcionado en años anteriores el Congreso Nacional.

Paralelamente a la participación del Estado en el funcionamiento de la Biblioteca, se inició un proceso mediante el cual el Gobierno pretendió impulsar el surgimiento de nuevos establecimientos que permitieran descentralizar el acceso a los libros. Fue así como en 1856 se estableció un decreto firmado por el presidente José Joaquín Pérez que pretendía dar inicio a la fundación de las bibliotecas populares. En dicho documento se establecía que las bibliotecas permanecerían anexas a las escuelas públicas; las municipalidades determinarían a la persona idónea para ocupar el cargo de director y el bibliotecario

¹⁶ Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, Vol. 4, fj. 24.

quedaba a cargo de proporcionar los libros a los usuarios, agregando como novedad que las obras podrían ser sacadas por quince días del establecimiento. ¹⁷ Esta iniciativa del Gobierno, pretendía incentivar también la cooperación de los habitantes de los distintos departamentos en los que se fundarían las bibliotecas, rescatando aquel discurso de la década de 1810 en donde se incitó a los ciudadanos a contribuir a la causa de la Biblioteca Nacional.

Los resultados de la propuesta del Gobierno parecen no haber sido los esperados. En un contexto en el que la educación permanecía reservada a un sector privilegiado de la sociedad, y en el que el analfabetismo persistía en un alto porcentaje de la población chilena, especialmente entre los habitantes de las zonas más lejanas a la capital, era difícil pensar que una iniciativa de estas características lograra concretarse en el corto o mediano plazo. Testimonio de eso son las palabras de Abdón Cifuentes, quien al referirse a su proyecto de fundación de una biblioteca en San Felipe, señala:

Desde el primer momento procuré colectar fondos para la estantería y el sueldo de un bibliotecario. Para ello me dirigí a los vecinos pudientes solicitando de ellos una suscripción anual o mensual que podría encargarse de recaudar el mismo empleado. No conseguí nada; en todas partes me contestaban con extrañeza: "¿Biblioteca? Eso corresponde al Gobierno". "No lo hace, porque no puede o porque no se le ocurre, hagámoslo nosotros, les arguía yo; hagamos algo por el progreso del pueblo". ¹⁸

Si bien el Estado tomó la iniciativa de promover este tipo de proyectos, sus esfuerzos siempre estuvieron centrados en el funcionamiento de la Biblioteca Nacional, sobre todo en el período al cual nos hemos referido, donde se habían creado nuevas jerarquías para custodiar por su buen funcionamiento.

En cuanto a las disposiciones emanadas desde el Gobierno, estas no siempre estuvieron acorde a las necesidades del establecimiento, muy por el contrario, en muchas ocasiones fueron perjudiciales para su desarrollo, sobre todo cuando intereses particulares pasaban por sobre los intereses institucionales. Esto se vio reflejado especialmente en la pérdida de numerosos ejemplares de gran valor, cuya causa era atribuida a los préstamos externos que autorizaba el Consejo Universitario. Ramón Briseño —director de la Biblioteca Nacional entre los años 1864 a 1886— se refiere explícitamente a este tema en una carta enviada al ministro de Instrucción Pública en 1877, en la cual

 $^{^{17}\,}$ Anales de la Universidad de Chile, Santiago, Imprenta Chilena, marzo de 1856, pp. 39-40.

Abdón Cifuentes, Memorias I, Santiago, Nascimento, 1936, p. 62.

señala que las órdenes dadas a la Biblioteca para retirar libros violaban el Decreto Supremo que prohibía que se sacasen los ejemplares fuera del establecimiento. Junto a esto, denunciaba que los mismos ministros autorizaban a que cualquier individuo tuviera acceso a este beneficio, por lo tanto, exigía que la autoridad determinara una ley que "cimiente sobre bases sólidas la prohibición absoluta de extraer cualquier clase de libros o papeles de la Biblioteca Nacional". Las palabras de Briseño son un claro ejemplo de los límites de acción que se tenían dentro del establecimiento, que no necesariamente coincidían con las decisiones que venían de autoridades externas, es decir, del Consejo Universitario, rector de la Universidad, ministros de Estado o hasta del mismo presidente de la República; decisiones o encargos que la Biblioteca debía cumplir, cuestión que remarcaba el papel de la Biblioteca como institución pública y estatal.

Hasta ahora no nos hemos referido mayormente al contexto político en el que estaba inmersa la Biblioteca, puesto que, en mayor o menor medida, siempre funcionó de forma regular. Sin embargo, los conflictos externos, especialmente aquellos vinculados al ámbito político o de instrucción, podían tener algún grado de influencia en las actividades de la Biblioteca, en sus estatutos internos o en el papel que le correspondía dentro de la sociedad. Esto quedó demostrado con los conflictos político-educacionales, y por cierto, religiosos, que se desarrollaron durante la segunda mitad del siglo xix.

Los enfrentamientos entre liberales y conservadores, y las diversas facciones en que estos mismos se dividían, se centraban, entre otros aspectos, en la disputa por el control de la educación. El sector vinculado a la Iglesia católica persistía en la idea de limitar la acción del Estado docente, mientras que los liberales defendían férreamente la mantención del *statu quo* que había estado presente desde el inicio de la República. Este conflicto concluyó con la creación del Consejo de Instrucción Pública, organismo que pretendía desvincular a la Universidad de Chile del papel administrativo de la educación nacional.²⁰ Los cambios tuvieron diversas repercusiones, lo que, para el caso de la Biblioteca Nacional, se tradujo en cambiar la dependencia del Consejo Universitario por el recién creado Consejo de Instrucción Pública, modificación que tuvo lugar en enero de 1879.

El nuevo Consejo tenía la tarea de supervisar el funcionamiento de las instituciones educaciones públicas y privadas, donde se incluía a la Biblioteca

¹⁹ Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, Vol. 4, fj. 97.

Sobre el conflicto liberal-conservador por el dominio en el sistema de exámenes, ver Sol Serrano, *Historia de la Educación en Chile*. Tomo I. *Aprender a leer y a escribir (1810-1880)*, Santiago, Taurus, 2012; también ¿Qué hacer con Dios en la República?, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2008.

Nacional. Esta nueva situación comprometía al Estado como garante del desarrollo del establecimiento, sobre todo con la eliminación de un intermediario externo, como lo fue la Universidad de Chile y el Consejo Universitario. Las modificaciones vincularon de forma más directa a la administración estatal con la institución, lo cual facilitó la comunicación entre ambas entidades, y permitiendo con esto que se aceleraran algunos aspectos que permanecían interrumpidos, no todos por cierto, pues el nuevo Consejo mostró prioridad por regular materias vinculadas con las instituciones de instrucción.

Pese a las modificaciones que se produjeron en la década de 1870, las que permitieron un nuevo trato entre Biblioteca y Estado, el papel de las autoridades internas del establecimiento permaneció inalterable. Es claro que fueron fundamentales para el asentamiento de la Biblioteca todas aquellas iniciativas que surgieron desde la propia institución. Esto resulta comprensible, puesto que la situación interna era bien conocida por quienes pasaban gran parte del tiempo dentro del establecimiento, tanto el director, el bibliotecario, ayudantes o los mismos vigilantes, tenían mucho que decir acerca de sus necesidades. Un ejemplo de esto, que además vincula a la Biblioteca con el contexto nacional, fue la carta que envió Ramón Briseño al ministro de Instrucción Pública en enero de 1881, en la cual señala:

Interesado como el que más en el progreso bibliográfico de la Biblioteca Nacional de mi cargo, se me ocurre una idea tendente a realizarla con motivo de la actual ocupación de Lima por nuestro victorioso ejército: idea que quizás merezca la aprobación del Supremo Gobierno por lo provechosa que su realización puede sernos, sin ser por otra parte, ni difícil ni costosa. Consistirá únicamente en comisionar a tres de los empleados de la Biblioteca Nacional, los señores Francisco Aguirre, Manuel A. Vallejo, y Rómulo Ahumada Maturana, para que trasladándose a Lima, inmediatamente procuren traer para este establecimiento las publicaciones americanas, y con especialidad peruanas, que se encuentren en los archivos de aquel gobierno.²¹

Lo que comúnmente se atribuye a una decisión militar, estuvo asociada a una propuesta institucional, que pretendió incrementar el número de obras del establecimiento, en el contexto del accionar bélico.²² Lo que sucedió posteriormente es bien sabido; sin embargo, es fundamental reconocer el papel

²¹ Archivo Nacional, Fondo Biblioteca Nacional, Vol. 4, fj. 115.

²² Actualmente, la Biblioteca Nacional se encuentra en proceso de devolución de las obras sustraídas durante la Guerra del Pacífico.

activo del director, cuyas iniciativas expresaron gran parte de los avances que alcanzó la Biblioteca Nacional durante el siglo xix.

Sin bien es cierto, el Estado se hizo presente desde el mismo instante en que se fundó la Biblioteca, su presencia no fue constante ni uniforme, por el contrario, pasó por momentos en los que se desvinculó, delegando funciones a organismos mediadores, así como también hubo períodos en los que tuvo una alta participación en las decisiones que buscaban mejorar las condiciones del establecimiento. La Biblioteca Nacional se estructuró entonces como una institución estatal, que sin embargo ostentó siempre un grado de autonomía, lo que cimentó las bases de lo que fueron las relaciones entre Estado e institución en los inicios del siglo xx.

III. LAS TRANSFORMACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Los nuevos proyectos culturales de la Biblioteca Nacional en el cambio de siglo

Las primeras décadas del siglo xx estuvieron marcadas por el progreso y la modernización material; sin embargo, como afirma Eduardo Cavieres, también hubo una modernización cultural que se presentó a su vez como una modernización "de los códigos y asociaciones, la del liceo y la nueva universidad, la expansión de la escuela y la educación pública".²³ Una modernización cultural que poseía un fuerte contenido crítico, valórico y moral que se hacía notar en los intelectuales de todos los sectores sociales, una modernización, en suma, que se trasformó en la noción clave para generar la prosperidad económica, política y cultural del país.

Ahora bien, a pesar que esta noción de modernización cultural fue hegemónica en las vertientes intelectuales del momento, se debe añadir la compleja situación que vivía la sociedad chilena, la cual debía convivir con patrones de crecimientos desiguales en las principales urbes del país, progresos materiales centrados en las tradicionales áreas de residencia de la elite y un sistema político que no escuchaba las necesidades más urgentes de los sectores sociales más bajos.²⁴ En este escenario, la "cuestión social" se vuelve algo ineludible, de aquí que "la mortalidad, especialmente infantil, causada por epidemias y enfermedades, la insalubridad de los ranchos, conventillos y cuartos redondos,

²³ Eduardo Cavieres, "Entre expectativas y frustraciones. Tradición y modernización en la experiencia de la sociedad chilena". Prólogo en Stefan Rinke, *Cultura de masas: reforma y nacionalismo en Chile. 1910-1931*, Santiago, DIBAM, 2002., p. 14.

²⁴ Véase, Sofía Correa, Consuelo Figueroa, et. al., *Historia del siglo xx chileno*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2007, pp. 23-32.

los bajos salarios y malas condiciones de vida de los trabajadores, más el aumento alarmante del alcoholismo y la prostitución" haya generado una transformación en distintas áreas de la cultura chilena. De este modo, las preocupaciones artísticas e intelectuales dieron cuenta de un Chile de dos caras, donde la alta cultura seguía perteneciendo a la elite y su literatura seguía inspirada en amoríos sin sentido o descripciones arquetípicas de Europa, mientras que los nuevos intelectuales y artistas surgidos de capas medias lograban describir a través de sus obras los problemas sociales que atormentaban a Chile.

Fueron estos mismos nuevos intelectuales los que, a cargo de instituciones culturales, desarrollaron los primeros intentos del Estado por integrar a nuevos sectores en los circuitos culturales de Chile, haciendo que personas como el director de la Biblioteca Nacional, Luis Montt, iniciara una serie de proyectos para ampliar el nivel de público que asistía a la institución.

Uno de los mayores proyectos de Montt durante su dirección fue la creación en 1886 de un registro estadístico interno sobre la lectura en la Biblioteca, declarando el número de obras consultadas mes a mes y el número de lectores, especificando cuántas obras se pedían por materia, en qué idioma se leía y dónde eran impresos los textos. Esta información estadística mantuvo estos parámetros hasta 1900, lo que permitió evaluar cómo se desempeñaron los distintos proyectos culturales de la Biblioteca y cuán regular se volvía la asistencia a este lugar. De esta manera, se puede apreciar un incremento en el público de la Biblioteca Nacional de 21.638 lectores en 1890 a 27.522 lectores en 1900. Ello demuestra que la institución tomó mayor importancia para la ciudad de Santiago, considerando que en 1895 en esta ciudad habían 249.893 habitantes y un porcentaje cercano al 10 asistía a la Biblioteca, aunque muchos de los lectores eran visitantes asiduos de la institución y se repetían día a día. 26 Así, gracias a cambios como el incremento constante del público que asistía año a año a la Biblioteca, se iniciaron una serie de proyectos en su interior, que apuntaban a entregar un servicio eficiente y atraer una mayor cantidad de lectores.

A) LA COMISIÓN DE VIGILANCIA

Uno de los hechos importantes que hizo cambiar positivamente el funcionamiento de la Biblioteca fue el nombramiento, en 1901, de una "Comisión de Vigilancia", la que se creó "para que organice la manera de cómo este

²⁵ Sergio Grez, Magno Espinoza, Santiago, USACH, 2011, p. 11.

Véase, "Movimiento de lectura mes a mes", 1886-1900, Fondo Biblioteca Nacional, Vol. 25.

establecimiento debe prestar sus servicios". ²⁷ Esta comisión se compuso por historiadores y políticos vinculados a las humanidades; estos fueron: Joaquín Santa Cruz, José Toribio Medina, Domingo Amunátegui, Federico Puga Borne, Ignacio Santa María, Manuel Román y Aníbal Sanfuentes. Ellos observarían los problemas que tenía la Biblioteca en su funcionamiento y desarrollarían un plan de mejoras que se debía ver reflejado años más tarde.

El hecho de que los proyectos implementados por Luis Montt en la última década del siglo XIX se abocaran al funcionamiento y administración interna de la Biblioteca, explica que la Comisión de Vigilancia encuentre deficitario el servicio para el público. Al respecto se señala que la Biblioteca "hasta ahora –1901–, [...] ha llenado de manera muy deficiente el objetivo a que está llamada", el cual era contar con "la presencia de la generalidad de los ciudadanos". ²⁸ Como respuesta a esta crítica, la Biblioteca publicó en octubre —solo tres meses después del informe de la Comisión de Vigilancia— el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, donde se dan a conocer todos los avances de la institución en materia de proyectos y adquisiciones.

Otro de los problemas que observó la Comisión de Vigilancia fue el horario de funcionamiento de la Biblioteca, el cual se extendía de 10 A.M. a 5 P.M., las que, según esta comisión, eran las horas "de los negocios de todo género: comerciantes, empleados judiciales y administrativos, militares ni estudiantes pueden concurrir a esas horas, porque son ellas las que requieren la presencia de la generalidad de los ciudadanos de sus respectivas ocupaciones". ²⁹ Se desprende de este texto una genuina preocupación por atraer a las capas medias y a los nuevos sectores profesionales, para lo que se requería generar horarios adecuados para su visita. Esto último se reafirma a continuación: "el número de desocupados es limitadísimo, y se desprende lógicamente que no es para entretener a ese número para lo que la nación paga un tren de empleados". ³⁰

El problema recién enunciado fue resuelto en 1905, ya que en ese año Luis Montt instaló un servicio nocturno de 8 a 10 p.m., que permitía a los

²⁷ "La Biblioteca Nacional", La Lei, Santiago, 3 de agosto de 1901, p. 1.

²⁸ Id. Durante las últimas décadas del siglo xix, Luis Montt implementó en la Biblioteca Nacional el servicio de papeletas, que por primera vez permitió terminar con la sustracción de libros y generó una mayor información en el registro interno de la institución; también inició la tarea de copiar los libros de la parroquia el Sagrario de Santiago con el propósito de salvaguardar documentos importantes para la Historia de Chile que se encontraban en mal estado; publicó en 1887 el *Anuario de la Prensa en Chile* que mostraba los diversos periódicos que aparecían años tras años y el aumento del mercado noticioso en Chile, entre otros proyectos de menor importancia.

²⁹ Id.

³⁰ Id.

trabajadores asistir a la Biblioteca sin tener que faltar a sus empleos. Este nuevo servicio tuvo un muy buen resultado, ya que el público lector en ese año aumentó en un 84,8 por ciento, pasando de 33.555 lectores en 1904 a 62.012 lectores en 1905. Lo anterior demuestra que la Biblioteca buscaba fortalecer la lecturas en sectores emergentes de la sociedad.

Otro proyecto importante de la Biblioteca fue la creación de un departamento especial de Lectura a Domicilio, la que tuvo como objetivo central introducir la lectura en los hogares y en integrantes de familia que no asistían a la institución. Para acceder a este servicio, el procedimiento consistía, según Eduardo Poirier, en "obtener libros por un plazo determinado, mediante la consignación, en garantía, de una cantidad de dinero proporcional al valor de la obra", lo que muchas veces se convirtió en una traba para las clases emergentes que acudían a la Biblioteca. Este departamento contó con medidas ejemplares para el resto de las secciones del establecimiento. Una de ellas fue su catálogo, que en 1901 era el único de toda la institución, demostrando un buen funcionamiento que repercutió en un incremento constante en el público durante toda esta década. Siguiendo este ejemplo, ya finalizando el primer lustro del siglo xx "se ponen a disposición del público los catálogos completos de cada sección. En ellos se halla el título de la obra con su ubicación correspondiente".

Junto a lo anterior, se estableció en la Biblioteca un taller de encuadernación y se elaboró el reglamento que rige en la actualidad. Se catalogaron y se pusieron a disposición del público bibliotecas completas que fueron donadas por intelectuales del siglo xix, como la de monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre y Portales en 1878, o la biblioteca de Benjamín Vicuña Mackenna en 1887.³⁴ También se incorporaron colecciones más pequeñas, como las de Hipólito Riesco, Ramón Sotomayor Valdés, Aníbal Pinto, entre otros. Estas donaciones y compras también influyeron en las lecturas que hacían los asistentes a la Biblioteca Nacional, ya que para 1911 cerca del 10 por ciento de los libros que se pedían eran en francés, lo que en mayor parte provenía desde bibliotecas pertenecientes a intelectuales u hombres públicos.

Por último, otro punto importante a considerar en este apartado es la consolidación de la Oficina General de Canje de Publicaciones, la que si bien

³¹ Luis Galdames, "Ciencias Sociales". En Eduardo Poirier, *Chile en 1908*, Santiago, Impr., Litogr. y encuadernación Barcelona, 1909, p. 246.

³² A modo de ejemplo, en 1901 el número anual de personas que solicitaron libros en el Departamento de Lectura a Domicilio era de 6.338 lectores, mientras que en 1909 el número anual de personas que solicitaron libros ascendía a 8.611.

³³ Galdames, op. cit., p. 246.

³⁴ Félix Nieto del Río, *Ĉrónicas Literarias*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1912, p. 178.

fue creada el 12 de mayo de 1871, en ese momento solo poseía convenio con Ecuador, Perú, Honduras, Salvador, Nicaragua y Argentina; ampliando, a partir del siglo xx, su red de contacto hacia Estados Unidos, Francia, Alemania, España e Italia. Todo esto ciertamente "con el propósito de mantener al día sus fondos de lectura en todo género de materias", lo que generó una gran variedad de títulos disponibles para los lectores de la Biblioteca. ³⁵ De este modo, la Oficina de Canje cumplió una importante labor en las lecturas del público y en la mayor relevancia que adquirió la Biblioteca a principio de siglo, ya que a través de esta se tuvo relación con importantes centros científicos del mundo, siendo incluso reconocida a nivel internacional, como escribió el Instituto Inglés *The Southern Cross*:

La Sección de Canje es muy importante, pues en ella se reciben diariamente muchas revistas y obras que canjea con bibliotecas extranjeras. Para darle mayor éxito a esta sección el Gobierno ha decretado que todas las imprentas de Chile en que se publique obras de origen oficial, manden setenta ejemplares de cada una de las obras a la sección de canje para que ésta las remita a las bibliotecas extranjeras en cambio de otras obras que ellas envíen.³⁶

Todos estos proyectos y medidas puestas a disposición del público mostraron un fortalecimiento del establecimiento, ya que después de las críticas vertidas por la Comisión de Vigilancia, la Dirección de la Biblioteca se insertó en un proceso de avances durante las tres primeras décadas del xx que generaron proyectos como los señalados anteriormente.

B) ESTADOS UNIDOS COMO MODELO DE SERVICIO BIBLIOTECARIO

Aunque a principios del siglo xx el segundo idioma más leído en la Biblioteca Nacional era el francés, el modelo ideal a seguir en el país era Estados Unidos, pues este se mostró al mundo como un ejemplo de democracia, de alta movilidad social, de urbanización, de educación pública y de burocratización del Estado, lo que hizo que Chile viera en esta potencia un modelo para la construcción de su propio proyecto país.³⁷ De este modo, desde principios de siglo y durante las primeras tres décadas del siglo xx, Estados Unidos marcó un ideal a seguir en el sistema bibliotecario chileno, haciendo que muchos de

³⁵ Galdames, op. cit., p. 248.

³⁶ "Biblioteca Nacional", The Southern Cross, Santiago, Vol. 10, núm. 2, p. 26.

³⁷ Véase, Stefan Rinke, op. cit., p. 22.

sus proyectos y mejoras de servicios sean resultados de estudios o imitaciones de políticas culturales puestas en marcha en la potencia del norte.

Esta influencia estadounidense se dejó ver desde principio de siglo, cuando ya en 1902 la Biblioteca envía a funcionarios a estudiar sobre la gestión de bibliotecas populares, intentando que de esa experiencia se pueda obtener información para desarrollar esos proyectos a lo largo del país. Este acontecimiento causó cierto revuelo que acaparó algunas páginas de *El Mercurio*. Al respecto, el periodista Feliciano Cabello escribió:

El Supremo Gobierno ha comisionado al señor don Joaquín Figueroa Larraín para que estudie en Estados Unidos la organización de bibliotecas populares con servicio de lectura a domicilio y de salas nocturnas de lecturas. No dudamos que de los estudios que el señor Figueroa haga en su viaje, nacerá la creación de estos establecimientos que funcionen en todas las ciudades de mediana importancia, con verdadera ventaja para la mayoría de su población que no puede comprar libros en qué instruirse.³⁸

Uno de los proyectos imitados desde Estados Unidos fue la creación de un salón de lectura de niños, idea que en 1913 Guillermo Labarca hizo patente a través de su discurso "La misión social de la Biblioteca", señalando que era necesario abrir las puertas de la Biblioteca a nuevos lectores como los niños, tal como lo hizo la potencia norteamericana. A esto, Guillermo Labarca señaló: "Hace 20 años todas las bibliotecas de Estados Unidos lucían en la puerta un letrero con esta inscripción: se prohíbe la entrada de perros y niños; hoy no es posible concebir una institución semejante sin el respectivo departamento infantil". 39 Después que Labarca explica el buen funcionamiento del Departamento Infantil estadounidense y las formas de difusión que se ocuparon para atraer a niños a ese departamento, sostiene: "no hay ninguna razón para que entre nosotros no acontezca lo mismo y para que la biblioteca no aproveche los fértiles beneficios que han de aportarles en el futuro estos amigos fieles".

Once años después del discurso de Labarca, en 1924, se inaugura el "Salón de Lectura de Niños". Para *El Mercurio*, esta era una muy buena noticia, ya que era inconveniente el que asistan niños y jóvenes de corta edad a una sala común de lectura, pues necesitaban "salas especiales donde la lectura sea seleccionada convenientemente y dirigida por educacionistas competentes,

³⁸ "Bibliotecas Populares", *El Mercurio*, Santiago, 15 de abril de 1902. p. 3.

³⁹ Guillermo Labarca, "Misión social de la Biblioteca". En *Las Últimas Noticias*, Santiago, 3 de septiembre de 1913, p. 5.

conocedores de la literatura infantil y dotados de vocación para el cultivo intelectual y moral de los pequeños lectores". 40 Para esto se nombró a la señorita Margarita Mieres Cartes, a quien el Gobierno envió a Estados Unidos a estudiar bibliotecología para que se hiciese cargo de la formación y administración del salón de lectura infantil. Sobre el salón infantil, dice *El Mercurio*: "innumerables salas de esta especie funcionan en Europa y Estados Unidos, y algunas hay ya también en países latinoamericanos. En nuestra Biblioteca se ha tomado en cuenta esta experiencia para montar una sala que sea la última palabra en la materia". 41 Claramente, la Biblioteca Nacional miraba como modelo a Estados Unidos; sin embargo, no se puede negar la influencia que sobre distintos avances ejercían otros países de América Latina, influyendo en la generación de distintos proyectos en nuestro país.

C) INAUGURACIÓN DEL "PALACIO DE LOS LIBROS" Y LAS PRIMERAS CONTROVERSIAS EN TORNO AL EDIFICIO

El 24 de agosto de 1913 se celebró el centenario de la Biblioteca Nacional, esto dado que el día 19 —fecha correspondiente a la fundación— cayó día hábil (martes) por lo que se esperó hasta el domingo próximo para realizar el acto conmemorativo donde se colocaría la primera piedra del nuevo palacio que albergaría a la Biblioteca. Con este acto solemne al que asistieron el presidente de la República, ministros, senadores, diputados y una selecta concurrencia representada por varias personalidades de la cultura, se dio inicio no solo a la construcción del nuevo edificio, sino también a un amplio debate, a través de los discursos inaugurales y conmemorativos, sobre el papel que cumplía la Biblioteca en la cultura chilena. La discusión se centró en el desarrollo de la institución, que la transformaría, como afirmó su propio director Silva Cruz, en el "faro y guía de las actividades del porvenir", cumpliendo dos labores: "una que contemple el pasado y otra que mire al futuro", porque no debía ser solo "casa solariega de estudio sereno y apacible [...] sino también laboratorio espiritual de fuerzas vivas, criadero de capacidades científicas y prácticas llamadas a allegar un útil contingente a la prosperidad y a la grandeza de la patria". 42 Ideas como las anteriores fueron el tenor constante de todos los discursos pronunciados por las autoridades convocadas al acto, en el cual, por su parte, el ministro de Instrucción Pública Fanor Paredes señaló:

⁴⁰ "Inauguración de la sala de lectura para niños en la Biblioteca Nacional". En *El Mercurio*, Santiago, 12 de octubre de 1924, p. 29.

⁴¹ Id.

⁴² "La Biblioteca Nacional", *El Mercurio*, 14 de septiembre de 1913, p. 23.

abierta al público la Biblioteca de día y de noche, ha tenido en el último año una asistencia de cerca de cincuenta mil lectores, fuera de los que llevan libros a su domicilio para su propia ilustración o la de sus familias. Estas circunstancias, su significado de centro de ilustración, foco de luz para los hombres que desean enriquecer sus conocimientos [...] fueron los móviles que impulsaron al Gobierno, por iniciativa del Primer Mandatario de la Nación, a la compra de este local para levantar en él un palacio digno de nuestra Biblioteca Nacional y de la cultura que hemos alcanzado en cien años de vida independiente. 43

Por su parte, Juan Agustín Barriga, miembro correspondiente de la Real Academia Española, cerraba su discurso diciendo:

nadie ignora en nuestro país los grandes servicios que una institución de este género ha prestado hasta ahora y está llamada a prestar en el futuro como elemento indispensable de educación y hogar propicio a los estudios graves y apacibles que dignifican la vida, regocijan el alma y despiertan a veces la vocación literaria en muchas inteligencias que vegetaban obscuramente en la ignorancia de sus propias facultades.⁴⁴

También el escritor, y posterior ministro de Justicia e Instrucción Pública, Guillermo Labarca Hubertson, pronunció un discurso en la celebración del centenario de la Biblioteca Nacional —organizado por la Universidad de Chile—, en el cual llamó a establecer una nueva "misión social" de la Biblioteca:

con sus salas de lectura caldeadas en invierno, frescas y tranquilas en verano, con abundante luz en las noches y suave penumbra en el día, amabilidad continua de sus empleados, conciertos públicos y conferencias frecuentes, será el mejor y más eficaz competidor de los puntos de reunión que aprovechándose del natural instinto de sociabilidad, estimulan en el pueblo las bajas pasiones y los innobles apetitos".⁴⁵

⁴³ "La Biblioteca Nacional, colocación de la primera piedra", *Revista Chilena de Historia Natural*, nº 6, año xvII, Santiago, diciembre de 1913, p. 279. Discurso del ministro de Instrucción Pública, Fanor Paredes.

⁴⁴ Ibid., p. 287.

⁴⁵ Labarca Hubertson, Guillermo, "Misión social de la Biblioteca". En Las Últimas Noticias, 3 de septiembre de 1913, p. 5.

De un modo similar, al acercar el libro a los trabajadores, evitando la taberna, otros intelectuales pensaron también que esto brindaría la ayuda necesaria para salir de la crisis moral y cultural que percibían autores tales como Enrique Mac Iver en su discurso precisamente llamado "sobre la crisis moral de la República", Alejando Venegas —el doctor Valdés Cange— en su libro de 1910 Sinceridad, o Luis Emilio Recabarren en su discurso Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana, leído y publicado en 1910.

El alcoholismo, la adicción al juego y la juerga también fueron problemas sociales de los cuales quiso tomar parte la Biblioteca Nacional. Es por esto que se propuso no solo aumentar el horario de atención en horas donde el obrero podía asistir, sino también mejorar las condiciones físicas de los salones. La instauración de "bibliotecas populares" buscaba acercar la lectura a los sectores más bajos de la población, estableciendo "en los barrios más populosos de la ciudad sucursales de la Biblioteca Central que contará con un índice completo de las obras más solicitadas". 46

Durante la construcción del nuevo edificio, la Biblioteca Nacional continuó con proyectos que buscaban aumentar el público. Se adquirieron más colecciones, se adoptó un nuevo sistema de catalogación, se crearon sucursales de la Biblioteca en liceos y comisarías, se fundó un "vagón Biblioteca" para el sur del país, se consolidó el envío de libros por correos y se contrató a más funcionarios. Así, se comenzó a desarrollar un trabajo arduo mediante el cual el desarrollo de publicaciones, estadísticas y nuevas funciones se implementaron rápidamente; proyectos que eran el reflejo de la mayor importancia que se concedía la Biblioteca en el plano cultural luego de que se anuncie la construcción de su nuevo edificio, su "templo de sabiduría" como escribía el periodista Ángel Cruchaga al referirse a esta institución.

Finalmente, en 1925 se inauguró "El Palacio de los Libros", como lo llamó la revista Zig-Zag. La Biblioteca abrió con una sala de lectura chilena, una americana y otra de textos principalmente europeos; también se habilitaron salas especiales para resguardar la biblioteca que perteneció a Diego Barros Arana, que donó su familia, y la biblioteca de José Toribio Medina donada por su propietario. A estas, también se agregaron la Sala Italia, la Sala Británica y el salón de lectura de Niños. De este modo, el nuevo "Palacio de los Libros" entraba en funcionamiento y sus autoridades podían dar cuenta de un "palacio de imponentes y severas líneas que viene a ser, por fin, el marco digno de esta importante rama de la cultura nacional".

⁴⁶ Carlos Silva Cruz, "Difusión de la bibliotecas populares", El Mercurio, Santiago, 20 de abril de 1914.

D) EL PAPEL DE LOS INTELECTUALES EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

A principios del siglo xx la lectura comenzó a ser un ejercicio no solo de las elites, sino también de los sectores medios de la sociedad que hicieron de la escritura y la lectura parte esencial de la profesionalización de nuevos intelectuales que trabajaban en instituciones culturales como la Biblioteca Nacional.⁴⁷ Así, los círculos literarios y artísticos dejaron de ser centros de reunión exclusivos de las elites, y dieron paso al brote de nuevos intelectuales que plasmaron en su arte las desigualdades sociales, las enfermedades, el impulso industrializador y la pauperización de sectores bajos del país. De esta manera, surgen nuevas corrientes literarias como el naturalismo y su descripción de las clases populares, el criollismo y su protesta de las malas condiciones laborales y el imaginismo, el cual daba rienda suelta a la creación del escritor sin fijarse en las trabas de la literatura decimonónica, tendencias representadas por escritores como Eduardo Barrios, Rafael Maluenda, Baldomero Lillo, Mariano Latorre, Salvador Reves, Augusto D'Halmar, Pedro Prado, Carlos Pezoa Véliz, Fernando Santiván, entre otros, quienes compartían un punto en común: eran funcionarios o asiduos visitantes de la Biblioteca Nacional, haciendo de esta un nuevo espacio donde se instaló el debate literario y de las artes. De este modo, como señala Darío Oses: "a partir de las primeras décadas del xx comienza a producirse la mesocratización del campo literario en Chile, y por lo tanto de las formas de asociatividad en torno a la literatura".48

La Biblioteca fue un lugar de trabajo para no pocos escritores a comienzos del siglo xx. Si bien, en años anteriores ya habían participado en la Biblioteca personajes o autores importantes, la diferencia ahora es que estos escritores necesitaban del trabajo, ya que con su sueldo subsistían. Uno de los primeros intelectuales destacados de esta nueva generación en ser contratado fue el crítico literario Emilio Vaisse (Omer Emeth), quien gracias a su reconocido trabajo acercó a diversos intelectuales y escritores a la Biblioteca, como señaló el escritor chileno y también funcionario de la Biblioteca Nacional en la segunda década del siglo xx, Fernando Santiván: "Más tarde pude conocer más de cerca de don Emilio Vaisse, cuando trabajábamos en la Biblioteca Nacional. Él era jefe de la Sección Bibliográfica y redactaba la revista de

⁴⁷ Para mayor referencia sobre el tema véase Subercaseaux, Bernardo, *Historia de la ideas y la cultura en Chile*. (Tomo II y III), Santiago, Editorial Universitaria (2000-2004); también Altamirano, Carlos, *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008.

⁴⁸ Darío Oses, "La conversación literaria: un capítulo de la historia de la lectura en Chile. Salones, tertulias, ateneos, en Chile, en los siglos xix y xx", *Anales de Literatura Chilena*, año 13, núm. 17, junio 2012, p. 36.

esa especialidad. En esa época, ya famoso por sus criticas semanales en *El Mercurio*, lo visitaban numerosos intelectuales e intelectualoides, masculinos y femeninos".⁴⁹

Tal como muestra la cita anterior, el hecho de contratar a escritores como funcionarios de la Biblioteca generó un espacio de sociabilidad asociado a la literatura y las artes donde sus principales referentes se reunían en este lugar para desarrollar círculos y tertulias. Prueba de ello, es lo expresado por uno de los representantes del criollismo y también funcionario de la Biblioteca, Mariano Latorre, quien añadía refiriéndose a la importancia de tener en el establecimiento al poeta y escritor Miguel Rocuant: "en la Biblioteca Nacional, en la sección de conferencias, cuyo jefe era Miguel Luis Rocuant, se reunían en las tardes: pintores, actrices, poetas y novelistas". ⁵⁰ Así, la Biblioteca Nacional cada día se convertía en un salón literario, tanto para su público como para sus funcionarios, haciendo que en cada jornada hubiese una sucesión considerable de personalidades del mundo intelectual y artístico, quienes desarrollaban sus ideas y debates en este mismo lugar. ⁵¹

La Biblioteca Nacional significó un lugar apto para la sociabilidad y formación de redes entre escritores con itinerarios distintos, haciendo que esta se transformara en un lugar recurrente donde realizar reuniones y generar amistades entre personas con interés por la lectura. Así lo demuestra el escritor José Santos González Vera que trabajó en la Biblioteca, quien al describir como se desarrolló la amistad entre el poeta Pedro Antonio González y Enrique Oportus, señala:

[Pedro Antonio González] Ve a Oportus en la Biblioteca Nacional... se miran largamente y a menudo, pero no se hablan. Al salir sí y durante horas. A través de la noche se conversan una o tres botellas de vino. Oportus es buen conocedor de la literatura, de la vida solo ignora el matrimonio, es excelente orador y, de no quedar tan achacoso en la guerra, habría sido un político radical.⁵²

⁴⁹ Fernando Santiván, *Confesiones de Santiván: Recuerdos literarios*, Santiago, Zig-Zag, 1958, p. 156.

⁵⁰ Mariano Latorre, *Memorias y otras confidencias*, Santiago, Editorial Universitaria, 1971, p. 99.

⁵¹ En los salones literarios chilenos no solo asistían escritores, también se reunían en ellos políticos, pintores, músicos, entre otros, los cuales discutían sobre variados temas e intereses muchas veces anexos a su disciplina. Para profundizar más en el tema véase Muñoz, María Angélica, "Los salones literarios en Chile y otras instancias culturales". En *Revista Universitaria*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, nº 48, 1995, pp. 10-14.

⁵² González Vera, José Santos, Algunos, Santiago, Nascimento, 1967, p. 89.

La Biblioteca fue para distintos escritores un lugar de estudio, donde no siempre interrumpen sus lecturas para iniciar conversaciones o debates; sin embargo, una vez terminada la jornada se estrechaban lazos entre los lectores que se topaban en el mismo salón, haciendo de la Biblioteca un lugar de encuentro entre escritores y artistas, en la que se tramaban redes que muchas veces perduraban en el tiempo.⁵³

Junto a escritores e intelectuales, también fueron parte de la Biblioteca Nacional figuras políticas como Arturo Alessandri Palma, quien antes de ser diputado y presidente de la República trabajó como empleado supernumerario en la Biblioteca, como él mismo señaló, "no por sueldo… sino para obtener un vasto campo donde estudiar y formarse una situación sólida de conocimientos".⁵⁴

La Biblioteca Nacional no era un lugar de reunión importante solo para escritores, sino también para distintas personas relacionadas a diferentes disciplinas, oficios o intereses. Así, lo explicaba Latorre, que reconocía a distintas personas que hacían de la Biblioteca parte de su rutina, como por ejemplo el abogado y diputado radical Pablo Ramírez, quien según Latorre "era un asiduo en las tardes de la Biblioteca Nacional" donde junto con leer desarrollaba constantes debates, ya sea con intelectuales o con cualquier persona "que le parecía impertinente en sus apreciaciones personales". ⁵⁵ De esta manera, los mismos intelectuales que trabajaban en la Biblioteca observaron la transformación de este establecimiento en un agente de la cultura para nuevos sectores sociales. Así lo señaló el escritor chileno y empleado de la institución Augusto D´Halmar, quien mostraba al establecimiento como el lugar idóneo para entregar cultura a la sociedad:

Yo tengo mi asiento en Santiago, nada menos que en el asiento de la cultura, en la Biblioteca Nacional, y para cruzar el zaguán tomo tantas precauciones como para atravesar una calle, porque si no automóviles, voy a encontrar gentes que corren atropelladamente y que lo atropellan todo a su paso. Son las gentes que buscan la cultura en la Biblioteca Nacional.⁵⁶

Los arriba citados publican en periódicos santiaguinos de fines del siglo xix, como por ejemplo La Ley, perfeccionando su poesía y transformándose en representantes de la vertiente intelectual modernista de la época.

⁵⁴ Donoso, Armando, *Conversaciones con don Arturo Alessandri*, Santiago, Editorial Ercilla, 1934, p. 21.

La categoría de "empleado supernumerario", a pesar de significar un trabajo sin goce de sueldo, da cuenta de la búsqueda de un centro de estudio de las personas que aceptaban el cargo, como por ejemplo José Antonio Soffia o el mismo Arturo Alessandri.

⁵⁵ Latorre. op. cit., p. 102.

⁵⁶ Augusto D'Halmar, Recuerdos Olvidados, Santiago, Editorial Nascimento, 1975. p. 515.

Por otra parte, al ser la Biblioteca Nacional un lugar de libre acceso para la gente, y al otorgar la oportunidad de tener a disposición todos los libros que muchas veces por su costo no podían leer, este lugar se transformó en un segundo hogar para los lectores habituales. De este modo la Biblioteca Nacional presentó un nuevo mundo para su público, a través de sus salones contagió a los lectores con una nueva atmósfera que se distanciaba completamente de la realidad y los sumergía en una calma constante. De esta forma, la Biblioteca significó —parafraseando a Díaz Arrieta—, una llave mágica que abría las puertas a un jardín prohibido, que los aislaba del universo, los dejaba flotar en el espacio y los llevaba a la ciudad de los libros.⁵⁷ Por ende, la Biblioteca Nacional significó también un lugar de descubrimiento de un nuevo mundo de temáticas y escritos, así como un espacio de reflexión y escape de la realidad.

En definitiva, la Biblioteca Nacional de principios de siglo reflejó el cambio sociocultural que vivió Chile en las primeras tres décadas del siglo xx, dando cuenta de la emergencia de nuevos sectores sociales en el plano de la cultura, el aumento del sistema burocrático con la construcción de un nuevo edificio y la contratación de más empleados para la implementación de diversos proyectos culturales. Fue además un incentivo para intelectuales que generaron un espacio de sociabilidad en este edificio, donde se construyeron redes, amistades y muy importantes trabajos literarios. Es claro que la Biblioteca Nacional no solo fue un lugar para cuidar libros, sino que también un agente activo de la cultura de nuestro país.

IV. DE LA BIBLIOTECA NACIONAL EN DICTADURA A LA BIBLIOTECA DIGITAL

LA BIBLIOTECA NACIONAL EN DICTADURA

Sin lugar a dudas, el Golpe de Estado de 1973 y la posterior dictadura remeció a nuestro país en todos los sentidos. La cultura chilena se tuvo que reinventar frente al desconcierto intelectual que causó este suceso al paralizar toda una estructura sociocultural que funcionaba y se identificaba bajo los parámetros de la política, siendo el debate y la polarización sus grandes virtudes. Fue bajo esta realidad, donde la Biblioteca Nacional tuvo que seguir funcionando y seguir desarrollando proyectos culturales para una sociedad golpeada por el

⁵⁷ Alone, *Pretérito Imperfecto. Memorias de un crítico literario*, Santiago, Editorial Nascimento, 1976, pp. 30-31. El término "ciudad de los libros" es usado por Alone como título del capítulo en el cual se refiere a la Biblioteca Nacional.

 $^{^{58}\,}$ Bernardo Subercaseaux, Historia de las ideas y la cultura en Chile, Vol. III, Santiago, Editorial Universitaria, 2011, p. 254.

autoritarismo, al igual que los propios funcionarios de este establecimiento. De esta manera, la Biblioteca tuvo que convivir y adecuarse a los cambios repentinos asociados a la instauración de un régimen militar que se inmiscuyó en todas las esferas de la sociedad, incluyendo la cultura y su difusión.

Desde que por segunda vez asumió la dirección de la Biblioteca Nacional Roque Esteban Scarpa tuvo que intentar que el servicio bibliotecario siguiera funcionando de manera normal, a pesar que la cantidad de empleados había disminuido de forma abrupta. ⁵⁹ Ejemplo de esto, es lo señalado por el exfuncionario de la Biblioteca Nacional Justo Alarcón: "en un primer momento [después del Golpe] echan una cantidad importante de gente, para el número de funcionarios que había entonces, que era mucho menor que ahora. Pero después don Roque empezó a reintegrar gente". ⁶⁰ De este modo, la Biblioteca fue reorganizada de manera paulatina, Roque Esteban Scarpa fue reintegrando a sus empleados y comenzó a resolver de a poco problemas que habían surgido por causa del régimen militar: "soplones" que buscaban información en la institución y despido masivo de funcionarios.

Al interior de la Biblioteca Nacional también se sufrió la censura de textos marxistas e incluso textos editados en países socialistas. Fue gracias a la oposición de su Director que en la institución no se realizó ninguna quema de libros y se pudieron resguardar importantes textos. Así lo describe el exfuncionario Ignacio Muñoz: "él [Roque Esteban Scarpa] le dijo muy claramente a las autoridades del momento, al Ministro, que mientras él fuera Director, no se quemaba un solo libro en la Biblioteca Nacional", por lo tanto, la orden fue "reservar todo el material que se considera con contenido político y esta biblioteca [Luis Montt] guardó en su bóveda". 61

Claramente, los militares que realizaron la censura de libros no leyeron ni revisaron de forma acuciosa y solo se dejaron guiar por el título. Así lo recuerda Eliana Bazán, quien señaló que con el correr de los años se dieron

⁵⁹ Roque Esteban Scarpa ocupó por primera vez el cargo de Director de la Biblioteca Nacional entre los años 1967 y 1977.

Mesa Redonda. "Sección Diarios y Periódicos". Participantes: Hugo Díaz, Manuel Díaz, Patricio Miranda, Óscar Sánchez y Juan Carlos Villanueva. Preside la mesa Justo Alarcón. 17 de diciembre de 2003, p. 6.

Mesa Redonda. "Biblioteca Luis Montt". Participantes: Carmen Ardito, Eliana Bazán, Kimena Cabello, Rosa Caro, Patricio Espejo, Hernán Espinoza, Juan Godoy, Gustavo Luna, Ignacio Muñoz, Eliana Peña, Mery Sanhueza, Samuel Sepúlveda, Victoria Saporta y Marcos Valenzuela. Preside la mesa: Justo Alarcón. 5 de diciembre 2003, s/p.

La Biblioteca Luis Montt se inició en 1964 en calle Dieciocho nº 64. Fue dependiente de la Biblioteca Nacional e incluso varios de sus funcionarios habían participado antes en esta última.

cuenta que se debían sacar libros de la bóveda, pues, existían libros que "por ejemplo, se llamaban 'el comunismo', pero eran publicados por la Iglesia", así los mismos funcionarios tuvieron que volver a hacer una selección mucho más rigurosa para devolver títulos a circulación. ⁶² Así también lo afirma Ignacio Muñoz, quien recuerda la dirección desde 1977 de Enrique Campos Menéndez, a quien le mostró una serie de libros de matemáticas guardados en la bóveda de la Biblioteca Luis Montt por ser editados en Cuba. Frente a esto, Muñoz entabló el siguiente dialogo con el Director:

Director, ¿cómo es posible que en esta Biblioteca haya libros escondidos? Él vino, los vio y dijo: "¡Qué barbaridad! Sáquelos, sáquelos. Nosotros escribimos para que la gente nos lea y esto no puede estar como está aquí. Saque los que le sirvan y el resto los devuelve a la Biblioteca Nacional". Se hizo un trabajo hasta donde se pudo, porque no hubo tiempo, personal, ni dinero para hacer el trabajo completo. En la Biblioteca Nacional se siguió idéntico criterio y esos libros reservados también se prestaban, pero con la autorización del Director.⁶³

Si bien durante los primeros años de dictadura se convivió constantemente con estos problemas, la Biblioteca Nacional siguió representando el símbolo de mayor importancia de la cultura chilena y el mismo Roque Esteban Scarpa lo entendía así. Según el exjefe del Departamento de Extensión Cultural, Mario Salazar, Scarpa dijo: "cada vez que me invitan a un acto, lo hacen porque soy Director de la Biblioteca Nacional. Ser Director de Bibliotecas, Archivos y Museos no significa nada, porque muchas de esas instituciones están separadas [...] pero el Director de la Biblioteca Nacional tiene un peso específico distinto". ⁶⁴ Viendo la importancia que le asignó Scarpa a la Biblioteca, no es raro observar que desde 1974 uno de sus mayores intereses fue "difundir el patrimonio que encerraba la Biblioteca", por lo que transformó el Museo del Escritor —actual espacio que ocupa la librería LOM— en una sala de exposiciones que él mismo organizaba de manera constante. ⁶⁵

De esta forma, la reactivación de la Biblioteca Nacional como polo cultural durante la dictadura se centró en la difusión, concepto que por estos años se transformó en la política cultural más importante de la institución. Por de pronto, Roque Esteban Scarpa llevó desde el Museo de Historia Natural

⁶² Id.

⁶³ Id.

⁶⁴ Mario Andrés Salazar. Entrevista realizada el 31 de agosto de 2004 en la ciudad de Santiago. Entrevistador: Justo Alarcón, p. 1.

⁶⁵ Ibíd., p. 2.

a la Biblioteca Nacional al equipo de diseño, a quienes encargó la difusión de las colecciones más valiosas del establecimiento mientras él "planificaba y seleccionaba los contenidos, pero cuando se trataba de materias ajenas a la Biblioteca Nacional, se hacía asesorar por el Director [...] del museo respectivo".⁶⁶

Una vez que Roque Esteban Scarpa dejó de ser hombre de confianza del régimen militar fue cesado de su cargo. Asumió como Director Enrique Campos Menéndez, quien siguió con la misma línea de difusión del director anterior, expresada en la siguiente orden que dio a Mario Salazar: "Mire, la Biblioteca ya está ordenada, ya tengo aquí una coordinadora técnica. Ahora, este envase hay que llenarlo de contenido y ese contenido es la difusión del contenido de los libros y eso quiero encargárselo a usted. Transfórmeme a la Biblioteca en un foco de atracción". ⁶⁷ Sin lugar a dudas, Campos Menéndez comprendió muy bien lo que debía ser la Biblioteca, retomando actividades que habían perdido atracción, como talleres de literatura, conciertos de música clásica, talleres de poesía, entre otros, que de manera paulatina fueron abriendo espacios y atrayendo nuevamente al público.

Sin embargo, la labor cultural de la Biblioteca se vio afectada por la represión política que existía en el momento, lo que generó que muchas exposiciones fueran revisadas y algunas canceladas solo días antes de ser presentadas ante el público, por tener algún atisbo político de izquierda. Un ejemplo de esto ocurrió durante la dirección de Enrique Campos Menéndez; en ese contexto Mario Salazar organizó una exposición sobre textos alemanes que venían de la Feria del Libro de Frankfurt, de los cuales muchos estaban en español y se referían a la realidad de Latinoamérica y su visión de las dictaduras. Frente a esto, Mario Salazar describe:

En esa ocasión, vino el Jefe de Seguridad y me dijo "por órdenes de Director, hay que sacar todos esos libros". Yo le argumenté "¿Por qué los vamos a sacar? Cada persona los lee y para algunas habrá aceptación y para otras, rechazo. En ese libre juego está precisamente el criterio de la libertad. No me parece que nosotros debamos exponer una lectura dirigida". Probablemente había libros que no estuvieran de acuerdo con el Gobierno de Pinochet. [...] pero no era solamente la situación política, siempre se querrá hacer esa lectura, a pesar que había muchos libros que se referían a la actividad cultural pero esa vida cultural de alguna forma estaba también vinculada con lo otro.68

⁶⁶ Id.

⁶⁷ Ibíd., pp. 9-10.

⁶⁸ Ibíd. p. 8.

En definitiva, durante la dictadura la Biblioteca Nacional tuvo que adecuarse a varios problemas que surgieron desde el Estado autoritario, el cual siempre puso trabas a la institución con el objeto de impedir que esta cumpla su papel de centro cultural, difusor de herramientas para el desarrollo del pensamiento libre, personal, a través de la información y la lectura. Es por esto, que si bien en la prensa casi no existe referencia sobre la Biblioteca y sus funcionarios durante este período, se vuelve necesario observar cómo esta institución y sus empleados se enfrentaron día a día a incertidumbres que inundaban todo el país. Solo gracias a los proyectos y la proactividad de sus trabajadores, la Biblioteca pudo mantenerse como uno de los más importantes símbolos de la cultura chilena.

LA BIBLIOTECA DIGITAL

En el mundo actual de las tecnologías de la comunicación, el escenario cultural ha presenciado un cambio sustancial en cuanto al acceso de la información y la lectura. De este modo la globalización ha construido un Chile completamente conectado, generando una sociedad con nuevos gustos, con acceso a periódicos, música, pintura, fotografía y literatura de otros países, todo a través del computador e internet. En palabras de Bernardo Subercaseaux, lo que resalta en nuestro país en el período actual es "la organización audiovisual o massmediatización de la cultura, fenómeno que se sustenta en las industrias de la publicidad y del entretenimiento, y en una vorágine imparable de cambios tecnológicos".⁶⁹ Fue esta transformación la que ha generado una identidad país y una nueva forma de hacer cultura basada en lo audiovisual, donde la televisión, los sitios web y los documentos portables (PDF, Word, etc.) a través de MP3, *pendrives* o *tablets* han hecho de lo digital la plataforma principal de información para la sociedad de estos años.

Ciertamente, la era digital ha traído consigo, también, elementos negativos tales como la homogeneización de la cultura, proceso concomitante con la globalización y las nuevas tecnologías. Néstor García Canclini, matizando este juicio, señala que lo que hay es una hibridación cultural, donde las prácticas sociales se entrelazan "entre lo tradicional y lo moderno, y entre lo culto, lo popular y lo masivo". De este modo, se han visto transformadas las identidades sociales, producto de nuevas necesidades culturales que se han desarrollado gracias a la nueva realidad de conexión, difusión y comunicación

⁶⁹ Subercaseaux, *Historia de las ideas...* (vol. III), op. cit., p. 294.

Néstor García Canclini, "Culturas híbridas y estrategias comunicacionales". En Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, junio, año III, nº 5, Universidad de Colima, México, pp. 109-128.

que han generado rápidamente los nuevos medios digitales. En la era del siglo xxI la cultura del libro se ha visto enfrentada a un férrea competencia con la computación y la televisión, haciendo que la lectura se vea trastrocada por las redes sociales, juegos en línea, documentales, videos u otros programas de entretención. Sin embargo, como afirma Grínor Rojo, "nuestra elección no debe ni puede ser a favor de la letra y contra la imagen [internet y televisión], una batalla que en este último análisis estaríamos perdiendo contra la historia y que por lo mismo estará perdida antes de iniciarse, sino a la posibilidad de una convivencia y colaboración entre ambas".⁷¹

De lo anterior, se desprende que el desafío que viven hoy las instituciones culturales es lograr adecuarse a las nuevas necesidades de la cultura, poder estar a la par con los nuevos programas, sistemas y herramientas que usa la sociedad. Por tanto, para hacerse cargo de estos desafíos en Chile fue necesario que en establecimientos como la Biblioteca Nacional se implementaran proyectos de digitalización y modernización, que permitan acercarse al nuevo público que ha surgido desde fines del siglo xx, lo que ha significado una constante renovación y actualización de los medios de difusión para lograr mantenerse como ese importante referente o símbolo cultural que ha sido.

A) INICIO DE LA DIGITALIZACIÓN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Los primeros pasos de modernización de la biblioteca fueron lentos y difíciles. Durante la dictadura la Biblioteca Nacional comenzó un proceso de digitalización y modernización de los servicios, proceso que se ha ido incrementando de forma constante hasta nuestros días. Sin embargo, este hecho era impensado en los años ochenta, en los cuales los medios de comunicación fueron censurados o simplemente solo transmitían la información que la dictadura permitía, por lo que pensar en ciertas prácticas de difusión de la cultura y la información era algo casi imposible para la época.⁷²

Pese a lo anterior, la Biblioteca inició en 1984 la implementación de la Red Nacional de Información Bibliográfica (RENIB), que buscaba generar una red unificada de contenidos para todo el país a falta de una política nacional de información. RENIB es una organización sin fines de lucro especializada en el manejo de colecciones y servicios bibliotecarios, ella depende de la DIBAM y el Ministerio de Educación. El objetivo inicial de esta organización era insertar esta red nacional de información en todas las bibliotecas del país, homologando los catálogos bajo normas internacionales y automatizar el servicio en un época donde la tecnología crecía —y crece— a pasos

⁷¹ Grínor Rojo, *Discrepancias de Bicentenario*, Santiago, Lom Ediciones, 2010, p. 122.

⁷² Véase en Correa, Figueroa, et. al., op. cit., pp. 307-309.

agigantados, para facilitar el acceso y manejo del público de los materiales que tiene a su disposición.⁷³

Esta implementación también tuvo por objetivo asesorar a los funcionarios del establecimiento para que pudieran enseñar a los usuarios a manejar los nuevos catálogos digitales. De esta manera, el desarrollo de esta red de información a través de la web marca el inicio de una nueva preocupación de la Biblioteca Nacional por la modernización y mejora de los servicios culturales a través de la tecnología digital.

Una vez que RENIB consolidó su servicio en la Biblioteca Nacional, se fueron integrando a esta red de información distintas bibliotecas regionales, la Biblioteca del Congreso Nacional y bibliotecas de universidades, lo que marcó un hito en la homologación de datos a nivel nacional, pues muchas de estas instituciones no seguían referencias estándar, no tenían procedimientos ni catálogos, lo que constituyó una transformación y modernización completa de la información bibliográfica en Chile.

De manera paralela, también se implementó en la Biblioteca Nacional el software NOTIS, puesto a disposición por el Instituto Autónomo Biblioteca Nacional de Venezuela, que integraba los distintos materiales bibliográficos y facilitaban su búsqueda a partir de campos como: autor, título o materia. Además, entregaba resultados de distinta naturaleza, como: libros, revistas, audiovisuales, música, artículos o documentos.⁷⁴ Su implementación fue de manera paulatina, ya que consideró la capacitación de personal y una mayor inyección de recursos para operar de forma correcta. Claramente, la ejecución de este proyecto fue de igual manera relevante, pues la independencia en la búsqueda del material bibliográfico que entregó este servicio otorgó cierta autonomía al lector acerca de qué leer. De esta forma, ya no se responsabiliza al funcionario —como a principios de siglo—, por la calidad de las lecturas del público. A su vez, el desarrollo de este sistema mostró la conformación de una identidad digital en torno a los usuarios de la Biblioteca, ya que de aquí en adelante los programas computacionales serán una de las bases de información de mayor importancia con las que trabaja la Biblioteca Nacional. En definitiva, con el perfeccionamiento de este tipo de tecnologías de la información la Biblioteca se transformó en la cabeza del sistema público de las bibliotecas del país.

 $^{^{73}}$ Soledad Ferreiro Serrano, "La Red de Información Bibliográfica (RENIB)", Tecnología,nº 6, julio 1986, p. 47.

⁷⁴ Ferreiro Serrano, op. cit., p. 51.

B) "BIBLIOTECAS DEL NUEVO MILENIO"

El nuevo milenio trajo consigo una serie de proyectos que permitieron a la Biblioteca Nacional ser parte del proceso de globalización en Chile. Uno de los proyectos más importantes fue la implementación de una "Red de Bibliotecas Públicas para el Nuevo Milenio", que aspiró a acercar y relacionar a los usuarios con las herramientas digitales. Este plan se realizó con el auspicio de la Fundación Bill y Melinda Gates, quienes junto a la DIBAM buscaron superar el atraso tecnológico en que se encontraban las bibliotecas en Chile.

El proyecto tenía un costo cercano a los us\$20 millones de inversión, de los cuales us\$9.254.339 serían aportados por la Fundación. De esta manera, la dibam se vio en la obligación de buscar nuevos agentes capaces de aportar a esta causa, integrando en este proyecto a Microsoft, a las municipalidades de cada Biblioteca y al Gobierno de Chile.

Ya en el año 2001 se recibió en todas las bibliotecas públicas del país una dotación completa de computadoras, comenzando por la Biblioteca Nacional. Se consideró como principal variable la cantidad de habitantes en relación a su biblioteca pública correspondiente y los factores de aislamiento. A esto se agregó la donación de impresoras, instalación de redes eléctricas y de datos. Junto a lo anterior, la Fundación Gates envió tutores a Seattle, según *El Mercurio*, "a entrenarse en lo que será el mayor plan en la historia de nuestras bibliotecas". La capacitación y el equipamiento fueron los ejes fundamentales de este proyecto, en el cual se enfatizó "el entrenamiento con las herramientas propias de las nuevas tecnologías al personal de las bibliotecas y a los usuarios de ellas".⁷⁵

Con esto, la dibam junto a la Fundación Gates buscaron, en primer lugar, generar una red de bibliotecas públicas conectadas completamente a internet, que le entregue un servicio gratuito a la comunidad y que esté coordinada por la Subdirección de Bibliotecas Públicas. En segundo lugar, entregar las herramientas propicias para que tanto los funcionarios como el público que asistía a las bibliotecas manejaran de manera adecuada las nuevas herramientas tecnológicas, desarrollando una mayor integración de la comunidad con las plataformas digitales de información. Y por último, incentivar las habilidades del público y los funcionarios para crear contenidos locales por internet, para que de esta manera los usuarios se sientan identificados con los materiales que usan.

Finalmente, con este proyecto se dio inicio a un proceso de enseñanza orientado a vincular las herramientas tecnológicas con la lectura, desarrollando

^{75 &}quot;Bibliotecas del Nuevo Milenio". El Mercurio, Santiago, 30 de septiembre de 2001. Sección "Artes y Letras", p. 15.

nuevas propuestas culturales acorde como lo entendía la Fundación Bill y Melinda Gates, pues su mayor interés en esta modernización tecnológica de las bibliotecas nacionales fue "dar prioridad a aquellos conocimientos que permitan a los usuarios y a las comunidades la creación de contenidos locales para internet, sitios web, etc.".⁷⁶

C) EL PORTAL DE LA CULTURA: MEMORIA CHILENA

En el año 2003 nació una de las bibliotecas virtuales más importantes de Latinoamérica, el portal Memoria Chilena (www.memoriachilena.cl). En este sitio se puede encontrar una gran cantidad de contenidos culturales, desde distintas investigaciones hasta un sinnúmero de documentos relativos a la historia de Chile, pasando por literatura, ciencias sociales, música y muchos tópicos más. De este modo, Memoria Chilena marca un importantísimo trabajo de recuperación y conservación del patrimonio nacional, donde a través de la digitalización de documentos de distintos períodos —protegiéndolos del deterioro— se genera un contenido virtual que resguarda la memoria histórica de Chile.

La entonces Directora de la DIBAM, Clara Budnik, el entonces subdirector Gonzalo Catalán y la historiadora Ximena Cruzat, fueron las personas responsables de emprender este proyecto, destacando que "es un portal que ha asumido totalmente el lenguaje y los códigos web, lo que no implica un menoscabo de la calidad del lenguaje ni el tratamiento de contenido", ya que no es solo una selección y digitalización de documentos, sino también "hay todo un trabajo de investigación para alimentar áreas temáticas", es decir, hay un objetivo pedagógico importante de este proyecto que se posiciona como importante herramienta para la educación.⁷⁷

El portal Memoria Chilena no solo es un ejemplo del uso que deberían dar las instituciones culturales a las herramientas tecnológicas, según Enzo Abbagliati también demuestra a través de sus contenidos, "que la memoria histórica no es un relato único, sino que es la diversidad de culturas e identidades la que construye una mirada cabal de su pasado. La segunda: preservar y dar acceso digitalmente a esa memoria es un ejercicio de democratización del conocimiento. Y la tercera, a través del conocimiento de su memoria, las personas y las sociedades pueden valorarla". ⁷⁸ Son estos elementos los

⁷⁶ Id.

 $^{^{77}\,\,}$ "Portal para Chile y el mundo", $\it El$ $\it Mercurio,$ Santiago, 31 de agosto de 2003, p. D19.

⁷⁸ Enzo Abbagliati, "Portal Memoria Chilena: un ejemplo de curaduría de contenidos digitales". En *Revista de Historia Ibero Americana*, Vol. 4, 2011, pp.149-151.

que permiten aseverar que el portal Memoria Chilena es un proyecto muy importante, donde no solamente importa la digitalización de obras y lecturas, en la medida que hay además un fin pedagógico que orienta las nuevas temáticas y formas de aprendizaje del público receptor.

Las cifras del portal Memoria Chilena son elocuentes. Al año 2013 se encuentran 772 sitios temáticos publicados, 1.217.487 páginas digitalizadas, 77.029 elementos digitalizados, casi 7 horas de videos publicados y más de 40 horas de audio disponible. Toda esta información accesible para el público, hizo que este portal lograra un récord en descargas durante el 2012, con un total de 23.753.860 documentos descargados y 3.920.306 visitas en el año. Hechos como estos muestran el interés del público por la cultura y por proyectos bien desarrollados, todo lo cual ha permitido a este portal transformarse en uno de los sitios web culturales más importantes del continente.

Finalmente, un proyecto tan innovador como Memoria Chilena nos muestra un proceso de apertura y democratización de contenidos constante y único en el continente. Proyecto que busca "proyectarse al mundo con una sala de lectura digital que contribuya a la creación intelectual, basada en el patrimonio cultural de Chile", iniciativa que relaciona muy directamente a la Biblioteca con los actuales procesos de mediatización y creación cultural.

En definitiva, durante las últimas décadas de nuestra historia la Biblioteca Nacional ha sido un lugar de recepción de los cambios que ha experimentado el país, adecuándose a estos giros sobre la marcha y saliendo airosa la mayoría de la veces. De este modo, la Biblioteca supo reponerse frente a un régimen autoritario que limitó las funciones de difusión de la cultura, haciendo que sus funcionarios lograsen adecuarse a las nuevas formas de administrar un polo cultural tan importante como este establecimiento, mientras seguían dando un servicio óptimo a un público convulsionado por la realidad nacional. Por otro lado, también ha sabido responder a las transformaciones mediáticas y tecnológicas que la nueva era tenía preparada para la sociedad, respondiendo con una de las bibliotecas digitales más importantes del continente. No solamente por la cantidad de información disponible, sino que también por la presentación y organización de las temáticas, todas estas expuestas bajo una perspectiva pedagógica que da pie al análisis del usuario.



EL DESAFÍO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DIGITAL DE CHILE*

Daniela Schütte González**

El día 24 de abril de 2013, en el marco de las celebraciones de los 200 años de la Biblioteca Nacional de Chile, se dio inicio al ciclo de conferencias "Biblioteca Nacional: Patrimonio Republicano". En la conferencia inaugural, el profesor Alejandro Bancalari invitó a todos quienes asistimos, a revivir el nacimiento de las primeras bibliotecas y a conocer detalladamente el largo proceso evolutivo que han vivido desde sus primeras expresiones hasta las bibliotecas como las conocemos hoy en día. A medida que avanzaba la conferencia era inevitable proyectarse en el tiempo e imaginar este ejercicio en 10, 50 o 100 años más. Si ahora revisábamos el camino de la Biblioteca de Alejandría a la Biblioteca Nacional, ¿cómo sería explicar la transición desde la Biblioteca Nacional a la Biblioteca Digital?

Si la tarde de ese miércoles nos deleitamos pensando que en las primeras bibliotecas se leía en voz alta y de pie, sosteniendo el pergamino con la mano izquierda y desenrollando con la derecha, ¿llegará el momento en que tengamos que explicar que antes de los dispositivos de lectura digital, existían los libros y que para leerlos, se apoyaban en una mesa y las páginas se daban vuelta con un dedo o que habían libros pequeños que podían sostenerse en una mano y que era muy frecuente, por ejemplo, leer en lugares públicos como el metro?

Si tanto la infraestructura física de las bibliotecas (por ejemplo, sus estanterías) fue modificándose conforme variaba el soporte, y lo mismo ocurrió con sus servicios y salas de lectura tan pronto se modificaba la forma de leer y por tanto, el lector, ¿cómo realizar el tránsito conceptual y práctico, no a la biblioteca enteramente digital sino a la biblioteca nacional, patrimonial en la que coexiste tanto el original análogo como el digital? ¿Cómo lograr el diálogo fluido entre un incunable que forma parte de las colecciones fundacionales de la Biblioteca Nacional de Chile y la programación de un canal de televisión que ingresó ayer a las colecciones de la misma a través del depósito legal electrónico?

^{*} Basado en la ponencia "Memoria Chilena y el desafío de la Biblioteca Nacional Digital", presentado en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2012, Coloquio Internacional De Bibliotecarios, Mesa De Trabajo N°1: "Yo leo, tú lees... leyendo en la Biblioteca".

^{**} Coordinadora general del proyecto Memoria Chilena (www.memoriachilena. cl), dependiente del Departamento de Colecciones Especiales y Digitales de la Biblioteca Nacional de Chile (www.bibliotecanacional.cl).

Bibliotecas y libros son una dupla difícil de separar. Libros/lectores, también. Lectores y bibliotecas, para todos quienes trabajamos en las segundas, un anhelo constante. Pero, ¿qué ocurre cuando leer en una biblioteca, deja de ser lo que hasta ahora hemos entendido?

El acto de leer, todos lo sabemos, ha ido cambiando a lo largo de los años. Ha ido variando de la misma forma en que lo han hecho nuestras vidas, nuestros hábitos y nuestras costumbres. Cambios y modificaciones que creemos que solo afectan nuestra doméstica cotidianeidad, se vinculan a través de un fino hilo, casi imperceptible, con nuestras formas de leer. Avances en los procesos de manufactura de materias primas, procesos de producción editorial, innovaciones tecnológicas, e incluso el uso de espacios públicos y privados influye en el acto, tan preciado, pero sencillo, de abrir un libro. Influyen también en que, por ejemplo, leer ya no sea solo abrir un libro, sino también, mirar una foto, escuchar un programa de radio o abrir un periódico.

Si antes se leía a la luz de las velas, hoy leemos en completa oscuridad solo con un dispositivo que cabe en la palma de nuestra mano. Si antes se leía en grupo, para sociabilizar los pocos libros que llegaban a tierras americanas, hoy lo hacemos solos, en el metro, en un parque, en un bus, en un avión. Si antes creíamos que la lectura solo era posible con palabras, hemos comprendido que leer es también ver, oír, palpar, relacionar.

Así como nosotros, los lectores, hemos ido cambiando, las bibliotecas han debido enfrentar —con el pasar de los años— una serie de cambios, no solo en sus procesos de acopio y preservación —considerando los múltiples factores antes mencionados— sino también en sus espacios y procedimientos de acceso.

La Biblioteca Nacional de Chile, una de las más antiguas de América Latina y una de las instituciones que dio pie a la formación de la República, consciente de esta necesidad, ha asumido en Chile un rol de liderazgo en el desarrollo digital. En 1984, por ejemplo, inició la automatización de su catálogo y la formación y coordinación de la Red Nacional de Información Bibliográfica RENIB, entidad que agrupa a las bibliotecas más importantes del país, como por ejemplo la Biblioteca del Congreso Nacional y las de varias universidades de renombre internacional. A esto se suma la migración del catálogo al actual sistema cliente servidor que hoy presta servicio desde la Biblioteca Nacional a más de 500 bibliotecas ubicadas en 15 regiones del país.

A partir del año 2000, el desarrollo explosivo de la llamada sociedad de la información y el vasto universo de posibilidades que el uso de TICS ofrecía a las bibliotecas y centros de acopio documental, nos ha permitido mantener este rol innovador y de servicio, al mismo tiempo que ha propiciado el desarrollo de importantes proyectos de digitalización de las colecciones patrimoniales, orientados a acercar el patrimonio a la comunidad, entre ellos, Memoria Chilena.

En agosto de 2013, la Biblioteca Nacional de Chile cumplirá 200 años. Tal como en su fundación, en su desarrollo y en su futuro, deberá continuar ejerciendo un rol central en la preservación de la memoria de nuestro país. Deberá asumir el desafío, no solo de la evolución en los hábitos y soportes de lectura, sino también en la compleja red que se teje con las múltiples formas de crear, publicar, distribuir y reutilizar el conocimiento.

El proceso que emprendemos con la creación de la Biblioteca Nacional Digital, consecuencia directa de la revisión y reorganización de los servicios en el marco de los 200 años, apunta en términos concretos a la integración de los servicios digitales de la Biblioteca Nacional de un modo claro, útil y que permita el tránsito natural del usuario entre colecciones análogas y su correlato digital. Asimismo, se plantea como el espacio de la Biblioteca Nacional de Chile que franquea límites geográficos y temporales.

Hemos hecho hincapié en cómo las modificaciones en los usos, soportes y medios disponibles se vinculan con las formas de acceso a la información. Si a lo largo de los años hemos sido testigos de las modificaciones que han sufrido el libro y otras fuentes documentales en tanto objeto, otro tanto se puede decir de sus características como soporte. Lo mismo ocurre con los hábitos de lectura y búsqueda de información, ya sea a través de soportes análogos o digitales. Si bien estas consideraciones pueden parecer banales, no es menor la injerencia que pueden tener a la hora de reflexionar sobre los servicios que presta una biblioteca, sobre todo en cuanto a usuarios remotos.

Pensemos, por ejemplo, en la gran cantidad de información disponible en todas las colecciones digitales y en línea de la Biblioteca Nacional, sumemos a lo anterior, la necesidad de poner en valor y difundir las colecciones patrimoniales, adicionalmente consideremos la utilidad de dar a conocer a un público amplio los servicios remotos que presta un organismo de este tipo y, por último, atendamos a la impronta de otorgar un soporte expedito al cumplimiento de la ley de Depósito Legal, sobre todo considerando aquellas creaciones nacidas en formato digital...

No es menor el desafío. Lograrlo, implica proponer de un modo coherente no solo un concepto claro de lo que el usuario puede encontrar dentro de la Biblioteca Nacional Digital sino también, lograr transmitirlo de un modo inequívoco, que no genere falsas expectativas pero que tampoco caiga en falsas modestias.

Cinco ejes componen la Biblioteca Nacional Digital de Chile. Cinco ejes que responden de una u otra forma a la evolución que las formas de creación, recopilación y documentación de la memoria de nuestro país han ido adquiriendo a lo largo de los años; que responden también, a las necesidades de los distintos tipos de usuarios que ha visto pasar por sus salones la dos veces centenaria institución; y que acogen a quienes aún no han podido llegar

hasta ella. Estos son: software de gestión de colecciones digitales y plataforma universal de búsqueda que permite al usuario customizar su estantería digital de acuerdo con sus necesidades; Memoria Chilena y la coexistencia de la biblioteca digital y el sitio de contenidos editorializados y seleccionados con énfasis en la historia y literatura chilenas; el servicio Bibliotecario en Línea, vínculo directo con los bibliotecarios especializados de la sección Referencias y Bibliografía; además de las Visitas Virtuales, completos recorridos con vistas en 360° de los principales salones del edificio; por último, la plataforma de depósito legal electrónico, pionera en Latinoamérica, que no solo facilitará el cumplimiento de esta ley sino además generará un tránsito fluido y transparente para los usuarios de los materiales depositados. Adicionalmente, la Biblioteca Nacional Digital incorporará la participación de la institución en otros proyectos de esta naturaleza como por ejemplo: World Digital Library (Unesco), Biblioteca del Patrimonio Iberoamericano (Abinia) y Biblioteca Pública Digital (Subdirección de Bibliotecas Públicas).

Los más de un millón de títulos que alberga la Biblioteca Nacional de Chile, sumados al creciente número de fuentes documentales en otros soportes son y seguirán siendo fuente inagotable de conocimiento; la historia de Chile, como la historia de cualquier país, podrá dar pie a la generación de innumerables libros, fotografías, investigaciones, documentales, audiolibros o e-libros que podrán ser acopiados; el patrimonio cultural intangible de cada comunidad seguirá evolucionando y con ello generando nuevas formas de actualización de las que se podrá dar cuenta; los usuarios serán cada vez más diversos y, lo serán también, sus formas de crear información, de utilizar la ya existente y de difundirla. Asumir, entender y atender que esas son las reglas de los próximos 200 años, es el desafío.

La Biblioteca Nacional Digital es un intento de concreción de este desafío, es el producto de largos años de trabajo, de proyectos, de pruebas, de avances y retrocesos. Se trata tanto de nuevos servicios, como también de nuevas formas de presentación de servicios ya existentes. Se trata de la articulación coherente no solo de formas de atender al usuario o de procesar información, sino —y por sobre todo— de una forma de pensar la Biblioteca Nacional coherente con su tiempo y con lo que sus usuarios demandan de ella.

LECTURA Y ESCRITURA EN CHILE*

Grínor Rojo**

No me voy a ahorrar las estadísticas en esta ocasión, porque aunque haya gente que dice que faltan datos empíricos lo cierto es que ellos están a disposición de todo aquel que quiera consultarlos. En Chile, de acuerdo al tercer estudio sobre "Hábitos de lectura, tenencia y compra de libros" realizado por la Fundación La Fuente, con la colaboración de ADIMARK GFK, en 2010 y dado a conocer en 2011, hay un 45,7 por ciento de personas que, si hemos de dar crédito a lo que ellas mismas le confiesan a su encuestador, no leen "nunca" y un 7,1 por ciento que no lee "casi nunca", lo que suma un 52,8 por ciento de "no lectores". Más grave aún es que, según un estudio anterior de esa misma Fundación, el 24 por ciento de los chilenos mayores de cincuenta años y que fueron a la escuela, son hoy analfabetos funcionales, es decir, que esas son personas que aprendieron a leer y escribir, pero o no aprendieron bien o se les olvidó y hoy no pueden seguir instrucciones escritas porque no entienden lo que leen. Por su parte, otra encuesta, también de 2011, esta del Centro de Microdatos de la Universidad de Chile y el Consejo Nacional de la Cultura, asegura que apenas un 3 por ciento de la población del país logra evaluar críticamente o formular hipótesis derivadas de conocimientos especializados en relación con el tema del texto que leen mientras que el 84 por ciento no logra una comprensión adecuada de textos largos y complejos cuyo contenido no les resulta familiar. Todo ello en tanto que, de acuerdo con las cifras que maneja el grupo Educación 2020, el 40 por ciento de los muchachos y muchachas que egresan de la enseñanza básica está en similares condiciones. A nivel de la enseñanza superior, el promedio que en lenguaje obtuvieron los alumnos provenientes de los colegios públicos-municipales en la Prueba de Selección Universitaria 2012 fue de 470 puntos, cuando el máximo es de 850 y el mínimo exigido por la universidades del Consejo de Rectores para conceder admisión a sus postulantes es de 500 (los postulantes que provenían de colegios particulares subvencionados y de colegios particulares de élite promediaron 500 y 606 puntos respectivamente). En la misma PSU, frente a 133 "puntajes nacionales" en matemáticas (en 2011, habían sido 453), hubo solo uno en lenguaje y comunicación. Agréguense

^{*} En una versión previa, apareció en el número 18 (2012) de la revista *Orbis Tertius*, del Centro de Teoría y Crítica de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata, Argentina: www.orbistertius.unlp.edu.ar

^{**} Académico de la Universidad de Chile.

a lo anterior las respuestas dadas a una pregunta de la Encuesta del Centro de Estudios Públicos (CEP) de agosto de 2012 respecto a "lectura de noticias sobre política": el 49 por ciento de los interrogados manifestó no leerlas, el 38 por ciento hacerlo algunas veces y solo el 13 por ciento frecuentemente.

Estos son los datos duros.

Cierto, en la medición que se hizo el 2010 en los cuartos básicos, mediante el Sistema de Medición de la Calidad de la Educación (SIMCE), se registró un mejoramiento de las cifras de lectura de nueve puntos, y yo no puedo menos que celebrarlo, aunque también sea cierto que esa misma prueba SIMCE aplicada en 2013 a los mismos cuartos básicos y a los segundos medios no haya registrado ninguna variación. No solo eso, sino que en los colegios particulares de élite, que supuestamente son los mejores, hubo en el 2013 una baja de seis puntos menos que en la medición del 2010. Porque no nos contemos cuentos, la tendencia que la mayor cantidad de datos disponibles comprueba es, como se ha visto, negativa, y la conclusión que de ello puede desprenderse es prístina. Los chilenos o no están levendo, o están levendo mal, o si alguna vez leyeron a estas alturas se les olvidó.¹ En la pugna entre la letra y la imagen mediática, esta última es la que está ganando la partida. Los niños "no leen", es lo que se escucha a menudo y ya sabemos por qué, porque los niños están sentados frente al televisor o peleando guerras electrónicas en el computador.

Y, claro está, Chile invierte en educación el siete y medio por ciento de su PIB, pero más del 40 por ciento de ese siete y medio por ciento proviene mayoritariamente de los bolsillos de las familias y va a parar al circuito de la educación privada. Esto quiere decir que el gasto estatal en educación, que es el que favorece o debiera favorecer a la educación pública y por ende a los grupos de personas con menores ingresos, que constituyen la mayoría, es de alrededor de un 4 por ciento. Si además se tiene en cuenta que aun ese

¹ Si los indicadores de lectura de los jóvenes chilenos no son para regocijarse, los de escritura lo son menos todavía. No cuesta mucho comprobar que esos jóvenes no saben escribir, y si no lo saben es porque eso, escribir, además de ser una técnica —y no una consecuencia del descenso sobre algunas cabezas escogidas del rayo de la inspiración, como creían nuestros románticos abuelos— es, como todas las demás, una técnica que se aprende. Quiero decir con esto que a escribir uno aprende escribiendo y solamente en la medida en que existan maestros básicos y secundarios que puedan hacer que sus estudiantes escriban habitualmente y que además estén en condiciones de corregir lo que ellos escriben con el conocimiento, la detención y la prolijidad con que ello tiene que hacerse, se habrá satisfecho el propósito de adiestrar a los jóvenes en esta práctica como corresponde. Pero, por supuesto, eso no es algo que pueda exigírseles a unos maestros que enseñan cincuenta, sesenta y hasta setenta horas de clase a la semana y en decenas de cursos de cuarenta, cincuenta o más estudiantes.

gasto estatal se distribuye entre el sector propiamente público, que se lleva poco más del 50 por ciento, y el privado, que se lleva algo más del 40 por ciento, la verdad presupuestaria chilena en este aspecto resulta harto menos estimable de lo que a primera vista podría parecer.

La pregunta de cajón es, por supuesto, la que interroga por la importancia que esto tiene. Y dependiendo de la respuesta que se le dé a esa pregunta, qué es lo que se puede hacer a su respecto. Si el tema no tiene importancia, nada. Si la tiene, se abre, creo yo, un abanico de opciones.

Porque, en efecto, hay personas para las cuales el que no se lea o no es malo o no constituye motivo de preocupación, o porque esas personas son unos conservadores sin remedio, de los que piensan que leer les hace daño a sus subordinados, convirtiéndolos en criaturas levantiscas (esa es la razón que hizo que en Chile se aprobara la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria recién en 1920, treinta y seis años después de la aprobación de una ley semejante en la Argentina), o porque pertenecen al gremio de los beatos posmodernos, de los que creen a pies juntilla en la "muerte del libro", la que para ellos constituye un suceso explicable enteramente, el de la decadencia, agonía y eclipse definitivo de un instrumento que hizo su debut en 1455 y cuya fortaleza histórica habría llegado a su término. Se argumenta en tales casos que el libro es uno de los pilares de la modernidad y que en una época posmoderna él ha sido o está siendo arrastrado por la crisis de su fundamento. Es el fin de la "era gutenberguiana", se dice. En América Latina, donde como escribí en otra parte los que todavía no han tenido noticia del invento de Gutenberg suman más de cuarenta millones, abundan aquellos que nos aconsejan saltarnos la etapa. Así, simplemente. Declaran que, en vez de enseñarles a los niños latinoamericanos a leer en los libros, lo que los Gobiernos de nuestros países debieran hacer es adiestrarlos en el uso de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Todos en Chile recordamos la visita que hizo el presidente Ricardo Lagos a Silicon Valley a fines del año 2000 y sobre cómo, debido al entusiasmo que ello le provocó, se repletaron nuestras escuelas de computadores. Considerando la (planificada) obsolescencia de estos artefactos, me pregunto qué habrá sido de las docenas o de los cientos de ellos que los burócratas educacionales chilenos diseminaron entonces desde Arica a Magallanes.

Por supuesto que yo considero que las políticas públicas como esa son una tontería o una frivolidad o, mejor dicho, considero que son una tontería frívola e incluso en aquellos casos en que no se habla de la muerte del libro sino de su "descentramiento", como derridianamente lo hace Jesús Martín-Barbero (menos elegante pero más ajustado me parecería a mí describir el fenómeno como una mengua de su centralidad, lo que es dolorosamente cierto). Sin desconocer la larga y noble historia que comienza con las tabletas de arcilla de la Mesopotamia y se continúa en los papiros egipcios y en los pergaminos

medievales, concuerdo en que el libro, tal como se lo conoce y se lo utiliza desde el siglo xv, es decir en la forma de un códice que libera discontinuamente una continuidad sémica que el lector tiene que ir recomponiendo en su cabeza, es una de las máximas creaciones de la cultura occidental moderna, pero también estimo que la cultura occidental moderna no es el zapato viejo que dice Martín-Barbero ni que los servicios que el libro nos presta sean residuos desechables.

Y no son residuos desechables porque el libro, porque la lectura de libros, por su misma naturaleza, pone en actividad dimensiones de lo humano que son esenciales, que si se las deja de lado eso acarrea consigo un recorte en lo más profundo de aquello que nos hace ser lo que somos. Los psicolingüistas nos informan, y han podido comprobarlo incluso empíricamente, que leer es un proceso de una riqueza enorme, que les reporta beneficios importantísimos a todos quienes lo llevan a cabo. No se trata simplemente de descodificar unas grafías, para así recuperar la oralidad, el supuesto estado puro (como aseguraba Saussure y desmentía Derrida) del lenguaje. La cosa es harto más compleja e incluye fases diversas: de descodificación, de comprensión, de interpretación, de cotejo entre lo que se lee y lo que se guarda en el almacén de la memoria, de inferencias, de hipótesis y de especulación creadora. Todo eso está operando en los momentos en que leemos un libro. Una demostración excelente de esta complejidad se produce cuando nos sentamos a leer una novela, lo que como es sabido nos obliga a seguirle la pista al "personaje". Ese personaje, que empieza siendo un signo vacío (o un grafema vacío: a menudo, solo un nombre), irá adquiriendo cuerpo durante el curso de nuestra lectura en la medida en que lo veamos (o lo leamos) actuar y en que podamos cotejar sus actuaciones con las de sus semejantes dentro y fuera del relato. Hay, pues, una relación de uno a uno entre las operaciones de nuestra razón generadora de significado y el libro. Lo que podemos hacer con el libro es un espejo de lo que podemos hacer con nuestra razón, y eso es válido incluso para los libros malos, porque no es algo que dependa de los contenidos sino de cómo esos contenidos se articulan y se expresan, de un lado, y se recepcionan, del otro. Razón, libro y lectura constituyen así una tríada indisociable, que ha probado ser ventajosa para nuestra salud personal y societaria y a la que es preciso defender a como dé lugar. No era por deporte que los nazis quemaban libros. Y es que no es la razón la que crea a los monstruos, sino su sueño, como lo dijo y lo pintó el maestro Goya. Esos monstruos se deben combatir y la razón ha producido las armas con las cuales podemos combatirlos. El libro y la lectura son las mejores entre esas armas.

Para decirlo ahora de una manera distinta y quizás algo más precisa: la razón moderna es la que acentúa y lleva hasta el extremo de sus virtualidades (el mejor y el peor) algo que los griegos habían descubierto dos mil años antes. Me refiero a la lógica de la consecuencialidad, la que trabaja produciendo

inferencias conceptuales. Es una lógica laboriosa y demorada, que funciona en línea recta y cuyo premio consiste en el reconocimiento por parte de quien la hace suya de relaciones inteligentes de carácter cognitivo entre conjuntos simbólicos diversos. Con ella construimos proposiciones y argumentos, y con esas proposiciones y con esos argumentos nos aproximamos a la verdad de lo que somos y del mundo en que vivimos. Y no solo el vehículo, sino el espejo de esa lógica de la consecuencialidad es el libro o, más bien, lo que hacemos con él. Leemos en el libro los conjuntos simbólicos de marras, los ponemos en relación con otros similares y de esa relación emergen nuevas posibilidades de ser y de hacer. Parafraseando a Sor Juana Inés de la Cruz, leer es "ser más en el ser". Es ser más y, agrego yo, es ser mejor.

Pues bien, toda la arremetida contemporánea posmoderna contra la razón moderna y por cierto, hecha con las armas de la razón moderna, por lo tanto invalidándose con el mero acto de su formulación, incide en un desprestigio correlativo del libro y la lectura. Mi ejemplo favorito es el de uno de los proyectos de Mejoramiento de la Educación Superior (MECESUP) que hace algunos años ganamos en mi lugar de trabajo, el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, y que incluía en su presupuesto un renglón para la compra de libros. Los funcionarios del Ministerio de Educación de la época nos pidieron que lo elimináramos y que lo reemplazáramos con un renglón que nos procurase ese mismo dinero pero para contratar sitios de internet. No les hicimos caso, y menos mal que no insistieron.

Pero es un buen ejemplo del estado de la cuestión entre nosotros. En una América Latina que tiene una población total de un poco más de quinientos millones de personas y donde hay bastante más que cuarenta millones de analfabetos, la superficialidad burocrática nos sugiere la conveniencia de que nos saltemos esa etapa y de que entremos de lleno en la que sigue: la de las tecnologías de la información y la comunicación. Que los muchachos aprendan a leer en los computadores cuando todavía no saben leer en los libros, eso es lo que esos burócratas quieren. Pero, ¿da lo mismo y hasta es mejor una cosa que la otra, como ellos presumen? Si decimos que sí, estaremos dando por buena la tesis que afirma que solo se trata de un "cambio de soporte". El libro no habría desaparecido, seguiría estando disponible para nosotros, solo que con un traje nuevo. Cuando el problema se agrava es cuando decimos que no. Porque decir que no equivale a decir que no da lo mismo Juana que Chana, que la diferencia no reside únicamente en el soporte. El hipertexto no es, en definitiva, para los que piensan de esta otra manera, una versión mejorada del texto, sino la introducción de una forma distinta de leer y, por consiguiente, de una forma distinta de pensar.

Se entiende, espero, que cuando hago esta contraposición no estoy pensando en la digitalización de unas obras que de ese modo se ponen al alcance de muchos y de lo que ojalá hubiera más (más ediciones Ayacucho disponibles en la red, por ejemplo), ni en tecnologías tales como la de los libros electrónicos, que efectivamente no involucran sino un cambio de soporte y a lo mejor para bien. Hablo de la textualidad del libro y la textualidad del hipertexto y de la diferencia entre la lectura de una y la lectura de la otra.

Y de estar en lo cierto la posición que afirma que se trata de actividades diferentes, ¿en qué consiste la diferencia? Básicamente, en dos elementos, pienso yo: en el reemplazo de la lectura lineal por la lectura espacial y en el de la lectura basada en la consecutividad y la consecuencialidad (el acceder a los significados unos detrás de los otros y teniendo en cuenta la dependencia lógica de los posteriores respecto de los anteriores, como lo expliqué arriba y como me lo enseñó el profesor César Bunster hace muchos años) por una lectura basada en la yuxtaposición. Agréguese a eso el reemplazo frecuente de la letra por la imagen y el del regodeo demoroso y cauteloso por la iluminación instantánea.

Personalmente, confieso que no estoy para nada convencido de que las novedades de la lectura hipertextual obsoleticen a la lectura textual. En rigor: no estoy para nada convencido de que la espacialización de la información incluya y supere a su exposición lineal y que la simultaneidad receptiva sea preferible a la recepción de tiempo largo, la que analiza y pondera con prudencia y sin apuro. Creo, por el contrario, que se trata de procesos diferentes y valiosos ambos, pero cada uno a su manera y cada uno con sus propias fortalezas y debilidades. El libro, que como dije arriba es el espejo de la racionalidad moderna, lo es no solo porque la refleja sino porque contribuye también a moldearla. Por su parte, la racionalidad moderna es el fundamento del mundo económico, político, social y cultural en el que hemos vivido durante los últimos quinientos años tanto en sus buenas como en sus malas formulaciones. El capitalismo hegemónico y el socialismo contrahegemónico, la división de los poderes del Estado, las sociedades urbanas (o, mejor dicho, la organización urbana de las sociedades) y el ensayo y la novela son todas creaciones de la racionalidad moderna a las cuales el libro acompaña y moldea.

¿Queremos tirar todo eso por la ventana? ¿Queremos que el ciudadano, que es el arquetipo social de la modernidad, así como su proyección
en la conducta política, que es el ejercicio de una ciudadanía inteligente y
responsable, desaparezcan? ¿Preferimos, como andan diciendo algunos de
esos primitivistas que no parecen haberse enterado de que el primitivismo
es también una creación de la cultura moderna, un retorno a la cultura de
los cazadores y los recolectores? De acuerdo, la racionalidad moderna ha
producido monstruos. El capitalismo, y el capitalismo desembridado, como
el contemporáneo, sin ir más lejos. Pero, ¿justifica eso el que se la dé por
extinta y, de rebote, que se dé por extinto a su correlato indispensable, el
libro? No lo creo yo así, lo he dicho antes y lo repito de nuevo. Los filósofos

de Frankfurt postularon hace años que la modernidad ponía en circulación por lo menos dos razones: la instrumental y la emancipadora. ¿Vamos a castigar a la segunda por los pecados de la primera? ¿Vamos a condenar a los libros porque los libros fueron, porque han sido, en algunas ocasiones, instrumentos perversos?

Ahora bien, que existe un pensamiento otro que el de la razón, el libro y la lectura es un dato incontrovertible de la causa, y yo soy el primero en admitirlo, así como admito que también constituye un dato incontrovertible de la causa el que a ese pensamiento otro se le debe conceder un lugar en nuestras agendas individuales y sociales. La sensibilidad, la imaginación, la oralidad, el diálogo directo, cara a cara y en el lenguaje natural con el prójimo son potencialidades humanas preciosas y de las que no cabe ni es posible deshacerse. Es más: también estoy dispuesto a conceder que la cultura de la razón, el libro y la lectura las ha relegado más de una vez al patio de atrás de la casa, cuando no las ha acusado de promover actividades sospechosas y de las que nada sino el error era dable esperar, con consecuencias de las que después nos hemos lamentado amargamente. Reconocerles el espacio que tales potencialidades tienen en nuestras vidas y los frutos estupendos que suelen derivarse de algunas de ellas no es, por consiguiente, un reclamo superfluo. Cultivarlas con afecto y provecho, tampoco. En alguna medida, eso es lo que hacen las TIC: a la linealidad y la consecutividad del pensamiento lógico le agregan la simultaneidad y la contigüidad del pensamiento analógico; a la abstracción de la letra, el poderío visualizador de la imagen. El hipertexto, la invención de Vannevar Bush de 1945, que se retomó en los años sesenta y que hoy les da a los tuberculares rizomáticos posmodernos en la vena del gusto, no es otra cosa. Trabajando con un remedo del collage vanguardista, el hipertexto rompe con la consecutividad de la escritura al ensamblar contenidos mediante enlaces (links) vertiginosos y que remozan de un paraguazo el viejo proyecto de Diderot y D'Alembert. ¿Es eso negativo? Por supuesto que no.

Pero muy de otro orden es tirar el agua de la bañera con la guagua incluida. No me parece entonces que el desafío que estamos enfrentando actualmente los pobladores del planeta y los latinoamericanos entre ellos, consista en sustituir a unas capacidades por otras, sino en complementarlas y de una manera tal que haga posible que ellas se refuercen recíprocamente. Tiremos el agua sucia de la bañera, estoy de acuerdo, pero por favor no nos precipitemos y salvémosle la vida a la guagua. Los añadidos que le está haciendo a nuestra existencia contemporánea eso que algunos llaman la posmodernidad y que para mí no constituye más que una expansión cuantitativa y no cualitativa de la modernidad, no tienen por qué desplazar a y ponerse en el lugar de los logros que otras expansiones análogas alcanzaron a lo largo de los últimos quinientos o más años de nuestra residencia planetaria. Pueden complementarlos y aun corregirlos, si tal es el caso, pero no sustituirlos.

El problema es que si hay en este mundo intelectuales tontos y frívolos, hay políticos y tecnócratas que lo son mucho más. Esos son los que se suben al carro de lo nuevo sin medir los alcances de lo que hacen, solo porque ése es el carro que en ese momento está pasando por delante de su nariz y el que mejores dividendos les entrega. Escuchan ellos a tipos como Jesús Martín-Barbero (o aun peores, como al Nicholas Negroponte de Being Digital) y concluyen que el libro ha muerto, que las bibliotecas son antiguallas arqueológicas y que lo que los niños necesitan para su buena educación son computadores y sitios de internet (si es que no el retorno con la cola entre las piernas a los tambores ancestrales). Sí, es cierto, los niños necesitan computadores y sitios de internet, pero también necesitan libros y bibliotecas. Necesitan leer, porque leer, y hacerlo en las páginas del libro y no en la pantalla del computador, es relacionarse con un objeto concreto, es acceder al discurso desde una materialidad que pesa en las manos, que es tangible y asible (Bernardo Subercaseaux se ha referido también a la dignidad del "soporte" o del "cuerpo" libro, una dignidad que no solo es estética, añado yo) y que pone así en acción atributos humanos que son y seguirán siendo esenciales. Si es efectivo lo que asegura Roger Chartier, que la revolución de las TIC es triple, "una revolución de la modalidad técnica de reproducción de lo escrito, una revolución de la percepción de las entidades textuales y una revolución de las estructuras y formas más fundamentales de los soportes de la cultura escrita", la tentación de poner todos los huevos en esa única canasta no puede ser más grande. El catalán Román Gubern ha hablado por su parte de la "pantallización" de la sociedad contemporánea, la de "la televisión, las computadoras, los videojuegos, el teléfono celular, el GPS, el radar, los cajeros automáticos y los centros de videovigilancia", y no cabe duda de que el libro está siendo una presa también de esa misma marejada. Pero frente a eso nuestra obligación es la de no ser ingenuos, la de darnos cuenta de lo que aquello involucra y que es o puede ser letal. Estoy insistiendo así en los inmensos riesgos que conlleva el reemplazo de una cosa por otra. O, mejor dicho, en los inmensos riesgos que involucra ganar una cosa pero al precio de una desfenestración irresponsable de la otra. Porque lo que se está perdiendo con esa maniobra puede que se esté perdiendo para nunca jamás. Aludo ni más ni menos que a la capacidad de pensar, a la capacidad que los humanos tenemos para incorporar en nuestras conciencias los datos de la realidad y para construir argumentos basándonos en ellos, lo que se produce cuando vinculamos a unas proposiciones con otras, inferimos conclusiones lógicas y adoptamos, a partir de esas conclusiones, decisiones fundadas. Esto,

Roger Chartier, ¿La muerte del libro? Santiago de Chile, Lom, 2010, p. 28.

Román Gubern, *Metamorfosis de la lectura*, Barcelona, Anagrama, 2010, p. 94.

precisamente, es lo que nos está faltando hoy a los chilenos. Que solo el 3 por ciento de nuestros compatriotas esté en condiciones de evaluar críticamente o formular hipótesis derivadas de conocimientos especializados en relación con el tema del texto que ellos leen es como para ponerse a llorar.

Nuestra pobreza ciudadana arranca de ahí y, como también lo he expuesto en otros sitios, es en todo congruente con el nivel de maduración que ha alcanzado la reactivación neoliberal y globalizante del capitalismo que en Chile se viene implementando desde los tiempos de Augusto Pinochet. Esa misma que los gobiernos diz que democráticos de la posdictadura no solo no cambiaron sino que profundizaron y de lo cual son responsables tanto como o aun más que la propia dictadura (más porque se presentaron a sí mismos como gobiernos democráticos). El capitalismo, que según le escucho al actual presidente de la República, debiera llevarnos hasta el desarrollo en 2018 (¿qué clase de desarrollo? En un país cuyas exportaciones son de un solo producto en más de un cincuenta por ciento, estamos todos expectantes...), no es solo un sistema económico sino un sistema de vida. Por lo mismo, la maduración del régimen económico chileno funciona, tiene que funcionar, en una estrecha asociación con sus correlatos culturales respectivos o, mejor dicho, a través de una asociación que apuesta a la legitimidad tanto como a la perpetuación del sistema gracias a un fortalecimiento de los peores de esos correlatos. Una de las últimas medidas adoptadas por el Congreso Nacional fue el establecimiento de la inscripción electoral automática y el voto voluntario. Cuando escribo esta página, todavía no se han visto los resultados concretos de esa medida, pero es posible preverlos. La encuesta CEP, a la que me referí al comienzo de este artículo, esa que habla de un 49 por ciento de ciudadanos chilenos que no leen noticias sobre política, nos informa en otro de sus apartados que solo un 50 por ciento de la población con derecho a hacerlo tiene intenciones de votar.⁴ Pongamos una cosa junto a la otra. Una población dentro la cual la mayoría no lee, que por cierto es la de los sectores más pobres de la sociedad, tiene como consecuencia inevitable una elitización de la política. Votan o votarán en el futuro en Chile los que leen (o algunos de los que leen, también los hay que no votan por asco), es decir (en el mejor de los casos) el cincuenta por ciento más o menos informado.

Cabe entonces preguntarse si no estamos hoy frente a un relanzamiento del mismo espíritu conservador que consiguió que la Ley de Instrucción Pública Obligatoria no se aprobase en nuestro país sino muchos años después de que hubiera sido propuesta o de que países vecinos, menos rústicos que el nuestro, la hubiesen adoptado. Esto significa que tenemos derecho a preguntarnos si lo

⁴ La profecía CEP se cumplió efectivamente en la elección municipal de octubre de 2012, donde hubo un 60 por ciento de abstención.

que creen hoy en Chile los dueños del poder es que un pueblo mejor educado va a dejar de ser el pueblo dócilmente trabajador que ellos desean. Porque lo que esas personas parecen tener en su cabeza es una sociedad compuesta por gente que manda y por gente que obedece, la primera habiendo sido educada hasta el máximo de sus potencialidades para los fines superiores que Dios o el destino le fijaron (de preferencia con el *finishing touch* de alguna universidad estadounidense de campanillas...), y la segunda solo en el mínimo necesario, o sea, habiendo sido educada solo para los fines inferiores que Dios o el destino les asignó (en la mala escuela municipal de su barrio...). Y lo demás..., bueno, de lo demás que se ocupe la televisión.

O sea, que de lo demás se ocupe la superficialización, la banalización, la estupidización y el envilecimiento sin tasa ni medida de las personas que reemplazaron el libro por la caja idiota, que es, que ha sido entre nosotros la estrategia predilecta de las políticas culturales durante los últimos cuarenta años. Pinochet tuvo una política cultural (sí, la tuvo, aunque a algunos les parezca increíble y aunque haya sido profundamente contradictoria), política esa que se movió sobre dos ejes: el nacionalismo autoritario y la banalidad mediática y globalizante. Los años de la posdictadura han visto la morigeración (no la desaparición) del primero y la mantención y expansión del segundo. El resultado es la poca política y la mucha farándula, constituyéndose esta última en la norma entre quienes están a cargo del asunto. Se entiende que, en medio de este mundo al revés, el ataque contra el libro sea un elemento central. ¿Cómo se explica si no la mantención en Chile de un impuesto al valor agregado (IVA) del 19 por ciento, superior al que los libros tienen en Argentina (0 por ciento), en Brasil (0 por ciento) y en México (0 por ciento), e inclusive superior al que este mismo impuesto tiene en los países capitalistas del centro del mundo, como pudieran serlo Estados Unidos (7 por ciento) y la mayoría de los europeos, desde el más alto Finlandia (8 por ciento), a los más bajos, Inglaterra e Irlanda (0 por ciento)? El cacareo en torno a la "muerte del libro" no es siempre inocente. Cacarean sobre todo aquellos para quienes es de la mayor conveniencia la neutralización del mejor instrumento crítico que la modernidad imaginó.

Por eso, yo afirmo que cambiar el libro por las TIC ni es imperativo ni es bueno. Porque leer libros tiene virtudes propias que nuestro trato con las TIC no tiene. Podemos esgrimir para defender este aserto el voluntarismo romántico de Umberto Eco, para quien el libro es "como la rueda, una especie de perfección insuperable de nuestra imaginación", o razones pragmáticas y

Jean-Claude Carrière y Umberto Eco, Nadie acabará con los libros, Entrevistas realizadas por Jean-Philippe de Tonnac, tr. Helena Lozano Miralles, Barcelona, Random House Mondadori, 2010.

más livianas, como la del citado Gubern, quien echa mano de la "ley de uso y gratificaciones de los medios", que es la que habría permitido (por ejemplo) que la radio sobreviva a la televisión. ¿Por qué no puede esa misma ley hacer que sobreviva el libro *codex* al *e-book*?, se pregunta.⁶⁶ Es decididamente más placentero compulsar un libro que hacerle cariños a un computador, ni falta que hace decirlo.

Pero no son esas las razones sobre las cuales a mí me interesa poner el acento en este ensayo. Estimo en definitiva que leer libros, y leerlos bien, equivale, como decía Sor Juana, a "ser más en el ser". Equivale a estar en posesión de la capacidad para pensar bien, esto es, para pensar demorada, profunda y ojalá críticamente, concentrando nuestra atención, uniendo e infiriendo como las TIC no lo hacen ni podrán hacerlo jamás, con el propósito de construir de ese modo totalidades con sentido que nos convierten a nosotros y al mundo en que vivimos en entes tolerables y, si es que hacemos buen uso de lo poco o mucho que habremos aprendido en los libros, tal vez mejores. Cuando la irracionalidad se adueña de la historia contemporánea (piénsese en las matanzas en el Medio Oriente o en el desastre nuclear japonés), reflexionar con lucidez, escribir y leer libros con eficacia y claridad, se torna en una destreza que necesitamos cada vez más y cada vez más desesperadamente.

⁶ *Ibíd.*, p. 123.



EL "PALACIO DE LOS LIBROS": UNA BIBLIOTECA PARA NIÑOS Y OBREROS

Manuel Loyola T.*

En las décadas de los años 20 y 30 del siglo pasado, la Biblioteca Nacional de Chile llevó a cabo la apertura de dos espacios de consulta y lectura concebidos expresamente para atender a la formación y recreación de grupos específicos de la población capitalina, como eran, de una parte, los niños y jóvenes y, de otra, los trabajadores, fuesen ellos independientes o adscritos a faenas industriales. Para los menores, en 1924 se puso en funcionamiento la Sala de Lectura para Niños, mientras que para los trabajadores se inauguró la Biblioteca Fermín Vivaceta, en 1933.

No es que previo a estas acciones no se haya hecho un esfuerzo de servicio bibliográfico puntual dirigido a un ámbito de consulta igualmente concreto, como el realizado varios años antes con los estudiantes del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile; solo que las iniciativas que ahora comentaremos buscaron reflejar una nueva concepción del rol institucional, más allegado a lo que se estimaba eran las demandas inscritas en el desarrollo cultural, económico y social del país al despuntar el siglo xx.

La década que media entre el régimen del Coronel Ibáñez y la creación del Frente Popular (1927-1936) significó el desenlace de la trama de reconfiguración del ordenamiento político chileno sobre la base de una renovada institucionalidad: los sectores oligárquico-tradicionales, habiendo perdido el monopolio del poder, tomaron posiciones tan defensivas como estratégicas al interior del nuevo Estado, condicionando y supeditando la incorporación a este de los grupos mesocráticos y populares, más dinámicos pero menos efectivos en sus propósitos.

En el ámbito de los asuntos económico-sociales, la visión de las fuerzas "progresistas" compartió y ayudó a solidificar el paradigma de desarrollo social y productivo que vio en el Estado y su institucionalidad la palanca primordial de su impulso. El terreno anímico para ello estaba ampliamente abonado por una serie de experiencias de orden internacional que, hacia fines de los años 20, vinieron a empalmar definitivamente con las propias problemáticas

^{*} Doctor en Estudios Americanos, USACH.

del país, suscitándose, en consecuencia, una suerte de simbiosis conceptual acerca de los arreglos que debían acometerse en aras de contar con nuevos fundamentos para el crecimiento económico y la mejor atención de las demandas sociales. Si a lo dicho agregamos los severos golpes propinados por la crisis internacional del 29 al comercio exterior chileno —y, con ello, el incremento de la inseguridad y la pobreza en amplios sectores proletarios—tendremos que la apelación a la necesidad de fortalecer la actuación estatal se hizo incontestable.²

En tanto entidad primordial de la institucionalidad cultural del país, las autoridades de la Biblioteca Nacional de entonces —por lo general, bibliófilos con espíritus dispuestos no solo a dotar al espacio de acervos valiosos a los especialistas, sino también a ampliar las posibilidades de encuentro de la gente corriente con los impresos— vieron en las tendencias social-renovadoras en curso, una oportunidad para aportar a ellas desde el quehacer que le era propio.

Así, por ejemplo, Carlos Silva Cruz —director de la Biblioteca Nacional entre 1910 y 1927— resume claramente el aliento por fijar de un modo "moderno", la razón de ser y la actuación pública que le correspondía ejecutar a su servicio en el contexto general de la tarea de ilustración y culturización popular que, en su concepto, le cabía asumir al Estado.

Ya a partir del último tercio del siglo xix, las formas del "socialismo de Estado" emprendidas por naciones de Europa occidental, particularmente en Alemania, y sus posteriores divulgadores (conocidos como "socialistas de cátedra", Brentano, Bernstein, Schmoller, etc.), despertaron el interés y entusiasmo de numerosos académicos y publicistas chilenos y latinoamericanos de origen mesocrático. Su vigencia se volvería aún más gravitante en la opinión intelectual y política nacional con la oleada social-criticista que se hizo sentir con el Centenario de la República. A su vez, las repercusiones de la Guerra del 14, las enseñanzas del estatismo italiano y alemán, y la irrupción del modelo soviético, harían cada vez más irresistible la incorporación de racionalidades centralizadoras en el tratamiento de los problemas sociales, productivos y del consumo de masas. Finalmente, señalemos que una variante no menos relevante en el diseño y prácticas de la sensibilidad centralista, fue la expuesta por el New Deal norteamericano con toda su carga de superposición de lo económico en lo social por vía de políticas públicas de corte keynesianas. Su influencia, como veremos en el cuerpo central de este texto, se hizo sentir notablemente en la conceptualización del quehacer público de las organizaciones culturales, tal como fue en nuestra Biblioteca Nacional.

² Que el ambiente fuese partidario de racionalidades Estado-céntricas no implicó que sus sentencias fueran a ser adoptadas sin cuestionamientos y resistencias: la disposición a preservar y adecuar lo considerado como esencial por parte de los sectores adscritos a la apropiación y gestión privada de la riqueza (empresarios, especuladores y rentistas nacionales y extranjeros, preferentemente vinculados al sector externo de la economía), convertiría a la década de los 30 en el pórtico de un largo camino de negociaciones, acuerdos y fricciones que hicieron de la vida económica y sus arrestos modernizantes un escenario en constante disputa.

En una muy atractiva nota de recuerdos personales que se diera a conocer a comienzos de los años 60 del siglo xx,³ Silva Cruz caracteriza la labor acometida por la Biblioteca en los años de su dirección como encarnación del concepto "democrático" y "moderno" liderado por las bibliotecas de los Estados Unidos, las cuales, a diferencia de las similares europeas —aún apegadas a una conceptualización exclusivamente de depósito de obras—, ocupaban un destacado lugar en las alternativas de formación no escolarizadas de la población norteamericana.⁴ Para él, las bibliotecas públicas debían ser establecimientos "eminentemente difusores de la cultura, parte integrante e importantísima de un verdadero y completo sistema educacional". En su actuación, debían ser tanto fuerza centrípeta, captadoras de lo más diverso y destacado de la producción intelectual, como fuerza centrífuga, al tener el deber de esparcirlo en todas las instancias y direcciones de una sociedad.

Si bien las escuelas y universidades constituían las modalidades primordiales para la mantención y desarrollo de todas las artes, las ciencias y las profesiones, el rol de ellas siempre tendría una limitante nada despreciable: estaban sujetas a procesos de instrucción y estudios siempre acotados a algunos años, tras los cuales, de no continuarse en nuevos cursos, su influjo decaería notablemente. Nada de esto podía afectar —según Silva Cruz— a una biblioteca regida por las nuevas orientaciones que hicieran de ellas la acompañante constante de los hombres y mujeres en todo su ciclo vital.⁵ Una biblioteca así entendida, era una biblioteca perenne no solo en su servicio, sino también de recurrencia constante por parte de todas las personas, aun

³ Silva Cruz, Carlos, "Recuerdos de la Biblioteca Nacional", en Sesquicentenario de la fundación de la Biblioteca Nacional, 1813-1963, Ediciones de la revista *Mapocho*, anejo del número 3, octubre de 1963, pp. 177-185.

⁴ Según relato del propio Silva Cruz, a comienzos del siglo xx tuvo ocasión de viajar y conocer personalmente el sistema de bibliotecas públicas de los Estados Unidos. Su estadía, de casi dos meses, le permitió imbuirse de sus características, las mismas que buscó más tarde aplicar en la Biblioteca Nacional de Santiago. *Antecedentes, Actas y Trabajos del Cuarto Congreso Panamericano del Niño, 12 al 19 de octubre de 1924*, Tomo primero, Santiago, 1925, Imprenta Cervantes, p. 153.

⁵ "Los establecimientos de enseñanza sistemática —escuela, liceo, colegio, universidad— son como los ingenieros constructores que despejan y nivelan la vía, dan el trazado de la línea, tienden los rieles por donde después ha de correr, demasiado presuroso, por desgracia, el tren de la vida. Pero para que ese tren marche sin retardos... sin desmayos en una perpetua carrera de ascensión, ha menester una provisión constante de fuerza propulsora, siempre consumida y siempre renovada, cálida, enérgica, orgánica... que solo pueden darla los libros, los buenos libros [...] De ahí la necesidad y la importancia que asumen, en el concepto norteamericano, las bibliotecas públicas, de fácil acceso, atrayentes, acogedoras, donde todos los lectores encuentren, si es posible, todo libro digno de ser leído, aún el más caro, el más escaso...", *op. cit.*, p. 180.

si ellas, por su corta edad, no supieran leer: el mero contacto de la primera niñez con los libros, y mejor todavía si estos están hechos para infantes y párvulos, forjaría el lazo que el transcurso de los años haría cada vez más sólida la relación entre lector y biblioteca.

Un rasgo concreto que debía expresar la moderna biblioteca eran los tipos de servicios que ella debía ofrecer a un público general o diverso, o no necesariamente especializado. Así, por ejemplo, Silva Cruz sostenía que un establecimiento "bien ideado" debía comprender varios "grados de bibliotecas" íntimamente relacionadas, propósito que suponía contar con una Biblioteca infantil (para chicos de 4 a 10 años, con material sano, moralizador y estimulador, cuya finalidad debía ser la de despertar la curiosidad infantil, "valiéndose de los resortes propios de la psicología infantil"); una Biblioteca escolar, capaz de responder a todos los niveles educacionales, desde la escuela primaria hasta las universidades, sirviendo de natural auxilio a la "educación sistemática"; una Biblioteca popular, dirigida al gran público, en especial al trabajador manual, al "trabajador del músculo", a los y las que pasaban la vida encorvados sobre las máquinas, la azada, la aguja o el arado, es decir, para quienes la dedicación exclusiva a labores materiales tendía a producir "la atrofia de las facultades superiores del espíritu"; una *Biblioteca* técnica, lugar destinado a colaborar en el desarrollo y perfeccionamiento de las tareas productivas con distintos fondos bibliográficos según los ramos profesionales e industriales en boga, de alto nivel científico y siguiendo los últimos adelantos; una Biblioteca superior general, suma y síntesis de las ya citadas, y donde todos encuentren de todo: desde esparcimiento hasta los tópicos de la más elevada investigación y creación. Su sello debía ser el de servir de guía o modelo de orientación para el total de los servicios, en consecuencia, debía actuar de cabeza del sistema bibliotecario moderno ya descrito. De acuerdo al director, a esta Biblioteca superior correspondía la tarea de ser la "gran universidad de los libros" y la Clearing House del conjunto de la tarea intelectual y creadora del país.

¿Era posible llevar a cabo en Chile la organización de este esquema de servicios bibliotecarios? La respuesta de Silva Cruz fue afirmativa; pues si bien el país y los demás de América (incluyendo los Estados Unidos) disponían de escasa tradición intelectual, era la misma novedad de su concepción, en medio de naciones igualmente dispuestas a tomar lo más avanzado de la cultura mundial, lo que permitía avizorar el éxito en su desenvolvimiento. Ni la ausencia de altos niveles de cultura o la carencia de infraestructura material acorde a los requerimientos serían, según Silva Cruz, limitantes para que la Biblioteca Nacional no emprendiera los trabajos que la época demandaba.

No es objeto de esta nota ahondar si en las décadas posteriores a la actuación de Silva Cruz en la Dirección de la Biblioteca Nacional, se vieron o no cumplidas sus optimistas expectativas. Ciertamente que su desempeño

está marcado por un hecho demasiado relevante como para no considerarlo: fue bajo su dirección que la Biblioteca consiguió dotarse de un amplio y muy adecuado edifico, con un diseño y construcción notables, emplazado en plena Alameda.

Conceptuado como el punto matriz a partir del cual debían articularse las tareas más preciadas del resguardo patrimonial y de extensión bibliográficas en acuerdo a la modernización bibliotecaria antes consignada (con diversas secciones para su extenso acervo, además de considerar las áreas de archivo y de museo) fue, precisamente, en este lugar donde tuvieron domicilio las acciones difusoras que ahora nos interesa reseñar.

La Sala de Lectura para Niños se puso en funcionamiento en octubre de 1924. Siendo parte de las actividades anexas a la realización en nuestra capital del Cuarto Congreso Panamericano del Niño (12 al 19 de octubre de 1924), su apertura acompañó a la inauguración de otra alternativa relacionada tanto con el Congreso como con los fines de adelanto moral que correspondía asumir a la Biblioteca Nacional en momentos en que comenzaba a estrenar las nuevas dependencias de la Alameda, a saber, la inauguración en sus salas del primer museo de puericultura, cuyas muestras e informaciones quedaban, a partir de entonces, a disposición de "todas las mujeres, sin importar su procedencia y clase", de modo que adquirieran los mejores conocimientos para atender a sus propios niños y familias.⁶

¿Qué tipo de literatura ofreció a niños y adolescentes la *Sala de Lecturas*? Hasta el momento no hemos hallado registros que nos informen sobre títulos, autores, materias o consultas realizadas durante el tiempo de funcionamiento.⁷ Disponemos sí de los criterios de selección que habrían operado en la Memoria de Prueba para recibirse de profesora de castellano confeccionada por María González Donoso, publicada en los primeros meses de 1924.⁸ En tanto "experta universitaria" en literatura infantil, a ella se le encargó el diseño bibliográfico de la iniciativa, según consta en los discursos que dieron inicio a sus funciones,⁹ de suerte que detenernos en dicha Memoria constituye hasta

⁶ Antecedentes..., op. cit., p. 151.

⁷ De acuerdo a referencias tangenciales, el Salón tuvo abiertas sus puertas por unos tres años, hasta la salida de Silva Cruz de la Dirección. Cuánto del clima político restrictivo impuesto a partir de 1927 por Ibáñez del Campo influyó en la salida de Silva Cruz y en la discontinuidad de la Sala infantil, no lo sabemos, aunque es probable que su impacto no fuese despreciable.

⁸ González Donoso, María, *Literatura infantil*, folleto 23, Santiago, marzo de 1924, Liga Chilena de Higiene Social.

⁹ Antecedentes..., op. cit.

ahora el único medio que nos permite aproximarnos al tipo de impresos que se habrían ofrecido en los anaqueles de la $Sala.^{10}$

Para ella, la literatura en general, y la infantil, en particular, desempeñaba un rol catalizador de los fines perseguidos por las ciencias de la psicología y la pedagogía, de manera tal que docentes, padres, e instituciones no podían sino tomarla como un arma primordial para el cuidado y desarrollo de la infancia. En el ámbito específico de los libros infantiles, ellos debían cumplir requisitos esenciales para su consideración pedagógica: debían ser amenos, sencillos, moralizantes y estar presentados atractivamente. De base preferentemente ficcional (el recurso expresivo más acorde con las necesidades de modelación de la mentalidad infantil), ellos podían responder a fines meramente recreativos como a otros de naturaleza instructiva (esencialmente moral), siendo lo ideal la combinación de ambos polos (a este respecto, por sus esfuerzos combinatorios, algunas enciclopedias ilustradas cumplían claramente las expectativas de nuestra autora).

En vistas a que los tópicos y géneros más conocidos de la literatura infantil cumplieran con la duplicidad de los fines señalados, González Donoso sugiere autores y títulos que deberían estar incluidos en una "correcta" selección de libros para menores. Así las *leyendas* permitían iniciar a los niños en el conocimiento de la historia y la cultura de los pueblos, asunto especialmente evidente en lo referente a las antiguas civilizaciones de oriente, incluyendo Grecia y

El público de hoy puede conocer el lugar donde funcionó esta Sala, acercándose al Salón de Investigadores de la Biblioteca Nacional. El espacio fue especialmente decorado con pirograbados realizados por la artista chilena Ernestina Desimone de Fernández. Sus figuras de niños, juguetes y animales, como también los frisos y sillitas que aún se conservan, son originales de esa época. Quedó a cargo de la Sección la señorita Margarita Mieres Cartes quien había obtenido el título de doctora en filosofía en Estados Unidos, donde también estudió bibliotecología, durante cinco años. Crónicas de la época cuentan que su preocupación por estimular la lectura en los niños, le motivaba a salir acompañada de una "señora de respeto", para llevar los libros a los niños de conventillos. En la Biblioteca, donde reunía a los niños asistentes para la hora del cuento, les enseñaba a lavarse las manos antes de tomar un libro. Entre 14 y 17 horas eran atendidos niños de cinco a catorce años que, "bajo palabra de honor", cuidaban y devolvían los libros solicitados. Eran tiempos en que se privilegiaban a Verne, Salgari, Perrault, los hermanos Grimm y Andersen (tomado de una reseña de la sala disponible en el Salón de Investigadores).

No está demás citar que la preocupación de González Donoso por hacer de la literatura infantil una suerte de vector imprescindible en el abordaje psicopedagógico de la infancia, resumía no poco del debate que desde finales del siglo xix se venían dando en Europa y Estados Unidos en torno a la renovación de las concepciones y métodos de formación que hasta entonces regían la institución escolar. La paidología y la didáctica —o dirección humanista de la enseñanza— vinieron a responder a estas búsquedas en figuras como Barth, Dewey, Rogers, Piaget.

Roma. De modo similar, las *fábulas* (Esopo, Iriarte, La Fontaine, Samaniego) significaban un excelente modo de acercar los niños a la naturaleza y al mundo moral; sus enseñanzas y moralejas, aun tratando de castigos, aportaban a las mentes en formación el sentido de lo justo y bello. En lo concerniente a las *enciclopedias*, la atención de nuestra profesora se remitió a *Tesoro de la Juventud*, ¹² verdadero *desiderátum* de publicación dirigida al público menudo: "ojeando solamente uno de sus tomos —nos expone con entusiasmo— se ve que los directores de la obra son personas que conocen la psicología infantil. Han prodigado las láminas y las han elegido bien; han dado la mayor amenidad a las lecturas instructivas, han sembrado el libro de cuentos de hadas, leyendas, fábulas y poesías infantiles. Y sin embargo han hecho un libro para niños, jóvenes y viejos, porque en la elección del material han sabido abordar aquellos temas que interesan al hombre en toda edad".¹³

Pero el género que más ocupó la atención de González Donoso fue el *cuento*. Siguiendo las prescripciones que para este género hiciera el pedagogo alemán Pablo Barth, sostenía que este tipo de relatos podía animar y hacer más cercano el mundo material —y natural— que rodeaba a los niños, permitiéndoles, en consecuencia, captar con más prontitud y nitidez "la leyes morales y del comportamiento" ínsitas en la vida común. Por lo demás, la diversidad de temas y situaciones que abarcaba el cuento implicaba un arbitrio que se prestaba maravillosamente para resaltar ideas, mensajes y motivos a exponer. A este respecto, proponía una taxonomía que, yendo de lo más fantástico a lo más científico, abarcara buena parte de la producción aconsejable.

Oponiéndose a "opiniones anticuadas" que rehuían de la magia y la fantasía —dimensiones que no por imaginarias dejaban de avivar a la razón, produciendo buenos ideales— defendía el gusto y la promoción de los *cuentos de hadas* y *maravillosos*, citando como pertinentes a autores como A. H. Niemeyer, Panchatandra, Compayré y Laboulaye. Luego, llamaba la atención sobre los *cuentos morales*, narraciones donde brotaba la vida diaria y la consecuente actuación de los hombres. Se debía, eso sí, tener el cuidado de que el hecho moral no fuese ni tan crudo (realista) ni tan fantástico, más propio de los cuentos maravillosos, pues ello afectaría el tono exacto de la problemática moral. Entre los títulos o autores recomendados por ella, estaban *Las mil y una noches* (donde se debía hacer una adaptación o selección apropiadas), los relatos de Straparola, Perrault, Mme. D'Aulnoy, T. Elyot, Andersen, los

¹² Para antecedentes generales de esta publicación, véase el excelente artículo de Leonor Riesco, "El maravilloso mundo de El Tesoro de la Juventud: Apuntes históricos de una enciclopedia para niños", revista *Universum*, 23, vol.1, 2008, Universidad de Talca.

¹³ *Literatura..., op. cit.*, p. 22.

hermanos Grimm, Nordau, Musaeus, Hoffman, Hauff, Bestein, Swift, Defoe, Schmid, Dickens, Kipling, Field, Carroll, Hawthorne, Chandles Harris, G. de Maupassant, Mme. Beaumont, Noussane, Mme. de Genlis, Gautier, Carmen Sylva, Tolstoy, D'Amicis, Antonio de Trueba.

Sobre los *cuentos científicos* —cuarta nominación y final en su orden de este tipo de relatos— sobresalían aquí las narraciones históricas, las relaciones de viajes y de descubrimientos geográficos, la vida de pueblos desconocidos, la flora y la fauna de distintos lugares del planeta. El autor preferido aquí era Julio Verne.

Llegado a este punto, el lector podrá advertir que las alusiones bibliográficas de la curadora de la *Sala de Lectura para Niños* correspondieron a plumas que nada tenían que ver con Hispanoamérica, y es que en su visión de entendida en literatura infantil, ni España ni América Latina habían producido algo digno de tomarse en cuenta en este rubro. Hasta comienzos de los años 20, los intentos seguían siendo disparejos pues, si bien podía hallarse algún relato bien hecho (en particular en Argentina o España), su presentación descuidada y la nula consideración sobre cómo cautivar el interés de los niños, estropeaban cualquier intento. No obstante, algunos indicios podían prever un cambio en el mediano plazo. Tanto los planes de *Sopena* y de *Calleja*, así como el anuncio de una importante colección de literatura infantil por parte de la recién creada Casa editorial *Araluce* (todas españolas), presagiaban modificaciones en el horizonte del libro infantil.

La "medicina del alma" que implicaba esta literatura, también estaba teniendo sus efectos cerca de nosotros, al impulsarse *La Biblioteca del Niño Argentino*, de la que nuestra autora ya había leído un primer volumen: *Cuentos de la Selva*, de Horacio Quiroga. Para finalizar, señalemos que la noticia de estos esfuerzos trasandinos produjo en María González un anhelo que se encargó de exponer en su Memoria, a saber, que próximamente los autores y autoras chilenas dieran a conocer obras infantiles plenamente revestidas de lo propio, de nuestro pasado y naturaleza. En los campos y pueblos de Chile, así como en sus parajes y su pasado, había más de un tema para leyendas, cuentos e historias fantásticas que bien podrían hacer las delicias de nuestros niños y jóvenes. ¹⁴ Así lo estaba demostrando un libro recientemente escrito por Julia Sáez, *Alma Chilena*, ampliamente elogiado por Omer Emeth; o el escrito por

[&]quot;Nuestros niños necesitan literatura nacional, cuentos chilenos en que figuren niños chilenos, animales y plantas de nuestro suelo, en que se hable de nuestra naturaleza, de nuestros bosques, ríos y montes; de nuestros bravos indios; de las ciudades y aldeas nuestras; de los hechos heroicos de los antepasados y de los esfuerzos valerosos de los que hoy tratan de levantar la patria sobre todas las demás naciones". *Ibidem*, p. 25.

Valdés Vergara *Alma y Corazón*. Con no menos fervor, concluía saludando la aparición de *Lo que me contaron las hojas*, de Berta Lastarria.

*

La Biblioteca Fermín Vicaceta fue inaugurada el sábado 29 de abril de 1933. De servicio nocturno —de lunes a viernes de 20:30 a 23 horas, a fin de adecuarse al tiempo disponible por parte de la población trabajadora— la ocasión fue saludada no solo como una iniciativa de gran valía para el desarrollo de la cultura obrera, sino también como un deber a ser cumplido, de entre los varios de carácter social, que correspondía a una Biblioteca Pública mantenida por el Estado. ¹⁵

Con una disponibilidad de cerca de 1.500 títulos, la oferta discurrió por un arco que iba desde los textos específicamente técnicos hasta libros expresamente literarios. Una relación general del catálogo de obras ofrecidas, nos señala la siguiente distribución:¹⁶

Ciencias aplicadas: 227 15,2 por ciento Ciencias sociales: 64 4,3 por ciento

Filosofía: 84 5,5 por ciento

Viajes y Exploraciones: 108 7,2 por ciento

Historia: 401 26,8 por ciento Literatura: 613 41,0 por ciento Total: 1.497 100,0 por ciento

Vicuña, Alejandro (Director Biblioteca Nacional): *Inauguración de la Sala Nocturna "Fermín Vivaceta"*, Imprenta El Esfuerzo, 1933. La cita de Vicuña, que conviene completarse, rezaba del siguiente modo: "A más de proporcionar al estudioso abundante material para sus investigaciones y facilitar al profesional elementos de que pueda valerse para el perfeccionamiento de sus actividades, debe una Biblioteca, sobre todo en los tiempos en que vivimos, acoger cariñosamente a la gran multitud de hermanos nuestros cuyas intensas preocupaciones en la lucha por la vida no les han permitido alcanzar tal vez un alto grado de cultura intelectual, pero en quienes nada ni nadie han podido apagar la curiosidad del saber, el ansia de perfeccionar el propio espíritu. Para ellos, para los agobiados bajo el fardo de las preocupaciones económicas, para los que en la fábrica y el taller contribuyen con su esfuerzo e ingenio al programa, la Biblioteca ha resuelto abrir una sala especial de lectura, a cuya inauguración habéis sido invitados". También hicieron uso de la palabra el Presidente de la Sociedad de Artesanos "La Unión" y el Presidente de la Sociedad de Carpinteros y Ebanistas "Fermín Vivaceta".

¹⁶ Catálogo de libros de la sala de lectura F. Vivaceta (dedicada especialmente a los obreros, empleados y pequeños industriales), Santiago, Talleres Gráficos de "Hoy", 1933, 52 páginas.

Como se puede apreciar, apartados de pruritos profesionalizantes o tecnicistas —máxime cuando se trataba de una alternativa que priorizó por un público de artesanos, obreros y pequeños industriales— quienes organizaron este espacio lector tuvieron en mente proporcionar a los usuarios impresos que conformaran en ellos una cierta "cultura general", es decir, un determinado perfil de personas que, a la par de poseer una experticia laboral específica, se adscribieran a una ilustración medianamente informada sobre temas de historia, literatura, educación, o de personajes y hechos del mundo. Que la literatura especializada (de "Ciencias aplicadas") representara solo el 15,2 por ciento del universo bibliográfico puesto a su consulta¹⁷ (tercera en orden decreciente), así parece indicarlo.

Ahora bien, si de acuerdo a la nomenclatura bibliotecaria —nos referimos a la tipología de Silva Cruz anotada previamente— la sala Fermín Vivaceta fue más una *biblioteca popular* que una *técnica*, creemos interesante compulsar este calificativo (biblioteca popular) con los implícitos y explícitos connotativos que materializaron su aparición. Con ello, lo que proponemos es que, a partir de las características generales del Catálogo de la Sala, podemos estar en condiciones de observar a la Sala en su conjunto, esto es, al dispositivo lectoral que, con relación a ella, puso en juego la autoridad concernida (la Biblioteca Nacional).

Nominar la sala con el nombre de Fermín Vivaceta suponía apelar a la construcción de un personaje que se había desempeñado entre la fuerza de trabajo del país vinculada al mundo asociativo mutualista, donde las prácticas de saber obrero y la colaboración con la autoridad política y del capital lo diferenciaban ostensiblemente de la realidad sindical de 1933, bastante más en pugna con los poderes establecidos. En este sentido, la biblioteca en cuestión, no disociada de la imagen de personero culto y dialogante plasmada en Vivaceta, prescribía una estrategia lectoral modulada tanto por la selección literaria como por la expectativa del público trabajador, serio y alejado de la conflictividad, que se pretendía capturar, fortalecer e irradiar.

¹⁷ Según el Catálogo, el detalle de ítem fue: Industrias: Generalidades (9 títulos, 5 autores); Industrias Químicas (20 títulos, 13 autores); Aceites, ceras y grasas (7 títulos, 6 autores); Cales y cementos (3 títulos, 3 autores); Colores y barnices (6 títulos, 6 autores); Electroquímica (6 títulos, 4 autores); Industrias textiles (3 títulos, 3 autores); Industrias y manufacturas diversas (8 títulos, 6 autores); Industrias del metal (15 títulos, 15 autores); Industrias de las bebidas (2 títulos, 2 autores); Industrias de la alimentación (13 títulos, 13 autores); Industrias de alfarería (4 títulos, 4 autores); Industrias de la madera (14 títulos, 11 autores); Agricultura: Generalidades (16 títulos, 14 autores); Apicultura (6 títulos, 6 autores); Avicultura (18 títulos, 13 autores); Arboricultura (19 títulos, 14 autores); Ganadería (7 títulos, 5 autores); Horticultura y floricultura (12 títulos, 10 autores); Higiene: 17 títulos, 15 autores; Oficios: 22 títulos, 20 autores. Total: 227 títulos.

Para un período (comienzos de los 30) en que la literatura a favor o en contra del socialismo, la urss, el anarquismo o el comunismo resultaba socialmente atractiva y abundante en el comercio librero y en los catálogos de distintas editoriales de Santiago —sin mencionar la profusión de folletos, revistas y propaganda sin pie de imprenta o clandestinos— que la sala Fermín Vivaceta se limitara a unos cuantos textos ideológicos de orden general y de autores secundarios, ¹⁸ nos habla del escaso interés de sus promotores de responder a afanes de lectura política que, más allá del recinto, eran objeto de creciente consumo.

Con todo, esta suerte de asepsia bibliográfica, puede ser interpretada como un modo de proyección ideo-política. Desde luego, porque los componentes de selección, exclusión y jerarquización de los materiales "lecturables" dispuestos por los impulsores de la Sala, supuso la priorización de un cierto tipo de público. En tal dirección, la Biblioteca Fermín Vivaceta conllevaba la idea de una audiencia alfabetizada susceptible de lecturas eminentemente instructivas y recreativas, capaz de dotarla de una vestidura cultural y estética a partir del deleite de la lectura personal. Presumimos que junto a esta disposición lectoral, los potenciales usuarios de la sala fueron invitados a las charlas, coloquios, cantos y declamaciones que, por entonces, comenzaron a organizarse en la Biblioteca Nacional, enfatizándose así un sentido de lo *culto* que, muy probablemente, no tuvo mayormente eco entre estos lectores.²⁰

No corresponde, para nuestros efectos, interrogar el material ofrecido por la Sala desde una óptica *presentista*. A pesar de que el análisis diacrónico puede perfectamente darnos un contraste que conceptúe críticamente el saber y su diseminación en la época, esta apreciación no puede incurrir en la descalificación; si así fuera, erraríamos en la comprensión del continuo temporal de los hechos de la cultura.

¹⁸ Lo mismo vale para la literatura de opuesto signo, como la nacionalista y fascista, también demandada con algún nivel de masividad en esos años.

¹⁹ Esta triada la tomamos de la categoría de "estrategia comunicacional" formulada por el uruguayo Héctor Borrat para el análisis de la moderna prensa de masas.

Tendemos a sostener que, *contrario sensu* a lo perseguido por las entidades oficiales, los elementos diversos de la contingencia, la opinión y la cultura fueron experimentados por los trabajadores en sus propios espacios de encuentro, fuesen estos las mismas faenas o sus locales gremiales. Esta hipótesis en ningún caso supone separaciones ostensibles entre esferas de "alta" y "baja" cultura, pues si bien, de un lado, el contacto con los productos materiales y simbólicos de la cultura por parte del mundo del trabajo se realizó en domicilios propios, en sus formas y contenidos tuvieron una clara sintonía con los que circulaban en los ámbitos más formales y canonizados. Este es un tema que muy limitadamente hasta hoy ha sido abordado por la historiografía nacional.

Como lo reflejan los datos anotados, el 75 por ciento de los registros se adscribieron a materias relacionadas con la historia, con viajes y exploraciones, siendo los temas literarios los que más se destacan.²¹ No es poco lo que podríamos señalar respecto de la funcionalidad ideológica de buena parte de estas lecturas —en particular la historia y las exploraciones— pues, efectivamente, rebozan de enaltecimiento y admiración por las hazañas técnicas y humanas —en todo orden de cosas— de pueblos y personalidades europeas y norteamericanas, del modo como esparcían sus habilidades y talentos por el resto del orbe, al punto que, aun en los textos dedicados a países americanos, más allá de los arrestos patrios y la exaltación de sus riquezas naturales, su progreso resultaba imposible sin referirlo a las luces del Viejo Continente desde la época de los arcontes griegos. Ciertamente, estamos en presencia de lecturas pedagógicas y estimulantes que significan de un modo específico la historia y el rol de los individuos en ella, así como también de concebir lo moderno y de experimentarlo en la propia cotidianidad del trabajador lector.

En el imaginario modernizante de nuestro catálogo hubo un dato más, el cual, sin ser abultado, ofreció intensidad. La materia filosófica estuvo compuesta casi en su totalidad de folletos que hoy calificaríamos de "autoayuda", con membretes tales como "cuerpo y espíritu", "mentalismo", "hipnotismo y sugestión". Es, a diferencia de los textos sociológicos e históricos, una oferta que comulgó con las tendencias del consumo lector de la década del 30, boyantes en productos más o menos apócrifos de numerosos "maestros" y "maestras" de un saber no convencional ni científico, de una sabiduría más bien esotérica que inquiría en rosacruces, enseñanzas orientales, o en monumentos mayas, sobre la vida, la felicidad y los caminos de la perfección. Sin embargo, en el aspecto que nos ocupa, la selección de obras, cuidándose de no caer en tanta excentricidad, fue bastante más acotada a los fines del esfuerzo y del trabajo que esperaba la sociedad moderna: más de la mitad de los títulos corresponden a autores norteamericanos precursores o vinculados

De las obras en prosa (cuento y novelas), los autores que más aparecen (con tres o más títulos) son: Antonio de Trueba – Edmundo About – Pedro de Alarcón – Leonidas Andreiev – H. de Balzac – Henrí Barbusse – Florencia L. Barclay – Pedro Benoit – A. Blest Gana –Paul Bourget – E. Braddon – Fernán Caballero – Emilio Carrére – Cervantes y Saavedra – Luis Coloma – Enrique Conscience – Mme. Cottin – A. Daudet – Aurelio Díaz Meza – A. Conan Doyle – Alejandro Dumas – Claude Ferrére – Fernández y González – J. J. Franco – Gustavo – Freitang – Nicolás Garin – Elinor Glyn – Goethe – Knut Hamsun – Víctor Hugo – Panait Istrati – Gastón Leroux – P. Loti – José Pereda – Fernando Ossendowski – B. Pérez Galdós – E. Pérez Escrich- P. Prado – Marcel Prevost – Emilio Salgari – J. Sand – W. Scott – E. Sienkiewics – León Tolstoi – Julio Verne – Edgard Wallace – Hugo Wast. En poesía: Olavarría y Ferri – Víctor Domingo Silva.

al movimiento *New Thought* (Nuevo Pensamiento), como fue el caso de Orison Swett Marden.

Sus libros, basados en experiencias personales o de cercanos, eran siempre la puesta en escena de individuos en situaciones dramáticas, pero cuyo tesón, ánimo y voluntad, les permitía salvar los obstáculos o sobreponerse a las adversidades: la clave del triunfo era el yo, sus deseos y propósitos; al contexto y condiciones externas había que enfrentarlas con "pensamiento positivo", con "voluntad de hierro" o con "vida optimista", según los títulos de algunos de los libros. Reforzaban la pretendida eficacia de estas lecturas diversos epígrafes de hombres célebres —empresarios, por lo común, tales como Firestone, Edison o Ford— que se destacaban como fuentes constantes de inspiración en sus vidas.

*

Hemos descrito dos esfuerzos emprendidos por la Biblioteca Nacional de Chile por hacer de sus servicios de lectura —o de extensión bibliográfica, para usar la expresión de la época— un sello distintivo de su rol como una de las instituciones responsables del desarrollo cultural del país. Inspirada en un ideario que se autoasignó un hacer tanto o más valedero que el cumplido por las escuelas, liceos y universidades —de efectos parciales en la vida de los individuos—, la actuación bibliotecaria implicaba una opción aún más sistemática y múltiple, al albergar en sus depósitos una especie de conocimiento total y en constante crecimiento. Para ponerlo en operación y brindar de este modo los frutos que toda nación progresista y democrática demandaba, se requería que el mismo se mostrara a su gente, abriera sus saberes a la población habilitándose los espacios para el encuentro. De esta forma, la república de la letras contaba también con un "Palacio de los Libros" donde niños, mujeres, estudiosos o simples obreros dispondrían libremente de sus propios "tesoros".



EL AYER Y HOY DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA*

Pablo Aravena Núñez**

El único sentido en que una biblioteca puede ser considerada auténtico patrimonio es en su pleno uso por parte de la comunidad. Mejor aún: "articulando" a la misma comunidad. Ser nominada "monumento" puede ayudar a la biblioteca, en el sentido de contar con ciertos beneficios administrativos para su mantención física, pero es el peor destino si a causa de tal nominación le llegase a ocurrir lo mismo que a la estatuaria de las plazas: que todos pasaran indiferentes por su lado. El proyecto histórico que acompañó la creación de la biblioteca pública es completamente opuesto a una biblioteca-monumento, en estricto rigor es su negación. Veamos a trazos gruesos qué proyecto era ese.

Aunque la creación de la biblioteca como reservorio del saber universal es bastante antigua —y Alejandría (s. III) sigue siendo aquí el paradigma—, la creación y fomento de la institución "Biblioteca Pública" es bastante más reciente. Para nuestro caso (América Latina y Chile) está íntimamente relacionada con la constitución del Estado-Nación, al igual que otras instituciones "fundamentales", como la "Escuela Pública", el "Archivo Nacional" y el "Museo". ¿Fundamentales para qué? Pues para construir una comunidad a la medida de la institucionalidad republicana proyectada, que en nuestro país se viene forjando —con notables límites y exclusiones, patentes hasta el día de hoy— desde la primera mitad del siglo xix.¹

Y, no obstante, el ideario tras la creación de la biblioteca pública se puede rastrear durante todo el siglo XVII y XVIII europeo. Es sin duda ilustrado. Como lo ha mostrado Roger Chartier² se trataría de que el Estado proporcione la infraestructura para que los individuos puedan instruirse, pensar por sí mismos y hacer uso público de la razón (esto es argumentar, criticar y debatir, preferentemente por escrito), y en esa medida constituirse en agentes de cualquier asomo de oscurantismo en materia de conocimiento y de todo tipo de autoritarismo en materia de política. La verdad y la libertad dependen,

^{*} Texto leído con ocasión del 139º aniversario de la Biblioteca Pública Santiago Severín. Valparaíso, el 27 de febrero del 2012.

^{**} Licenciado en Historia y Magíster en Filosofía por la Universidad de Valparaíso. Doctorando en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile.

¹ Al respecto, ver Sergio Grez, "La ausencia de un poder constituyente democrático en la historia de Chile", VV.AA., *Asamblea Constituyente. Nueva Constitución*, Santiago, Editorial Aún Creemos en los Sueños, 2009. Ver también, Gabriel Salazar, *En el nombre del Poder Popular Constituyente (Chile, Siglo XXI)*, Santiago, LOM, 2011.

² Roger Chartier, Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogos e intervenciones, Barcelona, Gedisa, 2000, p. 81 y ss.

en este ideario, del proceso de ilustración de la humanidad. Y esta se lleva a cabo por los libros.

La biblioteca pública se entiende de este modo como un lugar en donde se puede acceder a todos los libros publicados, sin censura, y en donde puedan acudir todos los "hombres letrados" para avanzar en su indefinido proceso de ilustración, del cual depende, de paso, el progreso de la humanidad completa. Baste constatar —como lo ha recordado Todorov en su reciente libro El espíritu de la Ilustración— el ahínco que ponía Condorcet (en sus Memorias, redactadas en 1791) en la diferenciación entre instrucción pública y educación nacional: solo la primera es afín con la actividad republicana. La segunda podrá dar a todos un mismo espíritu patriótico de respeto sagrado a la ley. Pero, en cambio, la instrucción pública se encarga de avanzar hacia el libre examen de esas leyes y doctrinas, las lleva a juicio y, si es necesario, las corrige. Es en la instrucción que se efectúa el uso de la razón, en su función desacralizadora, y se camina hacia la autonomía del individuo y por ende al perfeccionamiento de la República: "los jueces mismos pueden ser juzgados por un público instruido", sostendrá Condorcet.

Si alguna vez alguien se preguntó el motivo de que exista una Biblioteca Nacional y además una Biblioteca del Congreso Nacional, tiene en lo arriba señalado su respuesta. Si en el ideal ilustrado la ilustración y formación del juicio por los libros es cara al hombre común "letrado" (el ciudadano), lo es doblemente para aquellos a los que se les han confiado las decisiones importantes, el futuro de la República. Deben tener a la mano todos los elementos de instrucción y crítica para formarse una opinión, y decidir en libertad de conciencia y por el bien de la República. Aunque hoy suene raro, los principales usuarios de la Biblioteca del Congreso debieran ser los propios parlamentarios, pues su alta responsabilidad los obliga a ello.⁴

Pero hay un punto que debemos aclarar para terminar de entender con justicia este proyecto. Los sujetos implicados son siempre "hombres letrados", lo que implica al menos dos cosas: primero, que la vida de la biblioteca pública requiere de otra institución: la escuela (o bien el haber nacido en el seno de una familia que disponga de un preceptor). Y en segundo lugar que, para la época, se trataba de un proyecto triplemente excluyente: primero, porque se trata de hombres (la mujer porta poca razón, es más afecta de las pasiones). Segundo, porque se aboca solo al mundo urbano. Por ejemplo, en

³ Tzvetan Todorov, *El espíritu de la Ilustración*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2008, pp. 72-73.

⁴ Al respecto, ver Roger Chartier, "El alfabeto y la imprenta", en *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1997, p. 59.

la Francia de fines del siglo xVIII, cerca del 40 por ciento de la población era analfabeta, de la cual casi la totalidad se concentraba en el campo. Tercero, porque excluye a los de siempre; un hombre letrado suele ser quien nace en un medio con recursos.

Pero, incluso con estas puntualizaciones, cabría preguntarse con cierta preocupación: ¿qué ha sido de ese proyecto? Y es que está claro que las exclusiones siguen presentes, pero, ¿qué ha sido del proyecto aquel?

Si nuestros gobiernos quieren de verdad que sigan existiendo bibliotecas públicas, ¿bajo qué relato se las piensa y concibe? Si tenemos hoy en nuestro sistema escolar un alto nivel de analfabetismo funcional —no se entiende lo que se lee—, ¿quiénes podrán hacer uso de la biblioteca?, ¿cuál es el destino de la biblioteca pública hoy, y de aquí en adelante, en tiempos de retroceso de la cultura letrada? ¿podrá existir la biblioteca sin lectores?

¿Es el futuro de la biblioteca pública el devenir monumento —forma estéril del patrimonio— o el de revitalizar la cultura democrática? Y, si las autoridades se decidieran ahora, de verdad, por lo último, ¿cómo habría que hacer, si han inducido a la población —mediante una desregulada apertura global y massmediática— al imperio de la imagen, el simulacro, la trivialidad y el analfabetismo funcional? Porque, en contra de lo que se nos induce a creer, el imperio de los massmedia y el retroceso del mundo letrado no es un destino inexorable hacia el que van todos los pueblos del planeta, al menos no con la misma intensidad y anarquía. Basta asomarse a otros países para ver que internet y el campo virtual son juzgados como herramientas de cierta utilidad, pero poco confiables, pues generan serias distorsiones y vicios notables si se los enfrenta "desarmados", es decir, sin herramientas cognitivas que garanticen su mediación crítica. Como ha señalado José Bengoa en un reciente artículo de prensa: "la educación en Finlandia, modelo para muchos, sigue con tiza y pizarrón".⁵

Nuestro país es un paradigmático caso de entrega total a las tecnologías de la información, sin duda coherente con la política de apertura total y sin resguardo en el ámbito económico que hizo de Chile, ya en el gobierno de Bachelet, el país con más tratados de libre comercio contraídos a nivel planetario.

¿No depende el destino de la biblioteca del destino de la educación y esta a su vez de las políticas que usualmente han adoptado "por nosotros" un grupo de expertos? No se trata de incentivar y producir lectores porque sea "en sí"

⁵ José Bengoa, "Reflexiones de verano sobre la cuestión de la educación superior", *The Clinic* en Internet, http://www.theclinic.cl/2012/02/23/reflexiones-deverano-sobre-la-cuestion-de-la-educacion-superior-2. Consultado el 25 de febrero de 2012.

bueno leer (aunque es verdad que tal capacidad está asociada al desarrollo de ciertas operaciones cognitivas específicas), sino que hay que aclarar primero para qué se necesitan lectores: ¿para no equivocar las instrucciones en tanto mano de obra calificada? ¿para crear consumidores de la industria cultural? ¿o para construir una comunidad fundada en el uso público de la razón, en la crítica de la falsedad, la mentira, el oscurantismo, la mera ideología y el autoritarismo, en fin, una comunidad vigilante de su libertad?

El destino de la biblioteca no es cosa de "políticas culturales" sin más, sino de la política a secas. Pero de la gran política, esa que no se ve hace tiempo, esa que se preocupa del destino de "los hombres y mujeres de la patria" — de los ciudadanos—, y no de los derechos de un cuerpo de consumidores, clientes o usuarios.

Mientras estas cosas se aclaran, la biblioteca debe seguir trabajando, asumiendo su contexto, pero resistiéndose a su monumentalización. Tal como ha sostenido el ya citado Roger Chartier, al rechazar la idea de la sustitución de la biblioteca por internet: "las bibliotecas pueden enseñar a la gente cómo utilizar esta nueva tecnología, particularmente en una dimensión crítica, porque la red electrónica es un vehículo poderoso de multiplicación de errores y falsificaciones". Pero esto supone un modelo de biblioteca más activa, incluso más ruidosa de lo que hoy vemos. Requiere también de guías altamente capacitados para acompañar a quien acuda a ella en la tarea de razonar, criticar y construir un juicio (que no es la mera "opinión", por honesta que se crea esta). La biblioteca pública, sin sacrificar su viejo objetivo, debe estar a la altura de nuestro tiempo si no quiere devenir monumento y, sobre todo, si quiere servir al bien común.

⁶ Roger Chartier, "La biblioteca, lugar de la escritura impresa y digital", en http://www.milenio.com/cdb/doc/noticias2011/0040b737a39dc5ab49b345a8c1daa 0f1. Consultado el 25 de febrero de 2012.

DOCUMENTOS



PROCLAMA DE FUNDACIÓN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL RETRATOS DE LOS MIEMBROS DE LA JUNTA DE GOBIERNO QUE EN 19 DE AGOSTO DE 1813 FUNDARON LA BIBLIOTECA NACIONAL*

El Gobierno á les Pueblos.

Ciudadanos de Chile: al presentarse un extrangero en el Pais que le es desconocido, forma la idea de su ilustracion por las Bibliotecas, y demas institutos literarios que contiene; y el primer paso que dan los Pueblos para ser sabios, es proporcionarse grandes Bibliotecas. Por esto el Gobierno no omite gasto, ni recurso para la Biblioteca nacional; y el dia diez habeis oido la colección que os tiene preparada. Pero aun todavia no es esta Biblioteca digna del Pueblo que marcha protegido de la Providencia por todas las sendas de la gloria; y es tambien preciso que conozca todo el Mundo el interes que tiene cada Ciudadano en la beneficencia de los demas, y que Chilo

compone una sola familia.

Para esto se abre una subscripcion patriotica de libros, y modelos de Maquinas para las artes endonde cada uno al ofrecer un objeto, 6 dinero para su compra pueda decir con verdad " Hé aqui la parte con que contribuyo à la opinion, y à la felicidad presente, y futura de mi pais.,, Todo libro sera un don precioso, por que todos son utiles. Aunque en el monitor se publique diariamente lo que contribuyese cada uno, la Biblioteca tendrá un libro depositado en el departamento mas precioso, y autorisado solemnemente donde conste á la posteridad los beneficios que los presentes Chilenos hacen à las generaciones futuras. Aunque la organizacion de la Biblioteca està a cargo de D. Agustin Olavarrieta Director general de la Renta de Tabacos, pero tambien lo acompañarán á recoger, y recibir los donativos de libros en la Capital los benemeritos Ciudadanos el Senador D. Francisco Ruiz de Tagle, D. Joaquin de Larrain, D. Jose Antonio de Roxas, D. Jose Maria de l'ozas y los Reverendos Padres Ex-Provincial Fray Xavier Guzman del orden Serafico, y Fray Joaquin Xara del orden miitar : y en las Provincias los Administradores, de Rentas de Tabacos,

Perez = Eyzaguirre = Egaña.

Proclama de fundación de la Biblioteca Nacional publicada en el periódico oficial El Monitor Araucano
N° 57. Jueves 19 de agosto de 1813.

^{*} En revista *Mapocho*, Sesquicentenario de la Fundación, Anejo del Nº 3, Santiago de Chile, octubre de 1963. Disponible en www.memoriachilena.cl



Juan Egaña 1768-1836



Francisco Antonio Pérez 1769-1828



Agustín de Eyzaguirre 1766-1837

ANDRÉS BELLO Y LA BIBLIOTECA NACIONAL*

Guillermo Feliú Cruz**

El presente día no solo es de júbilo para la Biblioteca Nacional, sino que, a mi ver, quedará señalado como muy importante entre los de su Extensión Cultural, al entregar a vosotros, al público, la exposición bibliográfica de Andrés Bello, la de sus recuerdos personales y la de su iconografía, como el homenaje con que la institución que dirijo se asocia al nacional, al conmemorar los cien años de la muerte del humanista.

Pensad, señores, que el espíritu de Bello se formó en los libros; que nació entre ellos; que vivió para ellos; que los hizo escribiéndolos; que los difundió y defendió y que fueron los libros los elementos más considerables de su faena civilizadora.

La pupila de Bello se abrió a la luz entre libros y papeles. El padre era un abogado y además un músico. Los cuerpos de leyes, las "Partidas", la "Recopilación", la "Novísima", las "Leyes de Indias", los escritos de derecho, los legajos de procesos y los pergaminos con las escrituras musicales del compositor que ejecutaba el armonium en la Catedral caraqueña, fueron acaso las primeras visiones de Bello.

A los once años, hacía uso de los libros. Comenzó por adquirir los que contenían las comedias de Calderón de la Barca. Un real le costaba obtenerlas en la tienda de un comerciante vecino de su casa, en el callejón de la Merced. La adolescencia y el despertar de la juventud, cuando sus maestros le enseñaron primorosamente la lengua del Lacio, corrieron en las bibliotecas conventuales. Las lecciones del fray Cristóbal Quesada y de los presbíteros José Antonio Montenegro y Rafael Escalona las recibió en los claustros, en las salas de las librerías atestadas de infolios latinos.

"Bello aprendió en el Convento de la Merced de Caracas no solo el latín, sino también el castellano", dice Miguel Luis Amunátegui. El padre Quesada, que era el bibliotecario de la comunidad, y muy aficionado a la lectura — todo su consuelo— había procurado enriquecer la biblioteca con cuantos

^{*} Discurso pronunciado en la Cátedra "Andrés Bello" del Auditorium de la Biblioteca Nacional, el 20 de octubre de 1965, al inaugurarse la Exposición bibliográfica, iconográfica y de recuerdos de Bello en este establecimiento, con ocasión de la commemoración de su muerte. Publicado en *Mapocho*, Chile, Biblioteca Nacional, tomo IV, nº 3, vol. 12 de 1965.

^{**} Historiador y bibliófilo chileno. Director de Bibliotecas, Archivos y Museos entre 1960 y 1966 y fundador de revista *Mapocho* en 1963.

libros había podido proporcionarse. Por gestiones suyas se habían traído de Europa varias obras, que vinieron entonces por primera vez a Venezuela. Aprovechándose de esta oportunidad, Bello estudiaba mucho, pero leía más aún. Recorría uno a uno los libros sobre materias literarias que había en la biblioteca, sin dejar que durmieran olvidados en los estantes. En este tiempo, leyó *Don Quijote* de Cervantes.

En la biblioteca del Colegio de Santa Rosa, cuyo vicerrector era el presbítero José Antonio Montenegro, segundo maestro de Bello, amplió las lecturas de los clásicos castellanos y aquí mismo encontró un condiscípulo de encumbrada familia, dueña de una regular biblioteca. Se llamaba ese condiscípulo José Ignacio Ustáriz y era hermano de Luis y Javier, quienes mantenían un activo cenáculo literario al cual incorporaron a Bello. Luis Ustáriz, admirado de la prodigiosa facilidad de Bello para los estudios de cualquier naturaleza que fueran, lo estimuló a aprender lenguas modernas para ampliar los conocimientos y puso en sus manos una gramática francesa a fin de que entrara en posesión de las obras portentosas escritas en esta lengua, la más clara, la más precisa, y la que más parecía avenirse con el genio griego. Eran los tiempos en que decíase que lo que no era claro no era francés.

Bello estudió solo el idioma galo, con el único auxilio de la gramática. La pronunciación la consultó con un francés. Al poco tiempo, su maestro Montenegro lo sorprendió leyendo a Racine. En la misma forma, con el mismo método, se había posesionado antes del habla inglesa, que llegó a dominar con tanta perfección como la propia.

Quizás si por sus extraordinarios méritos de estudiante, las condiciones de escritor, la preparación administrativa que había demostrado en las oficinas de la Capitanía General de Caracas, el dominio cabal de idiomas y la ponderación del criterio, fue elegido por la primera Junta Nacional de Gobierno, formada el 19 de abril de 1810, para desempeñar en la Corte de Saint James, junto con Bolívar y Luis López Méndez, una delicada misión diplomática.

La trascendencia de este viaje a Londres marca en la vida de Bello una etapa decisiva. Es probable que jamás pensara o presintiera que no habría de volver a su patria. Que los 29 años de residencia en Caracas (1781–1810) tendrían que considerarse en su trayectoria cultural como los de la formación de su espíritu, hasta entonces fuertemente imbuido por la tradición hispánica, a través de la idiosincrasia que el coloniaje había moldeado en los dominios de América.

Bello llegaba a Londres con el conocimiento de la lengua inglesa y de la francesa, posesionando hasta la perfección de la suya, la castellana, e informado de los más profundos secretos del verbo latino. Lo hablaba como pudo hacerlo Quintiliano y escribirlo según las cláusulas ciceronianas. En ciencias, poseía las mejores que la renovación de los estudios en el Colegio de Santa

Rosa podía ofrecer en filosofía, física y matemáticas. Las humanidades clásicas latinas constituían la base sobre la que discernía su luminoso espíritu, crítico y analítico, profundo y severo, en la búsqueda y confrontación de las experimentaciones de las realidades.

Los años londinenses, en cambio, los diecinueve que ellos abarcaron (1810 – 1829), modelaron el alma de Bello dentro de un concepto más amplio de las responsabilidades de la vida. Se expandió el juicio y concepto de la libertad. Las instituciones las vio como una necesidad social y no como la obra de los individuos. Le dio a la sanción de la ley un valor moral de alcance indiscutido e indiscutible. Aprendió a considerar el respeto de la personalidad humana como una de las conquistas más excepcionales de su siglo. Entre la concepción filosófica de las cosas, desde el punto de vista español y el inglés, vio un mundo de diferencias. Tantas, que ellas eran las que establecían tajantes las incomprensiones de ambos temperamentos. Así, pues, la estancia londinense, los casi cuatro lustros que ella duró en la vida del Maestro, se convierten en los de su formación, y obsérvese que ellos corresponden a los de la madurez plena de su inteligencia.

Londres fue para Bello el centro de todas sus ocupaciones, pero en la gran capital se sintió extraño y jamás se arraigó. Comprendía que para sus afanes intelectuales todo se encontraba en ella. "Londres no es solamente la metrópoli del comercio: en ninguna parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican y fecundan el espíritu humano; en ninguna parte es más audaz la investigación, más libre el vuelo del ingenio, más profundas las especulaciones científicas, más animosas las tentativas de las artes". Estas palabras suyas reflejaban algo sincero, cierto, exacto, pero la ciudad nunca le dio lo que ansiaba, sentir el calor de su tierra, la de Caracas.

Apenas se residenció en la cosmopolita capital, sintió prisa por verse con un antiguo compatriota a quien sinceramente admiraba. Sentimientos iguales agitaban a Simón Bolívar y a Luis López Méndez.

¿Quién era ese compatriota? Se llamaba Francisco Miranda, el precursor de la independencia de América, hombre ya de fama universal por sus empresas en favor de la causa de la libertad, especialmente de la del continente, de criterio liberal, emancipado espiritualmente, de cultura superior y entendimiento singular.

La Junta de Gobierno de Caracas les había prohibido entenderse a sus representantes con Miranda, a fin de no provocar prevenciones en el embajador español, que veía en este hombre un peligroso enemigo. Pero los sentimientos, las afecciones hacia los compatriotas en tierras extrañas, se distienden, se hacen sensibles, sentimentales y adquieren una emoción impulsiva. Los tres representantes de la Junta de Gobierno, cada uno por su cuenta, y como pudieron, decidiéronse a entrar en relaciones con el caudillo.

Miranda vivía con cierto rango en Londres, y Bello y López Méndez, después de la partida de Bolívar en una casa cómoda de Grafton Street, que todo indicaba, por los apremios económicos, no podrían sostener. Al visitarlo, Bello quedó deslumbrado de la extraordinaria biblioteca que había reunido. Allí encontró en las ciencias, en las artes, en las letras, todo cuanto el más exigente de los hombres cultos podía exigir. Desde ese momento, Bello se hizo asiduo visitante de la casa de Miranda.

Los clásicos griegos atrajeron desde luego su atención. Ignoraba la lengua, pero conocía, como era natural, la fama de algunos de los escritores que allí se encontraban, y decidió con esa voluntad de acero que se imponía para el estudio, leerlos a costa de cualquier sacrificio. Las horas libres de la atención del cometido de su misión, Bello las dedicó, con el mayor talento y aplicación, al aprendizaje del griego, premunido esta vez también de una gramática. En un tiempo relativamente corto, Bello tuvo la satisfacción de leer en su original a Homero y a Sófocles, como antes, mediante el mismo esfuerzo, había leído a Shakespeare y Milton, a Racine y Molière.

A la muerte del General Miranda, sus herederos decidieron desprenderse de la biblioteca y el albacea de la testamentaría arregló las condiciones de la venta. Bello tuvo conocimiento de estos pasos y se puso en contacto con su amigo, el ministro de Chile en Londres, el guatemalteco don Antonio José de Irisarri, para ofrecerla al gobierno de Chile en la cantidad de 4 a 5 mil libras esterlinas. Las informaciones que Irisarri consignó en su oficio acerca del mérito de la biblioteca de Miranda, fueron, sin duda, sugeridas por Bello.

"Esta librería —escribía Irisarri, de acuerdo con las apreciaciones del caraqueño—, es generalmente estimada por ser de un gran valor, en Londres, a causa del exquisito surtimiento que tiene de obras raras, clásicas y selectas ediciones. La colección española costaría inmenso trabajo y muchos gastos adquirirla de otro modo; y por tanto creo que sería muy conveniente a cualquier país de América esta compra".

En el plano de los servicios de Bello a Chile, habrá de considerarse el intento de ofrecerle al Gobierno la biblioteca de Miranda, de acuerdo con los deseos del precursor de que sus libros quedasen en los estados libres de América, como uno de los primeros servicios suyos al país que después sería su segunda patria.

La biblioteca de Miranda fue frecuentada por Bello hasta el momento en que se hicieron las gestiones de venta. Londres tenía entonces en sus diversos barrios numerosas librerías. A James Mill lo conoció en una de estas, como a algunos españoles refugiados en Londres: Blanco White, Puigblanch, Bartolomé José Gallardo, el gramático Salvá, los literatos Mora, Villanueva y Mendevil. Aun en el establecimiento editorial de Rodolfo Ackerman destinado a difundir en los países americanos libros que orientaran y formaran

una conciencia en cierto modo emancipada de sectarismos, Bello encontró a muchos de los ingleses, españoles y americanos que debían ser sus pocos y buenos amigos.

La amplitud de los estudios de Bello, la necesidad de buscar informaciones bibliográficas más amplias para sus trabajos científicos en materias medicinales, gramaticales, ortográficas, jurídicas, filológicas, lo llevaron al Museo Británico. ¿Cuándo comenzó a concurrir al gran establecimiento, reputado como una de las bibliotecas más ricas del mundo por ese tiempo? La primera indicación de haber concurrido al Museo es del 11 de diciembre de 1811. La otra, es del 15 de abril de 1814. La última, de 26 de junio de 1829.

La frecuencia de sus visitas al Museo la llena un superior espíritu de estudio, de investigación paciente, de un hondo deseo de aprehender los conocimientos humanos en la medida en que podía procurárselo su entendimiento privilegiado para darles la forma que tomaban en su armoniosa reflexión. Pero si ese es el propósito, había otro objeto que lo hacía refugiarse en la quietud de los libros. Las horas de estudio del Museo Británico ocultan una tragedia, un drama, un desconsuelo. Bello llegó hasta allí a mitigar las impresiones horripilantes que dibujaban ante sus ojos y su imaginación, el cuadro de la pobreza, lindante en la miseria. Le acechaba la cárcel por las deudas. Su sastre generosamente lo liberó del escarnio. Sin embargo, lo amenazó el zapatero.

¿A quién ocurrir? La joven esposa doña Ana María Boyland era débil, una naturaleza sin vigor. La consumían enfermedades que a Bello le demandaban gastos constantes que no podía soportar. Los dos hijos, Francisco y Carlos, eran de contextura frágil. Uno había fallecido antes. Él mismo, dotado de una salud vigorosa, cedió a las penas, a las miserias, a las congojas del alma, y le faltaban fuerzas. En el hogar, una pieza destartalada y fría, muy enriquecida de libros, faltaba tibieza en los días de invierno. Bello buscó para sus niños y para él mismo el calor de las salamandras del gran hall del Museo.

iHoras terribles para Bello! También las pasaba en igual forma, el agente de Chile, Irisarri, quien le decía a su esposa que se encontraba en Santiago de Chile: "No es posible ejercer el cargo de representante de un Estado libre en esta Corte, sin tener un centavo en el bolsillo, y como sin este elemento no se puede llevar a cabo nada útil, ni menos gestionar negocio alguno, por insignificante que sea, entretengo los días, las semanas y los meses enteros en la biblioteca de la ciudad, consagrado a la lectura y a ciertas averiguaciones literarias en que me acompaña un excelente amigo, el señor Andrés Bello, verdadero sabio por su carácter y por su sabiduría y hasta por la resignación con que soporta la pobreza, muy semejante a la mía, si no mayor".

Era, sin duda, mayor, mucho mayor. Acorralado por ella, vio caer a la primera esposa a los veintisiete años en 1821, la joven Ana María Boyland,

hermosa y tierna, dulce y sencilla, y, sobre todo, mujer de una delicada femineidad. El golpe lo conmovió hasta hacer vacilar la fe religiosa... "El recurso a Dios en las aflicciones —le consolaba el canónigo Blanco White— es el único medio que puedo aconsejar a Ud... Dios lo alivie en sus pesares".

Ellos fueron pasados en la sala de lectura del Museo. Irisarri, su amigo, procuraba buscarle un empleo y le recomendaba al Gobierno de O'Higgins: "Hay aquí —le escribía en carta privada— un sujeto de origen venezolano por el que he tomado particular interés y de quien me considero su amigo: le he conocido hace poco y nuestras relaciones han sido frecuentes por haber ocupado ciertos destinos diplomáticos, en cuyas materias es muy versado, como también en otras muchas. Estoy persuadido que de todos los americanos que en diferentes comisiones esos Estados han enviado a esta Corte, es este individuo el más serio y comprensivo de sus deberes, a lo que une la belleza del carácter y la notable ilustración que lo adorna. Su nombre es Andrés Bello y su edad 40 a 45 años aproximadamente".

En otra carta decíale al Director Supremo: "Lo admiraba en esto (por su sabiduría), como por su resignación para soportar la pobreza, pues cuando más pobre está, se sume en la biblioteca de esta ciudad y allí espera que de alguna parte le venga el pan del día que nunca le ha faltado por felicidad".

Bello contó como horas felices de paz intelectual las muchas que consagró al Museo Británico, cuando mordíale el alma y le oprimía la conciencia el espectro de la miseria. Las amarguras las olvidó inclinado en los manuscritos, en las lecturas, cotejando textos, en suma, tomando apuntes sobre asuntos de alta erudición. Tanta constancia en la asistencia, tan intensa labor, siempre seria, en el conocimiento profundo de altas cuestiones humanísticas y científicas, concluyeron llamando la atención de los bibliotecarios del Museo. Enrique Ellis, bibliotecario adjunto y después funcionario de categoría, fue el primero en ofrecerle su amistad. Al anudarse esas relaciones, de ellas resultó un gran provecho para el caraqueño, porque cuando fue necesario inventariar ciertos papeles españoles de fines del siglo xvIII, Bello recibió la comisión de hacer el catálogo. Poco después, otro bibliotecario, Nicolás Hope, que se hizo su amigo, lo recomendó a la superioridad para la catalogación de unos escritos latinos que yacían arrumbados en las bodegas del Museo. Los honorarios percibidos por estas tareas, en parte salvaron las dificultades que tan duramente le estrechaban.

Reservado, tímido, vencido por las penas, las tristezas y desengaños, siempre oteando el aire de la patria, a la cual ansiaba regresar cuanto antes, ya que Londres era para él solo una estación de paso a pesar de sus dos matrimonios con jóvenes inglesas, vio venirse los inviernos sobre él y los suyos. Sintió los fríos, las nieblas, las nieves, la llovizna gris sobre el alma. El poeta cantó:

No para mí, del arrugado invierno, rompiendo el duro cetro, vuelve mayo, la luz al cielo, a su verdor la tierra: No el blando vientecillo sopla amores o al rojo despuntar de la mañana se llena de armonía el bosque verde, que a quien el patrio nido y los amores de su niñez dejó, todo es invierno!

En 1829, cuando Bello fue contratado por el Gobierno de Chile, su situación económica era desesperada y pavorosa y en el contrato divisó la salvación. Por lo demás, el caraqueño no aspiró nunca a poseer una fortuna. La modestia le impedía concebir una esplendente riqueza, un lujo fascinante. Su aspiración no iba más allá de la de poseer un modesto buen pasar. En cambio, era rico, poderoso, en saberes profundos de las humanidades, del humanismo clásico, en especulaciones científicas y filosóficas. Era dueño de los métodos directos de la investigación y tenía el concepto de que esos métodos importaba ponerlos cuanto antes en manos de jóvenes para despertarles en la inteligencia, la pasión, el gusto, por tener un pensamiento propio formado en la observación. Las veladas fecundas del Museo Británico le habían persuadido que todo conocimiento que no procede de una observación personal, o de una directa comprobación, es solo una repetición gregaria.

Por lo demás, al embarcarse para Chile contratado por el Gobierno, el 17 de febrero de 1829, con creces había terminado el período de su preparación. Estaba en el punto exacto para comenzar a dar los frutos de su vigorosa inteligencia y omnisciente sabiduría. Desembarcó en Valparaíso del bergantín "Grecian", buque inglés, el 25 de junio de 1829. ¿Cuál era su misión en el país? Mariano Egaña la había puntualizado con gran objetividad en ese mismo año de 1829 al fundar las razones que aconsejaban contratar a Bello. "El Gobierno —dijo entonces— se halla en la necesidad de atraer a las oficinas de su inmediato despacho personas que tengan conocimientos prácticos del modo como giran los negocios en las grandes naciones que nos han precedido por tantos años en el manejo de la administración pública. Esta experiencia, que no es posible adquirir sin haber residido algunos años en Europa en continua observación y estudio, y con regulares conocimientos anticipados, nos sería muy provechosa para expedir con decoro y acierto los negocios, y aparecer con dignidad a los ojos de las naciones en nuestras transacciones políticas". Tales fueron las razones de la contratación de Bello.

Miraron más alto y no hicieron cuestión de nombres ni de ciudadanía para ello los estadistas chilenos. Talentos esclarecidos como los de Portales, los de Egaña, Benavente, Gandarillas, Rodríguez Aldea, Tocornal, Rengifo, Irarrázaval, Montt, Vial, Varas y tantos otros, defirieron a la ilustración y cultura de Bello; a la de su filosofía, erudición y conocimientos extraordinarios en las más arduas, difíciles y complicadas cuestiones de organización y responsabilidad del Estado en lo interior y exterior. Se inclinaron respetuosos ante su opinión, la que discutieron y valorizaron, decidiéndose por ella.

Casi de inmediato Bello entró a servir dos funciones capitales en la organización del Estado. Se le confió el manejo de las relaciones exteriores y la orientación de la instrucción pública. Como para encauzarlas desde una tribuna superior, el Gobierno le entregó la redacción del periódico oficial El Araucano para discutir las cuestiones que ambas materias motivaran, así como otras de la alta administración pública. En el terreno de los asuntos de la instrucción pública había uno muy especial y variado: el de la difusión del libro, la creación de bibliotecas, la dotación de ellas, la aplicación de sistemas para su manejo, la apertura de mercados para introducir obras científicas y literarias que levantaran el nivel cultural del país, pesadamente decaído. Tales temas debieron a Bello consideraciones especiales en los artículos que escribió para El Araucano, y si aquí no se encuentran todos los asuntos que he enumerado, hay otra fuente donde buscarlos, y queda la constancia de su preocupación. Nos referimos a los textos de los "Mensajes" presidenciales, año a año redactados por Bello desde 1831 hasta 1860, con cuya lectura el primer mandatario inauguraba el 1 de junio el período ordinario de las legislaturas de la Cámara de Senadores y de la de Diputados.

En los "Mensajes" hay constantes referencias a la Biblioteca Nacional que, fundada en 1813, volvió a abrir sus puertas en 1818 durante el Gobierno de O'Higgins para servir desde entonces lánguidamente sus funciones, perturbadas por la marcha azarosa del Estado, a consecuencia de las luchas por la organización política. Modestísima era la vida de la institución. Pero desde 1825 la dirigía un hombre tan modesto como constante, tan laborioso como sensato, el Conservador Francisco García Huidobro, quien había elevado la Biblioteca a un nivel de cierta superioridad intelectual. La adquisición de libros científicos —él era un hombre de ciencias— y la renovación del material literario, fue la principal preocupación. Y es en estos afanes en los cuales aparece el primer contacto de Bello con la Biblioteca Nacional. Se nos presenta el caraqueño en el papel de tasador. Manuel de Salas, director honorario del establecimiento, le había ofrecido una partida de obras que García Huidobro reputaba útiles y cuyo valor ignoraba comercialmente. En este embarazo, recurrió al Gobierno, el cual por providencia de 30 de junio de 1832, rubricada por el presidente Prieto y firmada por el ministro de Instrucción, designaba a Bello para realizar la estimación. El 16 de agosto informó el caraqueño acerca de su comisión sobre el valor de los libros. "Atendida su cantidad —decía— y el estado en que se hallan, me ha parecido, después del competente examen, que se puede dar por ellos como precio razonable y equitativo, la cantidad de mil cien pesos".

Casi dos años después de este encargo oficial, que nos señala la consideración que de los conocimientos bibliográficos de Bello se tenía, lo encontramos en una actitud de protesta contra la Biblioteca Nacional. La ordenación de los fondos bibliográficos y las nuevas adquisiciones de obras comenzaban a dar al establecimiento el papel de colaborador adyacente de la enseñanza, especialmente para la universitaria, que se impartía en el Instituto Nacional. Así, el número de lectores aumentó en una proporción apreciable, lo que obligó al Gobierno a buscar otro local para instalar la Biblioteca. Ciertamente, no era este el mejor, pero era amplio y cómodo. Se la instaló en el ángulo noreste de la calle de la Catedral y de la Bandera, donde, hasta 1763, funcionaron las dependencias del antiguo Convictorio Carolino de la Compañía de Jesús. En ese vetusto edificio colonial fueron asentados la Biblioteca y el Museo de Historia Natural, que el científico francés Claudio Gay comenzaba a formar. Se destinó un aposento especial para sala de actos académicos de la ya moribunda Universidad de San Felipe. La inauguración del nuevo sitio en que entraba a funcionar la Biblioteca se llevó a cabo el 25 de noviembre de 1834 y asistió a ella el presidente de la República, los ministros del despacho y los miembros de las corporaciones del Estado, como decíase a la sazón. El horario que se acordó para la atención del público fue desde las diez de la mañana hasta la una de la tarde todos los días, excepto los domingos. Bello señaló como poco feliz la disposición y manifestó la dificultad en que se encontrarían ciertos lectores para leer o consultar los libros en los plazos estipulados.

En cambio, Bello defendió una disposición del reglamento concebido por García Huidobro y aprobado por el presidente Prieto y el ministro Tocornal, por decreto del 2 de octubre de ese mismo año de 1834. En ese reglamento se prohibía al público el acceso a las salas en que se guardaban los libros y esta medida arrancó en el público protestas, así como la orden de no entrar a la sala de lectura con paquetes o libros. (¡Hoy a 131 años de distancia las protestas son las mismas!). Desde las columnas de *El Araucano*, Bello defendió las disposiciones del reglamento y en la edición del periódico del 5 de diciembre de 1834 escribió estas palabras que todavía tienen actualidad:

Algunas personas de las que han visitado la Biblioteca, han extrañado que no se les permitiese entrar a su interior. Estamos seguros que los que han pronunciado esta queja no se han detenido a considerar los graves daños que de semejante práctica se seguirían al establecimiento, pues no sería posible conservarlo, si se dejase entrar a las piezas donde están depositados los libros, y sobre todo si cada cual tuviese la facultad de ir a los estantes a sacar los que excitasen su curiosidad. Una biblioteca tiene poco que ver. Estantes, pergaminos y pastas no son objetos cuya inspección pueda causar el menor deleite a la vista. Se va a las bibliotecas a leer. Si se necesita un libro en particular, es infinitamente más cómodo pedirlo

al que sabe dónde se halla y puede proporcionarlo en un momento; y si se quiere elegir entre las obras de la biblioteca, con hojear el catálogo se hace la elección en pocos minutos.

[...]

Para adoptar otro método, sería menester que hubiese una tropa de celadores en cada salón. Sería la mayor insensatez presumir que todos los que visitan un establecimiento público tendrán suficiente probidad para abstenerse de menoscabarlo o dañarlo; y la posibilidad de que no la tenga uno solo, hace necesario observarlos a todos. Las precauciones adoptadas en Santiago no son todavía tan estrictas, como las que se hallan establecidas en la Biblioteca del Museo de Londres y en otras de Europa.

Acerca del estado en que se encontraba la Biblioteca Nacional decía:

La nuestra presenta ya un mediano caudal de libros en casi todos los ramos de instrucción, aunque es grande el número de obras mancas. Esto da a conocer el abandono en que se ha tenido este precioso depósito en años anteriores, y la necesidad de las reglas que se han puesto para evitar nuevos desfalcos. Predomina en ella, como era de esperar, la parte eclesiástica; pero tiene un buen surtido de jurisprudencia civil, filosofía, geografía, historia, viajes, variedad de ediciones de los clásicos latinos y griegos (particularmente de los primeros) y sus más afanadas versiones; y no le faltan algunos de aquellos objetos curiosos, que más por su rareza, que por su mérito intrínseco, llaman la atención de los aficionados a la bibliografía. En los ramos de ciencias naturales, matemáticas y medicina, es algo escasa; pero el celo de nuestro Gobierno por el cultivo de las letras nos alienta a esperar que dentro de poco habrá desaparecido este vacío.

La Biblioteca Nacional poseía en 1834 un total de 14.829 volúmenes. ¿Cuántos de derecho civil, de los tratadistas españoles y franceses, utilizó Bello en 1840, cuando inició los estudios preliminares, en la Biblioteca, de las fuentes para la codificación? En 1853, todavía prolongaba sus consultas jurídicas en el establecimiento.

El Código Civil se convirtió en apreciable caudal de enriquecimiento bibliográfico para la Biblioteca, respecto de la prensa periódica. Al decir del erudito Enrique Salvador Sanfuentes, Andrés Bello fue el mayor fomentador del diarismo. En efecto, el artículo 693 del Código dispuso que por la inscripción de la transferencia de dominio de los bienes en el Registro Conservador, que el mismo Código creó, de una propiedad no inscrita "exigirá el Conservador constancia de haberse dado aviso de dicha transferencia al

público por un periódico del departamento, si lo hubiera". Igual forma se exigió para otras inscripciones. Pues bien, de esta disposición introducida por Bello, nació el periodismo en las cabeceras de departamento y la hoja, por modesta que fuera, nunca dejó de contener artículos orientadores de la opinión pública local.

En 1842, el caraqueño secundó desde El Araucano con decisión las órdenes administrativas del ministro de Justicia Manuel Montt, para hacer cumplir las disposiciones de la ley de imprenta y propiedad literaria de 24 de julio de 1834, en la parte que establecía que los dueños de imprentas se encontraban obligados a enviar a la Biblioteca Nacional dos ejemplares de cuantas publicaciones hicieran, a fin de constituir en ella el depósito legal de los impresos nacionales. El ministro Montt responsabilizaba a los intendentes y gobernadores de la fiscalización de los preceptos legales. "Con el objeto de evitar esta escandalosa defraudación que se hace a la Biblioteca Nacional —escribía Montt— me ordena el Presidente de la República prevenir a U. S. de las órdenes convenientes para que los impresores residentes en su respectiva jurisdicción, remitan puntualmente a dicho establecimiento, dos ejemplares de cada una de las obras, periódicos o papeles sueltos que publiquen, conforme a lo prevenido en el artículo 13 de la enunciada ley, obligándoles asimismo a reintegrar aquellos impresos que hubieren omitido mandar en el tiempo pasado...".

Bello defendió la política del ministro con serena energía y estableció que la burla de la ley significaba para la Biblioteca Nacional desposeerla de su carácter de guardadora del patrimonio bibliográfico de la nación chilena, cuyo depósito le era sagrado. "En la Biblioteca Nacional —decía Bello—, si la ley fuese cumplida con exactitud, se encontrará un depósito arreglado de estos escritos, que serían asegurados contra la incuria de los indiferentes y contra las lujurias del tiempo, y donde podrían ser consultados por todas las personas estudiosas tanto nacionales como extranjeras, que deseen instruirse en la historia, la estadística general o particular de un ramo, las costumbres y el estado de civilización y cultura del país en diferentes épocas, compararlas entre sí, etc.".

Habrá que cargar a la cuenta de Bello el saldo a favor suyo por los servicios eminentes que le prestó a la Biblioteca Nacional al interponer todo el peso de su valía intelectual y moral para obtener que la librería particular más rica de Chile pasara a integrar los fondos bibliográficos de este establecimiento. Esa biblioteca la había formado Bello en Londres. Había sido el experto consejero que buscó pacientemente los libros seleccionados en toda clase de materiales. Así había ayudado a su amigo Mariano Egaña, cuando siendo su jefe en la Legación de Chile en Inglaterra, el estadista chileno se propuso llevar a su país la dotación de libros más considerable que nunca llegó a poseer un individuo. Egaña falleció en Santiago el 22 de junio de 1846. El Gobierno

comprendió que esa biblioteca debía adquirirla el Estado y envió un mensaje al Congreso proponiendo una ley por la cual se compraba la librería. A mi juicio, el mensaje fue redactado por Bello. "El señor Egaña —se decía en ese documento— reunió la más bella y variada colección de libros que se conoce en Chile, copiosa principalmente en los ramos de legislación, jurisprudencia y literatura; surtida en todas las producciones más importantes del saber humano, ya originales, ya traducidas; y enriquecida con muchas de aquellas obras que por lo raras, por lo voluminosas, o por lo costoso de su publicación, pocas veces se encuentran en las bibliotecas particulares; juntándose al mérito de lo impreso el de los documentos manuscritos, relativos en la mayor parte de la Historia de Chile".

La ley de adquisición fue sancionada por el presidente de la República, General Manuel Bulnes, y por el ministro de Instrucción Pública, Manuel Camilo Vial, el 16 de octubre de 1846. Bello la apoyó en el Senado con calor, con decisión, en las sesiones de 17 y 24 de julio de ese año. Estaba seguro que cumplía con una obligación superior al dotar al país de tan precioso tesoro cultural. Pero con ese acto honraba también a un amigo por quien sintió afecto y respeto. Acaso cuando se debatió en la Cámara el asunto, su memoria recordó otros días de su vida, los de la estancia londinense, cuando ambos recién se conocieron y habíanse mirado con recelo y desconfianza en la Legación chilena, para después entenderse lealmente y saberse el uno digno del otro. Esos días se contaban en los de la existencia de Bello como de los más amargos, y de esos borrascosos momentos había emergido la paz del alma que Egaña le ofreciera al contratarlo para servir a Chile. Al propiciar la ley que recordamos, Bello entregaba a la Biblioteca 3.040 obras constantes de 10.000 volúmenes. Los manuscritos los tasó el mismo Bello. La compra de la Biblioteca Egaña costó 20.000 pesos y las estanterías 2.500.

Estas gestiones constituían los placeres de su mundo intelectual. Eran los libros sus amigos y los papeles los compañeros de sus meditaciones. Recordemos que por esta misma época, Bello siente preocupaciones intensas por la realización de algunas empresas llamadas a levantar el nivel cultural chileno. Desea que los Tribunales de Justicia tengan una biblioteca donde los jueces estudien los asuntos jurídicos. Le preocupa la organización de la biblioteca universitaria, que con el tiempo se convirtió en la biblioteca del Instituto Nacional. Promueve la creación de una biblioteca del Senado, base de la actual del Congreso y manifiesta, además, la urgencia de formar el Archivo del Senado, de cuyo cuerpo fue un tiempo Secretario. Le pareció ineludible echar las bases de un Archivo General de la Nación. Sus desvelos por este organismo datan de 1844, cuando en *El Araucano* defiende un proyecto presentado en el Senado y justifica la existencia de una oficina en que se reúna toda clase de papeles del Estado. El pensamiento de Bello vino a realizarse solo en 1925.

Desde 1852, la acción de Bello sobre la Biblioteca Nacional es más constante y su influencia más directa. Un decreto supremo del 19 de diciembre de ese año ordenó que el Director de la Biblioteca Nacional sería en lo sucesivo el decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, cuya función, sin sueldo, le estaría anexa. La Dirección de la Biblioteca Nacional fue ejercida sucesivamente a partir de aquella fecha hasta 1886 por los siguientes ocho decanos: el humanista y poeta Ventura Blanco Encalada (1851-1853); el poeta y estadista Salvador Sanfuentes (1853-1860); el soldado de las campañas de la independencia, ministro de Estado, parlamentario y diplomático, general de Brigada José Francisco Gana (1860); el jurisconsulto, orador, escritor y maestro José Victorino Lastarria (1860-1864); el estadista, orador, jurisconsulto y escritor Domingo Santa María (1865); el historiador y educador Diego Barros Arana, durante tres períodos (1865-1867; 1869-1871; 1873-1876); el gramático y jurista Francisco Vargas Fontecilla (1876-1879 y 1881) y Diego Barros Arana, nuevamente (1884-1886).

Como ex decano de la Facultad de Filosofía y Educación y en mi calidad de director de la Biblioteca Nacional, rindo homenaje a la memoria de estos ilustres miembros de la Universidad de Chile que tanto bien hicieron a este establecimiento.

La Dirección de los decanos significó para la Biblioteca Nacional un progreso efectivo al vincularse con la Universidad. Desde entonces los Anales de la corporación le sirvieron de órgano de publicidad y allí se daban a conocer siempre completas informaciones acerca de la marcha del Servicio. Se hacen mucho más frecuentes las adquisiciones de libros en el mercado europeo, se confeccionan catálogos en los que Bello expuso sus ideas y experiencias. Se da a conocer el movimiento de lectores; se mejora el régimen interno del Servicio. Todo pareció desde entonces renovarse. Tanto el rector como los decanos desde el seno del Consejo Universitario "se habían propuesto hacer de la Biblioteca Nacional un establecimiento digno de un país amante de la cultura, mediante el esparcimiento de la ilustración en todos los elementos de la sociedad", como escribía el decano Ventura Blanco Encalada, cuando señalaba el papel que en la educación pública correspondía a la Biblioteca. Bello impulsaba con su sola presencia la marcha del establecimiento. Obligados los decanos a llevar al Consejo Universitario los asuntos de la Biblioteca, aquí intervenía el rector. Su constante preocupación fue la adquisición de libros. Insiste en mantener constantemente abierto el mercado con las librerías de los países europeos; siente predilección por la adquisición de catálogos y de bibliografías, herramientas que había manejado en las bibliotecas inglesas y francesas para el logro de sus investigaciones. Las notas constantes sobre envíos de libros para la Biblioteca que llevan su firma acusan un interés verdaderamente excepcional. Precisamente, el último oficio que firma sobre este particular es de julio de 1865. La firma es casi un borrón.

En 1859, le presta a la Biblioteca un servicio eminente. Es al país, a la cultura chilena, a la que favorece con su acción. En la sesión del 17 de diciembre de ese año, el secretario general interino de la Universidad, Miguel Luis Amunátegui, propuso la confección de un catálogo detallado y minucioso de todas las producciones de la imprenta en Chile desde la introducción del arte de imprimir en el país, en 1812, hasta ese mismo año. El rector apoyó la idea de Amunátegui y expresó las suyas acerca de cómo debía confeccionarse una obra que, más que un simple catálogo, debía estar sujeta a los cánones de la bibliografía. Esta empresa fue encomendada al secretario de la Facultad de Filosofía y Humanidades, el profesor Ramón Briseño, quien publicó la "Estadística bibliográfica de la literatura chilena", herramienta capital, única e insuperada aún, para la investigación de cualquier asunto del pensamiento nacional.

En homenaje a Bello en el centenario de su muerte, la Comisión Nacional de Conmemoración acordó editarla facsimilarmente y se encuentra lista para entregarla a los estudiosos.

Todavía la Biblioteca Nacional recuerda a Bello por otra circunstancia y esta es muy especial. Los libros de su biblioteca fueron adquiridos por el Estado por intermedio de la Universidad de Chile para este establecimiento. Los catalogó y tasó Diego Barros Arana el 15 de junio de 1867, en cuatro mil setecientos cuarenta y dos pesos, ochenta y cinco centavos. Fueron incorporados a las colecciones bibliográficas con un ex libris que dice: "Este libro perteneció a don Andrés Bello".

Vive su espíritu en estos libros. La imagen del Maestro guía así las labores de esta Casa y nos enseña que si en el libro está la sabiduría, también en él se encuentra la paz de las almas para desarrollar las tareas de la inteligencia. El libro le hizo llevadera la vida.

DIRECTORES (AS) DE LA DIBAM Y DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

ENTREVISTAS



Entrevista a Mario Arnello R.*

¿Qué visión tiene Ud. de la Biblioteca Nacional, de su historia y de sus vínculos con el desarrollo de la República de Chile?

Siempre, desde mi infancia, la Biblioteca Nacional y su magnífico edificio en la Alameda, me produjeron sentimientos de admiración y orgullo, idea y ambición de Patria Grande.

Al ir aprendiendo a amar la historia de Chile, los esfuerzos y sacrificios realizados en la formación de nuestra nación, comprendía o intuía, quizás, que en los hechos de 1813, en los primeros enfrentamientos bélicos se definía el fin de la guerra, que era la Independencia; y que los pasos de agosto —el 10 fundar el Instituto Nacional; y el 19 fundar la Biblioteca Nacional— tenían por fin forjar la identidad cultural de la nación chilena.

Antes de cumplir la edad para hacerlo, ya tenía decidido estudiar en el Instituto Nacional. Allí pude vivir todas las Humanidades entre los viejos y anchos muros de adobe y los grandes patios con altas columnas, nutriendo mi espíritu con la valoración de la tradición institutana. Fui presidente de la Academia de Letras y, ya egresado, tuve el honor de entregar, durante 25 años, el premio al Mejor Institutano.

La biblioteca del Instituto era bellísima, excelente y con varias decenas de miles de libros. Y cuando llegaba a faltar algún texto muy especial, el notable bibliotecario nos facilitaba los contactos para ampliar nuestro espíritu en la Biblioteca Nacional. Gentileza de la que, por cierto, nos ingeniábamos para usufructuar.

La Biblioteca Nacional siempre fue motivo de admiración y de cariño, al sentirla como una parte importante de Chile, en su misión fundamental para la cultura nacional.

Por eso, cuando el Presidente me ofrece, en 1986, ser director de ella y de la DIBAM, lo acepté de inmediato. No lo habría cambiado por un ministerio, ni por una embajada, ni quise renunciar en 1989, para poder optar a volver al Congreso Nacional. Era sentir la emoción de servir a la patria en un lugar cuyo fin esencial está unido a la identidad cultural de la nación. Fue una profunda emoción recorrer los amplios corredores y entrar a la que fue la bellísima oficina de la Dirección, tan llena de tradición y de ideales.

^{*} Director de la DIBAM y de la Biblioteca Nacional entre los años 1986 y 1990.

La historia de la Biblioteca es, desde su origen, expresión del afán de construir una nación; es ser impulso y medio para desarrollar la cultura chilena y para conservar el patrimonio intelectual que venía desde los años de la Colonia, y el que generaban las sucesivas generaciones desde la Independencia. Siempre ha sabido, no obstante todas las innovaciones técnicas y nuevos medios, cumplir su misión superior, sin abandonarla frente a las contingencias, ni subordinarla a las tentaciones ideológicas y políticas. Su historia ha sido ejemplar, y salvo quizás pequeñas anécdotas ocasionales, no han logrado quebrar su tradición enaltecedora.

¿Qué percepción tuvo Ud. de la Biblioteca Nacional cuando le correspondió asumir como Director de la misma?

Sentía que era un honor asumir la Dirección de la Biblioteca Nacional, y suceder a tan destacadas personalidades y amigos míos, como Enrique Campos Menéndez y a su antecesor, Roque Esteban Scarpa. Y, antes de ellos, en mis años de estudiante, entre otros, a recordados profesores míos como don Gabriel Amunátegui y don Guillermo Feliú Cruz.

Yo creo en la tradición. Pienso que ella es cimiento firme de una patria. Y la Biblioteca Nacional, en sí misma y en su misión fundamental es parte de ella. Lo sentía, más que nunca antes, cuando ya de noche me despedía de los retratos tutelares y caminaba por sus altos pasillos silenciosos. La tradición, en esos instantes, la encarnaba el espíritu de servicio de sus funcionarios.

Por eso, cuando asumí la Dirección, llegué solo. No traje a nadie, ni cambié de su puesto a nadie. Reiteré a todos la confianza absoluta en cada uno de ellos y la certeza de que la vocación de servicio, la capacidad y la abnegación para superar insuficiencias materiales, nos permitiría cumplir con la misión de la Biblioteca. Mi intención era permitirles dar forma a sus ideas creativas, conversarlas y poner mi voluntad en hacerlas posible. No me equivoqué. Todos fueron funcionarios excelentes, leales a su función y al servicio público que nos correspondía.

Recibí la Dirección de la Biblioteca Nacional en condiciones óptimas: tanto en su riqueza patrimonial, bibliográfica y servicios, como en el espíritu que animaba a su gente. Tenía, por cierto, grandes carencias y limitaciones, que se arrastraban por falta de presupuesto, o por no contar con los medios y recursos materiales para realizar las innovadoras iniciativas proyectadas. Pero, no obstante, unas y otras fueron enfrentándose con la voluntad común de superación, y supliéndose con la calidad y vocación de su personal. Y en esos tres años y medio, caramba que pudimos hacer, iniciar, desarrollar y realizar obras y acciones de efectos perdurables.

Por otra parte, se podía observar que desde afuera, el público en general, no percibía que la Biblioteca Nacional fuera un gran baluarte cultural de la nación, aunque ella y las entidades hermanas; el Archivo Nacional, los grandes Museos Nacionales, los Museos Regionales y la Red de Bibliotecas Públicas, eran un impulso vigoroso para fortalecer y desarrollar la identidad cultural de nuestra patria. Esta percepción, junto a la convicción profunda de que teníamos una misión imperiosa que cumplir, motivó una ingente cantidad de acciones destinadas a atraer la atención de mayores sectores del país hacia todas ellas.

¿Cuáles son las principales actividades que Ud. impulsó? ¿Qué novedades Ud. destacaría especialmente? ¿Cómo se podría caracterizar lo que fue su legado?

Fueron tantas las actividades realizadas, los proyectos iniciados, los caminos abiertos y en franco desarrollo, que, por su diferente naturaleza, fines y objetivos, tendríamos que ordenar en campos distintos, sin que ello implique jerarquizarlos ni apunten prioridades. Cada grupo tiene su propio fin y valor.

- Valoración y conservación del patrimonio nacional confiado a la Biblioteca Nacional.
 - a) Incorporación definitiva de toda la documentación histórica relativa a Chile y a América, entregada en comodato por don Sergio Fernández Larraín a la Biblioteca y que don Enrique Campos Menéndez había incorporado en Archivos Especiales.
 - b) Conservación del papel. Por acuerdo con la Biblioteca Nacional de Francia, se llevó a cabo un estudio y desarrollo de sistemas para preservar el papel en las ediciones bibliográficas más antiguas y valiosas. Esta labor sigue realizándose.
 - c) Microfilmación de textos, diarios y publicaciones antiguos, con el fin de permitir la investigación por los interesados, evitando su deterioro o pérdida. Debe agregarse que gracias a donaciones de Japón, se pudo montar un taller de microfilmación, que permitió ordenar en microfichas las colecciones reservadas, sin tener que sacarlas de la Biblioteca Nacional.
 - d) Empastar los periódicos del siglo xix, y ordenar un plan para continuar con otras secciones: Hemeroteca, Chilena y Fondo General, progresivamente.
 - e) Valoración y programa para dotar de nuevos medios a la Mapoteca, cuyo valioso patrimonio debe destacarse.
 - f) Incorporación de Referencias Críticas a la base de datos de la Biblioteca Nacional, lo que fue esencial para entrar los registros del Catálogo de la Biblioteca en los actuales sistemas.

- 2. La Red Nacional de Información Bibliográfica (RENIB) fue creada y desarrollada con un esfuerzo inmenso, a pesar de duras restricciones presupuestarias, principalmente debido a la capacidad técnica y al espíritu de servicio de las y los funcionarios a cargo de ella. Se obtuvo un aporte fiscal especial y una valiosa donación de la Fundación Andes para la adquisición de los equipos nuevos requeridos para su puesta en marcha, y la inclusión de una partida en el presupuesto necesaria para el desarrollo de ella. La integración actual a la Red, de la Biblioteca del Congreso, Bibliotecas Universitarias y otras, ha sido uno de los hechos más relevantes iniciados en esos años.
- 3. Mayor presencia pública de la Biblioteca Nacional.
- 3.1 Destacar grandes figuras del pensamiento y la cultura de Chile.
 - a) Libro, exposición y conferencia sobre Vicente Pérez Rosales y su obra *Recuerdos del Pasado*, intentando remediar en algo la desidia y el error de eliminar su lectura en la educación chilena.
 - Libro, exposición y conferencia sobre Diego Portales, resaltando su visión histórica en la creación del Estado y el sentido nacional de Chile.
 - c) Conmemoración de los 100 años del nacimiento de Gabriela Mistral. La Biblioteca Nacional tuvo una muy destacada participación en estos actos. Se presentó un libro, elaborado por funcionarios de la Biblioteca, y debo nombrar aquí a Pedro Pablo Zegers, en la imposibilidad de nombrarlos a todos; reconocidos especialistas de su obra dictaron conferencias —Hugo Montes, Roque Esteban Scarpa, Gastón von dem Bussche— en la Sala Ercilla; se realizaron exposiciones en la Sala Cervantes y en la Galería Azul; y correspondió al director de la Biblioteca y de la dibam el discurso oficial de cierre de las celebraciones en Vicuña y Monte Grande, y entregar la condecoración Gabriela Mistral a distinguidas personalidades, entre ellas a la gran escultora Marta Colvin.

3.2 Grandes Exposiciones

- a) Exposición, por primera vez en Chile, de valiosos libros y encuadernaciones antiguas, de la Biblioteca, incluyendo textos de los siglos xv y xvi y de las colecciones de bibliotecas formadas en los siglos xvii y xviii.
- b) Exposición "El Libro Religioso en Chile". Con ocasión de la visita a Chile de SS. Juan Pablo II, se exhibió un bellísimo conjunto de libros religiosos. Mereció una gran respuesta del público y un entusiasta reconocimiento del Nuncio en Chile. Una anécdota interesante es recordar que como director de la Biblioteca Nacional, envié saludos

- de Navidad, dentro y fuera del país, con una bellísima reproducción de un Libro de Horas. La reacción fue muy favorable, y dejó constancia de la riqueza del patrimonio de la Biblioteca.
- c) Exposición homenaje a Martín Gusinde, "El Cazador de Sombras". Con la valiosísima colaboración del Museo Nacional de Historia Natural, y la presencia de las cuatro mujeres sobrevivientes de las tragedias de los pueblos australes que dieron lugar a la obra del gran naturalista alemán, cuyo lente captó no solo las sombras, sino también el alma de los selkman y los yaganes. La Biblioteca Nacional pudo rendir un emotivo homenaje a Gusinde y a esos pueblos.
- d) Homenaje a las Glorias Navales.

Con ocasión del 21 de mayo, la Biblioteca realizó una gran exposición: "Mares de Chile, Mares de Gloria", con las más destacadas pinturas existentes sobre el Combate de Iquique y otras bellas obras de pintores chilenos y extranjeros. Debemos agradecer la valiosa colaboración del Museo Nacional de Bellas Artes (que estaba en su gran obra de restauración de los inmensos daños del terremoto de 1985), y de la Armada. La inauguración contó con la presencia del presidente de la República y de la Junta de Gobierno en pleno.

e) "Títulos de Chile en la Antártica".

Se realizó una exposición exhibiendo documentos y otros antecedentes poco conocidos o no divulgados, que enfatizan tanto títulos jurídicos e históricos de Chile en la Antártica, como también la presencia chilena en ese territorio.

- f) "Isla de Pascua: avanzada del destino oceánico de Chile".
 - Anticipándose al centenario de la incorporación definitiva de esa isla y de su pueblo a Chile (1988), se efectuó una exposición, conferencias y catálogo, con los antecedentes históricos, geográficos y la proyección hacia el Océano Pacífico que abre a Chile. (Un gran cartón desarrollando un croquis mío que proyecta los espacios marítimos como "Territorio Oceánico de Chile" fue comentado en diarios de otras naciones de la cuenca del Pacífico).
- g) Otros actos y actividades culturales.

Conferencia en Aniversario de la Biblioteca Nacional. Con asistencia de autoridades de Gobierno y del Cuerpo Diplomático, como director de la Biblioteca me correspondió analizar su misión histórica y el significado y destino de la identidad cultural de Chile. En otro aniversario, una conferencia sobre la "cultura del entorno" contó asimismo con tan destacada asistencia.

Proyecto "Estudio sobre Hábitos e Intereses de Lectura en Chile", llamado a propuesta pública desde la Biblioteca Nacional que permitió incentivar la lectura, especialmente en la educación.

"Tertulias Medinenses" (iniciadas el 14 de agosto de 1987), que presenté como un punto de encuentro y de tribuna que abría la Biblioteca Nacional a los investigadores de Chile, estudiosos de la historia y de la cultura nacional. Estas Tertulias, realizadas en la magnífica Sala Medina, bajo la dirección del profesor Mario Alarcón Berney, tuvieron un notable éxito, que se corroboró, en 1988 y 1989, con la publicación de libros de poesía y ensayos.

Extensión Cultural. Bajo la dirección de Mario Andrés Salazar, y con la incorporación de Bernardo Jorquera y Gonzalo Catalán, y con la valiosísima colaboración de Museografía, Santiago Aránguiz y Jaime Alegría —realizadores de todas las exposiciones, en su gráfica y presentación—, se dio un gran impulso a poner a disposición del público y a los estudiantes numerosas exposiciones. Además de las ya mencionadas, deseo recordar otras:

- a) "Generación del 13", con auspicio del Banco de Concepción;
- b) "Käthe Kollwitz, dibujo y grabados alemanes", (organizada por el Museo Nacional de Bellas Artes);
- c) "José Caracci en el centenario de su nacimiento".
- d) "La Historia a través de una memoria familiar: Archivo Domingo Santa María", (que ingresó a Archivos Especiales).
- e) "Encuentro con el Japón tradicional", organizada por la Embajada de Japón.
- f) "Platería Araucana" (en colaboración con el Museo Nacional de Historia Natural).
- g) "Imagen del Nuevo Mundo. Retrato de América en tres libros del siglo xvi".
- 4. Vínculos e imagen internacional de la Biblioteca Nacional.

Creo que este tema merece un capítulo especial, no por ser bastante inusual, sino porque abrió inmensas posibilidades futuras a la Biblioteca Nacional de Chile. Lo sintetizaré, por haberme extendido bastante, en solo tres hechos concretos y precisos:

a) Creación de la Asociación de Bibliotecas Nacionales Iberoamericanas. Esta nació en conversaciones cordiales que tuvimos con Virginia Betancourt, que era directora de la Biblioteca Nacional de Venezuela. Luego sumamos las de Brasil, Argentina, Perú, y muy pronto a los demás. Como yo presidía en esos años la comisión chilena para el v Centenario del Descubrimiento de América,

- aprovechaba cada reunión en otro país para invitar al director de su Biblioteca Nacional. Tuvimos una gran reunión en Caracas y luego, una fundacional en Madrid, sumándose España y Portugal a ella. Así nació ABINIA. Cuando debí retirarme de la dirección, ya había pedido a Úrsula Schadlich que mantuviera esas relaciones, y por cierto, lo hizo muy bien.
- b) Invitación Oficial del Gobierno de China al director de la Biblioteca Nacional para asistir a la inauguración del nuevo y gran edificio de la Biblioteca Nacional de China en Beijing. Precisó el embajador al ministro de Relaciones de Chile que esa presencia del director era el primer acto en cumplimiento al reciente tratado de cooperación cultural celebrado por ambos Estados. La invitación se hizo extensiva a mi mujer, y a la coordinadora de la Biblioteca Nacional, Úrsula Schadlich. Debo agregar que fuimos recibidos por el viceprimer ministro, en audiencia privada, invitados a comidas por otras altas autoridades, alojados en un parque, en casas que tenían esos días de huéspedes a jefes de Estados, y se nos llevó a diferentes partes del país, de gran relevancia cultural. Pero lo más relevante fue la ceremonia oficial de inauguración del bellísimo e imponente edificio de la Biblioteca Nacional. En la terraza más alta, frente a las autoridades de Gobierno, estaban ubicados los directores de las bibliotecas nacionales de 35 naciones de Asia, Europa y Oceanía, cada uno con banderita de su país en el respaldo de la silla. En la primera silla, de la primera fila, estaba la banderita de Chile. Ese honor debe quedar impreso.
- c) Invitación a una gran reunión de directores de bibliotecas nacionales por la Biblioteca Nacional de Francia.
 - La Biblioteca Nacional de Chile fue invitada especial a participar, en febrero de 1990, en la reunión de las bibliotecas nacionales de Europa, Estados Unidos, Canadá, y de naciones francófonas de Asia y África. Los tres días de reuniones nos permitieron establecer importantes contactos para colaboraciones futuras entre las Bibliotecas. Un tema que se debatió extensamente, con visiones diferentes, fue respecto a si una biblioteca nacional debía ser esencialmente conservadora del patrimonio, o si debía mantener el carácter de servicio al público. Lo primero, sostenido por Francia e Inglaterra, que exhibieron proyectos de arquitectura ya decididos para tal fin, no fue compartido tan cerradamente por nosotros, junto con la directora de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. Mi intervención fue compartida expresamente, por muchos de los directores presentes. El término de mis funciones, a mediados de marzo, impidió que pudiera desarrollar esos valiosos contactos.

¿Cómo ve hoy a la Biblioteca Nacional y cómo la proyecta en el tiempo?

Esta es la respuesta más difícil de todas. Y lo es, entre otras razones, porque me cuesta acostumbrarme a tanta innovación. No me reencuentro con cambios tan determinantes en muchos espacios. Ver la Sala Cervantes como territorio de computadoras impide que mi memoria reviva esa Sala con muchos lectores absortos, o las conferencias o las grandes exposiciones, que llenaban de público interesado y vivo. O, si quieren un detalle, lamento no encontrar en su sitio de honor la pequeña prensa que imprimió *La Aurora de Chile*.

No quiero ser injusto, como pareciera en esta respuesta. Creo que los nuevos medios y sistemas transforman los servicios de una biblioteca. Que la Biblioteca de Santiago ha permitido atender a una gran cantidad de público para el que la Biblioteca Nacional ya no daba abasto. Que la misma RENIB permite recibir la información sin tener que llegar a la Biblioteca Nacional. Todos ellos son cambios evidentes, es un progreso impuesto por el apuro y estos tiempos.

Pero, yo soy un viejo enamorado de los libros. Cuando niño, pasaba horas entre las estanterías del Instituto Nacional. Acá, me interesaba visitar las bodegas, o pedirle a Azucena Torres que me permitiera leer en la Sala Medina algún texto valioso, no existente en otra parte. No es lo mismo lo que trasmite a través de mis ojos —viejos, pero incansables— a mi cerebro y a mi espíritu, un texto impreso en el papel, que lo pueda leer y releer para alcanzar el pensamiento, reflexión o emoción de su autor, que una imagen fugaz de una pantalla, que se borra y se va.

Es indudable que la Biblioteca Nacional debe ser custodia de la memoria cultural de Chile, y acrecentar el patrimonio bibliográfico con la mayor riqueza que produzcan las diferentes culturas. Y también debe ser el centro de la información a todo interesado de nuestro patrimonio y de aquellas otras. Y hoy en día son los nuevos medios los que permiten facilitar esos servicios.

Pero, en un país donde sabemos que se lee cada vez menos, y la incomprensión de lo que se lee es abisal —a los niveles más inverosímiles—, pienso que la Biblioteca Nacional tiene que seguir siendo el punto que invoque en los chilenos el valor de los libros; nuevos, viejos, perdurables, e impulse a una lectura reflexiva. Para ello creo que debe trasmitir su presencia en todo Chile. Y que sea para todos los niños chilenos —como fue para mí en mi niñez— un orgullo y una ambición de patria grande. Sé que la tarea es difícil, porque en estos tiempos las tendencias y las ideologías apuntan en otras direcciones. Sé que hay nuevos desafíos, que aparecen más graves o más urgentes. Pero si no tenemos en la mente el respeto al pasado y consolidar la identidad cultural de Chile —tarea en que la Biblioteca Nacional ha colaborado durante 200 años—, no se comprenderá que la tarea del presente es construir el futuro de nuestra nación.

Por eso, me permito pensar que la Biblioteca Nacional, tal como los Archivos, Museos Nacionales y Regionales, y la Red de Bibliotecas públicas que integran la DIBAM, no están hoy en la ubicación precisa al ser una dirección más del Ministerio de Educación; ya que este ha estado, está y estará por largos años, sumido en los problemas, conflictos y urgencias, en la gran tarea de este tiempo: volver a tener una educación formadora, educadora, e inteligente, que permita a las nuevas generaciones asegurar el destino de Chile y de su pueblo. Esta tarea consume sus esfuerzos, su tiempo, y los recursos que el Estado puede destinarle. Y las tensiones políticas que genera en los órganos políticos del Estado, y las inquietudes que arrastran a los estudiantes no dejan espacio suficiente para pensar, crear, aceptar e impulsar las tareas serenas de conservar y acrecentar el patrimonio y la identidad cultural de la nación chilena, que la Biblioteca Nacional y sus entidades hermanas tienen como misión inclaudicable.

Entrevista a Sergio Villalobos R.*

¿Qué visión tiene Ud. de la Biblioteca Nacional, de su historia y de sus vínculos con el desarrollo de la República de Chile?

La Biblioteca Nacional nació junto con la República, y desde entonces ha desempeñado un papel de primer orden en la cultura nacional.

En los comienzos hubo necesidad de acoger la cultura universal y moderna y se desarrolló una política de adquisición de libros en todas las esferas del conocimiento. Posteriormente, se adquirió la obligación de contar con todas las publicaciones efectuadas en el país y entró en vigencia el compromiso de enviar un ejemplar de dichas publicaciones a la Biblioteca del Congreso Nacional, la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos y diversas bibliotecas importantes del país.

En el cumplimiento de sus labores, la Biblioteca Nacional ha contado con la dirección de destacadas figuras de la vida intelectual, como Manuel de Salas, Ramón Barros, Luis Montt, Augusto Iglesias, Guillermo Feliú Cruz, Eduardo Barrios y Roque Esteban Scarpa. Desgraciadamente, en tiempos más o menos recientes, esa línea se quebró al designarse personas ajenas al quehacer intelectual, debido a vinculaciones políticas.

Además de ser repositorio bibliográfico, la Biblioteca ha desempeñado un papel activo en la cultura nacional. Importantes obras publicadas han sido aportes fundamentales en el campo de la historia, la literatura y la bibliografía. En este sentido, la revista *Mapocho*, por ejemplo, ha sido órgano de primera categoría en aquellas especialidades.

Como centro de la actividad intelectual y artística desde mediados del siglo xx, la Biblioteca ha cumplido tareas intensas y valiosas, entre las que se cuentan conferencias, presentación de libros, exposiciones y conciertos, en que han participado sobresalientes intelectuales nacionales y extranjeros.

¿Qué percepción tuvo Ud. de la Biblioteca Nacional cuando le correspondió asumir como Director de la misma?

Cuando asumí el cargo de director en 1990, la Biblioteca y toda la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos se encontraban en una situación deplorable

^{*} Premio Nacional de Historia. Director de la DIBAM y la Biblioteca Nacional entre los años 1990 y 1993.

a consecuencia de la despreocupación del gobierno militar. El presupuesto era muy bajo y había repercutido en la situación. Virtualmente, no se adquirían libros, el campo de publicaciones con el extranjero estaba reducido al mínimo, no había estímulo a las publicaciones, las tareas de extensión cultural eran poquísimas, los intelectuales permanecían alejados y dejó de publicarse la revista *Mapocho*. En el aspecto material, por ejemplo, no funcionaban los ascensores para libros y los extintores de incendio estaban descargados en todo el servicio. El personal se encontraba mal remunerado y desmoralizado. La Biblioteca seguía operando por inercia.

¿Cuáles fueron las principales actividades que Ud. impulsó? ¿Qué novedades Ud. destacaría especialmente? ¿Cómo se podría caracterizar su legado?

Al emprender mis tareas como director, comprendí que había que iniciar una política reactivadora en todos los aspectos. Había que comenzar por el financiamiento y, afortunadamente, se contó con la comprensión de los ministros de Hacienda y de los funcionarios de su dependencia. Hubo inmediatamente un aporte reactivador y gradualmente el presupuesto fue en ascenso, subiendo de 1.210 millones a 3.119, vale decir, que en los tres años y medio que duró mi mandato, el aumento fue de 87,4 por ciento en términos reales. Probablemente fue el mayor en todos los servicios públicos. No cuento aquí los aportes efectuados por embajadas y organismos privados que financiaron exposiciones y publicaciones.

El año 1990 el presupuesto preexistente para adquirir libros era de 2,7 millones y al finalizar mi período había subido a 128,7 millones, vale decir, un aumento del 4.530 por ciento. En cantidad de volúmenes, en dos años el incremento fue de 725 a 23.956.

El personal fue objeto de una consideración especial. Mediante ley aprobada en el Congreso, logré que los sueldos, que no habían tenido un alza en veinte años, salvo por los reajustes anuales, fuesen subidos en 18,5 por ciento como promedio.

En el ámbito administrativo, se creó por resolución exenta un Consejo Asesor del Director, que era necesario por la complejidad creciente del servicio. Se constituyó con jefes superiores de la DIBAM.

En el campo del quehacer intelectual y de aporte a la cultura nacional, debo mencionar dos iniciativas que fueron muy exitosas. La primera fue la creación del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, destinado a efectuar búsquedas en varias disciplinas y publicar obras novedosas y de gran importancia. Su labor editora ha sido muy destacada. En segundo lugar, se creó un Fondo de Apoyo a la Investigación, que con recursos

especiales comenzó a financiar las tareas de los intelectuales pertenecientes a la organización.

Las actividades culturales tomaron un gran impulso a través del Departamento de Extensión Cultural. El año 1991 concurrieron a la Biblioteca 173.867 personas, principalmente a exposiciones. Especialmente se destacaron las exposiciones "La palabra de España en América", inaugurada por los reyes don Juan Carlos y doña Sofía de España, y "Balmaceda y su tiempo", inaugurada por el presidente Patricio Aylwin.

Un especial realce tuvieron diversas conferencias y seminarios que contaron con la participación de Rafael Alberti, Fernando Alegría, Guillermo Blanco, Alfredo Bryce Echeñique, José Donoso, Jorge Edwards y John Murra, entre otros. Durante ese periodo, también se contó con la visita de varios Presidentes y ministros de América, Europa y China.

Puede afirmarse que, dentro del continente americano, la Biblioteca Nacional de Chile es la única que desarrolla de manera intensa la extensión cultural y las actividades intelectuales.

La Biblioteca Nacional quedó afiliada a la Asociación de Bibliotecas Nacionales Iberoamericanas (ABINIA), efectuándose diversas reuniones de coordinación y colaboración. Una de ellas fue organizada y financiada por nuestra Biblioteca. La Biblioteca Nacional recibió el honroso encargo de asesorar en los métodos modernos a las similares de Argentina, Paraguay y Uruguay.

En el ámbito de la atención a usuarios, se mejoraron las funciones de RENIB y el catálogo en línea de las doce más importantes bibliotecas del país. Para una mejor conexión con las actividades culturales se creó el Departamento de Comunicaciones y Relaciones Públicas, obteniéndose un buen resultado en el conocimiento de las actividades culturales. También se formó una librería comercial para la venta de las obras publicadas por la Biblioteca Nacional y cualquieras otras de categoría cultural. Fue entregada a un concesionario particular.

El edificio institucional fue objeto de reparaciones y de un rediseño parcial. Se rehabilitó la Sala América para conferencias, la Galería Azul para exposiciones y del mismo modo la Sala Cervantes. La fachada externa fue objeto de una limpieza y mejoramiento.

El propósito de mi desempeño fue dar nueva vida a nuestra Biblioteca, superar su deterioro general y llevar a cabo reformas administrativas y materiales, que restableciesen la categoría de nuestro principal fondo bibliográfico. En suma, que alcanzase un buen nivel en el cuadro de nuestra cultura.

Un mayor detalle de lo anterior puede obtenerse en el informe que publiqué impreso con el título de *Labor en la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos* (Santiago, 1993).

Entrevista a Marta Cruz-Coke M.*

¿Qué visión tiene Ud. de la Biblioteca Nacional, de su historia y de sus vínculos con el desarrollo de la República de Chile?

La Biblioteca Nacional nació con la República. Casi podría decirse que la fundación de la Biblioteca marcó a la naciente República. Al firmar la Independencia los próceres de nuestra historia dejaron en claro que para ellos la cultura, el conocimiento, eran instrumentos de la libertad recién adquirida. No se es libre sino en la medida en que se está en posesión de los medios de esa libertad, que es ante todo conocimiento y apropiación del mundo, para así tener un capital de certezas internas y capacidad para elegir, para optar, para comunicarse sin trabas y construir un futuro libertario. Y en esos primeros años de nuestra República, los libros fueron, junto a la palabra y la prensa, el gran instrumento para nutrir esta libertad interna.

Era preciso que los libros se encontraran en un espacio público, accesible a todos. Este libre acceso establecía la igualdad de oportunidades para fundar el conocimiento. Porque las bibliotecas eran entonces privadas. También estaban las bibliotecas de la Iglesia, igualmente privadas. Todas ellas celosamente guardadas por sus dueños o de difícil y privilegiado acceso.

La Biblioteca Nacional, fundada sobre estas premisas en los albores de la Independencia, se mantuvo a través de las vicisitudes de las luchas que siguieron, pero que no tocaron, sino que afianzaron, la convicción y la voluntad de los sucesivos próceres por mantenerla y enriquecerla como símbolo y ejemplo de la República ciudadana que querían construir.

La Biblioteca Nacional no nació rica. Fue adquiriendo su caudal de títulos a través, no solo de compras del Estado, sino también —y sobre todo— de donaciones que constituyen una parte no menor de su patrimonio. Es por lo tanto una Biblioteca fraterna.

Libertad, Igualdad, Fraternidad podrían por lo tanto inscribirse en el frontis de nuestra Biblioteca Nacional como sus valores fundacionales.

Desgraciadamente, después de este comienzo tan promisorio, la Biblioteca y sus valores como constructores de desarrollo fueron sumergiéndose, dormidos, en la vida y en la conciencia de gobernantes y gobernados.

En verdad, una serie de distinguidos y preclaros directores, así como intelectuales y académicos, fueron enriqueciéndola de instrumentos diversos de

^{*} Directora de la Biblioteca Nacional y de la DIBAM entre los años 1993 y 2000.

conocimiento y estudio, creando novedosas secciones para las necesidades que fueron surgiendo y dotándola de medios adecuados a sus funciones. Pero estos enriquecimientos no se traspasaron a la sociedad chilena, que ignoró o no se interesó en los contenidos y postulados de su Biblioteca Nacional. La Biblioteca permaneció así ajena al llamado "desarrollo" del país. Porque nuestra sociedad actual y sus sucesivos y diversos Gobiernos consideran y propulsan el desarrollo como un proceso de ampliación y consolidación de estructuras económicas. Pero la Biblioteca Nacional, postula, en cambio, que "las estructuras fundamentales de la nación" no son las estructuras del mercado sino "las mentes, la sangre, los huesos... de sus habitantes...". Y que el desarrollo de una sociedad humana consiste en las posibilidades y oportunidades de desarrollo de la mente, de las capacidades y del sentido cívico de sus habitantes; y que el libro juega en este escenario un rol central.

La Biblioteca Nacional cumple así, en una sociedad con ansias de desarrollo, un papel esencial. Porque el patrimonio que guarda es nutriente en cuanto contiene el legado valórico, cultural e histórico de la nación, lo cual permite a un pueblo civilizado construir su futuro a partir de los elementos de sentido que su pasado le entrega.

¿Qué percepción tuvo Ud. de la Biblioteca Nacional cuando le correspondió asumir como Directora de la misma?

Mis primeras percepciones no fueron en realidad sino evidentes constataciones. En este contexto, la Biblioteca Nacional se me apareció como un hermoso mausoleo, tanto por su arquitectura como por sus procesos internos.

A comienzos del siglo xx, con motivo del Centenario de la Independencia, se había construido (aunque con posterioridad a la fecha de este aniversario, según la costumbre chilena de no dar demasiada importancia al tiempo) un significativo y sólido edificio para albergar la Biblioteca Nacional, como homenaje y recuerdo de la importancia que la naciente República le había atribuido a este símbolo cultural y con este gesto la República pensó haber saldado su deuda con la Biblioteca y sus postulados.

Me impactó la asombrosa escasez de recursos que el Estado destina al cuidado de su patrimonio cultural. Y la casi nula conciencia de los sucesivos Gobiernos de distintos signos políticos respecto del contenido patrimonial de la Biblioteca, sin el cual Chile carecería prácticamente de memoria histórica.

Me impresionó también la desproporción entre la creciente y abrumadora demanda que el igualmente creciente público de estudiantes, investigadores, etc., ejercía sobre la Biblioteca y frente a la cual la Biblioteca estaba en condiciones de responder con la atención del mismo número de funcionarios y de medios que existía cuando la ciudad de Santiago solo tenía un millón de habitantes. Y, no obstante estas dificultades, la Biblioteca ha continuado atendiendo a sus usuarios con eficiencia y buena disposición.

Y sobre todo, me impactó *la total inexistencia de una política pública con relación a la Biblioteca y su patrimonio*, problema que creció y se ahondó a través de los años.

Frente a estos hechos, me produjo desazón constatar la injusticia de las remuneraciones funcionarias, que no guardaban ninguna relación con el alto nivel de conocimiento y larga experiencia de muchísimos de los trabajadores, algunos de los cuales debían esperar por años un merecido ascenso. Por otro lado, conociendo el nivel de los ingresos de los trabajadores privados, admiré la conciencia cívica de estas personas que habían optado por el servicio público y su verdadera devoción por el cuidado del patrimonio bibliográfico y archivístico, así como por los otros legados que la Biblioteca guarda, y también el ingenio desplegado para hacer cundir los escasos recursos de que disponían. Por otro lado, me resultó admirable constatar el grado de honradez funcionaria de la institución, donde libros valiosos y raros y documentos únicos permanecían por años en los sitios que le fueron asignados. Los robos, porque los hubo, se debieron siempre a agentes externos.

Me impactó el hecho de que los libros patrimoniales guardados en la Sala Medina no estuvieran catalogados e incluso algunos no inventariados. Y, también, la fácil accesibilidad a esos libros, así como a los documentos originales del Archivo para quien estuviera dotado de un permiso, muy sencillo de conseguir, lo que permitía el acceso directo, por ejemplo, al uso de un incunable!

Por otro lado, me asombró el deficiente estado de algunas dependencias del edificio y, sobre todo, constatar el deplorable estado del sistema eléctrico no adaptado para nada a la era de los computadores, que, a mi llegada, ino existían en la Biblioteca Nacional!

Otra constatación fue la obsolescencia de los procesos administrativos y la miseria de los medios para cumplir los fines propios de la institución. Reglas arbitrarias y obsoletas creadas al amparo de necesidades coyunturales se habían consolidado y acumulado a través del tiempo, transformando a veces la administración del servicio en una verdadera selva. Me impactó así la ausencia o el desorden de datos elementales y de controles mínimos. El factor tiempo parecía no jugar ningún papel en estos procesos.

En suma, consideré que la institución estaba plagada de contradicciones internas entre la eficiencia y el engorro, que se disputaban el campo de trabajo, y que, a pesar de sus méritos, era un verdadero "dinosaurio" que había que aclimatar a los tiempos modernos.

Con Clara Budnik, mi "segunda", gran amiga, extraordinaria colaboradora y sucesora en el cargo, nos pusimos a la tarea de domesticar al dinosaurio.

¿Cuáles son las principales actividades que Ud. impulsó? ¿Qué novedades Ud. destacaría especialmente? ¿Cómo se podría caracterizar lo que fue su legado?

Resumiré brevemente algunas tareas a las que nos abocamos:

- Modernizar la institución simplificando los procesos y definiendo funciones con mayor precisión. Para ello contratamos a Mario Waissbluth, experto en el área, e iniciamos cursos de capacitación.
- Introducir los adelantos tecnológicos indispensables para el resguardo de los originales que eran prestados para el manejo de los usuarios. Se inició la digitalización de diarios, documentos y otros materiales solicitados por el público, y se estableció un plan paulatino de digitalización del material no tratado desde el siglo xix.
- Colocar la Sala Medina y sus inapreciables colecciones en el siglo xx, mediante un proceso de catalogación y lectura por un sistema digital. Esto nos permitió descubrir y rescatar tesoros patrimoniales de diverso orden, arrinconados y olvidados en las entrañas del edificio. Así, por ejemplo, un álbum de apuntes de Rugendas con diseños de sus posibles cuadros, que no estaba inventariado. También las Proclamas de la Independencia enrolladas detrás de unos muebles y tampoco inventariadas.
- Abrir los espacios para charlas, conferencias, estudios y seminarios, de manera gratuita y sin distinciones de creencias o posiciones políticas. La Biblioteca Nacional es un ente pluralista.
- Sumar la Biblioteca a los eventos culturales que tuvieran lugar en Santiago, participando de sus actividades. Participar en el Día del Libro, tener un "stand" en las diversas Ferias del Libro que se realizan a lo largo del año fueron algunas de las actividades tendientes a cumplir ese objetivo.
- Acentuar la presencia de la Biblioteca en todos los ámbitos que de alguna manera tienen que ver con su área de acción.
- Organizar una mejor sección de prensa y comunicaciones.
- Prestar especial atención a las Relaciones Públicas.
- Iniciar un plan de Relaciones Internacionales.
- Estar presente en los eventos y seminarios nacionales e internacionales donde la Biblioteca fuera invitada. Debido a esto se multiplicó su presencia en el ámbito cultural e intelectual.
- Modernizar algunos servicios y dependencias internas, como el Archivo del Escritor, que fue dotado de medios para funcionar adecuadamente.
- Crear, al alero de la Biblioteca, el Día del Patrimonio Cultural.
- Poner a la Biblioteca Nacional bajo un signo común con el grupo de instituciones —Museos, Archivos, Bibliotecas Públicas, Consejo de

Monumentos— del que ella forma parte y que, como ella, resguardan el patrimonio cultural de la nación. Este grupo de instituciones fue reunido bajo una sigla conformada por sus iniciales: DIBAM. De esta manera, la Biblioteca Nacional, sin perder su primogenitura, pasó a ser una parte de la institución guardiana del patrimonio que se llamó DIBAM.

- Acercar al público los elementos constitutivos de la DIBAM. Para ello se creó, con el apoyo de la CAP y de la empresa japonesa Mitsubishi, los Dibamóviles, buses equipados con representaciones de las áreas de la DIBAM, libros, archivos, cuadros, música etc., que se desplegaron en regiones, con sus carpas y contenidos invitando a la participación original de escritores y artistas e incentivando la solidaridad y presencia y actuación o muestra mutua de estos en localidades interesadas. En estos Dibamóviles el libro jugó un papel esencial.
- Se creó una política de préstamo de libros como ampliación y popularización de la tarea de la Biblioteca Nacional, en tanto que ella oficia también de biblioteca pública. De esta manera, el caudal de títulos cobijados en la Biblioteca podría alcanzar a grandes mayorías de la población: "El libro va hacia ti".
- En acuerdo y colaboración del Metro se creó el sistema llamado Bibliometro: kioscos instalados en estaciones del Metro, que prestan libros a domicilio, mediante la entrega de una licencia-carnet. Para obtener esta, basta con la presentación del documento de identidad, de una cuenta como testimonio de domicilio y de una suma anual bajísima. Los libros se prestan por quince días y se pueden devolver en cualquier buzón colocado para ese efecto en diversas estaciones.
- Programa de préstamo de libros en variados lugares de distribución: en cárceles, en hospitales de niños con enfermedades de largo tratamiento, en lanchas en Chiloé, en un carro de ferrocarril en un parque, en un pequeño bus móvil en Aysén, o incluso carros de supermercado en mercados de poblaciones.

En resumen, encontré una Biblioteca Nacional enquistada en su pasado y necesitada de cambios que la pusieran al día con el siglo. Inicié la tarea de despejar la maleza y preparar la tierra para que los futuros directores pudieran sembrar, cosa que en parte pude iniciar.

La tarea más importante fue la de presentar un nuevo, mas ágil y solidario rostro de la Biblioteca al insertarla en el contexto de la DIBAM, y dándole a esta un fuerte perfil patrimonial. Comenzar a insertar la idea de la DIBAM con su Biblioteca como órgano primero y constitutivo como guardiana y signo del patrimonio cultural en la conciencia de la sociedad chilena.

¿Cómo ve hoy a la Biblioteca Nacional y cómo la proyecta en el tiempo?

Considero adecuado y excelente este testimonio que hoy se rinde a la Biblioteca Nacional por todo lo que ha sido, por su aporte fundacional a los primeros años de la República. La Biblioteca es parte de nuestra historia. Las preguntas son: ¿de qué manera lo seguirá siendo? ¿Cómo se modificarán las relaciones de la Biblioteca con la sociedad actual? ¿De qué manera la mayor conciencia de patrimonio con respecto a la Biblioteca, su mayor prestigio social por un lado y el advenimiento de Internet presente bajo innumerables formas por otro, contribuirán a cambiar el rol de la Biblioteca Nacional en la sociedad chilena?

Porque hoy estamos sufriendo un vuelco copernicano. Hoy la fuente primera del conocimiento a través de la información ya no es la palabra impresa sino Internet. Y esto ha hecho cambiar la noción misma de conocimiento que fue fruto de un esfuerzo de estudio, atención y tiempo, y que ahora es la obtención rápida y fácil de una información que llamamos conocimiento, pero que a menudo no lo es. Información además que es muchas veces mal digerida. Y desechable.

El estudiante moderno ya no ve televisión. Conversa todo el día con su computador o con su celular. Esta situación acrecentará, en cambio, la importancia y el significado de la Biblioteca Nacional, guardiana del libro original que es testimonio del saber acumulado, que da nacimiento a toda la información.

Para continuar siendo fuente primera de la investigación y del conocimiento: ¿bastará que la Biblioteca guarde el rango de saberes que hoy custodia? ¿Cómo deberá ampliar sus contenidos para incluir en ellos las bases de los conocimientos científicos y tecnológicos que están modificando nuestra percepción del universo? ¿De qué instrumentos nuevos deberá dotarse para responder a la demanda de los investigadores actuales?

Creo que con ocasión de los doscientos años de su fundación, estas preguntas sobre la Biblioteca podrían ayudar a conformar una ronda de cuestionamiento sobre su rol futuro si no quiere, de verdad, transformarse en un "dinosaurio".

Entrevista a Clara Budnik S.*

¿Qué visión tiene Ud. de la Biblioteca Nacional, de su historia y de sus vínculos con el desarrollo de la República de Chile?

Nuestra Biblioteca Nacional está unida a la República, no solo por su fecha de creación, sino también por los principios que la inspiraron, como espacio de resguardo del patrimonio y de acceso igualitario al mismo. En ese sentido, la Biblioteca Nacional es una institución republicana que privilegia los derechos ciudadanos de acceso al conocimiento, al patrimonio y la información. Asimismo, su historia como institución da cuenta de la importancia que ello reviste en su instalación en el imaginario colectivo: se trata de una institución que da cuenta de los ideales de los padres de la patria y su impulso fundacional.

Han sido generaciones de chilenos y chilenas que han tenido oportunidad de acceso a un bien cultural que ha incrementado el capital cultural y, por ende, el capital social de nuestro país. Cómo no recordar espacios emblemáticos de la Biblioteca Nacional que fueron parte del imaginario de generaciones, como su sala para niños y niñas, hoy Sala de Investigadores; espacios como ese dieron cuenta de una Biblioteca Nacional que cumplió funciones de biblioteca pública durante años y fue la cuna del nacimiento de este tipo de bibliotecas en nuestro país. No hay hito en el desarrollo de la República que no esté, de algún modo, relacionado con el quehacer de esta institución.

La Biblioteca Nacional no es solo un espacio donde se resguarda el patrimonio, sino también que da cuenta de nuestra historia y la difunde, y donde el saber y el conocimiento se proyectan a una comunidad nacional e internacional. Un espacio abierto, cuyas colecciones son fruto del trabajo de personas comprometidas con la institución y el país, como lo demuestran las importantes donaciones que ha tenido la Biblioteca a lo largo de los años: la biblioteca de los jesuitas o la de Benjamín Vicuña Mackenna o la de Claudio Gay en el siglo xix, entre otras o las recibidas en el siglo xix como las bibliotecas de Diego Barros Arana, Guillermo Feliú Cruz o José Toribio Medina (dando origen esta última a la Sala que lleva su nombre). Estas han permitido que nuestra Biblioteca sea hoy una de las más importantes de Hispanoamérica en cuanto a recursos bibliográficos.

^{*} Directora de la DIBAM y de la Biblioteca Nacional entre los años 2000 y 2006.

La Biblioteca Nacional ha sido una institución que ha cambiado con los tiempos, que se ha modernizado y que ha ido de la mano con la historia del país. Una Biblioteca republicana, una biblioteca bicentenaria, pero sobre todo una biblioteca que es parte de la cultura nacional, parte del patrimonio de nuestra comunidad.

¿Qué percepción tuvo Ud. de la Biblioteca Nacional cuando le correspondió asumir como Directora de la misma?

Para mí y para el equipo que trabajó conmigo en ese período, la Biblioteca Nacional fue el espacio donde se debía construir y crear oportunidades de acceso a la información para la ciudadanía y, en ese sentido, iniciamos proyectos, programas y servicios que generaban conciencia colectiva de la necesidad de resguardar, pero también de difundir el patrimonio bibliográfico de nuestro país.

Tal vez una de las cosas que más me llamó la atención es el equipo de la Biblioteca Nacional, un equipo de hombres y mujeres conocedores de su riqueza, con una gran vocación de servicio público, comprometidos con la Biblioteca y con ganas de hacer cosas y trabajar por un espacio moderno. Ese compromiso llevó a que la Biblioteca Nacional siempre estuviese mirando al futuro en sus proyectos y servicios.

La existencia de una Sala de Referencias Críticas, donde está todo lo publicado en la prensa sobre la vida y las obras de escritores chilenos, fue muy importante para mí y eso me hizo entender que la Biblioteca Nacional era un espacio vivo, preocupado por mantener el liderazgo en instituciones de este tipo. No conocía en el mundo otro espacio similar, y el trabajo que realiza el equipo de esta Sala ha sido fuente de conocimiento para muchas publicaciones. Es un espacio único en Chile, que cuenta con actualización diaria. Sin duda este trabajo era el reflejo de todo lo que ocurría en la Biblioteca y que permitía que mi percepción de ese momento, la cual se mantiene hasta hoy, fuera la de estar convencida del trabajo que realizaría en una institución muy antigua, pero no por ello con una visión estancada en el tiempo, muy por el contrario, la visión de la Biblioteca tenía que ser de renovación y actualización permanente.

De no haber existido el equipo de la Biblioteca Nacional, dudo que esta institución se hubiese convertido en lo que es hoy, y estar *ad portas* de celebrar su bicentenario. En ella siempre trabajaron personas comprometidas y que se preocuparon por ir un paso adelante en el desarrollo cultural de Chile, y eso sin duda se agradece a la hora de dirigir una institución.

¿Cuáles fueron las principales actividades que Ud. impulsó? ¿Qué novedades Ud. destacaría especialmente? ¿Cómo se podría caracterizar su legado?

Creo que el trabajo que hicimos de incorporación de la Biblioteca Cervantes, o de creación de Memoria Chilena son grandes logros que dan cuenta del trabajo de un equipo convencido y comprometido con el acceso y la igualdad. Difundir nuestras colecciones de manera virtual era y es una necesidad para que la Biblioteca sea un lugar de libre acceso y, sobre todo, un espacio de equidad. El trabajo realizado con Memoria Chilena creció y dio frutos y permitió ir más allá de un público especializado e investigadores y encantar a los niños y niñas con la creación de Chile para Niños. En sus inicios, como lo dije anteriormente, la Biblioteca contó con una Sala Infantil, y si bien la Sala dejó de existir mucho tiempo antes de que yo asumiera como directora, era un espacio que debíamos recuperar, entregando a los más pequeños conocimiento de manera lúdica. Estos proyectos digitales sin duda permitieron a la Biblioteca Nacional proyectarse y crecer y, especialmente, dar cuenta de que la Biblioteca, nuestra Biblioteca, camina con las nuevas formas de acceso, y genera una demanda y una oferta nueva.

Cómo no recordar la apertura de los jardines de la Biblioteca y la colocación de un vagón de tren que hasta el día de hoy presta servicios a la comunidad, unido a la red de Bibliometros. Estos proyectos materializaron el propósito de abrir la Biblioteca a la gente. Nunca olvidaré la llegada del tren un día en la madrugada, cruzando la Alameda para ingresar a los jardines. Creo que eso es un hito en la historia de la ciudad y será parte de los recuerdos de quienes circulaban esa noche y de los locatarios cercanos que vieron cómo un tren se aproximaba al edificio que siempre había estado ahí rodeado de jardines. Para mí, la llegada de un tren siempre da cuenta de la llegada de las personas, del acercamiento, de encuentros y bienvenidas, entonces este vagón representaba, de alguna forma, la bienvenida a un nuevo servicio, el arribo de más libros, más personas satisfechas y, especialmente, la construcción de instituciones que tienen el acceso y la equidad como punto de partida en cualquier servicio.

Lo anterior también se plasmó en otros servicios que creamos, como la instalación de una cafetería en uno de los salones de la Biblioteca: lo vimos como un espacio de antesala, para conversar; un espacio que le daba nueva vida a la Biblioteca y donde el olor a una bebida maravillosa, como es el café, llamaba la atención de usuarios y usuarias. Hasta hoy ese espacio sigue siendo un espacio de encuentro. Tengo la sensación que mucha gente entró por primera vez a la Biblioteca gracias a ese espacio. El innovar de esa forma nos hizo repensar otros espacios, como la conocida Galería Azul, que pasó de ser un lugar muy oscuro a un espacio de luz.

Otro proyecto importante fue la restauración de la fachada de la Biblioteca, a través de apoyo de la empresa privada. En ese sentido fuimos bastante rompedores de esquemas, cuando las imágenes de "modelos" cubrieron la Biblioteca, mientras atrás de los andamios se restauraba la fachada. Ese tipo de alianzas fueron muy importantes, y perduraron en el tiempo, permitiéndonos concretar distintas mejoras.

Creo que el legado no es reductible a una persona; el legado lo construye un equipo de trabajo y, en ese sentido, más que un legado personal, es el legado de un grupo de personas que trabajamos por la generación de una Biblioteca Nacional que trascendiera los muros del edificio, que fuera más allá de Chile, que se internacionalizara y que diera la posibilidad a muchos de acceder al invaluable patrimonio que ella resguarda, que finalmente es el patrimonio y la memoria de todos y todas. Todo lo hicimos pensando en los usuarios y usuarias y no en un solo tipo de visitante, sino que en una comunidad conformada por distintos tipos de personas.

Para mí, fue un premio trabajar en la Biblioteca Nacional, sobre todo por haber conocido gente tan valiosa y con tantos deseos que la institución fuese cada día más. Siempre lo agradezco.

¿Cómo ve hoy a la Biblioteca Nacional y cómo la proyecta en el tiempo?

La veo como una institución cultural con historia y que transmite, a través de diversos medios, esa historia, que no es ajena a las nuevas tecnologías, a las redes sociales y que se adecua a los tiempos. Una institución dinámica, al servicio de toda la comunidad, tanto nacional, como internacional. Una biblioteca que se sigue construyendo día a día y que se proyecta en el tiempo, con la intención de ser parte de la historia personal de cada individuo de nuestra comunidad nacional. Creo también que debe ser una institución participativa, que dé cuenta de su creación republicana, donde sus usuarios y usuarias se sientan parte de ella. Debe seguir creciendo en patrimonio, pero también en servicios y especialmente en nuevas formas de acceso al conocimiento, la cultura, recreación, información y patrimonio, teniendo siempre como norte la difusión de ese patrimonio.

Estoy cierta que la institución seguirá creciendo y continuará siendo pionera, generando nuevos espacios físicos y virtuales, y proyectos que vinculen el patrimonio bibliográfico con la comunidad, acercándose a nuevos públicos, estableciendo vínculos con públicos y privados en pro de la difusión del patrimonio. Permanecerá como una institución que resguarda y acoge, pero también que muestra su patrimonio, que lo difunde y produce frutos. En síntesis, una institución donde la comunidad siempre sea lo primero.

Entrevista a Nivia Palma M.*

¿Qué visión tiene Ud. de la Biblioteca Nacional, de su historia y de sus vínculos con el desarrollo de la República de Chile?

Uno de los primeros actos fundacionales de nuestra patria independiente fue crear esta institución. Cuando aún la sangre corría por las calles, los libertadores instalan la idea del conocimiento como instrumento de liberación y reconocen el derecho de esta nación, ubicada al fin del mundo, a generar conocimiento y de acceder al conocimiento generado en otras culturas y territorios.

Sin duda, crear la Biblioteca Nacional en ese contexto tan precario de independencia —y cuando aún ella no estaba asegurada— es expresión de la profunda voluntad de ser nación independiente y, al mismo tiempo, es evidencia de la fuerte influencia de las ideas de la Ilustración en los procesos independentistas de Sudamérica y del contacto de nuestros líderes con las comunidades y culturas inglesas y francesas.

Por otra parte, el edificio que actualmente la alberga, de una gran belleza arquitectónica, es testimonio de las celebraciones del Centenario de la República. Es cierto, de las celebraciones del Estado precario y de la elite de la sociedad chilena de esa época, pero que finalmente logra constituirse en un espacio del país.

Con este origen y sentido, la Biblioteca Nacional ha sido y es testigo y testimonio de nuestra historia, con sus aciertos y convulsiones, con sus tensiones y exclusiones, y es repositorio de la extraordinaria, diversa y plural producción cultural chilena. Todo ello, junto con ser la biblioteca patrimonial más grande y compleja de Chile.

Además, y por lo anterior, ha sido el espacio libertario de encuentro de cientos de creadores con millones de obras; ha sido un espacio silencioso de estudio, inspiración y descubrimiento. También, ha sido el espacio de debate intelectual y político, del encuentro de Estado y ciudadanía, de crisis y construcción de nuevos escenarios.

La Biblioteca Nacional, pienso, también ha sido una institución que interpela a la sociedad chilena para que retorne, reconstruya y construya un nuevo imaginario de país. Y, en las últimas décadas, ella misma se ha interpelado para saber cuánto conocimiento, cuántos saberes, cuántas prácticas y sus soportes culturales están presentes en la Biblioteca Nacional, cuánto

⁵ Directora de la DIBAM y de la Biblioteca Nacional entre los años 2006 y 2010.

y qué espacio ha tenido en ella el Chile profundo, en toda su riqueza, diversidad y pluralidad.

¿Qué percepción tuvo Ud. de la Biblioteca Nacional cuando le correspondió asumir como Directora de la misma?

Percibí una Biblioteca más cercana, más conectada con el Chile de 16 millones de habitantes, resultado de un proceso de renovación de varios años.

Me correspondió asumir la dirección en un excelente momento para la Biblioteca, resultado del esfuerzo y sabiduría de muchos(as) profesionales y funcionarios de la DIBAM. Fue un tiempo caracterizado por la utilización de las nuevas tecnologías de la información y comunicación para posibilitar un acceso masivo a las obras y los diversos instrumentos y soportes que son parte de la Biblioteca Nacional. También, un tiempo de instalación de programas muy relevantes hasta hoy como lo es el sitio virtual Memoria Chilena (www. memoriachilena.cl), y el de renovación de su edificio.

¿Cuáles fueron las principales actividades que Ud. impulsó? ¿Qué novedades Ud. destacaría especialmente? ¿Cómo se podría caracterizar su legado?

Primero, no es mi legado. Todo lo que se hizo fue el resultado del trabajo de muchas personas que incansablemente y con gran creatividad han trabajado por muchos años. En segundo lugar, pienso que me correspondió llevar adelante algunas iniciativas políticamente complejas y, por otra, concretar algunas largamente esperadas.

En ese contexto de trabajo conjunto, en el periodo que me correspondió cumplir la función de directora, estimo como algunas iniciativas relevantes las siguientes:

- a) Devolución de 3.788 libros a la Biblioteca Nacional de Lima, que habían sido apropiados por chilenos en el contexto de la Guerra del Pacífico. Esta decisión, ejecutada el año 2007, fue una reparación cultural histórica que nuestro país y en especial la Biblioteca Nacional de Chile le debían a su homóloga de la República del Perú.
- b) Recuperación del legado de Gabriela Mistral, el cual se encontraba en Estados Unidos. Se trata de un conjunto de bienes muebles de propiedad de la Premio Nobel y por ende de gran valor histórico, literario y cultural. Sin duda que este logro del año 2007 es el resultado del trabajo y acción de muchas personas, en especial de Doris Atkinson, sobrina de Doris Dana y de Pedro Pablo Zegers. Parte de estos materiales fue entregado al Museo Gabriela Mistral de Vicuña, para enriquecer la

nueva propuesta museográfica de este; y una exposición itinerante especialmente preparada con los objetos del legado recorrió Chile.

Asimismo, bajo la conducción profesional del director del Archivo del Escritor, Pedro Pablo Zegers, se inició el proceso de estudio, restauración y digitalización de los manuscritos y correspondencia, y el año 2009 se creó la Sala Virtual Gabriela Mistral para difundir masivamente este valioso legado.

- c) Creación de dos sitios virtuales especializados para ampliar y profundizar el aporte de Memoria Chilena; me refiero al sitio Chile Para Niños (www.chileparaninos.cl) y al sitio Memoria Chilena para Ciegos (www.memoriachilenaparaciegos.cl). Junto a ello, se habilitó una sala especializada para las personas discapacitadas visualmente.
- d) Mejoramiento de infraestructura de la Biblioteca, tarea que las anteriores directoras también habían impulsado. En este marco, se instaló en el ex salón Fundadores un amplio espacio de cristal, que es la materialización de una propuesta destinada a un usuario distinto al tradicional (trae sus propios libros, usa Internet, etc.)
- e) Ampliación y transformación de bóveda climatizada del Archivo Nacional para custodia del legado de Gabriela Mistral.
- f) En conjunto con la Universidad Católica, se desarrolló el programa Bicentenario "Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile", iniciativa financiada por la Cámara Chilena de la Construcción. Se consideró la publicación de cien títulos, con una tirada de mil ejemplares cada uno de ellos, los cuales fueron distribuidos en las bibliotecas públicas de todo el país.

¿Cómo ve hoy a la Biblioteca Nacional y cómo la proyecta en el tiempo?

La veo muy sólida y decidida a continuar trabajando por la cultura de nuestro país. Pienso que mantiene la opción de comprender que sus acervos deben ser conocidos y valorados por la ciudadanía, que ello es parte de su tarea central; y, al mismo tiempo, continúa valorando y validando manifestaciones de la cultura popular y tradicional que, en su origen y en buena parte de su historia, estaban excluidas.

Por cierto, queda mucho aún por hacer para que todas las personas, de distintas edades y de diversos niveles de formación educacional, conozcan y se apropien del valioso patrimonio de nuestra Biblioteca Nacional. Y, también, queda mucho por hacer para que el Estado comprenda en profundidad la relevancia de esta Biblioteca y le asigne los recursos que efectivamente requiere para cumplir su labor.

Entrevista a Magdalena Krebs K.*

¿Qué visión tiene Ud. de la Biblioteca Nacional, de su historia y de sus vínculos con el desarrollo de la República de Chile?

La Biblioteca Nacional de Chile, una de las instituciones republicanas más antiguas de América Latina, y la primera institución cultural de Chile, se conformó, en primera instancia, gracias a las donaciones de vecinos ilustres y el traspaso de las antiguas colecciones que habían pertenecido a los jesuitas y que se encontraban en la Real Universidad de San Felipe. Durante los siglos xix y xx se sumaron otras donaciones de gran importancia, como las bibliotecas de personajes ilustres de nuestra vida política y culturales: Juan Egaña, Andrés Bello, Claudio Gay, monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre, Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana, José Toribio Medina, Guillermo Feliú Cruz, Antonio Doddis, y otros importantes fondos bibliográficos como el de Raúl Silva Castro y la colección Matta Vial. Esto tiene un especial significado si consideramos la importancia que ha tenido, desde sus inicios, el sentido de pertenencia de la comunidad para el enriquecimiento de las colecciones que resguarda y difunde esta institución republicana.

Es también muy destacable que, en medio de los ensayos políticos que fueron dando estructura a nuestra nación en las primeras décadas del siglo XIX, nuestros líderes políticos pensaran también en el desarrollo cultural para lo cual, a los pocos años de la creación de la Biblioteca Nacional, y emulando las legislaciones de instituciones pares europeas, se creara el Depósito Legal, que obligaba a las imprentas a dejar en esta institución copia de cada libro, revista o periódico publicado. Esta forma comprehensiva de coleccionar, sin selección de ningún tipo es esencialmente democrática, pues recoge íntegra e inclusivamente el acervo y permite a cada usuario consultar las colecciones según sea su interés.

El reunir el patrimonio bibliográfico del país y ponerlo a disposición de la ciudadanía nos habla de una institución que garantiza el acceso igualitario al conocimiento y pertenencia a la comunidad nacional.

En el desarrollo más reciente, la Biblioteca Nacional de Chile, al igual que sus pares internacionales, se ha enfrentado a múltiples desafíos vinculados a las nuevas tecnologías y a su rol en una sociedad moderna. Es por esto que iniciativas tan relevantes como el portal de contenidos culturales Memoria Chilena (www.memoriachilena.cl) responden a estas inquietudes haciéndose parte del devenir histórico y social de nuestro país, no solo al adecuarse de

^{*} Directora de la DIBAM y de la Biblioteca Nacional (2010-).

forma práctica a los tiempos actuales, sino que también al aportar en el rescate y puesta en valor de nuestro patrimonio, memoria e identidad más allá de la experiencia presencial de visitar la Biblioteca Nacional, aportando así a la democratización y participación nacional.

¿Qué percepción tuvo Ud. de la Biblioteca Nacional cuando le correspondió asumir como Directora de la misma?

Me correspondió asumir este cargo, en un momento muy dramático, tan solo un mes después del terremoto que asoló Chile el 27 de febrero de 2010. El edificio había quedado dañado y una parte muy significativa del acervo bibliográfico había caído desde las estanterías. Mi primera impresión no puede despegarse de esa imagen, junto a la cual me llamó enormemente la atención la entereza del personal, su amor y conocimiento de las colecciones, el empuje para estudiar las alternativas que requerían para solucionar los múltiples problemas y, sobre todo, el trabajo incansable para permitir reanudar, en el menor tiempo posible, la atención de público. Con el paso de los meses, eso se logró, y pudimos planificar una ordenada manera para pensar la recuperación de la infraestructura, pero también sus necesarias proyecciones en el tiempo. Posteriormente, aún durante ese primer año, fue posible dedicar mayor tiempo al funcionamiento de la Biblioteca, a pensar en sus desafíos de largo plazo, a proyectar los próximos 100 años de esta institución, integrando todas las funciones que debe desarrollar.

¿Cuáles son las principales actividades que Ud. ha impulsado? ¿Qué novedades Ud. destacaría especialmente? ¿Cómo se podría caracterizar lo que será su legado?

Durante el 2013 se celebrarán los 200 años de la Biblioteca Nacional y se ha preparado un extenso programa que aborda diferentes ejes: el acceso democrático a las colecciones, mejorar la infraestructura para el cumplimiento del rol de la biblioteca como depositario del patrimonio bibliográfico del país, fortalecer el vínculo con la comunidad y sus usuarios y dar cabida a la reflexión e investigación sobre nuestra historia, identidad y memoria.

Este año, después de diez años desde la creación del portal de contenidos culturales Memoria Chilena, se dará un nuevo paso con la creación de la Biblioteca Nacional Digital, un proyecto que le permite a la Biblioteca Nacional traspasar sus fronteras geográficas y temporales, haciéndose cargo de las nuevas formas de crear, preservar, utilizar y publicar el conocimiento a través del uso de las tecnologías de información. Reúne una gama de servicios que permitirán el acceso remoto a partes relevantes de su infraestructura pa-

trimonial como las visitas virtuales; la posibilidad de conocer, contextualizar y utilizar las diversas colecciones en Memoria Chilena en el que gracias a los cambios de diseño y plataforma tecnológica los usuarios tendrán la posibilidad de vincular investigaciones históricas con referencias bibliográficas actualizadas del catálogo e interactuar con herramientas de la web 2.0. Por otra parte, en la Biblioteca Nacional Digital, los productores de información podrán dar cumplimiento a la ley de depósito legal electrónico a través del administrador de colecciones digitales, recursos que quedarán inmediatamente puestos a disposición de la comunidad en consulta externa (Internet) o interna (Biblioteca Nacional) según lo establezca el titular de derechos, respetando de esta manera la legislación de propiedad intelectual vigente. Los usuarios remotos, y también los presenciales, a través de la Sala de Consulta de Recursos Digitales, además de la posibilidad de contactar con un bibliotecario en línea que podrá resolver todas sus dudas y necesidades de información, podrán conocer y consultar las diferentes iniciativas digitales que presentan colecciones de la Biblioteca Nacional, como la Biblioteca Digital Mundial, la Biblioteca Digital del Patrimonio Iberoamericano, y la Biblioteca Pública Digital; proyecto de préstamos de libros electrónicos de la Subdirección de Bibliotecas Públicas.

En el caso de su infraestructura el edificio de la Biblioteca Nacional consta de 16.000 m² construidos, correspondientes en un 75 por ciento a depósitos de colecciones que no dan abasto para satisfacer todas las necesidades de almacenamiento que requiere la institución. Incluso, con el paso de los años ha sido necesario ocupar espacios de otras dependencias de la dibam para cumplir el mandato legal de custodia del patrimonio bibliográfico del país. Con el fin de proyectar sus actividades y funciones hacia los próximos 200 años, la Biblioteca Nacional se ha planteado el desafío de elaborar un plan maestro de desarrollo arquitectónico sobre la base de tres ejes estratégicos: sus procesos, su infraestructura y sus servicios, analizando diversos escenarios de crecimiento, estableciendo criterios de desarrollo y generando las bases de un concurso público de proyección de su edificio patrimonial.

Esperamos que al culminar este año la Biblioteca Nacional haya logrado proyectarse para sus siguientes 100 y hasta 200 años y que la ciudadanía sienta que la Biblioteca Nacional y sus colecciones le pertenecen como parte esencial del patrimonio cultural de Chile.

¿Cómo ve hoy a la Biblioteca Nacional y cómo la proyecta en el tiempo?

Veo a esta institución en un momento alegre y festivo. Con la seguridad que le otorga su ya larga historia continúa, sin prisa y sin pausa, la valiosa y perseverante labor que el país y la sociedad le ha encomendado. No solo esta

biblioteca, sino que todas las bibliotecas y en general el quehacer editorial aquí y en todo el mundo están expectantes, frente a las vertiginosas y tan atractivas oportunidades que nos ha abierto la tecnología; proceso en el cual la Biblioteca Nacional ha sido un actor muy relevante para el país. Por ello la Biblioteca Nacional ha podido aprovechar este aniversario para reflexionar sobre sus logros y soñar su futuro. Se ha buscado que esta celebración contenga actividades festivas, reflexión, incremento y mejoría de los servicios prestados a los ciudadanos, junto a un pensamiento sobre sus necesidades de infraestructura. En síntesis, la Biblioteca Nacional celebra con orgullo sus doscientos años, recoge su tradición republicana y se proyecta desde esta hacia el futuro.



TESTIMONIOS



LA BIBLIOTECA NACIONAL Y MI PROPIA EXPERIENCIA LITERARIA

Jaime Quezada*

Desde los inicios de la década del sesenta, años chilenos tan vivenciales de vida ciudadana y de pacifistas revoluciones florales, la Biblioteca Nacional sería mi inicio constante de mundo lectural y, por sobre todo, una permanente fuente de nutrimiento en mis afanes de literatura investigativo. Venido yo de la provincia sureña y joven estudiante universitario penquista, encontraba aquí mi espacio de silencio y de búsqueda esencial en una especie de convivencia diaria en el sentir y leer y vivir el libro. Un volverse también un lector plural más allá de su propia misma inicial literatura. Mi centro y mi órbita era esta Biblioteca Nacional de constante referencia cotidiana.

Por entonces, 1960 y años siguientes, dos definitivas situaciones marcarían para siempre en mí esa órbita de referencia cotidiana: un descubrir o redescubrir la escritura prosística de una Gabriela Mistral en sus asombros, hallazgos y novedades; y el ser testigo presencial y de privilegio en el homenaje que la Biblioteca Nacional de Chile rendía a Pablo Neruda al cumplirse el sesenta aniversario del nacimiento del poeta y sus *plenos poderes* en la poesía de todo tiempo. Circunstancias felicísimas que fueron y siguen siendo mis admirativos y esenciales derroteros.

Mañanas y tardes muchas, días enteros, me pasaría en la Biblioteca Nacional en un animoso "rastreo" recadero de los artículos periodísticos de Gabriela Mistral. Búsqueda o investigación de aquellos tantos artículos o motivos o estampas que la autora de *Desolación* (1922) había dejado en las páginas de libros, revistas y periódicos en pasadas épocas. Ya Alfonso M. Escudero, ese noble agustino erudito y acucioso en su tarea literaria e investigativa había hecho con generosidad lo suyo, abriendo un camino deslumbrante y sorprendentemente inesperado en el registro o fichaje mistraliano.

Con esa guía, como vademécum entre mis manos, me iba yo entrando en una casi diaria permanencia en las silenciosas y acogedoras salas de la Biblioteca Nacional, como un topo en su madriguera, distrayéndome a ratos solo para contemplar las artísticas y bellas decoraciones cart decó o art nouveau? en las paredes y vitrales de la sala. Más bien ensimismado y ojo atento en el texto-artículo que revisaba, feliz de dar con la página precisa de su publicación (*La Nación, El Diario Ilustrado, El Mercurio*) o lamentando hasta el enojo al

^{*} Poeta, ensayista y crítico literario.

darme cuenta que la tal página ya no existía. A veces —iay!— sacada íntegra por lesa mano lectora. Otras, el artículo recortado a puro tijeretazo o a filo de *gillete* por la misma lesa mano. Aunque yo, maliciosamente, dirigía mis sospechas hacia el mismo Alfonso M. Escudero en sus afanes por preservar dichos textos en los archivos y registros personales. Años después, y tiempo antes de su muerte (1970), lo visitaría en el claustro agustino de su alta y desordenada biblioteca, expresándole mis admiraciones y gratitudes por su labor primera en acercarnos a la prosa de Gabriela Mistral.

Así, mientras voy de un periódico a una revista hojeando y ojeando páginas en busca de aquel artículo-recado que necesito en mi tarea recopiladora, pienso en la mismísima Gabriela Mistral que por aquellos años de educadora en Los Andes (1916) decía en resuelta frase epistolar: "Santiago solo me interesa por su Biblioteca Nacional, es decir, por la facilidad para leer libros que necesito". Ese decir de sus palabras —"que necesito"— coinciden ahora con mi afán de "rastrear" una casi inédita materia que va a devenir en la llamada prosa mistraliana, y sorprendido y admirado de tanto tema de escritura en tantos variados artículos que ella escribe para periódicos del continente desde lugares también diversos del mundo.

Bien podría graficarme un amplio mapa para seguir geográficamente su derrotero, y de hecho lo hago cada vez que el paciente funcionario de la hemeroteca o de la sala de periódicos va dejando en mi mesa la revista o el diario solicitado. Viajo así también por las Españas o los Portugales, los Brasiles o las Californias a través de las amarillas y volanderas páginas de esos periódicos. "La gacetillera que soy", decía la misma Gabriela Mistral justificando la continua escritura de artículo tras artículo: estampa, motivo, recado. Todo mundo en ese mundo reconcentrado ahora en el espacio lumínico de la Biblioteca Nacional de Chile.

Se me va el día casi sin darme cuenta, pero con la cuenta gananciosa en el redescubrimiento vivencial de estos textos tan notables de escritura y tan reveladores en el tratamiento de sus temas: desde una estampa aparentemente botánica (*La pobre ceiba*), con todas las circunstancias contingentes e ideológicas de una época americanista de los años treinta, a unas prosas escritas, si diría por el espíritu, de sus *Motivos franciscanos*, el santo-hombre de Asís preferido de Gabriela Mistral, y en quien admiraba sus supremas pobrezas y humildades. En esos y otros tantos recados o motivos, la autora de *Tala* (1938) trata con las emociones más puras y profundas, las cuestiones que le dictaron criaturas y cosas, y que ella consideraba dignos de contárselos a sus semejantes.

Bienaventurado yo, entonces, de ser uno de esos semejantes que la Biblioteca Nacional me entregaba ahora a páginas llenas. Páginas en las cuales no solo queda de manifiesto una singular y tipificadora escritura recadera, sino

también la presencia de una mujer que miró tan familiarmente el mundo como si hubiese sido creado por ella, y con gracia. Así su contar y su encantar, pues en esos *recados* está el tono más suyo, el más frecuente, "mi dejo rural con el que he vivido y con el que me voy a morir".

De hora en hora, al mediodía, yo me daba mi descanso y me iba a uno de los pisos superiores, subiendo por un viejo y enrejado ascensor, para encontrarme en la sala de trabajo del poeta Juvencio Valle. Enhorabuena llegaba allí pues al rato, el hijo del guardabosque miraba su reloj de bolsillo, se quitaba su siempre planchada cotona, ordenaba una mesa llena de libros y papeles diversos, cerraba una estrecha puerta que tenía un letrerito de "Distribución y Canje", y nos íbamos a almorzar a su casa de Eliecer Parada, viajando en una micro comuna arriba de Ñuñoa. Ese encuentro estimulante de conversación y diálogo con el poeta mayor y venerable, como con otras muchas gentes literarias de mi ladera, rodeaban gozosamente mis ires y venires por la Biblioteca Nacional. Tal cual ocurrió con el mismísimo Pablo Neruda.

Es un agosto de 1964, un día viernes siete, y Pablo Neruda en la Biblioteca Nacional hablando de su propia obra o dando noticias muy personales de esa, lo que el mismo llamará "algunas reflexiones improvisadas sobre mis trabajos". Ocasión única y vitalísima para entrarse en el mundo del autor de *Residencia en la tierra* (1935) que estaba con los pies ahí en un auditorio repleto y su cabeza abierta a la *estravagancia* y a la imaginación creadora. Y yo, todavía un poco soñoliento por mi viaje en un tren nocturno desde la ciudad penquista, cambiando de sitio y de planeta, haciendo muy mías, como un hondero entusiasta, las palabras de un Neruda que habla de sus entusiasmos y vanidades y primeras honduras en su creación poética. "El joven sale a la vida creyendo que es el corazón del mundo y que el corazón del mundo se va a expresar a través de él", decía Neruda, reconociendo "que no es la originalidad el camino, sino el camino encontrado a través de muchas influencias y de muchos aportes, pero esto es largo de conocer y de aprender".

Recogía yo esas vivas palabras o verdades como una lección, como un inicio o llamado de alerta para el todavía aprendiz de poeta que era por entonces (y lo sigo siendo), a pesar de las motivaciones de Jorge Teillier (otro nostálgico y usual habitante de la Biblioteca Nacional) en su afán por publicar mi primer execrable librito (*Poemas de las cosas olvidadas*, Ediciones de la Revista Orfeo, Santiago, 1965).

Neruda habla de sus propósitos e intenciones que impulsaron su poesía, desde *Crepusculario* (1923), su libro inicial ("un diario de cuanto acontecía dentro y fuera de mí mismo, de cuanto llegaba a mi sensibilidad"), a *Memorial de isla Negra* (1964) que se publicaba recién no más como personal regalo nerudiano que se daba el propio poeta; pasando, por cierto, por su tutelar *Canto general* (1950), libro que fue la coronación de su tentativa ambiciosa:

"Es extenso como un buen fragmento del tiempo y en él hay sombra y luz a la vez, porque yo me proponía que abarcara el espacio mayor en que se mueven, crean, trabajan y perecen las vidas y los pueblos".

Un viaje, sin duda, a lo más entrañable y emotivo de la obra del poeta en sus sentires y pensares, una especie de genealogía literaria de cada uno de sus libros (salvo de *Residencia en la tierra*, del cual el poeta no dio luces, acaso porque las luces están en el mismísimo metafísico libro), urdiendo obra a obra en sus trasvasijamientos cíclicos y vasos comunicantes. Escuchando a Neruda yo estaba entrando en lo más intimo del poeta y, a su vez, en lo más medular de su obra: "quise ser un poeta que pasara de la emoción o de la visión de un momento a una unidad más amplia, es decir a una poesía de la sensación de cada día".

Hay un silencio de atención total en la sala solo invadido por la voz lenta y sonora de un Neruda hecho ya no libro ni poema, sino gesto, corazón, latido humano. Las tentativas del hombre infinito resueltamente infinitas. Me sentía dichoso y lleno de gracia de estar en esa sala en medio de estudiosos nerudianos y de un público fervoroso que desbordaba el tan docto auditorio. Ahora ese Neruda estaba ahí, en una alta testera, a metros de mi cómoda butaca, atento a sus intimidades y confesiones de las muchas cosas que él vio y amó. Es decir, a sus sesenta años totales, con todo lo vivido, luchado "para seguir escribiendo el largo poema cíclico que aún no he terminado, porque lo terminará mi última palabra en el final instante de mi vida".

Todavía tengo en mi caracoleado orejear aquellos rotundos y prolongados aplausos que cerraron las palabras del poeta, palabras vueltas hoy no solo pura evocación y recuerdo, sino por sobre todo esencial y admirativa lección para los poetas por venir. Así sea también el autógrafo que, de su puño y letra, me firmó a tinta verde en la primera página de su libro *Plenos Poderes* (1962) que yo me leía devotamente por esos mismos días, tan de ayer como de hoy. Con mi tesoro-hueso-santo salí feliz del ahora bullicioso auditorio, estremecido de gracia y de creer en lo visto, lo escuchado y lo vivido.

Después me fui con el escritor Fernando Alegría, entre otros sesudos nerudianos, por las galerías interiores de la Biblioteca, echando de menos, en estas nada de improvisadas reflexiones, la ausencia de *Residencia en la tierra* en la mirada sensorial que Neruda daba a su propia y misma obra. "Eso lo comentaremos en *Il Bosco*", me dice el novelista chileno-californiano, apurando el paso hacia la puerta principal que conduce a la Alameda.

Lo Cañas, en Santiago de Chile, abril, y 2013

DONDE LAS VOCES HABLAN EN SILENCIO

Juan Antonio Massone del C.*

La Biblioteca Nacional ha sido siempre un lugar que se me presenta con solemne prestigio. En su envergadura palaciega, palpo historia y compruebo el valor de tanto esfuerzo. De muchos, en el tiempo. Jamás he dejado de percibirla como un sitio donde es posible encontrar la impronta esfumada de miles de siluetas que, seguramente, conversan de noche y hasta deben echar a caminar por los recuerdos, corrigiendo aquellas imágenes que, los aún hijos del tiempo efímero, creen aquilatar como verdades definitivas.

Caja de Pandora y laberinto, la arquitectura del Centenario con que está diseñado el edificio brinda altas puertas, largos pasillos, salas de atención y de trabajos, escalas de pacientes mármoles, ámbitos especialísimos de estética neoclásica, tan civil como republicana. Sitio de búsqueda y de hallazgo.

Hasta allí se dirige la curiosidad y el deseo de establecer esas pequeñas verdades, que son los temas investigados. Viaja la mirada por los materiales solicitados; libros, revistas, recortes de diario semejan barajas próximas a regalar un resultado feliz del juego en el que se empeña la pesquisa y la ansiedad de los lectores.

Pacientes y bien dispuestos, quienes trabajan en las respectivas secciones hacen las veces de anfitriones y de atentos guías en las materias, para quienes, como yo, persiguen la buena ventura de compulsar las fuentes solicitadas. Es un ritual de esperanza, de silente espera, de alivio.

En la Biblioteca Nacional los impresos conforman una inmensa dinastía. Unos pocos incunables corresponden a los textos con más de cinco siglos. Les siguen, en la jerarquía descendente, los linajes de otros libros seculares. Volúmenes vestidos con cuero de vacuno, coloniales, como un pregón de antiguas prosapias intelectuales. Más modernos, como asistentes a un salón literario de los siglos xviii o xix, los que lucen buenas pastas y elegantes lomos. Estos pueden asomarse más cercanos al investigador. La Sala Medina ofrece un enorme elenco de esa invaluable herencia del gran bibliógrafo que fuera don José Toribio (1852-1930).

Como en otras secciones, se me deparó la oportunidad de aquilatar, en esta última, el espíritu de buen servicio al investigador, representado —no de modo excluyente— en Eliana Peña Córdova y en sus colaboradores, cuando ella estuvo encargada de la sala.

^{*} Poeta. Miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua.

Anaqueles bien surtidos de libros impresos, desde fines del siglo XIX hasta nuestros días, abundan en pasillos que nos están vedados; salvo cuando algún motivo de probada seriedad, además de la comprensiva disponibilidad de un jefe de sección, acepta franquear el paso a alguien premunido de seguros antecedentes. He sido, en contadas ocasiones, autorizado a cruzar umbrales que me han puesto delante de vetas que parecen inagotables. Una de esas felicidades fue acceder al pabellón de diarios y periódicos. Materiales estos más deleznables que los libros y, por eso mismo, mucho más esquiva la posibilidad de consultar sus páginas de añejas actualidades, pero contenedoras de valiosas gemas olvidadas.

Sin saberlo, de antemano, los médanos que debería transitar, comencé a practicar la afición de recortar los diarios, cuando tenía quince años. Ese acto desmesurado, para quienes deben convivir con uno, me entregó un venero de nombres, y desarrolló mi memoria visual. Poco a poco, retuve datos y pistas y fui distinguiendo los tipos utilizados en los diversos medios de prensa. En beneficio de la exactitud, es obligatorio recordar el conocimiento que tuve de los archivos de los Padres Alfonso Escudero (1899-1970) y el de mi amigo y profesor Padre Osvaldo Walker (1934), agustinos ambos, quienes incentivaron, con su ejemplo, el apetito de registrar y de colectar fuentes de consulta.

Probablemente, dicha práctica de tijeras y de datas me llevaron a visitar, con asiduidad —desde hace más de treinta años— la sala de "Referencias Críticas". Este servicio se inició en 1967, cuando don Roque Esteban Scarpa (1914-1995) era director de la dibam. Durante muchos años, el jefe de sección fue Justo Alarcón, acompañado por Juan Camilo, y varias otras personas que revisan, a diario, la prensa y luego guardan el material correspondiente en los sobres asignados a cada escritor. Invariablemente atentos y diligentes, transformaron el sitio en una experiencia de encuentro con otros investigadores.

La máquina de escribir era, hasta hace veinte años, la herramienta ordenadora. Con paciencia y esfuerzo, se preparaban los voluminosos índices de las publicaciones y referencias anuales. A partir de la dirección de don Enrique Campos Menéndez (1914-2007), la computación se convirtió en la herramienta utilizada, al par que posibilitó nuevas formas de servicio para el usuario: Memoria Chilena, Catálogo General y varias más.

Decir que los sobres de los autores requeridos me significaba una oportunidad de restauración temporal es reconocimiento de la curiosidad bien servida. Pero hay más. A menudo, cuando se alzaba la mirada hacia las otras mesas de trabajo, era dable encontrar algunas presencias que, muy pronto, se tornaron habituales. Allí acudían, cada jornada, Juan Uribe Echevarría (1908-1988) y Oreste Plath (1907-1996). Lacónico y reservado el primero; era fácil, en cambio, la comunicación con el autor de *Baraja de Chile*. Dichas

presencias significaron un enlace con la historia chilena de muchos otros curiosos ilustrados.

Las varias generaciones que acuden a indagar en los archivos podrían constituir una suerte de babelismo, a fuerza de investigar en obras y pistas bibliográficas tan diferentes. Pero la palabra —punto central de encuentro—sosiega tal inquietud; ella acerca lo distinto y hermana el apetito de conocer. De este modo, la Biblioteca se transforma en una casa bien surtida, y nadie debería irse desalentado de ella.

Durante años solicité, en la sección Periódicos, un ingente material que me permitió nutrir mi pequeño archivo de piezas documentales debidas a varios escritores-periodistas. Así como pude comprobar la larga paciencia de los funcionarios, me entristeció la precariedad de los medios disponibles con que subsanar el inevitable deterioro del material impreso. No es ser mal pensado observar que el presupuesto nacional nunca fue ni es muy generoso con la memoria ni el patrimonio.

El periplo puede llevarnos hasta el Archivo del Escritor. No bien franqueamos el umbral de su ámbito, nos acoge alguna palabra de bienvenida y de atención. Pedro Pablo Zegers y, un poco tiempo atrás, Tomás Harris —ahora en Referencias Críticas— manifiestan un interés genuino y larga paciencia en beneficio del visitante.

Los muros, escritorios y anaqueles cobran significación por el esmero laboral no menos que por estar animados de quienes conciben a los demás como realidad presente. ¡Cuán bueno es llegar a un lugar sin el peligro de ser un ente abstracto!

Tampoco falta el convite a participar en alguna publicación. La revista *Mapocho* mantiene sus páginas abiertas a los colaboradores. Como a otros, también de mí se han acogido algunos trabajos en ese impreso. Estas líneas son, también, un testimonio y gratitud a tal entusiasmo generoso.

En el caso de consultar libros, con frecuencia, Biblioteca Nacional ofrece un salón especial para los entusiastas y empecinados investigadores. Allí, Liliana Montesinos y sus ayudantes brindan su cooperación tan bienvenida.

Pero el edificio ofrece la realización de otras actividades. Desde luego, es el lugar más importante donde pueden ser presentados libros, llevar a cabo homenajes y conmemoraciones, o bien, la proyección de videos culturales. Las salas América y Ercilla, además de otros ámbitos, cuentan con un uso anual tan variado como efectivo.

Más que un recuento, dejo aquí algunos momentos de especial significación para mí. Porque no he sido usuario y lector, únicamente. En mis programaciones semestrales de docencia universitaria, tengo dispuesta la visita a varias secciones del edificio, con uno o más grupos de estudiantes, quienes

reciben el encargo de redactar un trabajo y, de paso, tienen la posibilidad de ingresar —casi siempre por primera vez— a un sitio histórico muy vivo, de relevante proyección actual. Pienso que es una de las oportunidades en que ellos pueden asomarse a una institución que cobija la creatividad secular, los desvelos investigativos, las exposiciones presentadas atractivamente y actividades numerosas que privilegian la reflexión contemporánea.

Las visitas que me encargo de organizar, cuentan, en su momento, con la buena voluntad de quienes laboran en las distintas secciones. De este modo, mis alumnos escuchan acerca de la labor realizada en cada una de aquellas, además de otros datos serviciales e importantes de conocer. La Biblioteca Nacional alimenta —también en estas ocasiones— el repertorio de los jóvenes y, a su vez, estos despiertan, en alguna medida, su incipiente curiosidad por la tradición de la cultura selecta.

Junto a otros escritores me ha correspondido participar, en sus dependencias, presentando libros o leyendo poemas en recitales. Tampoco han faltado actos en homenaje a escritores.

Con ocasión de celebrarse el Jubileo en el año 2000, el grupo Católicos en el Arte pudo desarrollar algunos encuentros literario-musicales, con gran concurrencia de público. Entonces se contó con la buena acogida de Orieta Ojeda, en nombre de la institución.

A su turno, la Academia Chilena de la Lengua ha realizado varias de sus actividades relevantes en los salones del edificio. La presentación de libros señeros de las letras hispanoamericanas y otros dedicados al estudio de nuestro idioma han gozado de hospedaje en este patrimonio vívido que es Biblioteca Nacional.

¡Cuántos nombres, momentos y aportes culturales acuden, con plenos derechos, desde el tiempo interior de Biblioteca Nacional!

Con seguridad, nadie puede alzar el trofeo de méritos excluyentes, en este bicentenario institucional. Cada administración ha dejado su aporte. La lista es larga. También la de las generaciones de lectores y asiduos de su patrimonio.

Biblioteca Nacional es un baluarte de la palabra en el tiempo. La guarda y la ofrece, la cuida y preserva, la torna audible no menos que legible. Suficiente para celebrar su existencia de dos siglos, esperar otros dos y agradecer su labor.

NUESTRA BIBLIOTECA NACIONAL A SUS 200 AÑOS. A PESAR Y POR PESAR, TAN QUERIDA

Thomas Harris Espinosa*

Borges, en "La Biblioteca de Babel", imagina el Universo con la forma de una biblioteca. El texto, incluido en el volumen Ficciones, comienza con una descripción del edificio (el Mundo, en este caso) de la mítica Biblioteca. El comienzo del texto, entonces, nos ubica en un locus que posee una forma, una ubicación, un derrotero, un mapa, una estructura arquitectónica, una distribución, calles que son anaqueles, que guardan un número determinado de pasillos y zaguanes, desembocaduras, espejos, galerías y gabinetes, que, a fin de cuentas, hacen que el habitante del Universo (la biblioteca) tenga que buscar su centro o su lateralidad en este mundo de libros, y comprender tanto la arquitectura como el *ordo* donde habita —con todas las necesidades propias de un hombre— como dormir y "satisfacer sus necesidades finales" dentro de una suerte de principio de incertidumbre, de codificación extrema, lo que le hace habitar el Universo (la biblioteca) como un minotauro angustiado. El narrador de este Universo de textos o volúmenes más bien tangibles y omnipotentes es biográficamente ciego, lo que duplica ese tono de angustia que empapa toda la breve pieza, donde la biblioteca es un Universo o donde el Universo es concebido como una Biblioteca. O sea un locus donde el bibliotecario (el hombre) que habita este libro duplicado del libro de los pasajes benjaminianos, no solo debe inferir si habita un infinito, un mundo de refracciones, de espejeos que no puede aprehender por el sentido que decodifica esos bulevares, parques, intersticios y patios de signos, sino que además debe vivir un Universo de inferencias y sueños, de indefiniciones y constructos infinitos. La Biblioteca de Babel, kafkianamente, ubica al hombre (el bibliotecario) en una suerte de infierno donde todo —si no tiene los datos para su comprensión— queda en un sinfín de conjeturas.

Comencé a trabajar en la Biblioteca Nacional de Chile en julio de 1995 y no sabía si una biblioteca podía configurar la forma del Universo —o de un Universo— por la lectura del texto de Borges, que siempre me pobló de tantas inquietudes como *La metamorfosis* de Kafka (y creo que hay un inquietante parentesco en ambos) y si ese Universo, además de estar poblado por una forma compleja de cuantificar libros, más bien estaba conformado por un número aún más imponderable de textos (la diferencia es obviamente barthesiana). Pero al ingresar al edificio de la Biblioteca Nacional de Chile,

^{*} Poeta. Académico de la Universidad Finis Terrae. Secretario de redacción de revista *Mapocho*.

por sus puertas que dan a la Alameda, sentí una suerte de vértigo muy similar al de la primera lectura de "La Biblioteca de Babel" de Borges, ya que es muy distinto ingresar a un Universo —por más poblado que esté de libros o textos, mis amores y fetiches— como visitante de otro mundo y otras bibliotecas (las de los parientes, amigos, universidades, y la propia, y también la leída e imaginada que constituye nuestra experiencia primera del mundo) a ser ese "bibliotecario" borgesiano tan similar al Gregorio Samsa de Kafka, en una rara escena que transforma al lector y su estatuto (a ese "usuario" como se le denomina ahora) en "funcionario". Y eso, claro, se verifica cuando repentinamente, sin aviso ni preparación previa, casi como la vivencia del *shock* de Baudelaire, se me hace patente un estado que de un modo sin duda extraño combina el placer de la lectura con las obligaciones o deberes propias de los personajes de *El Castillo* o *La metamorfosis*.

Enfrascado en nuestra vida tanto como lectores por placer y, además, por la tercera acepción de aquella idea de Barthes, de lectores contagiados, a lo Bataille, por la erótica del placer a imitar dicha práctica (el leer nos lleva al escribir), igual sentí el privilegio de ingresar al "mejor de los mundos posibles" cándidamente para aquel que se siente parte constitutiva de él, ya sea porque su práctica —la escritura— es el basamento de toda biblioteca, ya sea porque, si hemos pasado por la academia y también por la enseñanza, el universo ilustrado parecía ser más paradisíaco que infernal. Pero lo que intuía por las lecturas de Borges y Kafka, con los años pasó a reafirmar ciertas certezas y esto a causa de la experiencia, de la práctica o vivencia de un mundo letrado que pareció confundirse con un romanticismo que tampoco se veía como irreductible o absolutamente distinto.

Más allá de lo expuesto, los 19 años que han transcurrido —desde mis 39 a mis 57 años de edad— cambiaron definitivamente mi concepción de una Biblioteca, o de la Biblioteca —ya sea la de "Babel" o la de Chile— y mi vida. Para bien o para mal, dado que nada varía ni permuta nuestra concepción de la vida y las instituciones, de las dichas o las desdichas, del principio del placer o del principio de la muerte, de la lectura y la escritura, de la faz de la cultura y de la faz de las instituciones que la comportan, la nueva situación que relato se volvió, como en el ciclo del Ser o del Devenir, más compleja, paradójica y sobre todo más vital de lo que pensé en un comienzo.

Recuerdo que durante mis primeros meses como investigador del Archivo del Escritor —mi primer cargo en la Biblioteca Nacional— mis amigos siempre me consideraron un privilegiado, ya que se supone que si uno trabaja en este lugar tiene todo el tiempo del mundo —o del Universo-biblioteca— para leer e incluso para escribir, lo cual está relativamente alejado de la "realidad". Porque uno es un funcionario estatal, con deberes y derechos, que debe cumplir, respetar y practicar y, además, hay una estructura destinada no solo a velar por el cumplimiento de las tareas sino también a evaluar. Y, en

algunos casos, también a devaluar. No puedo calificar de positiva o negativa esta práctica (ya Foucault interrogó sobre el carácter productivo de los límites), dado que toda performance debe ser, parece, en las leyes del "contrato social", sancionada, lo que sí, y en esto tengo mis propias percepciones y certezas, que en un sistema neoliberal como el que vivimos, los instrumentos de tal evaluación no dejan de intrigarme e inquietarme, de perturbarme y también de incomodarme. Y eso no solo me ha sucedido a mí, sino a gran parte de los escritores que han trabajado en la Biblioteca Nacional —no habría que olvidar el caso Borges en la Argentina—, tales como Juvencio Valle, Braulio Arenas, Miguel Arteche, Eduardo Barrios y un largo etcétera. A lo que me refiero es que hay un sustrato que podemos leer en sus experiencias —la de los escritores— referidas a su paso por la Biblioteca Nacional que deja entrever una suerte de malestar. Es el mismo "malestar de la cultura" del que habla Freud. En concreto, toda biblioteca se debe a sus libros, a los textos que alberga, y dado que estos tienen sus productores, sus escritores, albergo, al respecto, la imponderable esperanza que ellos —los productores textuales también tuviesen un trato textual, patrimonial. ¿Por qué no? Tener un escritor en la agonística bibliotecaria debería ser una suerte de privilegio, no para tal o cual escritor, sino para la misma Biblioteca, comprendida no solo como institución, sino también como espacio de creación, de producción cultural, de ilustración y también de romanticismo literario y cultural. En suma, la pregunta que me hago es: ¿cómo compatibilizar el ethos de toda Biblioteca con la regularidad de sus prácticas y percepciones?

A esto, respondí en mi propio agón con un poema:

K.

Anoche soñé con Kafka: No me leas me dijo en el sueño, si no me has leído; o no me releas, si ya me has leído y quieres recordarme nuevamente. Guárdate mis señales, continuaba Kafka en el sueño, mis gestos y mis fraseos, olvídate de Milena, Felice, Dora Dymant, de la noche en el Hotel Gmund, del sexo en vano, del cuerpo agobiado, de mi destino de animal del bosque, libre de toda compañía abrupta, tiende mejor un manto de olvido sobre esos nombres, cobíjate en el cuerpo de tu mujer, porque mañana asomará el sol, impostergable, y no te deseo sombras, laberintos en tu mente, trámites judiciales, tarros oxidados, piedras para patear camino a tu trabajo. A todo esto ¿dónde trabajas? Alguna vez fui profesor rural, le respondí, después ascendí a profesor universitario, pero no me he tenido nunca como un buen profesor, le miraba las piernas a las alumnas, las veía desnudas en el Aula Magna, menos como buen maestro, clase a clase improvisaba, me han expulsado ya varias veces de mis cátedras y con el Pellet puesto en mi costado, sin mi peluca,

rapado, y con mis gafas negras. Pero menos rodeos, dijo Kafka: bueno, yo era un topo, como jamás se ha visto otro. Ahora trabajo en la Biblioteca Nacional de Chile, nada que ver con Borges, en eso se equivocan mucho mis amigos o conocidos, ni tanta lectura que me enrojezca los ojos: es la contaminación, los inclementes computadores, las derrotas por el ciberespacio: ¿Borges?, preguntó Kafka, ese tipo que tradujo tan mal mi repugnante Metamorfosis, como si la hubiese escrito él?, agregó Kafka en el sueño, justo cuando lo iba a decir yo. Sonrió. Una sonrisa amarga, de bilis negra. Vamos, hombre, le dije, mañana tendré que releerte inevitablemente, creo, así operan los sueños. Relee mejor a Freud, me respondió Kafka justo cuando comenzaba a salir del boquerón del sueño, y olvídame, vamos, es mejor que tomes una ducha ahora y mastiques tu acostumbrado desayuno, pan negro, chocolate caliente, y una paletada de mantequilla, una paletada de mantequilla.

Pero vuelvo un poco más atrás de lo que he tratado de explicitar: para todo lector, para toda persona que goce del placer de la lectura y del texto, como ya lo dije entendido barthesianamente, es sí, un privilegio y una honra trabajar, haber dedicado como en mi caso 19 años de mi vida a la Biblioteca Nacional, con los bemoles y dudas razonables ya expuestas, dudas y razones que por lo demás son parte de nuestra condición de hombres que defendemos y alabamos el estatuto ilustrado y también romántico.

Como decía, yo entré a trabajar a la Biblioteca Nacional con el cargo de investigador en el Archivo del Escritor el año 1995. El Archivo del Escritor es grosso modo una sección de la Biblioteca Nacional dedicada a archivar los originales, ya sea manuscritos o mecanografiados, de escritores chilenos y también latinoamericanos. Es decir es, según mi modo de ver, una de las secciones más significativas y necesarias, más "patrimoniales" y vivas de la Biblioteca. Porque colecciona, archiva, protege, difunde y cuida justamente la textualidad en permanente hacer(se) de la escritura, aquel revés de la trama como lo llama Graham Green en su novela homónima, pero del texto más que de la política: es decir, aquellas costuras y rasgaduras del acto de escribir, la mirada al envés del gobelino, las dudas, imprecisiones, temblores, correcciones, tachaduras, reescrituras, improvisaciones, la mancha, el rasgón, la agonística de la tinta y la marca de la tecla de la máquina de escribir y desescribir, el papel de esos soportes de sueños, mundos, imaginaciones, mentes que sufrieron, gozaron, visitaron y revisitaron espacios imaginarios y reales, delirios y visiones, certidumbres y apostasías, tradiciones y rupturas, continuidades y vanguardias. La letra. La letra en su magnífica originalidad (origen) y obscenidad (corporalidad) de su producción, y el mismo devenir de la mente a la mano, de la imaginación a la grafía, de la soledad fractal de la enunciación primaria a la comunión escritural del texto (nunca) acabado, pero (siempre) en ansias (éxtasis) de comunión con el otro (el lector, finalmente), que, cruzando las galerías ya sea hexagonales o circulares de la

biblioteca babélica que Borges *dixit*, terminarán en los infolios y libros ((de) finitivos) que, a su vez, irán permutando en otras lecturas/escrituras jamás definitivas, nunca clausuradas. Eso, que lo primero intuí en mi propia práctica escritural, y que después aprendí y aprehendí en mi aprendizaje académico, lo viví en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional. Y aquello sí que es un privilegio y una *gracia*.

No es mi intención hacer en este escrito una historia y descripción ni de mi experiencia funcionaria ni del Archivo del Escritor de nuestra Biblioteca. Para eso el desocupado lector puede consultar la sala virtual del mismo archivo. O visitarlo ya sea vía Internet o personalmente. Cada uno con su forma de acercarse a lo que la Biblioteca y este Archivo nos ofrece y regala. Pero sí quiero narrar, en el sentido de ofrecer un relato, en su acepción tradicional, de contar una experiencia, de lo que apasionadamente, por el año 1995, hicimos con Pedro Pablo Zegers, en ese entonces y actual conservador (todavía no se le denominaba con el poco estético y jerarquizante término de "Jefe"), es decir, quien guarda, cuida, preserva, todo ese riquísimo legado. Y también quiero agradecer a mi amigo Pedro Pablo Zegers haberme invitado a participar en la restructuración del Archivo y a su puesta en marcha, con todo lo que se podía —y pudimos— sacar en provecho de él. Cabría sí recordar que el Archivo del Escritor fue creado por don Roque Esteban Scarpa en su gestión como director de la Biblioteca Nacional entre los años 70-80, con la injusta destitución por motivos políticos el año 73 —motivos que jamás deberían regir a nuestra Biblioteca, pero que lamentablemente se han inmiscuido en su derrotero—, gestión que ha sido reconocida como una de las mejores que se recuerdan los últimos años de esta Babel. Es claro que también habría que mencionar y celebrar "Referencias Críticas" cuando se habla de los "archivos especiales" de la Biblioteca, donde participaron trabajadores culturales como Justo Alarcón y Juan Camilo Lorca, como no sería justo ignorar la presencia en la Biblioteca Nacional de la música, del folclore, y un pequeño etcétera, que esperamos no se aminore y sigan manteniendo el legado cultural y literario de don Roque.

Cuando Pedro Pablo me invitó a ver cuál sería mi trabajo, y cuáles serían los materiales con los que laboraríamos y lidiaríamos en el futuro inmediato, recordé, la noche posterior, aquel sueño de Jung, donde desciende al sótano onírico en el cual descubre de manera iluminada la noción de inconsciente colectivo: bajamos al sótano de la Biblioteca, por escaleras de mármol y pasillos más bien neoclásicos que los barrocos hexagonales de la Babel borgesiana, y llegamos a unas bóvedas pequeñas, con puertas como cajas de fondo de bancos. ¡Pero qué tesoros había allí! Una cueva como la de Alí Babá, maravillosa en el caos de papeles, paquetes, resmas, cajas, carpetas... yo quedé pasmado, era mucho, tantos manuscritos, pero también tanto caos textual, tanta letra por ordenar y redescubrir: Manuel Rojas; María Luisa

Bombal; Mariano Latorre; Teófilo Cid; Braulio Arenas; Óscar Castro; Julio Barrenechea; Alfonso Calderón; Gonzalo Drago; Nathanael Yáñez Silva; Pedro Prado; los originales de Gabriela Mistral hasta Desolación; Neruda en Temuco, con una letra adolescente de cuando pergeñaba Crepusculario; y Rubén Darío, el legado completo que encontró Fabio Fiahllo, en Navalzaúz, España; Benjamín Subercaseaux; Carlos Pezoa Véliz; Augusto D'Halmar; Manuel Magallanes Moure; Francisco Coloane; el inmenso archivo de Joaquín Edwards Bello y el mismo legado de don Roque Esteban Scarpa, y los que fueron llegando, compras de la Dirección, y donaciones desinteresadas, como las de Adolfo Couve; Luis Durand; Juan Guzmán Cruchaga; Luis Oyarzún; Volodia Teitelboim, permanente colaborador del Archivo; una carpeta con poemas de Vicente Huidobro y la correspondencia con su madre, María Luisa Fernández; y i*Umbral*! de Juan Emar, que gracias al apoyo entusiasta de su hijo "Pilo" Yáñez, los estudiosos de su obra y vida Patricio Lizama y Pablo Brodsky, la visión de Alfonso Calderón y la intuición y sabiduría de la directora de entonces, la sra. Marta Cruz Coke, se publicó íntegramente, el año 1996, después de intensas y sapientes discusiones sobre como estructurar la inmensa obra póstuma de Emar, discusiones que añoro en su intensidad y entusiasmo, y de cuyo resultado final fui parte, que en mi trabajo editorial del Archivo concibo como uno de los más importantes aportes a la divulgación de la literatura chilena de vanguardia.

Creo que si algo queda de mi paso por la Biblioteca Nacional, y en particular por el Archivo del Escritor, fue la oportunidad que me dio mi amigo Pedro Pablo Zegers en participar en la publicación de *Umbral*. Y aquí para mí es menester detenerme un poco. Mi primera lectura de Umbral fue una lectura que podría llamar anómala, por no decir, directamente anormal o a-normal. 5.000 páginas sueltas, en el momento de su corrección de pruebas. Yo acababa de ingresar, como decía, como investigador al Archivo del Escritor, que se encargaría de dar a la imprenta, por fin después de casi tres décadas de la muerte de su autor, por lo tanto de la conclusión / no-conclusión del texto: por motivos que prefiero olvidar —u obliterar— tuvimos que dedicarnos a la quijotesca o bartlebyana tarea, junto a Pedro Pablo Zegers, de leer de manera atendida ese montón de papeles que algunas vez estuvieron dispersos y ahora ordenados en forma de novela sumaban más de 5.000 páginas. Leer atendido, para el lector no familiarizado con la jerga editorial, significa que, durante el proceso de corrección de pruebas, y con el fin de acelerarlo, sin hacerlo más feble, uno lee en voz alta el texto y otro corrige la versión definitiva para que no se pasen errores, "motes" o "patos"; en fin, la tan temida ihorror errata! que exclaman los escritores cuando ven en lo que ha quedado convertida su novela, poema o ensayo después del definitivo proceso (aunque en este caso nadie había para exclamar). No sé por qué me tocó leer a mí en voz alta. Lo dejo a la conjetura. Pero esa fue mi primera lectura del texto cumbre emariano

y yo oscilaba entre la ansiedad de comparar la textura, los sentidos, los juegos de palabras, en fin el amplio y diverso universo emariano, mientras lo leía en voz alta y Pedro Pablo cotejaba errores y debíamos detener la lectura para realizar las enmiendas debidas. Todos los días, durante un semestre, de dos a cinco de la tarde. Kafkiano, diría alguien a quien conozco. Emariano, replicaría yo, simplemente, si Emar es, como dijo Neruda, nuestro Kafka y nos induce a situaciones kafkianas. Después he procedido como el lector "salteado" de Macedonio Fernández. Alguna vez llegaré, espero, a encarar la lectura que dicta la norma. O quizá no. Después de todo esta es también una novela anormal, excéntrica y centrípeta.

Leer *Umbral* es leer esa familia de novelas a las que Italo Calvino, en sus Seis propuestas para el próximo milenio (este) le atribuye la idea de "Multiplicidad" y que comienza definiendo con El zafarrancho aquel de Vía Merulana de Carlo Emilio Gadda, el Joyce italiano como dicen muchos, el mismo Calvino entre ellos: la novela contemporánea como enciclopedia, como método de conocimiento, y sobre todo como red de conexiones entre los hechos, entre las personas y entre las cosas del mundo: familia a la que también pertenecen el Ulises de Joyce; Bauvard y Pecuchet de Flaubert; En busca del tiempo perdido de Proust; La montaña mágica de Thomas Mann; La muerte de Virgilio de Hermann Broch; Borges, todo Borges y para mí el más cercano a Emar en la idea de construcción literaria como juego y coleccionismo: Georges Perec, sobre todo en La vida instrucciones de uso; pero yo diría que en toda su narrativa, al menos. Lista a la que habría que agregar El hombre sin atributos, de Musil, novela también con miras al multiplicidad escritural que quedó, como Umbral, inconclusa por la muerte de su autor. Para leer Umbral con pertinencia y atención habría entonces que comparar, establecer cruces y demarcar nexos y diferencias con este universo narrativo, por supuesto amplificable en el horizonte de expectativas del lector. Esta lectura, gracias al Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional.

Pero *Umbral* no fue la única publicación que surgió de los tesoros de la cueva de Alí Babá del Archivo por esos años: descubrimos, con Pedro Pablo, Claudia Tapia Roi y Daniela Schütte otros libros potenciales allí esperando: el epistolario de Vicente Huidobro con María Luisa Fernández, su madre; unas memorias inéditas hasta el momento de Juan Guzmán Cruchaga, el poeta de uno de los tres poemas que Nicanor Parra se sabe de memoria: "Canción"; la poesía y la prosa creativa completa, así como los ensayos más importantes y un epistolario familiar de Luis Oyarzún; el diario íntimo de Juan Emar, *Mi Vida*, un epistolario escogido con cartas del legado de "Los Inútiles", el grupo rancagüino liderado por Óscar Castro; su correspondencia amorosa con Isolda Pradel, su musa, y una seria de facsimilares, que llamamos "Carpetas patrimoniales" de Pablo Neruda, Gabriela Mistral (poemas en germen de "Desolación" y "Crepusculario"), Vicente Huidobro ("Atentado celeste");

dibujos inéditos de Juan Emar, "Armonía, eso es todo" (gracias al entusiasmo y gestión de Varinia Brodsky y Daniela Grossi); y además, Andrés Sabella y Pablo de Rokha.

Una de mis últimas experiencias en el Archivo del Escritor fue la participación de la entrega del legado de Gabriel Mistral por parte de Doris Atkinson, también un hito histórico para nuestra literatura nacional. De allí surgieron numerosas publicaciones tanto textuales como iconográficas, sobre todo a cargo del conocimiento de la poeta de uno de los mayores mistralianos de Chile, Pedro Pablo Zegers. Y ahora que llego a su nombre de nuevo, como insisto, conservador del Archivo del Escritor, le agradezco la inmensa experiencia que viví en los 18 años en que fui investigador de la Sección. Tanto como archivista, como investigador de todos los escritores chilenos, los de principios y medio siglo, que tanto aportaron a nuestras letras y que tanto se han ido olvidando por las novedades de turno, y como editor de libros que sé que quedarán en la memoria de los lectores más interesados en esa parte de la historia de nuestra literatura que tiende a olvidarse, pero que nosotros hicimos apasionados esfuerzos para que de ella se tenga noticia y aprecio. Y también por la insistencia y porfía que hemos puesto en la revista Mapocho, que revivieron el historiador Sergio Villalobos y el escritor Alfonso Calderón, y a la cual fui invitado a participar desde 1987 como Secretario de Redacción, función en la que permanezco y desde la que escribo estos recuerdos y consideraciones; revista que actualmente dirige con sapiencia y entusiasmo, el filósofo, mi amigo Carlos Ossandón, con el cual practicamos por las tardes de los lunes y viernes ese "agónico arte de la conversación", como lo llama Raymond Carver, caminando por los pasillos de nuestra Biblioteca Nacional, a pesar de tanto y todo tan querida y necesaria, esa suerte de peripatética moderna, donde elucubramos y tratamos que esta publicación que el lector tiene en sus manos permanezca como un ámbito discursivo, democrático, republicano y abierto.

Y como se me permite este lujo de la memoria, debo dar cuenta de todos los lectores, intelectuales, escritores, colegas, investigadores que hicieron en mi paso, por lo menos por el Archivo del Escritor, un lugar notable y feliz para nuestra literatura y nuestra vida: Alfonso Calderón (i.m.), René Leiva (i.m.), Salvador Benadava (i.m.), Volodia Teitelboim (i.m.), Isolda Pradel (i.m.), Marta Cruz Coke, Pedro Lastra, Clara Budnik, Patricio Lizama, Pablo Brodsky, Manuel Peña Muñoz, Daniela Schütte, Soledad Falabella, Maximiliano Salinas, Hernán Loyola, José Ricardo Morales, Juan Antonio Massone, Nora Carreño, Claudia Tapia Roi y Rosa Tello Undurraga, en lo que a mí respecta.

Para concluir este escrito en homenaje, apoteosis y agonística de la Biblioteca Nacional de Chile, en sus 200 años, desde mi experiencia vital en mi paso por ella, termino volviendo a Borges, a su "Biblioteca de Babel", en una cita *in extenso*: "La biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero

la atraviesa en cualquier dirección comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que repetido sería un orden: el Orden). Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza".

Día a día, cuando coloco mi pulgar izquierdo en el ojo que comprueba mi asistencia a la Biblioteca, y marca mi hora de ingreso y mi hora de salida, me calma la esperanza de que los mismos volúmenes se repetirán en el mismo desorden que reiterado será el Orden. El intercambio textual —ya sea en los libros, ya sea en la lectura de cada hombre y mujer que visite nuestro Universobiblioteca— la letra pervivirá por siempre en su imaginación y sus sueños.

Yo solo puedo responder nuevamente con lo que me va mejor en la escritura: un poema, un poema que escenifica, nuevamente a Kafka, nuevamente a las pesadillas que necesito exorcizar.

EL BIBLIOTECARIO DE PRAGA

Una mañana tras un sueño inquieto, me encontré en mi cama convertido en un monstruoso insecto. Debo confesar que la noche anterior bebí demasiado, como nunca acostumbro a hacer. Vodka, whisky, y más vodka, cerveza y vino tinto. Todo, afortunadamente para mi familia, continuó como siempre, como siempre acostumbra el acontecer a no acontecer, es decir, a no darnos cuenta que acontece. Me refiero al sabor del chocolate amargo que desayuno antes de irme a mi trabajo, a las despedidas que damos sin la gravedad del caso (una despedida siempre puede ser para siempre) y esos besos en que los labios no participan, en que la mejilla aparentemente besada permanece incólume, como si los labios y la mejilla no fueran de piel, sino de costumbre, de acontecer no aconteciendo, porque la costumbre y el acontecer son incorpóreos. Amanecí, cosa extraña, sin olor a alcohol.

La molestia que pude haber causado con mi nueva condición de monstruoso insecto (es decir, de alcohólico) se sumó al acontecer y no hubo violencia, mayores trastornos fisiológicos, repugnantes desestabilizaciones corporales que mancharan los muros, las sillas, la mesa del comedor, con vómito, pus, bilis, sangre o costras desprendidas de las heridas o magulladuras de mis caídas o vaivenes de regreso a casa, que mi hermana o mi madre, mi querida madre, tuviesen que barrer sumando otro acontecer más al acontecer, lo que igualmente habría terminado por hacerlas insensibles a esas nuevas presencias del vaho alcohólico.

Por las mañanas partía a mi trabajo en mi nueva condición de monstruoso insecto (es decir, de alcohólico, con todos los efectos de la resaca) mientras los lectores que hacían cola en el frigorífico central del edificio, (dado que soy bibliotecario, trabajo en la Leihbibliothek Cassinelli de Praga, en el Nº 4 de la calle Husgasse —Husova—) no parecían incómodos con mi aspecto un

tanto descuidado —los ojos rojos, el pelo desmarañado, la chaqueta arrugada—, solo esperaban que corriera con mis múltiples patitas de insecto licuoso y descolgara de los ganchos del frigorífico central las entrañas de las reses ensangrentadas, y se sentaban a repasar los intestinos crudos con sus dedos que se iban manchando poco a poco a medida que avanzaba la lectura y, ya al mediodía, la sala de lectura quedaba hecha un asco, con toda esa sangre que los lectores hacían brotar de las páginas de los librillos de los animales carneados, hasta que a las 6 P.M., cuando terminaban su lectura sangrienta. Entonces, las bibliotecarias encendían las redes de radiadores del frigorífico central y la sangre se congelaba quedando como estalactitas y estalagmitas carmesí abrillantadas por el sol declinante, cuando era verano, o las luces titubeantes de las lámparas de aceite, cuando arreciaba el invierno; entonces, no sin dificultad, debo admitirlo, vo barría los cristales de hielo ensangrentado del piso del salón de lectura, mientras, agazapados y temerosos, los lectores, por mi aspecto inusual de bebedor empedernido, se recogían a sus casas o se quedaban como al garete en la calle Husgasse, a esa hora atestada de mendigos y prostitutas, que deambulan por la manzana de la Leihbibliothek Cassinelli, y con los cuales a la salida de la Biblioteca bebía en botellas de vodka disimuladas en bolsas de papel café y, algunas veces, me entretenía con las putas en sus cubículos pagándoles con el diario del día o revistas de modas que me llevaba ocultas en mi gabán de la Leihbibliothek Cassinelli. También les llevaba a las putas y a los macrós manzanas que sobraban del postre del comedor de la Leihbibliothek Cassinelli.

A propósito de manzanas, esta protuberancia que ven en mi costado no es una manzana, como aparenta, tampoco el Pellet de Disulfirán que se me haya inflamado, ya no podía dejar la bebida hace mucho tiempo, para ser exactos el día en que desperté convertido en este monstruoso insecto que ahora soy. Pero volviendo a la aparente manzana de mi costado, tampoco es un tumor maligno causado por la bebida; es un Mundo, un Mundo que me creció seguramente por los efectos secundarios del alcohol y sus aledaños, que deben haber trastornado alguna función de mi organismo. Pero no me detendré en el Mundo que crece y crece en mi costado, pues aún ignoro sus leyes y las costumbres de sus habitantes, incluso si en él pulula la vida, aunque a veces me pica, me pica mucho, como si tuviera herpes o ladillas —bueno, puede ser, por mi nueva costumbre de fornicar con las putas que rodean la Leihbibliothek Cassinelli y el intercambio de alcohol boca a boca con esos labios raposos, lo que debe ser señal de que en él hay alguna forma de vida—; pero hay tantas formas de vida en nuestro cuerpo que también esto es secundario, un acontecer más a la suma del acontecer: ese beso en la mejilla sin labios de una prostituta sifilítica y de las despedidas cotidianas, por las mañanas, antes de salir rumbo a la Biblioteca Leihbibliothek Cassinelli, nada que pueda perturbar el orden inmutable de mi trabajo, mi familia, mi madre, el chocolate amargo que se va desvaneciendo de mis papilas gustativas a medida que entro en el terror diurno del día sin alcohol hasta las seis de la tarde, cuando se apagan las lámparas de la Biblioteca Leihbibliothek Cassinelli y salgo finalmente a beber y a fornicar con las putas y tirarle unas monedas oxidadas a los macrós de las calles aledañas de la Biblioteca Leihbibliothek Cassinelli, que no saben leer ni menos escribir.

Santiago de Chile, abril, 2013



MI EXPERIENCIA COMO ESCRITOR Y LA BIBLIOTECA NACIONAL

Manuel Peña Muñoz*

La vida de un escritor está íntimamente relacionada con una biblioteca. En mi caso, la Biblioteca Nacional ha marcado mi vida desde que la visité por primera vez con Mario Rojas, mi profesor de literatura de la Universidad Católica de Valparaíso, quien estaba interesado en recopilar antecedentes sobre la novela *Eloy* de Carlos Droguett que analizábamos en clases. Esta primera visita fue en el año 1970, teniendo yo 19 años y siendo su ayudante en esta universidad. Recuerdo que al llegar, me impresionó su noble arquitectura, sus salas imponentes y el silencio de la sala de Referencias Críticas donde hojeamos periódicos y consultamos archivos de recortes sobre este autor.

Carlos Droguett era un autor que se admiraba mucho en esa época por el uso de las técnicas narrativas que había introducido en sus novelas. Yo lo había conocido personalmente hacía pocos años en una visita de estudios que realizamos a Santiago con el curso humanista del Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso, el año 1968. En ese entonces, nuestro profesor de literatura Ricardo Santelices, autor de una *Antología de la Poesía Hogareña*, nos había incentivado a leer *Patas de Perro*, novela que me impresionó por su temática y estilo narrativo, así que concertó una cita con el propio escritor para que lo viniéramos a conocer a Santiago. Carlos Droguett nos recibió muy amablemente en una pequeña oficina de ferrocarriles donde trabajaba. Nos habló de *Eloy* precisamente, de manera que ahora iba a profundizar más en la Biblioteca Nacional en torno a la obra de este escritor al que admiraba.

Casi diez años más tarde regresé a la Biblioteca Nacional cuando me vine a vivir a Santiago, de regreso de una estadía larga en Madrid donde viví entre 1976 y 1979, cursando el doctorado en Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid. Durante esos años frecuenté muchas bibliotecas, principalmente la Nacional de Madrid y la del Instituto de Cultura Hispánica. Al llegar a Santiago, a mediados del año 1979, empecé a visitar nuevamente la Biblioteca Nacional donde me sentía acogido en medio de sus estanterías llenas de libros. Me impresionaban sus escalinatas de mármol, sus pasamanos de bronce, sus finas maderas y especialmente la sala José Toribio Medina con sus preciosos anaqueles y objetos del pasado.

En esos años estaba interesado en escribir un libro sobre la literatura infantil en Chile. Venía fuertemente motivado desde España a realizar esta

^{*} Profesor, investigador literario, especialista en literatura infantil y juvenil, Premio Municipal de Literatura de Valparaíso, 1997.

investigación después de asistir a los cursos de Literatura Infantil Iberoamericana y Extranjera que dictaba la escritora Carmen Bravo-Villasante en Madrid. Fue así que empecé a consultar libros infantiles en la sala de lectura del segundo piso, asombrándome de la belleza y amplitud de aquel espacio, con hermosos escritorios bien iluminados y con un aire solemne. Bajo aquellas lámparas, leí muchos libros infantiles antiguos, admirando sus ilustraciones y relatos.

Luego empecé a trabajar en el Salón de Investigadores, que me parecía imponente con su fuente de agua en el centro. Las gotas del surtidor llevaban el compás de mis lecturas en ese salón silencioso y elegante donde otros investigadores leían en grandes libros.

En ese tiempo, empecé a acercarme con mayor frecuencia a la sala de Referencias Críticas donde siempre encontré a personas cordiales que me atendieron, entre ellas Justo Alarcón y Juan Camilo, a quienes empecé a tratar ese mismo año; agradezco siempre la gentileza y amabilidad de ambos profesionales. Ellos me ayudaron mucho en la investigación, pasándome sobres con recortes, orientándome en la búsqueda y atendiéndome siempre con dedicación y amor a su trabajo, a lo largo de los años. Fui a esta sección a sugerencia del escritor Oreste Plath, que frecuentaba esta sala todos los días en la mañana, siempre muy bien vestido con su sombrero ruso de piel. Oreste se sentaba en uno de los grandes escritorios de madera a leer la prensa, mientras en otro escritorio, muy concentrado, estaba siempre el escritor Juan Uribe-Echeverría investigando en grandes libros sobre la lira popular chilena y la historia de Valparaíso. Era un hombre muy serio y de gran presencia, vestido siempre con camisa blanca, corbatín rojo y suspensores. No miraba a nadie. Estaba allí, leyendo aquellos enormes volúmenes de hojas amarillentas con gran concentración. Cada vez que entraba a aquella sala, me lo encontraba allí, como si la Biblioteca Nacional fuese su casa. Siempre pensé que lo era en cierta medida para muchos lectores como yo, que acudíamos a buscar refugio y silencio en medio del ruido de la ciudad.

A finales del año 1979 llegó a Chile la escritora española Carmen Bravo-Villasante, quien me había introducido en el mundo de la literatura infantil en España. Luego de dar conferencias en el Instituto Chileno de Cultura Hispánica, fue invitada a la Biblioteca Nacional por el entonces director Enrique Campos Menéndez. Por mi cercanía hacia ella, la acompañé a la entrevista que tuvo lugar en la oficina del director, a quien la escritora le obsequió una colección de su obra literaria para que formara parte de la Biblioteca. Para mí era un privilegio acompañarla y ser testigo de este encuentro.

La Biblioteca Nacional pasaba a ser escenario de importantes momentos de mi vida, entre ellos la posibilidad de dar conferencias ante numeroso público. Mi primera experiencia en este sentido tuvo lugar en la Sala América, donde di una conferencia sobre teatro infantil a profesores y bibliotecarios en una jornada literaria organizada por la Secretaría Ministerial de Educación, donde trabajaba en ese entonces, en mi primer trabajo recién llegado a Santiago. La experiencia fue decisiva para mí, pues me especialicé con el tiempo en dictar conferencias sobre literatura infantil, hábito que se inició en aquella sala de la Biblioteca Nacional.

En esta Sala América tuve otras importantes experiencias, entre ellas, la presentación del Concierto para Narrador y Guitarra *Platero y yo* del compositor italiano Mario Castelnuovo-Tedesco, inspirado en la obra del escritor español Juan Ramón Jiménez. Este concierto literario, en el que también participó el guitarrista Fernando Bravo, tuvo lugar en el año 1992. Durante aquella función, estábamos especialmente inquietos antes de salir a escena, pues entre el público se encontraba Federico Heinlein, el crítico de música de *El Mercurio*, que tenía fama de ser muy severo en sus comentarios. Salimos a escena muy nerviosos, pero una vez iniciado el concierto, nos desenvolvimos seguros, pues lo habíamos ofrecido muchas veces en Santiago y en otras ciudades, incluso en las Semanas Musicales de Frutillar, en el interior de su iglesia anglicana que tenía una excelente acústica.

Al término del concierto de la Sala América, subieron a felicitarnos diversas personas, entre ellas, las actrices Alicia Quiroga y Malú Gatica. A los pocos días, tuvimos una crítica elogiosa en *El Mercurio* por parte de Heinlein.

Desde ese día, la Sala América significó algo muy importante para mí. Asistí a ella a numerosos conciertos, recitales, funciones de cine y presentaciones de libros. Una de las más importantes fue la presentación de la obra *Gabriela Mistral. Su prosa y poesía en Colombia* del investigador y académico colombiano Otto Morales Benítez, quien dictó una conferencia magistral sobre la escritora en un magnífico castellano. Fue un lujo haberlo oído.

Con el correr de los años, la Sala América volvió a ser el marco perfecto para un momento significativo de mi vida literaria, pues fue en ese mismo escenario donde presenté la *Historia de la Literatura Infantil y Juvenil de América Latina* publicada por la Fundación sm de Madrid. La presentación tuvo lugar en el marco del Primer Congreso Iberoamericano de la Lengua y la Literatura Infantil y Juvenil que se desarrolló en Santiago en febrero del año 2010. En el escenario estaban la escritora española Montserrat del Amo, la escritora brasilera Ana María Machado, el escritor cubano Aramís Quintero y el escritor chileno Marco Antonio de la Parra, entre otros. Para mí, fue un momento muy importante en mi vida literaria pues presentaba un libro que me había significado muchos años de esfuerzo y dedicación investigando en esa misma Biblioteca Nacional, de manera que estaba en un marco familiar y cercano.

Horas después de esta presentación, tuvo lugar el terremoto del año 2010, de modo que cuando empezó a sacudirse la tierra, lo primero que pensé fue que había sido una suerte haber alcanzado a presentar el libro, pues si hubiéramos programado el lanzamiento para el día siguiente, nunca lo hubiéramos presentado ante aquel auditorio repleto de escritores, profesores, bibliotecarios e investigadores de tantos países iberoamericanos.

Otra experiencia significativa fue el haber participado en la lectura del *Canto General* de Pablo Neruda que tuvo lugar en el frontis de la Biblioteca Nacional un 23 de abril, Día Internacional del Libro. En esa ocasión se levantó un escenario abierto directamente a la calle. La fila de escritores, intelectuales y artistas era inmensa. Todos querían leer una estrofa del *Canto General*. Cuando me tocó el turno, me pasó el libro la diputada Gladys Marín que me precedía. Al leer el fragmento asignado, advertí que había un vagabundo recostado en las escalinatas, escuchando con gran concentración el *Canto General* leído en voz alta para quienes quisieran escucharlo. Fue un momento muy especial que hacía de la lectura un acto para todos. Quizás ese vagabundo jamás entró a la Biblioteca Nacional, pero se quedó allí durante horas, escuchando el *Canto General* en la misma puerta de la Biblioteca Nacional.

Otra experiencia importante fue haber asistido a la inauguración de una exposición en torno a la vida y obra de Marcela Paz, con motivo de haber obtenido el Premio Nacional de Literatura en 1982. La exposición fue magnífica pues exhibía fotografías, libros y documentos personales de la escritora, tales como páginas manuscritas y hasta su máquina de escribir.

Años más tarde vi también exposiciones diversas en la Galería Azul, entre ellas, una dedicada al ilustrador de libros infantiles Mario Silva Ossa, Coré, donde vi hermosas acuarelas que engalanaron las portadas de la revista *El Peneca*, así como fotografías de su casa familiar en el barrio de Macul.

Con posterioridad vi una exposición sobre Gabriela Mistral que me impresionó mucho al ver fotografías inéditas, lámparas, adornos, mobiliario, libros, discos y todo lo que constituyó su mundo cotidiano durante su permanencia en Estados Unidos. Fue una suerte que todas esas cartas y manuscritos inéditos, así como sus objetos personales, pasaran a formar parte de la Biblioteca Nacional.

La Sala Ercilla fue también escenario de importantes momentos de mi vida de escritor. Esta sala me parecía muy bella y solemne, siempre silenciosa y de aire grave, con sus estanterías de madera lustrosa, su balaustrada y su reloj de péndulo. Aquí asistí a numerosas conferencias sobre temas literarios. También participé aquí en una mesa redonda junto a escritores españoles de literatura juvenil invitados por la editorial sm. En esta sala entregamos los premios del concurso literario "Leer por gusto", auspiciado por la escritora Isabel Allende, que buscaba estimular en la lectura a los jóvenes lectores de todo Chile. Fui jurado de este premio, de modo que fue ocasión para conocer personalmente a la escritora, compartir con ella y conversar con los jóvenes lectores.

En la misma Sala Ercilla, en el año 1999, presentamos junto al escritor Juan Antonio Massone el libro Ayer soñé con Valparaíso. Esta publicación se gestó precisamente gracias al apoyo de la Biblioteca Nacional, donde me dirigí buscando orientación, pues había leído el libro El Santiago que se fue, de Oreste Plath, publicado por la editorial Grijalbo con el patrocinio de la Biblioteca. Al leerlo, pensé que mi libro inédito sobre Valparaíso tenía mucha relación con el de Plath, solo que cambiaban las ciudades. Él se había dedicado a investigar los secretos de la vida cotidiana del viejo Santiago y yo había investigado en torno a la vida del viejo Valparaíso, registrando también el ambiente de teatros, cines, bares y cafés. Pedro Pablo Zegers, director del Archivo, se interesó en el proyecto y al poco tiempo, el libro se publicó en RIL Editores con el auspicio de la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, como un aporte a la postulación ante la unesco de la ciudad de Valparaíso como Patrimonio de la Humanidad. El libro fue un éxito inmediato, pues estuvo en el tercer lugar de los libros más vendidos durante varias semanas consecutivas. Parte de la edición fue distribuida a bibliotecas del país. Con posterioridad vinieron sucesivas ediciones, pues Valparaíso cobró interés a raíz precisamente de ser reconocida como Patrimonio de la Humanidad. El Archivo del Escritor se convirtió en un gran respaldo de mis crónicas literarias, pues al año siguiente patrocinó también la publicación de Memorial de la tierra larga (2001) y Los cafés literarios en Chile (2002) ambos bajo el sello de RIL Editores.

Tengo que agradecer el apoyo brindado por Pedro Pablo Zegers al gestionar estas publicaciones bajo el auspicio del Archivo del Escritor y por haberme presentado a Daniel Calabrese, director de RIL Editores, donde he seguido publicando nuevos volúmenes de crónicas. Pedro Pablo Zegers no solo me tendió un puente literario y de amistad con esta editorial, sino que me invitó también a participar en la revista de Humanidades y Ciencias Sociales *Mapocho* de la Biblioteca Nacional donde publiqué numerosos ensayos y artículos literarios a lo largo de los años. Gracias a su impulso, seguí trabajando en estos recuerdos literarios que se plasmaron en sucesivos libros. Asimismo, me invitó a participar en la colección "Joyas bibliográficas" para que escribiese el prólogo del *Epistolario intimo de Óscar Castro* (2000), publicado por LOM Editores con el patrocinio del Archivo del Escritor. Este libro lo presentamos en Rancagua, ciudad natal del poeta, acompañados por su viuda, Isolda Pradel, a quien veíamos siempre en el Archivo, sentada en un escritorio, ordenando las cartas y poemas de su marido.

También gracias a Pedro Pablo, tuve la oportunidad de conocer la sala climatizada donde se encuentran los manuscritos originales de los escritores. En esa oportunidad hicimos una visita guiada por él junto a un grupo de alumnas de un taller de lectura. Fue un privilegio haber apreciado la riqueza arquitectónica de la Biblioteca Nacional y conocer sus diferentes salas.

En el ambiente de la sala del Archivo del Escritor conocí también al poeta Thomas Harris y al escritor Alfonso Calderón, quienes siempre estuvieron dispuestos a ofrecerme su ayuda en mis temas de investigación. Con Alfonso Calderón nos unía la misma pasión por los temas de Valparaíso y la admiración que sentíamos por la obra de Joaquín Edwards Bello. Juntos dictamos un curso de Historia Urbana de Valparaíso en la Aduana del puerto. Esta experiencia me significó conocer más en detalle a uno de los más cultos y eruditos escritores chilenos a quien conocí también en el plano humano y de la amistad literaria. Lo que tienen en común estas personas de letras y libros, es que han sido profesionales destacados por su amabilidad, cortesía y por haber apoyado mi quehacer literario. En este sentido, una biblioteca no es solo un lugar donde se guardan y leen libros, sino también donde existen personas que contribuyen al desarrollo de un escritor y motivan la experiencia artística. Estas cualidades humanas y personales no se encuentran fácilmente en otras instituciones.

Al cumplirse los 200 años de la Biblioteca Nacional quiero enviar un saludo afectuoso y de gratitud a todas las personas que en ella trabajan de manera silenciosa, casi en puntillas, moviéndose en forma discreta, relacionando los libros con las personas y contribuyendo a enriquecerlas en su mundo interior. Es un trabajo significativo, apenas visible y sin ruido, pero que valoramos de manera especial quienes trabajamos en el mundo de la literatura.

LECTURAS, HALLAZGOS Y SOBRE TODO ENCUENTROS EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Maximiliano Salinas Campos*

"Hay dos únicos puntos que me hacen desear una estadía definitiva en Santiago, la Biblioteca Nacional, es decir, la facilidad para leer libros que necesito, y los teatros, algunos, es decir, la comunión más continua con otras formas de belleza: la música, el drama".

Gabriela Mistral, Carta a Eugenio Labarca, 1915, en *Anales de la Universidad de Chile*, cxv, 106, 1957, 275.

"Hacer leer, como se come, todos los días, hasta que la lectura sea, como el mirar, ejercicio natural, pero gozoso siempre. El hábito no se adquiere si él no promete y cumple placer [...]. Pasión de leer, linda calentura que casi alcanza a la del amor, a la de la amistad, a la de los campeonatos. Que los ojos se vayan al papel impreso como el perro a su amor; [...]. Se quiere como a la entraña a la lengua, y eso no se sabe sino leyendo en escritura feliz un logro del prójimo, que nos da más placer que la nuestra, que nos llega a producir una alegría pasada a corporal, a fuerza de ser tan viva".

Gabriela Mistral, "Pasión de leer", en *Gabriela Mistral en verso y prosa. Antología*. Real Academia Española, Asociación de Academias de Lengua Española, Lima, Santillana, 2010, 575-577.

Al cumplirse los hermosos e incesantes doscientos años de la Biblioteca Nacional de Chile es un placer contribuir con la buena memoria de mis lecturas, hallazgos y sobre todo encuentros en ella. La Biblioteca ha sido siempre para

^{*} Doctor en Teología por la Universidad de Salamanca y académico de la Universidad de Santiago de Chile.

mí una mina deliciosa de tesoros. En la búsqueda apasionada de nosotros mismos y de Chile.

Mi tesis de pregrado en la Universidad Católica fue realizada por completo en la Biblioteca Nacional. Se trataba de investigar el ideario católico e ilustrado —siguiendo los estudios de Mario Góngora sobre la Ilustración Católica— en la década de 1840 en Chile. Me dediqué a reconstruir un colectivo de hombres públicos que, asociados, fundaron la Sociedad de Agricultura y Beneficencia en 1838.

Una elite dentro de la elite. Los más destacados: José Miguel de la Barra, José Gandarillas y, el más asombroso de todos, Pedro Palazuelos. Los tres amigos fueron representantes de la vida cultural pos Independencia. De la Barra, alférez en la Batalla de Maipú, fue el primer decano de Filosofía y Humanidades en la Universidad de Chile; Palazuelos, público partidario de la Independencia como académico de la Universidad de San Felipe, se destacó como diputado pipiolo en la década de 1820; Gandarillas, arquitecto y pintor, dejó imágenes notables de los campesinos de Macul, con un raro y peculiar interés por la cultura popular. Los tres se unieron para fundar también el Conservatorio Nacional de Música, y la Escuela de Artes y Oficios. Una elite llena de pasión e imaginación por Chile. La investigación durante esos años setenta fue provechosísima. Con grata sorpresa descubrí el primer libro de actas de la Sociedad de Agricultura, un texto que infructuosamente había buscado Gonzalo Izquierdo para su libro sobre dicha Sociedad.

La tesis recibió el premio de ensayo histórico *Patricio Estellé* en 1976. En las antiguas dependencias del Archivo Nacional, frente a la actual Hemeroteca de la Biblioteca, recibí esa distinción que reconocía la mejor tesis de historia presentada en las universidades chilenas en 1975. Por entonces se vivían momentos muy tristes de persecución política e ideológica en Chile. El reconocimiento, en medio de este clima de temor y desconfianza, resultó ser para mí un pasaporte. Como un carnet de lector autorizado. El mismo Estellé, Conservador del Archivo Nacional, había sido mi profesor de Historia de Chile en la Universidad Católica. Recuerdo a los historiadores que estaban ese día: entre otros, Gonzalo Izquierdo, Fernando Campos Harriet, Javier González Echenique, y el gran padre jesuita Julio Jiménez Berguecio, con su desafiante sotana, quien dirigió mi tesis. Campos Harriet impresionó gratamente a mi madre, a quien le dijo que tenía la "estampa inconfundible de las Campos". Ese día mi madre se enteró en la Biblioteca Nacional por qué tenía la inconfundible estampa que tenía.

Tengo el recuerdo de una primera impresión ilustre en la Biblioteca. Por la escalera que baja de la Sala Medina al primer piso que da a Alameda veo descender a don Juan Uribe Echevarría acompañando del brazo a don Ricardo Donoso. Donoso y Uribe habían sido destacados funcionarios de la Biblioteca.

Uribe, fundador de la revista *Mapocho* en los años sesenta, y Donoso, director del Archivo Nacional, en los tiempos idos de un Chile que pasaba por entonces al olvido. Ambos sabios chilenos, dignos, descendían de un país que yo ya no había conocido. ¿Por qué me impresionaron tanto? Probablemente eran las señas de dos intelectuales atrevidos, peleadores, peladores, cuchicheándose verdades entre ambos. Donoso combatió las mistificaciones oligárquicas de la historia de Chile de Francisco Encina, y Uribe Echevarría estuvo con Gabriela Mistral en Nápoles en 1952, compartiendo una sabrosa conversación donde ella le confesó: "Si voy a Chile, ¿vería Chile? No lo creo. Me llevarían de un lugar a otro 'oficialmente', sin intimidad... Me matarían en un mes. Prefiero seguir en Italia, pueblo de buen humor y de buenos humores". (Juan Uribe Echevarría, *Gabriela Mistral; aspectos de su vida y de su obra*, en *Gabriela Mistral 1889-1957*, Pan American Union, Washington p.c., 1958).

En la Biblioteca Nacional conocí —ieste sí fue un hallazgo imperecedero!— a la compañera inseparable de la vida y de las aventuras compartidas: Micaela Navarrete. Ella trabajaba entonces en la sección Referencias Críticas. En nuestra fiesta de bodas, en el pueblo campesino de El Monte, estuvieron sus compañeros de la Biblioteca Nacional Justo Alarcón; José Apablaza; Hugo Reyes; su esposa Elda Opazo; Uberlinda Contreras, de la Sala Matta Vial; y el ex director de la Biblioteca Nacional, Roque Esteban Scarpa. El ex director de la Biblioteca me elogió con palabras imborrables ante Micaela, quien había colaborado en sus estudios sobre Gabriela Mistral. En 1978 Roque había publicado su bello libro *Gabriela piensa en...*, en el que Micaela le ayudó con esmero.

La Biblioteca Nacional se hacía parte de mi camino no solo académico e intelectual, sino sobre todo humano, afectivo, cordial. No había que separar tanto la vida académica de la vida misma. Al final, nos sentíamos buscando o rescatando a manos llenas la riqueza amada de Chile.

En 1983 entré, por primera vez, a la Sala América para compartir una mesa redonda sobre la cultura y la literatura populares de Chile. Ese camino nunca tan reconocido y que nos encanta hasta hoy. Fue el 26 de octubre de 1983. Era parte de un ciclo organizado por el Departamento de Extensión, donde ahora trabajaba Micaela: *Lo festivo en la poesía popular*. Estábamos don Juan Uribe Echevarría, don Eladio García, profesor de la Universidad de Chile, y el cantor a lo divino de Aculeo don Manuel Gallardo. El país seguía acogotado en la tristeza y la persecución política. Era indispensable dar otra nota, otro tono. Entusiasmado con las ideas de Mijail Bajtin —el autor de *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*— defendí a brazo partido que la fiesta era la categoría primera e indestructible de la civilización humana. El carnaval y lo carnavalesco —la resurrección de los sentidos— podían expresar la vida del pueblo, más allá de la reglamentada y seria vida oficial.

A mediados de los ochenta teníamos unas ganas enormes de descubrir la riqueza y el espesor de la cultura popular de Chile. En la Universidad Católica nos abocábamos a reconstruir la historia del pensamiento teológico chileno. Este pensamiento, vital y desordenado en los tiempos de la Independencia, se iba poniendo a medida que avanzaba el siglo XIX cada vez más fome e imitativo, conservador. Mi entusiasmo por el pensamiento de las elites menguó proporcionalmente al interés creciente por las voces de la cultura popular.

Me propuse hacer una tesis doctoral para conocer la riqueza del pensamiento de los antiguos cantores a lo divino de Chile. Esos cultores de un mundo analfabeto, no urbano, ajenos por cuna y doctrina a la ciudad letrada y sus ortodoxias. Las fuentes estaban disponibles en la Biblioteca Nacional. Las había regalado a la Biblioteca en 1933 ese lingüista alemán prodigioso llamado Rodolfo Lenz. Era la "Lira Popular". Había ahí un tesoro escondido, una zalagarda de voces plebeyas provenientes de fines del siglo xix e inicios del siglo xx. Entre 1982 y 1984, medio siglo después de la donación del filólogo alemán, nos zambullimos en las sencillas y sorprendentes hojas de la Lira Popular.

Allí pudimos leer —un ejemplo entre muchos— un verso formidable del poeta popular Daniel Meneses, en tiempos del gobierno "pechoño" de Errázuriz Echaurren. Contenía una afirmación sin par. Dios invitaba al Diablo al paraíso: a "gozar de la alegría". ¿Cómo la tristeza iba a ser infinita? Habla el Padre Eterno:

Al fin, el último día se acabará tu castigo y así te vendrás conmigo a gozar de la alegría. Estando en mi compañía disfrutarás del placer cesará tu padecer y vas a ser muy feliz cuando a mi reino tu entrís no serás más Lucifer.

(Contrapunto del Diablo con el Padre Eterno, por haberlo arrojado del cielo, Colección R. Lenz, tomo VII, hoja 13).

En 1985 presentamos la tesis doctoral en la española Universidad de Salamanca. Llevaba conmigo el mensaje salvador de los "puetas": el triunfo del amor y la dicha por sobre toda oscuridad, como el verso de Meneses.

Ellos, / los poetas / del pueblo, / con guitarra harapienta / y ojos conocedores / de la vida, / sostuvieron / en su canto / una rosa / y la mostraron en los callejones / para que se supiera / que la vida / no será siempre triste (Pablo Neruda, Oda a los poetas populares). ¡Qué gusto y qué honor fue llevar a las aulas universitarias castellanas la palabra de los poetas populares chilenos regalada por un alemán de excelente humor —y amante de Chile— a la querida Biblioteca Nacional!

En la década de los noventa, el espíritu de la Biblioteca Nacional se abrió a la alegría de la esperanza del reencuentro humano y democrático entre los chilenos.

El 18 de julio de 1990 inauguramos en la Sala América el Encuentro Internacional 500 Años del Cristianismo en América Latina. Asistieron, entre otros, Sergio Villalobos, nuevo director de la Biblioteca, y Enrique Dussel, el historiador y filósofo argentino de resonancias latinoamericanas y mundiales. El 29 de agosto de 1990 hicimos una mesa redonda llamada Elogio de la cultura popular chilena, donde participé junto a dos intelectuales tan brillantes como dispares: Fidel Sepúlveda Llanos, amigo y fino poeta y esteta de la vida profunda de Chile, y Gabriel Salazar, el ácido y arrollador historiador del mundo plebeyo.

Desde 1991 no hemos parado de dar a conocer en la Biblioteca Nacional los hallazgos de nuestras apasionadas lecturas e investigaciones hechas con sus preciosas y cuidadas fuentes literarias. En el mes de junio participamos en una exposición de homenaje a don Clotario Blest, a un año de su fallecimiento, en la sala que ahora es la librería de Lom. La biografía que hicimos del gran místico y dirigente social la documentamos en gran parte en la Biblioteca Nacional. Del cuaderno de visitas de esa exposición rescato estas palabras: "En primer lugar gracias a nuestra Biblioteca por mostrarnos una parte de nuestras hermosas raíces y gracias a Dios por poner un obrero, sindicalista y compañero en comunión nuestra. 13 de junio de 1991". En el mes de octubre presentamos en la Sala Ercilla la primera edición de nuestra tesis doctoral *Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile*, con el apoyo del Instituto de Cooperación Iberoamericana.

También en la Sala Ercilla, el 11 de mayo de 1992, se presentó el conjunto de ensayos que trabajamos con el historiador de la Universidad de La Frontera, Jorge Pinto, y Rolf Foerster *Misticismo y violencia en la temprana evangelización de Chile*. En 1995, el 28 de noviembre, participamos junto a la destacada folklorista Raquel Barros en una animada conversación en la Sala Cervantes sobre *Diablos y aparecidos*, en el marco del ciclo "La fe del pueblo", organizado por Micaela.

En septiembre de 1999 montamos en la Biblioteca la exposición *El siglo XIX que no se vió. Caricaturas y sátiras sobre la vida social chilena del Ochocientos.* Había que mostrar un Chile travieso y democratizador, ajeno a la circunspecta

imagen del "viejo Chile de los Montt", en la aguda expresión de Gabriela Mistral. Para eso trabajamos con un grupo de estudiantes del posgrado de Historia de la Universidad de Santiago: "Estudios Pililos Ahora" (EPA). Las fuentes fueron los periódicos de caricaturas hechos por el escritor y dramaturgo Juan Rafael Allende, excomulgado dos veces por el Arzobispado de Santiago, y que se conservan frescos y lozanos en la Biblioteca Nacional. Con el mismo impulso, el 17 de abril de 2002 dimos a conocer en la Sala América El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo xix. El libro, prologado por Armando de Ramón, fue presentado por Julio Pinto, colega de la Universidad de Santiago, y por un regocijado Hernán Millas, Premio Nacional de Periodismo.

Las fuentes humorísticas y satíricas disponibles en la Biblioteca Nacional no se limitaron por supuesto al siglo xix. Dispuestos a desentrañar esos caminos, nos pusimos a trabajar en la revista *Topaze*, emblema del humor político chileno del siglo xx. Allí estaba la historia política del país, desde 1931 hasta 1970, contada con la lucidez y el coraje que proporciona el buen humor, y no con la pesada y aburrida carga de la historiografía oficial. Resultado de ello fue el libro El Chile de Juan Verdejo. El humor político de Topaze 1931-1970, que escribimos junto a colegas y exalumnos de la Universidad de Santiago. El académico Jorge Rueda, del Departamento de Lingüística y Literatura, Tomás Cornejo, exalumno del magíster de Historia, y Judith Silva, licenciada en Historia de la Universidad. La obra la presentaron en la Sala América de la Biblioteca Nacional el escritor Darío Oses y el Premio Nacional de Periodismo Juan Pablo Cárdenas el 17 de enero de 2012. Lo más notable de esa prodigiosa y duradera revista fue la imagen visual y literaria del pueblo chileno: Juan Verdejo, el "roto" alegre e inteligente, capaz de saber las verdades verdaderas de la historia de Chile.

El 18 de julio de 2012 presentamos junto al historiador de la Universidad Católica Claudio Rolle otro libro de indudable cepa popular. Soy zurdo de nacimiento. Las cuecas de Roberto Parra, que editamos con Micaela. Con Roberto Parra habíamos estado personalmente en sus visitas a la Biblioteca Nacional.

Este año del bicentenario de la Biblioteca, el 20 de marzo de 2013, lanzamos en la Sala América una obra largamente acariciada. Ofrecer al público lector una colección de más de ciento treinta tonadas chilenas recopiladas por Rodolfo Lenz a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX: Para amar a quien yo quiero. Canciones femeninas de la tradición oral chilena recogidas por Rodolfo Lenz. Ahí aparecen las palabras, especialmente amorosas, de un pueblo chileno que no solo es atropellado o atropellador, como lo ven o lo quisieran ver algunos. Este libro, presentado con esmero por don Gastón Soublette, lo hicimos también junto a Micaela, y por supuesto, con los manuscritos del sabio alemán disponibles en el Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares de la Biblioteca.

La Biblioteca Nacional ha sido un cálido lugar de encuentro con cultores y cultoras, estudiosos y estudiosas de Chile y de países extranjeros. Reunidos por el interés y el afecto a la cultura y el pensamiento del pueblo chileno. En el antiguo Salón Fundadores, donde hoy existe un estratosférico centro de Internet, cultivamos la amistad y la complicidad con colegas como Rolf Foerster, antropólogo de la Universidad de Chile, y Bernardo Subercaseaux, historiador de la cultura, también de la Casa de Bello. También allí nos encontrábamos a menudo con la historiadora Angélica Illanes. Hemos conocido y disfrutado a través del Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares —creación original y animación permanente de Micaela— visitas y amistades europeas entrañables como Delphine Grouès y Lena Le Goff, del Institut d'Études Politiques, (Sciences Po) de París, Antonio Sáez-Arance, del Abteilung für Iberische und Lateinamerikanische Geschichte de la Universidad de Colonia, y el afectuoso "Loro Coirón", imborrable grabador francés del Valparaíso popular. Delphine ha llegado a ser una eximia estudiosa de la poesía popular chilena en lengua francesa. Entre los idos, recordamos al insuperable Santos Rubio, poeta y músico popular que acompañó a Víctor Jara en sus Cantos por travesura, y que nos acompañó a nosotros con sus sorprendentes y no menos eruditos encuentros o recitales en la Sala América.

Un lugar de encuentro y de reencuentro humano y democrático en la Biblioteca Nacional fue la cuidada revista *Patrimonio Cultural*, de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Allí participamos gracias a una invitación primera del entusiasta Eugenio Llona, y de la directora de la Biblioteca Sra. Marta Cruz Coke, publicando, entre otros títulos, "La risa y el origen de las culturas latinoamericanas", en 1998; "La gran ternura. La afectividad en Chile en los siglos xvII-xx", en 1999; "La risa de Gabriela Mistral", en 2001; "Una fiesta inolvidable. Los años deslumbrantes de la Unidad Popular", en 2006; y "Más cuecas para releer la historia de Chile", en 2008.

Es un honor y un placer mencionar en estos recuerdos sueltos a antiguos funcionarios famosos y emblemáticos de la Biblioteca —que siguen fieles en la memoria— como los mayordomos Fernando López y Máximo Leupin, verdaderos anfitriones de la institución, a la conservadora tenaz de la Sala Medina Azucena Torres, a la dulce Marita Font, de la Sala Matta Vial, y a la discreta y diligente Dely Arriagada, de la Sección Chilena.

LA BIBLIOTECA NACIONAL

¡Un lugar para cuidar la vida y las locuacidades de todos los habitantes de Chile! Me la imagino invariablemente como una gran madre. Atesorando gestos, voces, cartas y correos de amor o de desamor de sus hijos e hijas, sean estos agradecidos o malagradecidos, sabrosos y desabridos, buenos o malos.

Hace años, recuerdo que la auxiliar de la desaparecida Sala Matta Vial, la señora Uberlinda —iqué bello nombre campesino!— sorprendió a una empingorotada profesora universitaria intentando llevarse para su casa unos libros de la Sala. Qué manera de pararle los carros. Aquello fue para mí un símbolo de la dignidad y la valentía de la Biblioteca Nacional. El privilegio de lo público por sobre el interés de lo privado.

La Biblioteca Nacional tiene bastante de lo que hoy vienen pidiendo los estudiantes de Chile. Un espacio de educación pública, gratuita y de calidad. Pero todavía más: es un espacio para la autoeducación, el autodidactismo de los chilenos. Creo que de esta manera se puede formar mejor un pueblo luminoso y consciente. Placentero por conocer y conocerse. Dándose esa "alegría pasada a corporal, a fuerza de ser tan viva", como enseñó Gabriela Mistral. Alegría viva y placentera que difícilmente logra ofrecer la formación o deformación escolar. En la Biblioteca Nacional se guarda y se ofrece la vida y la historia que no están en los textos escolares, hechos estos con "un simplismo casi atrofiador", como dijera acertadamente el artista chileno Roberto Matta. La historia enseñada en las escuelas —básicas o universitarias— "no es la historia de cada uno, no hay ningún cada uno allí. Es una cosa de consumo general. Así como el maíz para las gallinas; tienen que comer todas, la misma cosa, aunque estén enfermas del estómago algunas y otras del hígado. Como un alimento de cuartel" (Eduardo Carrasco, Matta. Conversaciones, Santiago, cesoc, 1987, p. 137).

En la Biblioteca Nacional hemos leído, hallado y sobre todo encontrado con creces esa historia de Chile, y de América, que nutre cuidadosamente a cada uno. Lo menos parecido a un alimento de cuartel.

Santiago de Chile, marzo de 2013

DOS BIBLIOTECAS Y UN EXILIO

Santiago Arcos*

A vos, a quien en lo sucesivo no diré adiós... Velar se debe la vida, para que viva quede en la muerte

Rememoro una biblioteca, la de la infancia envuelta en el humo, la de los sueños de corsarios y viet-cong, esa que iba entre Marx y Verlaine, de Omar Cáceres a Espuela de Plata, Orígenes o Nadie Parecía. Una biblioteca plena, saludablemente protectora, en ella se miraban las cartas de Teófilo Cid, los poemas garabateados en hojas sueltas de Raquel Jodorowsky y Carlitos de Rokha —siempre llamó la atención una escrita a máquina que tenía en un borde, casi ilegible, un manuscrito, casi un palimpsesto: "Aquí estamos con Juan Arcos y Carlitos de Rokha borrachos de estrellas" (Raquel)—, indagar para encontrar a la mujer que sostenía que sus huesos y los de mi padre se correspondían por la nada... encontrar su cabellera roja, incendio de letras y deseo de libertades contenidas... un amasijo de libros destruidos en un abrir y cerrar de vuelos rasantes, el auto de fe que funda la huida, el éxodo... la biblioteca que servirá como simiente y abono en las siembras posteriores... el silencio, la bruma, la alegría rota, la infancia destruida en el justo momento en que la mítica biblioteca solo nos dejó su mueca, suspendida en el aire, como el Gato de Cheshire... para finalmente desparecer en la desmemoria, tal vez obnubilada por ser la biblioteca mítica, la de la infancia, esa en que "Los místicos pretenden que el éxtasis les revela una cámara circular con un gran libro circular de lomo continuo, que da toda la vuelta de las paredes..."1... pero ese libro no se transmutó en la figura de Dios sino que mestizó los saberes en un exilio...

Volver es siempre un dejar, porque cuando retornamos siempre dejamos atrás un espacio, una vida, para volver al lugar primigenio, un devenir...

Pero cuando volvemos también abandonamos... y en este caso abandonamos unos cuantos libros apilados en el edificio de Agüero... en el laberinto de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, en sus ramplas, borgeanas, de acceso al conocer... retornamos a unas escaleras añosas, marmoladas y frías, aterrorizadas... sin más laberinto que la trama intrincada que la envolvía en plena Alameda, rodeada por el abrazo temeroso y acogedor, al mismo

^{*} Doctor en Ciencias Políticas, editor y miembro fundador de UniNomade 2.0 (Italia). Uninomade.net (Brasil) y UniNomade-LA (Latinoamérica); Coordinador hispano parlantes del Internacional Student Movement.

Borges, Jorge Luís, *Ficciones*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1941, p. 90.

tiempo, de los acontecimientos que su fachada va viendo transcurrir. Ella encierra, puertas afuera, como testigo, el recuerdo del nacimiento de la multitud, del común avanzando por sus calles, conformándose en constitución, spinoziana, festinando las bodas de la abeja y la orquídea... Un vuelo fantástico invade el tuétano al traspasar sus salones, imponente y centenaria, en esos días, vigilada, tal vez cercenada en su espíritu... no es Alejandría, sin embargo Ítaca se vislumbra en la niebla de los *anni di piombo*, y a través de las páginas encerradas en sus anaqueles ir conmensurando un mundo otro, aprehendiendo en sus salones fríos e interminables que la gramática de los hechos se escribe desde los *Grundrisse*, que la Comuna de París nos reitera la soledad en que *El Capital* comenzó a dejarnos una vez que iniciáramos las lecturas heterodoxas, subsunción real del capital, éxodo, rizoma, multitud, poder constituyente, obrero social, autonomía... palabras surgidas desde los muros del salón Gabriela Mistral, que en sus mesones iluminaba el paso de las hojas destruyendo una concepción del mundo, un atavismo, sí, lo era...

A m'arcord... Lo sé, lo sé, lo sé que un hombre a los cincuenta años tiene siempre las manos limpias y yo me las lavo dos o tres veces al día;

solo si me veo las manos sucias me acuerdo de cuando era mozo²

No podemos desprendernos de la axiomática del tiempo, toda narración es un contar, un enumerar, por ende siempre es la mensura la que va guiando la calidad de nuestros conoceres. Cuántas palabras, cuántos libros... cuántas horas, contar un cuento... Lo hermoso de esos salones añosos es el transcurso del tiempo detenido, solo existe el instante, llegada y partida. Solo la sensación del oasis, del *firdaus*, puede llevarnos a olvidar el transcurso de las horas, el tiempo se detiene al interior de los muros, el paso de las horas se diluye entre páginas, se escabulle letra a letra... El sinsentido se vuelve cotidiano, Alejandría poseía 700.000 rollos; pero la biblioteca de Borges apenas 500 ejemplares. La biblioteca se transforma en el devenir, en ideal a medida que no existe, de momento que es recordada. En esta biblioteca cada página es la primera, jamás la última. No hay existencia para la finitud en nuestra

² Fellini, Federico, *Amarcord*, Barcelona, Editorial Noguer, 1974, 174 pp.

trabajosa extensión de las páginas, por ende esta biblioteca no puede ser destruida, disciplinada o vigilada... solo reconstruida a cada paso por la lectura.

Interregno

Pero, ¿qué encierran esos muros divididos en salones?, una manzana completa, un cuadrado de alarife repleto de hojas entintadas... desde los pesos aportados por San Martín para papel de trapos impreso por tipos, hasta los textos transformados en información binaria, las estanterías aún conservan el añoso aroma de la lignina, acidificadora y asesina, manteniendo el tráfico desde los recovecos a los salones... Recorridos a medida que el tiempo y los años avanzan, desde la llegada a mis universidades, que tal como las de Gorki, siempre fueron más informales, más vivas, preferidas al encierro criminal, panóptico del *leviathan* universitario; he huido de la perrera que encierra a los señores de las lecturas no hechas, de aquellos que siempre menospreciaron a Althusser por no ser más que normalien, y que no provocaban más que nauseabunda repugnancia al no saber, y al pretender enseñar, escape, huida, malversar, el tiempo socorrido en los salones, cuántas mañanas robadas al régimen disciplinario para comprender que el saber estaba encerrado en la disipación... escape, éxodo... teleología genocida, destruida por las lecturas, por el paseo diario por los pasillos del salón Gabriela Mistral, aprendizaje forzoso, Guattari saltando desde unas páginas para destruir a golpes deleuzianos esa filosofía del control y la disciplina... buscando, investigando, los muros gruesos, su aislamiento, su asilo, siempre las escaleras con su frío marmolado han acariciado las entrañas de quien busca, del Yo que busco en medio de la alegría de Mayo del 68 reconstruida en 1989, los ecos de Berlín lograban traspasar el muro, pero estos al encerrar las letras y condensarlas eran de libertad... Spinoza dixit... conocimiento... libertad... potencia... sujetos... Leímos y aprehendimos que el mundo comenzaba en Marx mas allá Marx, que mudamos de un momento a otro el asilo del gran salón, por los recovecos y poderes que debe atravesar quien investiga, conocimos la ira del funcionario, la ignorancia y el saber de otros... 30 años caminando por aquí, a intervalos, escabulléndose un poco, arribando finalmente a Ítaca, antigua Sala Infantil, hoy puerto de mi non sense, de la disipación de los días...

POTENTIAS

Cupiditas, sí, cupiditas finalmente, sino es de amor, de que se trata al fin nuestra existencia, nuestra relación con las páginas impresas... sino es de amor... a que contemplamos con impaciencia el acto carvalhiano de la quema de libros... para reemplazarlo por la colectividad, por la "malvada y perversa" multitud que me habita y que acude al llamado de la inmanencia.

Una biblioteca bicentenaria, una vida, muchas vidas, *do you remember Whitman?* Me habitan multitudes... caminando, desplazándose desde el cuerpo sin órganos al devenir, son las bodas de las Luces, la Ilustración y nuestra bella y demonizada inmersión en el futuro, una biblioteca, hoy, es en sí misma una fuente de producción: como un territorio, organizada, habitada, caminada, puede ser productiva como lo era antes la tierra roturada... Cada vez más, podría ser, el eje, la esencia antropológica, la metrópolis, la multitud... mirar la única capacidad existente, como metrópoli de los libros, como potencia común, como energía y capacidad de expresión del sentir baudelairiano... como ocasión, como oportunidad y lugar de destrucción creadora. Necesitamos destruir el encierro del *common sense* por el sueño común de una vida decente.

INTERREGNO II

Rememorar cómo los sentidos han ido configurando el asilo en lugar de producción, de trabajo vivo, de *conricerca*, significa asumir, desterritorializar la biblioteca ideal... aquella que se va conformando en el Salón de Investigadores, antigua Sala Infantil, una colaboración que es aislada y al mismo tiempo resocializada, intimista y absolutamente relacional, ahí se reconstruyen relaciones en torno al trabajo vivo, a la reflexión, al diálogo... sala erudita plena de la desesperación investigativa, sin esperanza, al no haber temor, nuevamente el buen Spinoza... la promesa del eco, de que cada libro refleje el siguiente, constituyendo una antología eternamente renovada, abierta, jamás cerrada, subversiva, ¿por qué no? Constitución de una inteligencia colectiva a la que no se es capaz de ofrecer instrumentos libres de expresión... censura, bloqueos, trascendentalismo, contra inmanencia... burocratización contra liberación de las singularidades... Hobbes contra Spinoza... el *Leviathan* contra el comunero... finalmente *Koiné*.

PARADISO

Conversiones y abjuraciones recorren nuestros pasos por la fría, y a veces, indiferente, parsimonia de los días, de las hojas recorridas entre pedido y pedido de libros... precariedad del tiempo y de la vida, cosmopolitismo implícito en el afán lector, exploración, Salgari inspira aún, apertura de fronteras, una nueva Ilustración nacida desde la biopolítica navega por el árbol de las venas expresando una nueva razón conceptualizada... un paso... pasar a la subjetividad dentro del común, abierto a las singularidades, a las multitudes y a su potencia constructiva de una red nacida del conocimiento, del deseo común de libertad, expresión de diferencias... convertidas en relación entre los cuerpos, inmaterial nuestro conocimiento... cognitivos actuando siempre en los márgenes, en el *kairós* emergente y rupturista... tal vez el viento de

Tahrir, y las esporas que ha diseminado por el mundo, quizás Plaza del Sol o Syntagma, Zuccotti Park, antiguamente llamada Liberty Plaza Park, tal vez, solo tal vez, después de ellas aprendamos que ser productivos puede coincidir con ser libres.

Aquí, entre estos muros añosos aprendemos a nadar en el mar que tenemos ante nosotros, y en el cual cada uno está inmerso, cognitariado, no precarios del conocimiento, libertad para ser móviles y flexibles. Conocimiento como potencia abierta, modificable a la constitución de las libertades multitudinarias de la singularidad como elemento fundamental de la experiencia de vivir... cuerpos, deseos, bios, política del cuerpo... finalmente un éxodo planteado como un punto de fuga al infinito de la inmersión en el futuro. Somos David sobre hombros de gigantes.

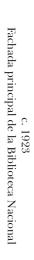


ICONOGRAFÍA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL





c. 1915 Edificio en construcción. A la derecha se alcanza a apreciar una parte del Monasterio Santa Clara



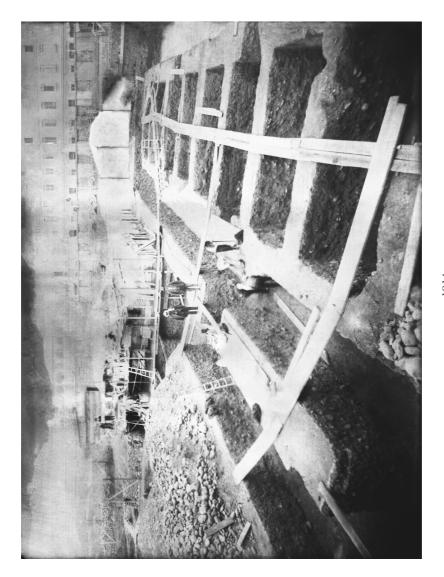




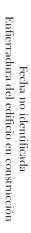
Fecha no identificada Fachada principal de la Biblioteca Nacional

Fecha no identificada Fachada lateral y principal de la Biblioteca Nacional





c. 1914 Cimientos del edificio en construcción



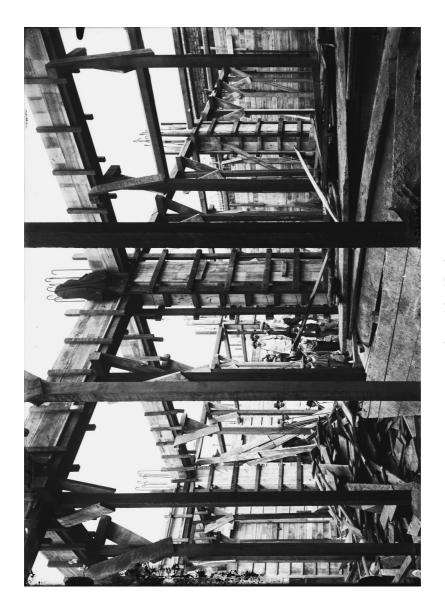




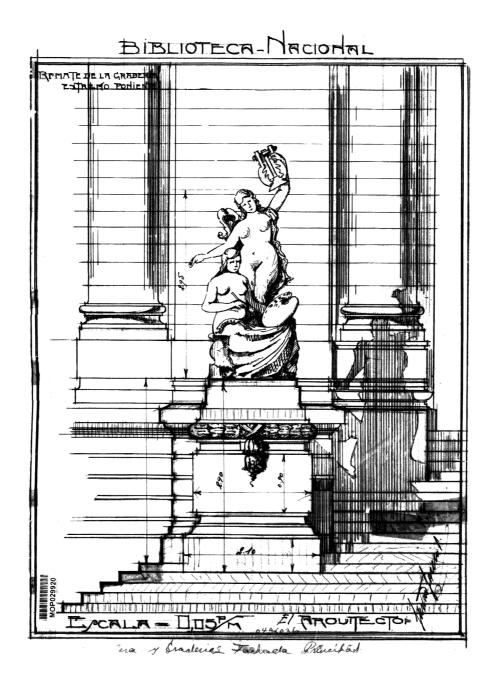
Fecha no identificada Construcción del edificio: se ve la escala de este con los obreros retratados mientras realizan su trabajo



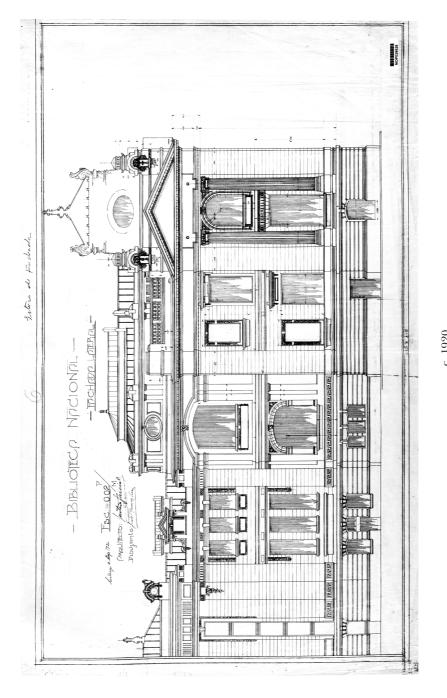
Fecha no identificada Uno de los salones del edificio en construcción



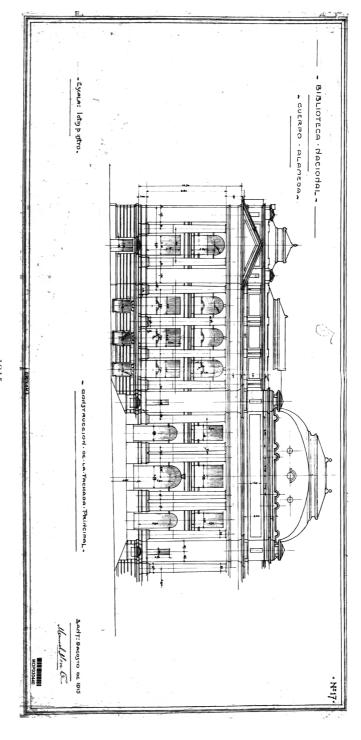
Fecha no identificada Obreros retratados durante la construcción de la Biblioteca Nacional



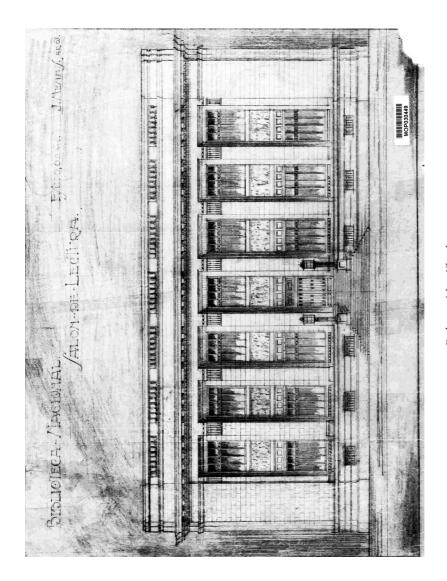
c. 1914 Escultura en fachada poniente de la Biblioteca Nacional, que al parecer no fue construida



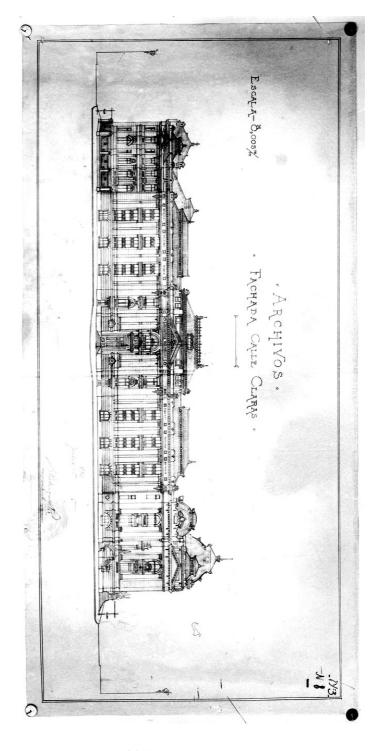
c. 1920 Elevación de fachada lateral de la Biblioteca Nacional



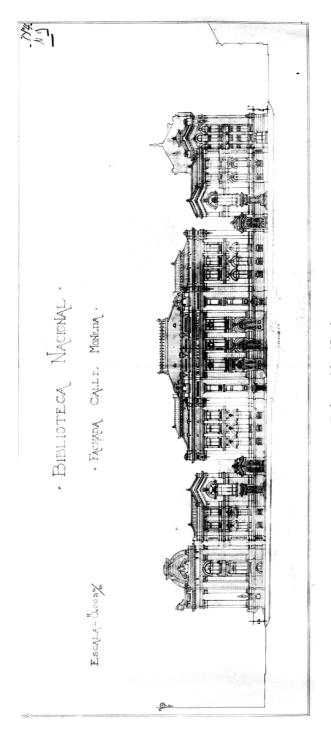
c. 1915 Elevación de fachada principal, cuerpo Alameda de la Biblioteca Nacional



Fecha no identificada Elevación del Salón de Lectura de la Biblioteca Nacional

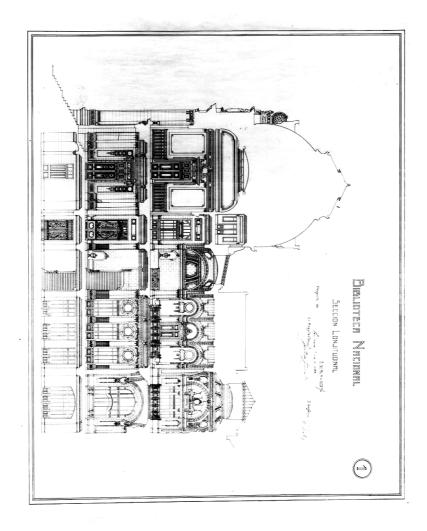


Fecha no identificada Elevación de la fachada de los Archivos, calle Las Claras, de la Biblioteca Nacional



Fecha no identificada Elevación de la fachada del Salón de Conferencias de la Biblioteca Nacional

Fecha no identificada Sección Longitudinal de la Biblioteca Nacional



FUNCIONARIOS (AS) DE LA BIBLIOTECA NACIONAL (2013)







EDICIONES DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

Títulos Publicados 1990-2009

- A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique (Santiago, 1998, 351 págs.).
- Adler Lomnitz, Larissa, Lo formal y lo informal en las sociedades contemporáneas (Santiago, 2008, 404 págs.).
- Archivo Nacional de Chile, *Guía de fondos del Archivo Nacional Histórico, instituciones republicanas* (Santiago, 2009, 523 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo 1, 347 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo II, 371 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo III, 387 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo IV, 377 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo v, 412 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, tomo vi, 346 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, tomo VII, 416 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, tomo VIII, 453 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, tomo IX, 446 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, tomo x, 462 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2003, tomo xi, 501 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XII, 479 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XIII, 605 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo xiv, 462 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo xv, 448 págs.).

- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo xvi, 271 págs.).
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2003, 866 págs.).
- Bauer, Arnold, *Chile y algo más. Estudios de historia latinoamericana* (Santiago, 2004, 228 págs.).
- Bianchi, Soledad, La memoria: modelo para armar (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, *La época de Balmaceda*. Conferencias (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Contreras, Lidia, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Cornejo C., Tomás, Manuela Orellana, la criminal. Género, cultura y sociedad en el Chile del siglo xvIII (Santiago, 2006, 172 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *Del Ariel de Rodó a la CEPAL* (1900-1950). *El pensamiento latinoamericano en el siglo xx. Entre la modernización y la identidad* (Santiago y Buenos Aires, 2000, tomo 1, 336 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo xx. Desde la CEPAL al neoliberalismo* (1950-1990) (Santiago y Buenos Aires, 2003, tomo II, 332 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, El pensamiento latinoamericano en el siglo xx. Entre la modernización y la identidad. Las discusiones y las figuras del fin de siglo. Los años 90 (Santiago y Buenos Aires, 2004, tomo III, 242 págs.),
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones*, 1999, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).
- Donoso Rojas, Carlos; Jaime Rosenblitt B. (editores), *Guerra, región y nación:* la Confederación Perú-Boliviana 1836-1839 (Santiago, 2009, 384 págs).
- Ehrmann, Hans, Retratos (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. 1, 172 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas*. *Durante la república*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. II, 201 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. III, 143 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. IV, 213 págs.).
- Fernández Canque, Manuel, ARICA 1868, un tsunami, un terremoto y un albatros (Santiago, 2007, 332 págs.).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, Informes, Nº 1 (Santiago, julio, 1993).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, Informes, Nº 2 (Santiago, agosto, 1994).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, Nº 3 (Santiago, diciembre, 1995).

- Fondo de Apoyo a la Investigación 1995, Informes, Nº 4 (Santiago, diciembre, 1996).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, Nº 1 (Santiago, diciembre, 1999).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1999, *Informes*, Nº 2 (Santiago, diciembre, 2000).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2000, *Informes*, Nº 3 (Santiago, diciembre, 2001).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2001, *Informes*, Nº 4 (Santiago, diciembre, 2002).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2002, *Informes*, Nº 5 (Santiago, diciembre, 2003).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2003, *Informes*, N° 6 (Santiago, diciembre, 2004).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2004, *Informes*, N° 7 (Santiago, diciembre, 2005).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2005, *Informes*, N° 8 (Santiago, diciembre, 2006).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2006, *Informes*, N° 9 (Santiago, diciembre, 2007).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2007, *Informes*, N° 10 (Santiago, diciembre, 2008).
- Gazmuri, Cristián, La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura (Santiago, 2000, 156 págs.).
- Gazmuri, Cristián, Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Gazmuri R., Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2006, tomo 1: 1842-1920, 444 págs.).
- Gazmuri R., Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2009, tomo II: 1920-1970, 528 págs.).
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo primero, 250 págs.).
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo segundo, 154 págs.).
- González Miranda, Sergio, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, 2ª edición (Santiago, 2002, 474 págs.).
- González V., Carlos; Hugo Rosati A. y Francisco Sánchez C., *Guamán Poma. Testigo del mundo andino* (Santiago, 2003, 619 págs.).
- Guerrero Jiménez, Bernardo (editor), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (Santiago, 2002, 309 págs.).
- Herrera Rodríguez, Susana, *El aborto inducido. ¿Victimas o victimarias?* (Santiago, 2004, 154 págs.).

- Hutchison, Elizabeth Q., Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1890-1930, traducción de Jacqueline Garreaud Spencer (Santiago, 2006, 322 págs.).
- León, Leonardo, Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800, 2ª edición (Santiago, 2005, 355 págs.).
- Lizama, Patricio, Notas de artes de Jean Emar (Santiago, 2003).
- Lizama Silva, Gladys (coordinadora), Modernidad y modernización en América Latina. México y Chile, siglos XVIII al XX (Santiago-Guadalajara, 2002, 349 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política*. *Chile* 1990-2002 (Santiago, 2002, 482 págs.).
- Mazzei de Grazia, Leonardo, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX* (Santiago, 2004, 193 págs.).
- Medina, José Toribio, *Biblioteca chilena de traductores*, 2ª edición, corregida y aumentada con estudio preliminar de Gertrudis Payàs, con la colaboración de Claudia Tirado (Santiago, 2007, 448 págs.).
- Mistral, Gabriela, Lagar II (Santiago, 1991, 172 págs.).
- Mistral, Gabriela, Lagar II, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
- Mitre, Antonio, El dilema del centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano (Santiago, 2002, 141 págs.).
- Moraga, Pablo, Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos (Santiago, 2001, 180 págs.).
- Morales, José Ricardo, Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Muratori, Ludovico Antonio, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).
- Mussy, Luis de, Cáceres (Santiago, 2005, 589 págs.).
- Oña, Pedro de, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2ª edición (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Piwonka Figueroa, Gonzalo, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).
- Plath, Oreste, Olografías. Libro para ver y creer (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Retamal Ávila, Julio y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).

- Rinke, Stefan, Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1930-1931 (Santiago, 2002, 174 págs.).
- Rubio, Patricia, Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael, La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del "crudo y riguroso invierno de un quinquenio (verano de 1889)" (Santiago, 2001, 206 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Santiago, 2004, 944 págs.).
- Salinas, Maximiliano, Daniel Palma, Christian Báez y Marina Donoso, El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX (Santiago, 2001, 292 págs.).
- Salinas, Maximiliano, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, ¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891 (Santiago, 2005, 240 págs.).
- Scarpa, Roque Esteban, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *El canto a lo poeta*. *A lo divino y a lo humano* (Santiago, 2009, 584 págs.).
- Stabili, María Rosaria, El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960) (Santiago, 2003, 571 págs.).
- Tesis Bicentenario 2004 (Santiago, 2005, vol. i, 443 págs.).
- Tesis Bicentenario 2005 (Santiago, 2006, vol. ii, 392 págs.).
- Tinsman, Heidi, La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena (Santiago, 2009, 340 págs.).
- Toro, Graciela, Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Urbina Carrasco, María Ximena, *La frontera colonial de arriba en Chile colonial* (Santiago, 2009, 354 págs).
- Uribe, Verónica (editora), *Imágenes de Santiago del nuevo extremo* (Santiago, 2002, 95 págs.).
- Valle, Juvencio, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Vico, Mauricio y Mario Osses, *Un grito en la pared. Psicodelia, compromiso político* y exilio en el cartel chileno (Santiago, 2009, 216 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores* (Santiago, 2003, 162 págs.).
- Vicuña, Manuel, Voces de ultratumba. Historia del espiritismo en Chile (Santiago, 2006, 196 págs.).
- Villalobos, Sergio y Rafael Sagredo, Los Estancos en Chile (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Virgilio Maron, Publio, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).

- Colección Fuentes para el Estudio de la Colonia
- Vol. 1 Fray Francisco Xavier Ramírez, Coronicón sacro-imperial de Chile, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).
- Vol. III Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, dos tomos, 800 págs.).
- Vol. IV *Taki Onqoy: de la enfermedad del canto a la epidemia*, estudio preliminar de Luis Millones (Santiago, 2007, 404 págs.).

Colección Fuentes para la Historia de la República

- Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografia*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografia*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografia*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV Cartas de Ignacio Santa María a su hija Elisa, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. v *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902), recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).
- Vol. VII La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902), recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, primera reimpresión, 1997, 577 págs.).
- Vol. VIII Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916), compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León L. (Santiago, 1996, 303 págs.).
- Vol. IX "... I el silencio comenzó a reinar". Documentos para la historia de la instrucción primaria, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Vol. x *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulián (Santiago, 1998, 458 págs.).

- Vol. XI Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del "Cielito Lindo" a la Patria Joven, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).
- Vol. XII Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).
- Vol. XIII Etnografía mapuche del siglo XIX, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).
- Vol. XIV Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).
- Vol. xv *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Ulianova (Santiago, 2000, 742 págs.).
- Vol. XVI *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).
- Vol. XVII Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2001, 332 págs.).
- Vol. XVIII Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869), estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2001, 466 págs.).
- Vol. XIX Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).
- Vol. xx Una flor que renace: autobiografía de una dirigente mapuche, Rosa Isolde Reuque Paillalef, edición y presentación de Florencia E. Mallon (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Vol. XXI Cartas desde la Casa de Orates, Angélica Lavín, editora, prólogo Manuel Vicuña (Santiago, 2003, 105 págs.).
- Vol. XXII Acusación constitucional contra el último ministerio del Presidente de la República don José Manuel Balmaceda. 1891-1893, recopilación de Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2003, 536 págs.).
- Vol. XXIII *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2005, tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931, 463 págs.).
- Vol. XXIV Memorias de Jorge Beauchef, biografía y estudio preliminar Patrick Puigmal (Santiago, 2005, 278 págs.).
- Vol. xxv *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*, selección y notas María Teresa González F. (Santiago, 2005, 409 págs.).
- Vol. xxvi *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*, selección y estudio preliminar Sergio González Miranda (Santiago, 2006, 1.054 págs.).
- Vol. XXVII Los actos de la dictadura. Comisión investigadora, 1931, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2006, 778 págs.).

- Vol. XXVIII *Epistolario de Miguel Gallo Goyenechea 1837-1869*, selección y notas Pilar Álamos Concha (Santiago, 2007, 8 págs.).
- Vol. XXIX 100 voces rompen el silencio. Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990), compiladoras Wally Kunstman Torres y Victoria Torres Ávila (Santiago, 2008, 730 págs.).
- Vol. xxx *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2009, tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935, crisis e ilusión revolucionaria, 492 págs.).
- Vol. xxxı *El Mercurio Chileno*, recopilación y estudio Gabriel Cid (Santiago, 2009, 636 págs.).
- Vol. XXXII Escritos políticos de Martín Palma, recopilación y estudios Sergio Vilalobos R., y Ana María Stuven V. (Santiago, 2009, 436 págs.).

Colección Sociedad y Cultura

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana*. *Los civiles en armas*. 1932-1936 (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., Los indios amigos en la frontera araucana (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. v Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. vII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las elites* (Santiago, 1994, 259 págs.).
- Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. x Jorge Rojas Flores, Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950 (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. XII Marco Antonio León León, Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932 (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. XIII Sergio Grez Toso, De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890) (Santiago, 1998, 831 págs.).

- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile*, 2^a edición (Santiago, 2000, 312 págs.).
- Vol. xv Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).
- Vol. xvi Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico*. *El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. XVII Alejandra Araya Espinoza, Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. xvIII Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. XIX Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999*. *Desafío y respuesta. Sino e imprevisión* (Santiago, 1999, tomo I: "Los primeros doscientos años. 1541-1741", 480 págs.).
- Vol. xx Pablo Lacoste, El Ferrocarril Trasandino. Un siglo de transporte, ideas y política en el sur de América (Santiago, 2000, 459 págs.).
- Vol. XXI Fernando Purcell Torretti, Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880 (Santiago, 2000, 148 págs.).
- Vol. XXII María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).
- Vol. XXIII Carmen Gloria Bravo Quezada, La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena (Santiago, 2000, 150 págs.).
- Vol. xxiv Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).
- Vol. xxv Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).
- Vol. xxvi Rafael Sagredo Baeza, Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo xix (Santiago y México D.F., 2001, 564 págs.).
- Vol. XXVII Jaime Valenzuela Márquez, Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709) (Santiago, 2001, 492 págs.).
- Vol. xxvIII Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia* (Santiago, 2002, 330 págs.).
- Vol. XXIX José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y su fundación literaria y biblio-gráfica del mundo colonial americano* (Santiago, 2002, 145 págs.).
- Vol. xxx Emma de Ramón, *Obra y fe. La catedral de Santiago. 1541-1769* (Santiago, 2002, 202 págs.).

- Vol. XXXI Sergio González Miranda, Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990 (Santiago, 2002, 292 págs.).
- Vol. XXXII Nicolás Cruz, El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El Plan de Estudios Humanista, 1843-1876) (Santiago, 2002, 238 págs.).
- Vol. XXXIII Marcos Fernández Labbé, *Prisión común, imaginario social e identidad. Chile, 1870-1920* (Santiago, 2003, 245 págs.).
- Vol. XXXIV Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile 1900-1920* (Santiago, 2003, 236 págs.).
- Vol. xxxv Diego Lin Chou, *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales* (1845-1970) (Santiago, 2003, 569 págs.).
- Vol. XXXVI Rodrigo Hidalgo Dattwyler, La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX (Santiago, 2004, 492 págs.).
- Vol. xxxvII René Millar, *La inquisición en Lima*. Signos de su decadencia 1726-1750 (Santiago, 2005, 183 págs.).
- Vol. xxxvIII Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia* y depresión 1850-1880 (Santiago, 2005, 496 págs.).
- Vol. xxxix Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2005, 528 págs.).
- Vol. XL Pablo Camus Gayán, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile 1541-2005* (Santiago, 2006, 374 págs.).
- Vol. XLI Raffaele Nocera, *Chile y la guerra*, 1933-1943, traducción de Doina Dragutescu (Santiago, 2006, 244 págs.).
- Vol. XLII Carlos Sanhueza Cerda, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX* (Santiago, 2006, 270 págs.).
- Vol. XLIII Roberto Santana Ulloa, Agricultura chilena en el siglo XX: contextos, actores y espacios agrícolas (Santiago, 2006, 338 págs.).
- Vol. XLIV David Home Valenzuela, Los huérfanos de la Guerra del Pacífico: el Asilo de la Patria' (Santiago, 2006, 164 págs.).
- Vol. XIV María Soledad Zárate C., Dar a luz en Chile, siglo XIX. De la "ciencia de hembra" a la ciencia obstétrica (Santiago, 2007, 548 págs.).
- Vol. XIVI Peter DeShazo, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927* (Santiago, 2007, 390 págs.).
- Vol. XIVII Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*, traducción de María Teresa Escobar (Santiago, 2008, 318 págs.).
- Vol. XIVIII Mauricio F. Rojas Gómez, Las voces de la justicia. Delito y sociedad en Concepción (1820-1875). Atentados sexuales, pendencias, bigamia, amancebamiento e injurias (Santiago, 2008, 286 págs.).
- Vol. XLIX Alfredo Riquelme Segovia, *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia* (Santiago, 2009, 356 págs.).

Vol. L Consuelo Figueroa Garavagno, Revelación del Subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930 (Santiago, 2009, 166 págs.).

Colección Escritores de Chile

- Vol. 1 *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II Jean Emar, *Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV Domingo Melfi. Páginas escogidas (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. v *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. vi *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, cinco tomos, c + 4.134 págs.).
- Vol. ix *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1997, 143 págs.).
- Vol. x *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón S. y recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 98 págs.).
- Vol. xi *Ricardo Latcham. Varia lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón S., recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 326 págs.).
- Vol. XII Cristián Huneeus. Artículos de prensa (1969-1985), recopilación y edición Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).
- Vol. XIII *Rosamel del Valle. Crónicas de New York*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Leonardo Sanhueza (Santiago, 2002, 212 págs.).
- Vol. XIV *Romeo Murga. Obra reunida*, recopilación, prólogo y notas de Santiago Aránguiz Pinto (Santiago, 2003, 280 págs.).

Colección de Antropología

- Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. II Rubén Stehberg, Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile (Santiago, 1995, 225 págs.).

- Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).
- Vol. IV Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).
- Vol. v José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).
- Vol. vi Rubén Stehberg, Arqueología histórica antártica. Participación de aborígenes sudamericanos en las actividades de cacería en los mares subantárticos durante el siglo XIX (Santiago, 2003, 202 págs.).
- Vol. VII Mauricio Massone, Los cazadores después del hielo (Santiago, 2004, 174 págs.).
- Vol. VIII Victoria Castro, De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur (Santiago, 2009, 620 págs.).

Colección Imágenes del Patrimonio

Vol I. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

Colección de Documentos del Folklore

- Vol. 1 Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).
- Vol. II *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, compilación y estudio de Micaela Navarrete A. y Tomás Cornejo C. (Santiago, 2006, 302 págs.).
- Vol. III Los diablos son los mortales. La obra del poeta popular Daniel Meneses, compilación y estudios de Micaela Navarrete A. y Daniel Palma A. (Santiago, 2008, 726 págs.).

Colección Ensayos y Estudios

- Vol. 1 Bárbara de Vos Eyzaguirre, El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900) (Santiago, 1999, 107 págs.).
- Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).
- Vol. III Clara Zapata Tarrés, *Las voces del desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).
- Vol. IV Donald Jackson S., Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900 (Santiago, 2002, 100 págs.).
- Vol. v Bernard Lavalle y Francine Agard-Lavalle, *Del Garona al Mapocho: emi-grantes, comerciantes y viajeros de Burdeos a Chile. (1830-1870)* (Santiago, 2005, 125 págs.).
- Vol. vi Jorge Rojas Flores, *Los boy scouts en Chile: 1909-1953* (Santiago, 2006, 188 págs.).

- Vol. VII Germán Colmenares, Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX (Santiago, 2006, 117 págs.).
- Vol. VIII Marcello Carmagnani, El salariado minero en Chile colonial y su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico 1690-1800 (Santiago, 2006, 124 págs.).
- Vol. IX Horacio Zapater, *América Latina. Ensayos de Etnohistoria* (Santiago, 2007, 232 págs.).



PUBLICACIONES DEL ARCHIVO DEL ESCRITOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE (1996-2007)

- Neruda, Pablo, Crepusculario en germen. Facsimilares de primeros manuscritos (1919-1922), (Santiago, 1995, 11 hojas).
- Mistral, Gabriela, Desolación en germen. Facsimilares de primeros manuscritos (1914-1921), DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 1996, 11 pp.).
- Plath, Oreste, *El Santiago que se fue: apuntes de la memoria*, Biblioteca Nacional de Chile, Archivo del Escritor y Editorial Grijalbo. (Santiago, 1997, 331 pp.).
- Huidobro, Vicente, *Epistolario*. Selección, prólogo y notas de Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 1997, 211 pp.).
- Epistolario selecto I. Selección y prólogo de Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris, Introducción de Volodia Teitelboim, DIBAM y Archivo del Escritor (Santiago, 1997, 109 pp.).
- Guzmán Cruchaga, Juan, *Recuerdos entreabiertos*. Prólogo de Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 1998, 158 pp.).
- Redondo Magallanes, Mireya, *De mis días tristes (Manuel Magallanes Moure)*, DIBAM, Archivo del Escritor (Santiago, 1999, 145 pp.).
- Huidobro, Vicente, *Atentado celeste*: (facsimilares), DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2000, 11 hojas).
- Oyarzún, Luis, *Epistolario familiar*. Selección de Thomas Harris E., Claudia Tapia Roi y Pedro Pablo Zegers B., DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2000, 200 pp.).
- Castro, Oscar, *Epistolario íntimo de Oscar Castro*. Selección de Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris, Prólogo de Manuel Peña Muñoz, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2000, 58 pp.).
- El Libro de los juegos florales, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2000, 114 p.).
- Rokha, Pablo de, *Fuego negro: poética*: (facsimilares), DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2001, 11 hojas).
- Peña Muñoz, Manuel, *Memorial de la tierra larga: Crónicas chilenas*, DIBAM, Archivo del Escritor y RIL Ediciones (Santiago, 2001, 397 pp.).
- Vial, Sara, *Valparaíso*, *el violín de la memoria*, DIBAM, Archivo del Escritor y RIL Ediciones (Santiago, 2001, 359 pp.).
- Ossandón Carlos y Santa Cruz, Eduardo, *Entre las alas y el plomo: la gestación de la prensa moderna en Chile*, DIBAM, Archivo del Escritor y Universidad ARCIS (Santiago, 2001, 158 pp.).
- Oyarzún, Luis, *Necesidad del arcoiris: poesía selecta*. Compilación y prólogo de Thomas Harris E. y Pedro Pablo Zegers B., DIBAM, Archivo del escritor y LOM Eds. (Santiago, 2002, 270 pp.).

- Peña Muñoz, Manuel, *Cafés literarios en Chile*, DIBAM, Archivo del Escritor y RIL Ediciones (Santiago, 2002, 219 pp.).
- Laborde Miguel, *Contra mi voluntad. Biografía de Julio Barrenechea*, DIBAM, Archivo del Escritor y RIL Ediciones (Santiago, 2002, 372 pp.).
- Montealegre, Jorge, *Prehistorieta de Chile*, DIBAM, Archivo del Escritor y RIL Ediciones (Santiago, 2003, 146 pp.).
- Cartas salidas del silencio. Selección y notas de Pedro Pablo Zegers B., Thomas Harris E., Daniela Schütte G., DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2003, 165 pp.).
- Neruda, Pablo, Coral del Año Nuevo para la patria en tinieblas y Homenaje de los poetas franceses a Pablo Neruda, dibam, Archivo del Escritor y lom Eds. (Santiago, 2004, s/folio).
- Neruda, Pablo, *Las vidas del poeta*, catálogo expo. homenaje en el año del centenario del natalicio de Pablo Neruda (Santiago, 2004, 111 pp.).
- Oyarzún, Luis, *Taken for a Ride. Escritura de paso (Ensayos, reseñas, crónicas)*. Compilación y prólogo de Thomas Harris E., Daniela Schütte G. y Pedro Pablo Zegers B., RIL Ediciones, DIBAM, Archivo del Escritor (Santiago, 2005, 454 pp.).
- Anónimo, Lazarillo de Tormes. Edición aumentada y corregida de Eduardo Godoy, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Ediciones (Santiago, 2005, 143 pp.).
- Yañez Bianchi, Álvaro, *M[i] V[ida]. Diarios (1911-1917)*, DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2006, 348 pp.).
- Meza Fuentes, Roberto, *Los trágicos días de más afuera*. Recopilación y edición de Thomas Harris y Pedro Pablo Zegers, Prólogo de Alfonso Calderón S., DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2006, 334 pp.).
- Sabella, Andrés, *El Duende Cautivo de Antofagasta*: (facsimilares), DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Eds. (Santiago, 2006, 11 hojas).
- Benadava C., Salvador, *Faltaban solo unas horas... Aproximaciones a Joaquín Edwards Bello*, DIBAM y LOM Eds. (Santiago, 2006. 295 pp.).
- Nagy-Zemki, Silvia y Correa-Díaz, Luis, *Arte de Vivir. 20 Acercamientos críticos a la poesía de Pedro Lastra*, DIBAM, Archivo del Escritor y RIL Eds. (Santiago, 2006, 334 pp.).
- Contreras, Francisco, *El pueblo maravilloso*. Edición de Daniela Shutte G., Pedro Pablo Zegers B. y Thomas Harris E., nota preliminar de Pedro Lastra, DIBAM y LOM Ediciones (Santiago, 2007, 299 pp.).
- Ossandón B., Carlos, *La sociedad de los artistas*, DIBAM, Archivo del Escritor y Editorial Palinodia (Santiago, 2007, 111 pp.).
- Emar, Juan, *Armonía, eso es todo* (facsimilares), DIBAM, Archivo del Escritor y LOM Ediciones (Santiago, 2007, 11 hojas).

Política Editorial

Mapocho nace en 1963 y es una publicación semestral dependiente del Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile de la DIBAM. Acercando la literatura con las artes, la filosofía con las ciencias sociales, la revista publica artículos, reseñas o testimonios que busquen arrojar luces sobre tópicos diversos. Mapocho se concibe como un espacio abierto, libre, plural, que permite la convergencia de modalidades discursivas muy distintas, desde artículos más literarios o sensibles a las afecciones del alma hasta otros más impersonales o cercanos a las criticidades o positividades propias de las disciplinas científicas. Es parte permanente de su preocupación destacar actividades asociadas al patrimonio y la creación, tales como presentaciones de libros, epistolarios de escritores nacionales, recuerdos, entrevistas, fuentes bibliográficas sobre autores de distintas nacionalidades, la publicación de textos inéditos o de difícil acceso, entre otros bienes necesarios para el examen o la valorización de la herencia cultural.

NORMAS EDITORIALES

La revista busca dar libre curso a la creatividad y singularidad de los autores cuidando, con particular atención, el rigor, la calidad y la pertinencia que exigen los diversos "códices" que circulan por sus páginas. El respeto al orden, al estilo o a la lógica que propone el autor es un valor que se desea resguardar, comprometiendo este valor la identidad misma de la revista. Sin embargo, hay ciertas normas o protocolos que se deben seguir con el objetivo de asegurar uniformizaciones básicas que permitan la coherencia estructural de la publicación.

- 1. Aunque la revista se reserva el derecho, previa autorización, de reeditar textos, los materiales que postulen a la publicación deben ser necesariamente inéditos.
- 2. Todos los textos serán evaluados, salvo aquellos que sean expresamente solicitados por la Dirección.
- 3. Las referencias bibliográficas se deberán incluir a pie de página y no al final del texto. Si el autor lo prefiere, puede poner al término del texto, ordenada alfabéticamente, la lista total de las referencias que ha venido mencionando al pie.
- 4. Los títulos de libros o de obras en general deben ir con letra cursiva (itálica), mientras que los artículos de revistas o capítulos de libros deben ir entre comillas.

- 5. Las referencias bibliográficas incluidas a pie de página deben contemplar la información siguiente, en este orden y forma: autor, título del libro (artículo o capítulo de libro), lugar, editorial, fecha y página (s). Ejemplo de libro: Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral, 1984, p. 347. Ejemplo de artículo o capítulo de libro: Michel Foucault, "Nietzsche, la Genealogía, la Historia", *Microfisica del poder*, Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 1980, p. 20.
- 6. Cuando las referencias se repitan, el autor deberá emplear la nomenclatura clásica contemplada para distintos casos (op. cit., Id., etcétera).
- 7. Las citas deben ir entre comillas redondas, y la cita dentro de la cita debe ir entre comillas simples. El uso de cursivas se reserva solo para destacados del autor y para citas de textos poéticos. Ni el uso de negritas ni tampoco el de subrayados forman parte del estilo de la revista.
- 8. La revista emplea letra estilo Baskerville. El cuerpo del texto es punto 11, interlineado simple, con sangría entre cada párrafo, salvo aquel que comience el texto o sea subcapítulo del mismo. Las citas que se desprenden del texto por su extensión y que se constituyen en un párrafo aparte deben ir con sangría y sin comillas. Las notas a pie de página deben ir en letra estilo Baskerville punto 9. El título del texto debe ir con mayúsculas; los subtítulos en letra versalitas y en mayúsculas; y el nombre del autor se debe poner inmediatamente bajo el título del texto, en cursiva y centrado.
- 9. El autor debe consignar título, grado académico u otra identificación pertinente, además de su adscripción institucional. Esta información debe ir a pie de página, antes de las notas numeradas, y precedida por un asterisco.
- 10. Las reseñas de libros deben contemplar la información siguiente, en este orden y forma: nombre del autor (en mayúsculas), título de la obra (en cursiva), lugar, editorial, fecha y número de páginas. El autor de la reseña debe poner su nombre y apellido al final de la reseña (en versalitas).
- 11. El autor debe enviar textos en archivos que se puedan intervenir o que sean modificables en su formato.







